



A un amigo

Los que están ausentes de su tierra suelen pensar en las carencias que sus paisanos padecen con el propósito de buscarles remedio. Por eso, recogido en mi cámara¹ y echando a volar la fantasía, he pensado muchas veces en que esta obra es necesaria para una ciudad como la nuestra, que tiene una muchedumbre de galanes y enamorados. Y también he pensado que podía serte útil a ti, amigo mío, debido a que el amor ha lastimado cruelmente tu juventud porque no disponías de armas defensivas para resistir sus fuegos. Contra el amor no valen las armas que se fabrican en las grandes herrerías de Milán, pero sí sirven las que están grabadas en estas páginas, escritas por sabios varones de Castilla. Yo encontré el primer acto de esta obra y al instante admiré su ingeniosa labor y su estilo elegante, nunca antes visto ni oído en lengua castellana. Lo leí tres o cuatro veces, y cada vez me agradaba más. No sólo me complacía su argumento, sino sus pasajes graciosos y sus sentencias, unas filosóficas y otras relativas a avisos contra sirvientes aduladores² y desleales y contra hechiceras engañosas. Este primer acto no llevaba la firma de su autor, que fue, según unos, Juan de Mena, y según otros, Rodrigo Cota.³ Pero fuese quien

1 *cámara*: habitación.

2 *adulador*: el que alaba a alguien con exageración, falta de sinceridad o con propósito servil.

3 Para la autoría del primer acto de la obra, véase la Introducción (pp. 8-9).

fuese, ¡qué gran filósofo era! Y si él ocultó su nombre por temor a las lenguas dañinas que sólo son capaces de hacer reproches, no os extrañe que yo también oculte el mío, sobre todo si se tiene en cuenta que yo no soy más que un estudiante de Derecho y que, por lo tanto, esta obra es ajena a las materias que estudio, por no hablar de que la escribí en tan sólo quince días de vacaciones.⁴ Digo esto para disculparme contigo y con cuantos lean lo que he escrito.

⁴ Fernando de Rojas, en efecto, no quiso que su nombre figurase en la portada del libro, pero en cambio lo hizo constar en las primeras letras de unos versos con que prologó la obra (y que en esta adaptación no hemos creído conveniente reproducir). Por otra parte, el autor se presenta a sí mismo como un escritor humilde e inexperto para que el lector juzgue la obra con benevolencia.



Prólogo a la Tragicomedia

«Todas las cosas nacen de la lucha», escribió aquel gran sabio Heráclito,¹ y el admirado poeta Francisco Petrarca lo corroboró con las siguientes palabras: «La naturaleza, madre de todo, no ha engendrado nada que no esté en permanente lucha y contienda»; y añade: «los elementos de la naturaleza pelean entre sí: tiemblan las tierras, se revuelven los mares, crepitan las llamas, los vientos se hacen perpetua guerra y todos batallan contra nosotros».² Y así es, en verdad, pues el verano nos agobia con su excesivo calor y el invierno con fríos desapacibles. Todo lo que nos sostiene nos hace la guerra, por lo cual hay que temer los grandes terremotos y torbellinos, los incendios y naufragios, las violentas inundaciones, el bramar de los truenos, el ímpetu de los rayos, en fin, todos los movimientos de la naturaleza. Y otro tanto ocurre entre los animales, pues no hay especie de peces, fieras, aves y serpientes que no esté en guerra con otra. El león persigue al lobo, el lobo a la cabra, el perro a la liebre, y así podría seguir hasta acabar la cuenta. El poderoso elefante se espanta y

1 Para el filósofo griego Heráclito (siglo v a.C.) todo en la vida está en un movimiento y cambio incesantes que se gobierna por el intento de armonizar fuerzas de signo contrario.

2 Las ideas expuestas en este prólogo, así como muchas otras expresadas a lo largo de la obra, están tomadas del libro *Sobre los remedios contra próspera y adversa fortuna*, del poeta renacentista italiano Francesco Petrarca (1304-1374).

huye al ver un sucio ratoncito, y hasta se aterroriza sólo de oírlo.³ El basilisco, que es la más venenosa de las serpientes, mata con la vista.⁴ La víbora hembra, en el momento de aparearse, abre la boca para que el macho meta dentro la cabeza, pero con el placer que siente, aprieta con fuerza las mandíbulas y lo mata; ella queda entonces preñada, y cuando llega la hora de nacer, el primer hijo le rompe el vientre, por donde salen él y todos los demás, matándola y tomando así venganza de la muerte de su padre.⁵ ¿Hay mayor lucha y guerra que engendrar en tu propio cuerpo a quien se come tus entrañas? Pues no es menor la lucha natural entre los peces. Aristóteles y Plinio cuentan maravillas de un pez pequeño llamado echeneis, capaz de detener un gran navío empujado por toda la fuerza de los vientos.⁶ ¡Oh natural contienda, digna de admiración, que un pequeño pez pueda más que una nave! Y si observamos las menudas enemistades que se traen las aves, afirmaremos que todas las cosas están creadas para la lucha. Halcones, águilas y gavilanes viven de la rapiña. Los milanos atacan a los pollos domésticos y los cazan bajo las alas de sus madres. Se dice que en el océano Índico hay un ave enorme llamada rocho que no sólo levanta con el pico a diez hombres hasta las nubes, sino a un navío con todo su aparejo y toda su tripulación.⁷ Luego se lleva el barco por los aires y con los meneos del vuelo se caen los pobres marineros, que de este modo reciben una muerte muy cruel.

¿Pues qué diremos de los hombres? ¿Quién podría explicar sus guerras, enemistades, envidias, mudanzas e insatisfacciones? ¿O el cambio de trajes, el derribar y reconstruir edificios, los diversos afectos y mudanzas que provienen de nuestra débil condición humana? Es tan vieja esta

3 El temor de los elefantes a los ratones aparece a menudo en los *bestiarios* o libros sobre animales reales y fabulosos de la Edad Media.

4 El *basilisco* es un animal fabuloso con cuerpo de serpiente y patas de ave del que se decía, en efecto, que mataba con la vista.

5 En los *bestiarios* medievales se explica que la víbora macho eyacula en la boca de la hembra, y, una vez se ha tragado ésta el semen, le arranca de un bocado los genitales al macho, que muere al instante.

6 El filósofo griego Aristóteles (384-322 a. C.) y el escritor latino Plinio el Viejo (23-79) relatan respectivamente esta anécdota en *Historia de los animales* y en *Historia natural*.

7 Del *rocho* nos habla Petrarca en el libro citado en la nota 2 de la p. 39.

querella,⁸ que no me sorprende que este libro haya sido instrumento de lucha y disputa entre sus lectores, de manera que a unos les ha parecido breve y a otros demasiado extenso, a unos agradable y a otros oscuro. Sólo Dios podría cortarlo a medida de gustos tan diferentes. Y más aún porque esta obra, como todas las cosas de este mundo, va bajo la bandera de esta notable sentencia: «La vida del hombre, desde la primera edad hasta que blanquean sus canas, es batalla». Y en verdad que así es: los niños pelean con sus juegos, los mozos con las letras, los mancebos⁹ con los placeres, los viejos con mil enfermedades... y gentes de todas las edades han peleado con estas páginas. Los más pequeños las rompen, los niños no las saben leer bien, los alegres mancebos no aceptan sus muchos consejos. En lugar de disfrutar del conjunto del libro, aprovechándose de sus enseñanzas, recordando sus dichos filosóficos y riéndose de todo lo gracioso, hay quien se conforma con roer el esqueleto de la historia, sin apreciar su carne, como si se tratase de un cuento entretenido para viajeros chismosos; y también hay quien repara sólo en los dichos graciosos y los refranes, pero deja pasar por alto unas enseñanzas que le serían de mucha utilidad. En fin, que en cuanto se junten diez personas a oír esta comedia,¹⁰ ¿quién duda de que habrá discrepancias y disputas en la interpretación de algunas cosas?¹¹ Hasta el impresor está en desacuerdo con los dramaturgos antiguos, pues en esta edición ha añadido un resumen de los hechos al comienzo de cada acto, cosa que antes no se hacía.

Algunos han litigado¹² también sobre el título, diciendo que se debía llamar tragedia, y no comedia, pues acaba en tristeza. Pero fue el primer

8 *querella*: discordia, riña.

9 *mancebo*: joven que no llega a los treinta años.

10 Rojas no concibió su obra para ser representada, sino, como era costumbre, para ser leída en voz alta ante un número reducido de personas.

11 Llegados a este punto entendemos la razón de este prólogo a la segunda edición de la obra, así como de los muchos ejemplos que aduce Rojas para demostrar que la vida es una lucha permanente: la *Comedia de Calisto y Melibea* había suscitado opiniones muy diversas cuando se publicó por vez primera y el autor quiere justificar los cambios que ha introducido en la segunda edición. Sin embargo, y como veremos, los hechos que se relatan en la obra demuestran también que la vida es una "permanente contienda".

12 *litigar*: disputar, pelear.

autor el que la llamó comedia por lo que hay en la obra de placer. Yo, en vista de estas discrepancias extremas, he tirado por la calle de en medio y la he llamado tragicomedia. Y ante todos aquellos juicios enfrentados, he optado por el criterio de la mayoría, favorable a que alargase el relato de las placenteras relaciones de los amantes, sobre lo cual se me insistió una y otra vez. Así es que, contra mi voluntad, he metido por segunda vez la pluma en un trabajo muy ajeno a mi dedicación de estudiante de leyes, a costa de hurtar algunos ratos al estudio y a la diversión... y a sabiendas de que no me van a faltar detractores a los cinco actos ahora añadidos.¹³

13 *detractor*: 'el que critica o desacredita a alguien'. La primera edición de la obra, titulada *Comedia de Calisto y Melibea* (1499), tenía 16 actos. La edición aumentada a 21 actos (¿1502?) se tituló *Tragicomedia de Calisto y Melibea*. Pero Rojas no se limitó a añadir cinco actos a la primitiva *Comedia*, sino que corrigió numerosos fragmentos y agregó muchos otros a las intervenciones de los personajes a lo largo de toda la obra, salvo en los actos primero y último.



ACTO I

Persiguiendo a un halcón, el joven Calisto entra en el huerto de Melibea. Al verla, queda preso de su amor, pero ella lo despide sin miramientos. Calisto regresa a casa angustiado y con ganas de morir. Para remediar su mal, su criado Sempronio le aconseja recurrir a una vieja alcahueta llamada Celestina, que es también hechicera. Calisto acepta la proposición y lo envía a buscarla.

Cuando Sempronio llega a la casa de Celestina, su enamorada Elicia, que es prostituta, está en la cama con Crito, al que oculta apresuradamente. Sempronio negocia con Celestina. Entretanto, Calisto charla con otro criado suyo, Pármeneo, un muchacho al que Celestina conoce desde que era un niño.

CALISTO, MELIBEA, SEMPRONIO, CELESTINA,
ELICIA, CRITO, PÁRMENO

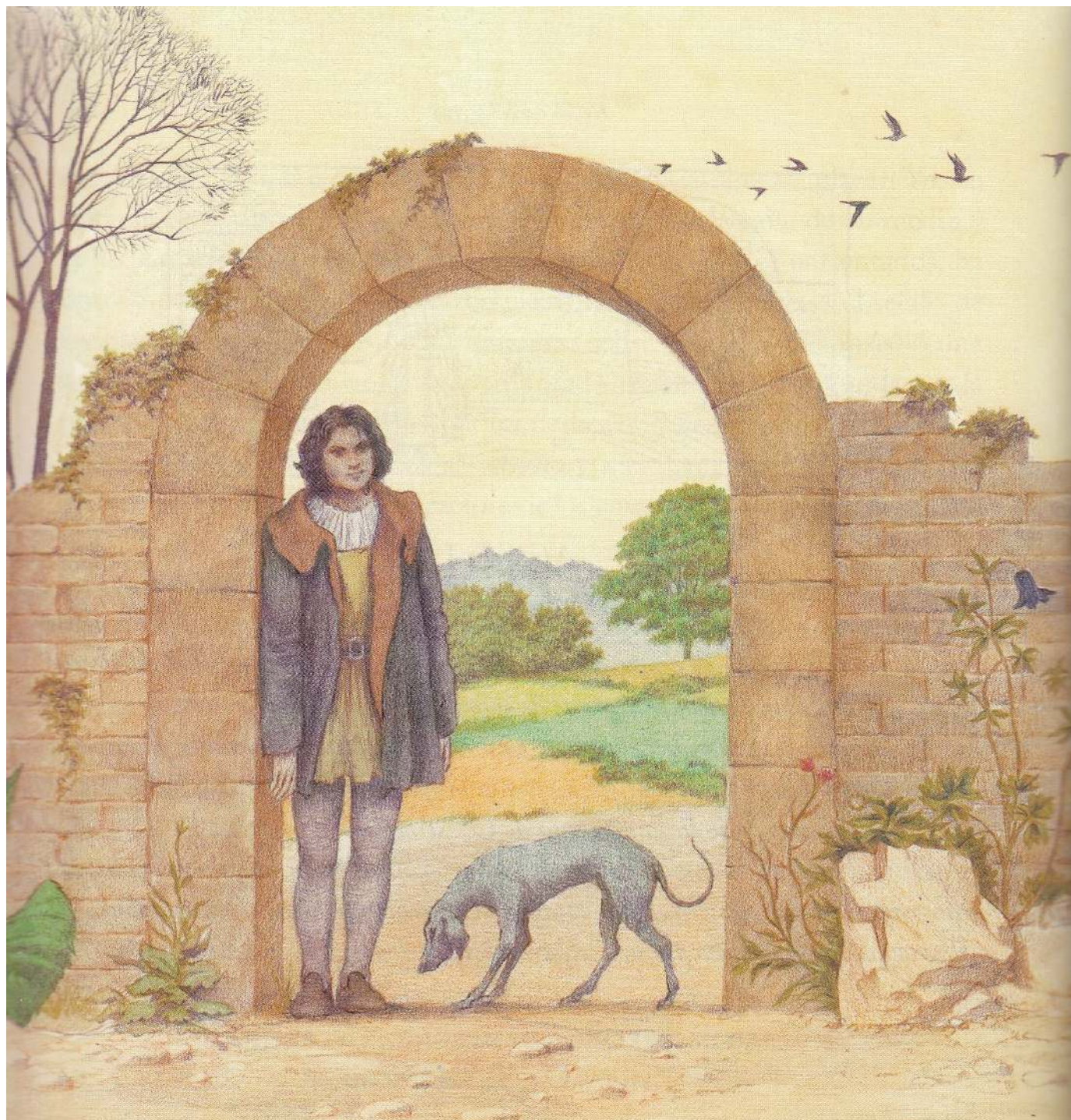
ESCENA I

En el huerto florido de Melibea.

CALISTO. Melibea, ahora veo la grandeza de Dios.

MELIBEA. ¿En qué la ves, Calisto?

CALISTO. En que la naturaleza te ha dotado de una hermosura perfecta, y en que yo, sin merecerlo, te acabo de descubrir en este jardín, el lugar más adecuado para comunicarte mi alegría y mi secreto dolor. Porque verte es para mí un galardón mayor que el que puedo alcanzar haciendo obras buenas. ¿Quién ha visto en este mundo a un hombre tan dichoso



como yo? Ni siquiera los santos, que se deleitan en el cielo con la visión divina, gozan más que yo contemplando tu cuerpo. Pero, ¡oh triste de mí!, hay una gran diferencia: los santos son espíritus que están en la gloria sin miedo a perder su dicha, y en cambio yo, que además de alma tengo un cuerpo, temo el terrible tormento que tu ausencia me ha de causar.

MELIBEA. ¿Verme te parece un gran premio, Calisto?

CALISTO. Si Dios me diese en el cielo un sitio a su lado, delante de todos los santos, no sería más feliz.





MELIBEA. (*Irónica.*) Pues si perseveras, yo te daré otro “galardón” no menor...

CALISTO. ¡Oh, dichosas orejas mías, que han oído tan gran palabra!¹

MELIBEA. Más bien serán desdichadas cuando oigan lo que voy a decirte. (*Furiosa.*) ¡Vete de aquí, lascivo!² No puedo tolerar que tu loco atrevimiento y tus ingeniosas palabras echen a perder mi virtud. ¡Vete, vete de aquí, desvergonzado, que mi paciencia ya no soporta más tiempo que el amor ilícito³ se haya apoderado de tu corazón y me comunique su placer!

CALISTO. Me iré, tan desgraciado como aquel a quien la contraria Fortuna⁴ mira con odio cruel.

ESCENA II

Calisto regresa a casa y entra por el establo.

CALISTO. ¡Sempronio, Sempronio! ¿Dónde andas, maldito?

SEMPRONIO. Aquí, señor, cuidando los caballos.

CALISTO. Entonces, ¿cómo es que vienes de la sala?

SEMPRONIO. (*Inventando una disculpa.*) Es que se ha caído el halcón y he ido a ponerlo sobre la percha.⁵

CALISTO. ¡Que el diablo te lleve! ¡Así perezcas de muerte violenta o te condenes al infierno, pues más dolorosa será aún la muerte que yo espero! ¡Anda, anda, malvado, prepárame la cama!

SEMPRONIO. Enseguida, señor.

CALISTO. Cierra la ventana y deja que la tiniebla acompañe al desdichado.⁶ Mis pensamientos tristes no son dignos de luz. ¡Ay, bienaventurada muerte, la que desean los afligidos, ven ya!

1 La palabra *galardón* era frecuente en el amor cortés y significaba ‘premio o recompensa que el caballero enamorado espera de la amada’. Podía ser sólo su compasión, o bien, como entiende Calisto, la entrega sexual, interpretación que enfurece a Melibea.

2 *lascivo*: persona dominada por el deseo sexual.

3 *amor ilícito*: amor sexual.

4 *la Fortuna*: el destino.

5 El halcón se empleaba para cazar aves. Lo colocaban sobre una *percha* (‘soporte en forma de cruz’) y le tapaban la cabeza con una capucha o capirote para que no echara a volar.

6 El deseo de morir o de recluirse en la oscuridad eran señales de melancolía. Calisto padece lo que en la medicina medieval se conocía como *enfermedad de amor*.

DUDAS DE SEMPRONIO

SEMPRONIO. Pero, ¿qué te pasa?

CALISTO. No me hables. ¡Y vetel!, no sea que mis manos acaben violentamente con tu vida antes de que me muera rabioso.

SEMPRONIO. Me voy, ya que quieres sufrir a solas tu mal.

CALISTO. ¡Vete al diablo!

ESCENA III

Cerrados los postigos, Sempronio sale del cuarto.

SEMPRONIO. Lo que le pasa a mi amo no va conmigo. ¿Qué suceso tan adverso le ha robado la alegría y, lo que es peor, el juicio? Y ahora ¿qué hago yo, lo dejo solo o vuelvo a entrar? Si lo dejo, se mata, pero si entro, me mata. Pues ahí se queda. Ni me preocupo. Mejor que se muera él, que aborrece la vida, que no yo, que me alegro de estar vivo, aunque sólo sea por ver a mi Elicia... Pero si mi amo se mata sin testigos, tendré que dar cuenta de su vida. Más vale que entre. Pero para qué, si no quiere consuelo ni consejos. Sí, es mejor que no me vea, porque montará en cólera. Así es que voy a esperar a que se calme un poco, que llore, pues las lágrimas y los suspiros son el mejor desahogo del corazón dolorido. Si mientras tanto se mata, que se mate. Puede que salga ganando algo. O no, porque si él muere, quizás me maten a mí, y vaya la sogá tras al caldero.⁷ Saldré mejor parado si entro, lo aguanto y lo consuelo.

ESCENA IV

*Calisto llama a voces a Sempronio,
que abre la puerta y entra en el cuarto.*

CALISTO. ¡Sempronio!

SEMPRONIO. ¿Señor?

CALISTO. Acércame el laúd.

⁷ La expresión alude a que la pérdida de una cosa valiosa como el *caldero* (aquí, Calisto) arrastra otra de menor valor como la *soga* (Sempronio); pero también se refiere a la sogá de la horca y al caldero donde se derretía el tocino cuya grasa hirviente se echaba sobre los condenados, castigos que Sempronio espera recibir si muere Calisto.

SEMPRONIO. Aquí está, señor.

CALISTO. (*Coge el laúd, lo tañe y canta con embeleso.*)

¿Qué dolor puede ser tal
que se iguale con mi mal?

SEMPRONIO. Desafinado está el laúd.

CALISTO. ¿Cómo quieres que esté afinado, si en mi pecho hay un total desconcierto entre paz y guerra, amor y enemistad, ofensas y sospechas, y todo ello por una sola causa? Anda, Sempronio, toca tú y canta la canción más triste que sepas.

SEMPRONIO. (*Toma el laúd, lo toca y canta este romance.*)

Mira Nerón de Tarpeya
a Roma cómo se ardía:
gritos dan niños y viejos
y él de nada se dolía.⁸

CALISTO. Mayor es mi fuego.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) Mi amo está loco.

CALISTO. ¿Qué murmuras, Sempronio?

SEMPRONIO. Nada, nada.

CALISTO. Di lo que sea, no temas.

SEMPRONIO. Pues digo que cómo va a ser mayor el fuego que te atormenta que el que quemó Roma y abrasó a tanta gente.

CALISTO. ¿Cómo? Yo te lo diré. Mayor es la llama que dura ochenta años que la que pasa en un día, mayor la que mata un alma que la que quema cien mil cuerpos. Por cierto, como el fuego del purgatorio sea igual que el que me consume, prefiero que mi espíritu vaya con el de los animales, antes que ir al cielo pasando por el purgatorio.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) Además de loco, ¡hereje!⁹

CALISTO. ¿No te he dicho que hables alto?

8 Este fragmento de un romance describe cómo el emperador Nerón contempla desde la roca de Tarpeya el incendio de Roma que él mismo había provocado. Sempronio quiere asociar veladamente el egoísmo atroz de Nerón con el de Calisto, que a continuación se refiere al *fuego* del amor.

9 *Hereje* es el que niega algún dogma o principio básico de la religión. Las blasfemias de Calisto son una prueba más de su locura amorosa.



SEMPRONIO. Digo, señor, que acabas de decir una herejía.

CALISTO. ¿Por qué?

SEMPRONIO. Porque lo que has dicho va contra la religión cristiana.

CALISTO. ¿Y a mí qué me importa?

SEMPRONIO. ¿Acaso no eres cristiano?

CALISTO. ¿Yo? Melibeo soy y a Melibea adoro, en Melibea creo y a Melibea amo.¹⁰

SEMPRONIO. Lo que tú digas. O sea, que Melibea es tan grande que no cabe en el corazón de mi amo y le sale por la boca a borbotones. Ya sé de qué pie cojeas, señor. Yo te sanaré.

CALISTO. Increíble cosa prometes.

SEMPRONIO. (*Aparte, murmura para sí.*) ¡Ja, ja, ja! ¿Esto es el fuego de Calisto? ¿Son estas sus congojas? ¡Como si el Amor sólo disparara sus flechas contra él! ¡Oh soberano Dios, qué altos son tus misterios! ¡Qué turbación pones en el enamorado, que pierde el sentido de la medida y salta las barreras como un toro bravo herido por el picador!

CALISTO. ¡Sempronio!

SEMPRONIO. ¿Qué, señor?

CALISTO. No me abandones.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) Vaya, mi amo ya está más suave.

CALISTO. ¿Qué mal crees que padezco?

SEMPRONIO. Que amas a Melibea.

CALISTO. ¿Sólo eso?

SEMPRONIO. ¿Te parece poco tener la voluntad cautiva de una sola mujer?

CALISTO. ¿Qué poco sabes tú de constancia!

SEMPRONIO. Lo tuyo no es constancia sino cabezonería. Sometes la dignidad del hombre a la imperfección de la débil mujer.¹¹

CALISTO. ¿Melibea, una mujer? ¡Oh grosero! ¡Melibea es Dios, Dios! ¡Por Dios la creo, por Dios la tengo!

¹⁰ La identificación de la amada con Dios es un tópico de la literatura trovadoresca.

¹¹ Según Aristóteles, la mujer era materia y el hombre forma, de lo que se desprende que la mujer es imperfecta, pues carece de *forma* (que es el alma, el pensamiento), y es inferior al hombre. Sempronio le recuerda esto a su amo para que abandone su obsesión por Melibea.

SEMPRONIO. (*Por lo bajo, divertido.*) ¡Ja, ja, ja! ¡Menuda blasfemia! ¡Vaya locura!

CALISTO. ¿De qué te ríes?

SEMPRONIO. Pues me río... de que en Sodoma unos hombres quisieron violar a dos ángeles, pero tu pecado es peor. Quieres abusar... de Dios.¹²

CALISTO. ¡Maldito seas! Has conseguido hacerme reír.

SEMPRONIO. ¿Es que quieres pasarte la vida llorando?

CALISTO. Sí.

SEMPRONIO. ¿Por qué?

CALISTO. Porque amo a Melibea, pero no soy digno de ella ni tengo esperanza de conseguirla.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) ¡Conque es eso! ¡Qué hijo de puta!

CALISTO. No te he oído, Sempronio.

SEMPRONIO. Digo que tú, que tienes un corazón más grande que el de Alejandro Magno, desesperas de conseguir a una mujer, cuando muchas damas muy nobles sucumbieron al aliento de un vil acemilero¹³ y otras a algunos animales. ¿No has leído lo de Minerva con el can?¹⁴

CALISTO. Habladurías.

SEMPRONIO. ¿Y lo de tu abuela con un mono?

CALISTO. ¡Maldito necio! ¡Qué bobadas dice!

SEMPRONIO. ¿Bobadas? Los libros están llenos de casos como el tuyo. Salomón dice que las mujeres y el vino hacen blasfemar a los hombres. Aristóteles y Séneca no aprecian mucho a las mujeres, y en esto coinciden judíos, moros y cristianos. Bien es verdad que ha habido algunas mujeres santas y virtuosas, pero ¿y todas las demás? ¿Quién podría contar sus mentiras, sus trajines, su ligereza, sus lagrimillas, su osadía, sus alte-

12 Según la Biblia, los habitantes de Sodoma quisieron abusar sexualmente de dos hombres, que eran ángeles disfrazados (Génesis, 19).

13 *acemilero*: el que cuida o guía mulas de carga.

14 La diosa Minerva tuvo relaciones con el feo y deforme Vulcano, al que Sempronio identifica en broma con un *can* ('perro') por la terminación del nombre *Vulcano*. El mismo sentido cómico tiene la posterior referencia a la relación sexual de la abuela de Calisto con un mono, animal que representa la lujuria.

raciones de ánimo...? ¿Y sus disimulos, su lengua, sus engaños, sus olvidos, su ingratitud, su inconstancia, sus falsos testimonios, su presunción, su abatimiento, su locura, su desdén, su soberbia, su charlatanería, su lujuria y suciedad, sus miedos, sus hechizos, sus burlas, su desvergüenza y su alcahuetería?¹⁵ ¿Has reparado en los pocos sesos que tienen debajo de sus grandes tocas?¹⁶ ¡Qué pensamientos hay debajo de sus largos ropajes! ¡Qué cloaca debajo de templos pintados! De ellas se ha dicho que son arma del diablo y destrucción del paraíso. ¿Acaso no fue la mujer la que echó a Adán del paraíso? Huye de sus engaños, señor. No hay manera de entenderlas. A los que invitan a escondidas a sus alcobas, luego los insultan por la calle. Tan pronto te llaman como te despiden, lo mismo te muestran su amor que te declaran su enemistad. ¡Oh, qué plaga! ¡Qué fastidio es tratar con ellas, menos en el breve tiempo en que te hacen gozar en la cama!

CALISTO. Cuantos más inconvenientes me pones, más la quiero. ¡Qué sabrás tú!

SEMPRONIO. ¿Yo? Lo que ellas me enseñaron. Señor, tienes que estar a la altura de tu honra, porque eres un hombre, y de claro ingenio, y la naturaleza te dotó de hermosura, gracia, salud y ligereza. Y además, la Fortuna ha sido generosa contigo, pues tus cualidades de dentro resplandecen con los bienes de fuera,¹⁷ sin los cuales nadie puede ser bienaventurado. Y por influjo de los astros, todos te aman.

CALISTO. Menos Melibea. Ella me supera en todas las cualidades que has alabado en mí, sin comparación. Considera, Sempronio, la nobleza y antigüedad de su linaje, su gran patrimonio, su excelentísimo ingenio, sus resplandecientes virtudes, su gracia indescriptible y su soberana hermosura. Y ahora te ruego que me dejes hablar un poco de su belleza para aliviar mi pena. Y sólo te la describiré por lo que veo, porque si te pudiera hablar de lo que no se ve, no estaríamos ahora discutiendo.

15 Todos los vicios que Sempronio atribuye a la mujer son tópicos de la literatura misógina o antifemenina medieval.

16 *toca*: velo, prenda que cubre la cabeza.

17 Las *cualidades de dentro* son las virtudes, mientras que los *bienes de fuera* son tanto la belleza y salud del cuerpo como la riqueza.

SEMPRONIO. (*Aparte, fastidiado.*) ¡Qué mentiras y locuras dirá ahora el infeliz de mi amo!

CALISTO. ¿Qué dices?

SEMPRONIO. Nada, que hables. Será un placer oírte. (*Para sí.*) ¡Menu-
do sermón me espera!

CALISTO. Pues para que tengas más placer, te la describiré con detalle. Empiezo por los cabellos. ¿Ves las madejas del oro fino que hilan en Arabia? Pues sus cabellos son más lindos y resplandecen más. Y le llegan hasta los pies. Y no necesita más que peinárselos y recogérselos con una cinta para dejar a los hombres convertidos en piedras.¹⁸

SEMPRONIO. (*Aparte.*) ¡Yo más bien diría en asnos!

CALISTO. ¿Qué dices?

SEMPRONIO. Digo que sus cabellos no serán como cerdas de asno.

CALISTO. ¡Pero qué torpe eres! ¡Vaya comparación! Sigo. Sus ojos son verdes, rasgados; las pestañas largas; las cejas delgadas y alzadas; la nariz mediana; la boca pequeña; los dientes menudos y blancos; los labios colorados y grosezuelos; el perfil del rostro un poco más largo que redondo; el pecho alto; la redondez y forma de las pequeñas tetas, ¿quién te las podría describir? El cutis liso, lustroso; su piel oscurece la nieve, en contraste con el color rosado con el que se pinta los pómulos.¹⁹

SEMPRONIO. (*Aparte.*) ¡Y dale!

CALISTO. Sus manos son medianas, de dulce carne; sus dedos largos; las uñas largas y coloradas, como rubíes entre perlas. Y a juzgar por su figura, el resto oculto de su cuerpo es más bello que el de la diosa que Paris juzgó más hermosa.²⁰

SEMPRONIO. ¿Has acabado?

CALISTO. Lo antes que he podido.

SEMPRONIO. Bien, pues aunque todo eso sea cierto, como tú eres hombre, eres más digno.

CALISTO. ¿Por qué?

18 Esto es, 'paralizados y asombrados de su belleza'.

19 El retrato de Melibea responde al ideal de belleza femenina de la época.

20 El príncipe Paris, hijo del rey de Troya, tuvo que elegir a la más bella entre las diosas Hera, Atenea y Afrodita, y escogió a esta última.

SEMPRONIO. ¿No has leído a Aristóteles? La mujer es la materia, y necesita al hombre, que es la forma.²¹

CALISTO. ¡Triste de mí! ¡Cuándo ocurrirá eso entre Melibea y yo!

SEMPRONIO. Eso puede suceder... Y también que, en cuanto la consigas, la veas con otros ojos y acabes por aborrecerla tanto como ahora la amas. Ahora la ves con ojos de aumento, de manera que lo pequeño te parece grande. Pero para que no te desespere, yo te ayudaré a conseguir tu propósito.

CALISTO. ¡Qué alegría me da oírte! Te regalo el jubón de brocado²² que llevaba ayer.

SEMPRONIO. Dios te lo pague. (*Aparte.*) Con regalos como éste y otros más que me dará, se la traigo a la cama. Pues no hay favores sin regalos.

CALISTO. Sempronio, no seas perezoso. ¿Qué has pensado hacer?

SEMPRONIO. Hace mucho que conozco a una vieja barbuda que se llama Celestina. Es hechicera, astuta y experta en toda clase de maldades. Creo que son más de cinco mil los virgos que se han hecho y deshecho en esta ciudad bajo su influencia.²³ Es capaz de volver lujuriosa a una dura peña.

CALISTO. ¿Podría hablar con ella?

SEMPRONIO. Yo te la traeré aquí. Pero antes, arréglate. Y sé gracioso y sincero con ella.

CALISTO. Pues ve rápido.

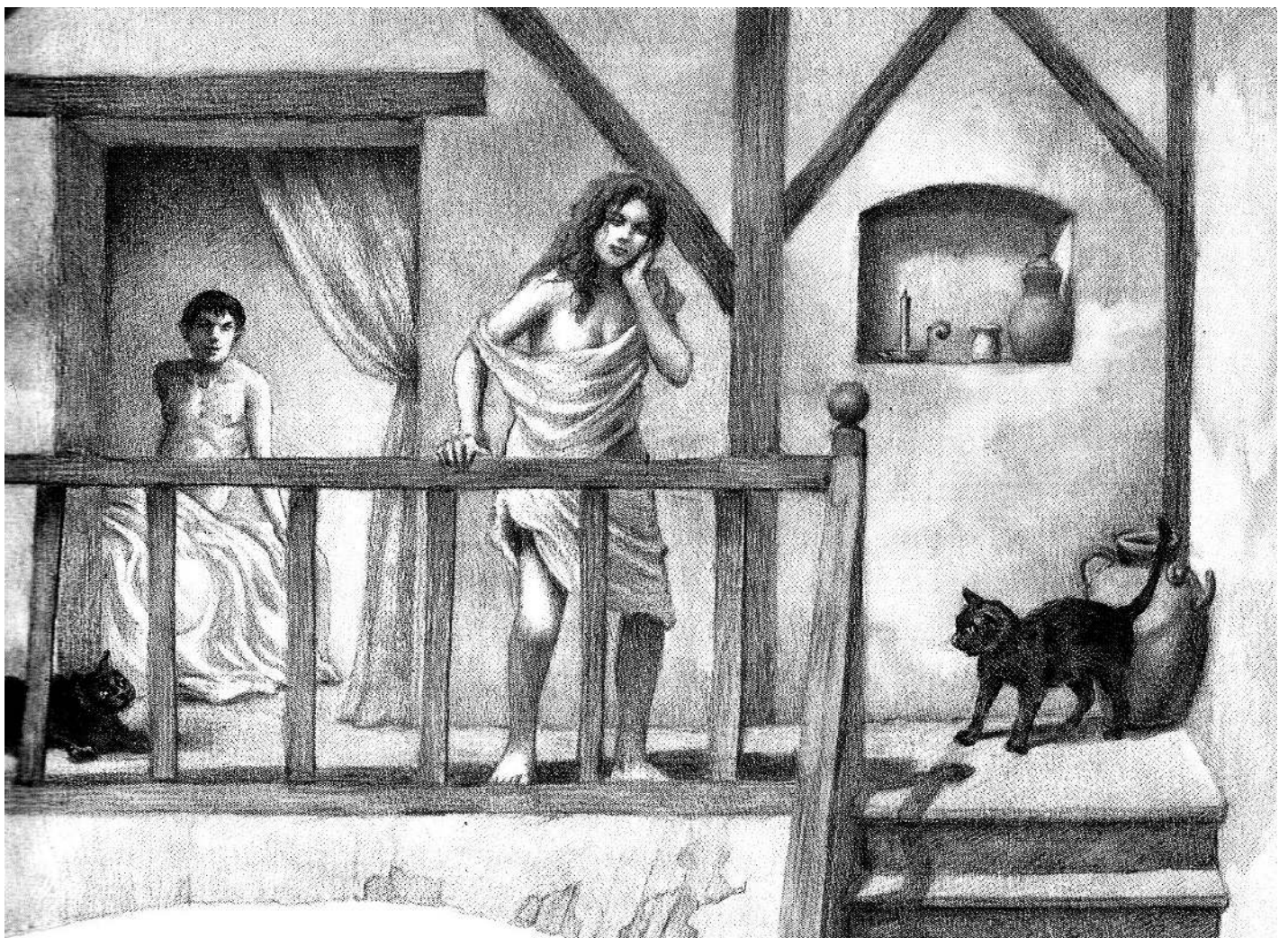
SEMPRONIO. Ya voy. Queda con Dios. (*Se marcha.*)

CALISTO. ¡Oh Dios todopoderoso! Tú que guiaste a los Reyes Magos al portal de Belén, guía a mi Sempronio para que mi pena se convierta pronto en gozo y logre mi deseado fin.

21 Puesto que no hay materia sin forma, Aristóteles pensaba que toda materia siente el *deseo* de cobrar forma (véase la nota 11 de la p. 50).

22 El *jubón* era una prenda ceñida al cuerpo que cubría desde los hombros hasta la cintura; el *brocado* era una tela bordada de oro y plata. Era costumbre que los señores premiaran a sus criados con prendas de vestir ya usadas.

23 *virgo*: himen, membrana que recubre el orificio externo de la vagina, y cuya ruptura se atribuía a la pérdida de la virginidad. Las alcahuetas como Celestina se dedicaban a concertar relaciones sexuales y a restituir la virginidad perdida de las mozas introduciendo una vejiga de animal llena de sangre en la vagina o cosiendo el himen con hilo de seda.



ESCENA V

En la casa de Celestina. La vieja alcabueta ve acercarse a Sempronio, y avisa a Elicia, que está con Crito en la cama.

CELESTINA. *(Grita.)* ¡Elicia, Elicia!

ELICIA. *(Asomándose en lo alto de la escalera.)* ¿Qué pasa?

CELESTINA. ¡Que viene Sempronio! ¡Mete a Crito en el cuartito de las escobas! ¡De prisa! Dile que viene tu primo.

ELICIA. Crito, escóndete ahí, que viene mi primo. ¡Estoy perdida!

CRITO. Está bien, no te agobies.

SEMPRONIO. *(Entra y ve a Celestina.)* ¡Madre bendita! ¡Qué ganas tenía de verte!

CELESTINA. Sempronio, hijo mío, vaya susto me has pegado... Anda, dame otro

abrazo. ¿Has podido estar tres días sin venir a vernos? ¡Elicia, Elicia, mira quién está aquí!

ELICIA. ¿Quién, madre?²⁴

CELESTINA. Sempronio.

ELICIA. ¡Ay, triste de mí! ¡Qué saltos me da el corazón! ¡Maldito sea el muy traidor! ¡Mala landre²⁵ te mate, o por crímenes dignos de una muerte cruel acabes en manos de la justicia rigurosa! ¡Ay, ay!

SEMPRONIO. ¡Ji, ji, ji! ¿Qué te pasa, Elicia?

ELICIA. Hace tres días que no vienes a verme.

SEMPRONIO. ¡Calla, señora mía! ¿Crees que la distancia puede apagar el entrañable amor, este fuego que arde en mi corazón? Allá donde voy, tú vas conmigo. Pero, ¿qué pasos suenan arriba?

ELICIA. ¿Pasos? Será un enamorado mío...

SEMPRONIO. A ver si me lo voy a creer...

ELICIA. ¡Pues es verdad! (*Desafiante.*) Sube a verlo.

SEMPRONIO. ¿A que voy?

CELESTINA. ¡Ven acá! Deja a esa loca, que está trastornada por tu ausencia. Dirá mil locuras. Ven y hablemos. No perdamos el tiempo.

SEMPRONIO. (*Receloso.*) Sí, pero ¿quién anda arriba?

CELESTINA. Una moza que me ha encargado un fraile.

SEMPRONIO. ¿Qué fraile?

CELESTINA. El abad gordo.

SEMPRONIO. Enseñamela.

ELICIA. ¡Ah, malvado! Quieres verla, ¿eh? ¡Ojalá que se te salten los ojos! ¡Anda, sube a verla y déjame a mí para siempre!

SEMPRONIO. ¡Calla, por Dios! ¿Te has enfadado? No la quiero ver, ni a ella ni a ninguna otra mujer. Vengo a buscar a la madre Celestina.

ELICIA. ¡Pues ahí te quedas! ¡Y tarda otros tres años en venir a verme!

SEMPRONIO. Madre mía, coge la capa y vamos. Por el camino conocerás un negocio que nos ha de traer gran provecho.

CELESTINA. Vamos. Adiós, Elicia. Cierra la puerta.

24 *madre*: término usado antiguamente en los pueblos para llamar a una mujer anciana.

25 El *landre* es un tumor, la inflamación de un ganglio en las ingles, axilas o garganta.

ESCENA VI

Sempronio y Celestina salen del burdel y van por la calle camino de la casa de Calisto.

SEMPRONIO. ¡Oh, madre mía!, desde que te he confiado mi felicidad, me he propuesto compartir contigo mi buena suerte, así que atiende bien a lo que voy a decirte y no te distraigas, que quien tiene la cabeza en muchas partes no la tiene en ninguna.

CELESTINA. Pues di lo que tengas que decirme, que nuestra amistad no necesita preámbulos. Ve al grano, que no es menester expresar con muchas palabras lo que con pocas se puede entender.

SEMPRONIO. Calisto arde en amores de Melibea y nos necesita a los dos. Así que aprovechemos juntos la ocasión, porque el que sabe aprovechar las oportunidades prospera.

CELESTINA. Bien dicho. Yo estoy siempre con el ojo avizor. Me alegro de esta noticia como los cirujanos al ver a un descalabrado.²⁶ Yo haré con Calisto lo mismo que ellos, primero exageraré el mal y hurgaré en su llaga para luego prometerle la salud. Y alargaré la esperanza del remedio todo lo posible, porque cuanto más se dilate la esperanza, más sufrirá su corazón y mayor será nuestro beneficio. Tú ya me entiendes...

SEMPRONIO. Silencio, madre, que ya estamos a la puerta, y, como se suele decir, las paredes tienen oídos.

CELESTINA. Llama. (*Sempronio golpea el picaporte de la puerta.*)

ESCENA VII

En la alcoba, Calisto oye aporrear la puerta y ordena impaciente a su criado que vaya a abrir.

CALISTO. ¡Pármeno! ¿No oyes, maldito sordo?

PÁRMENO. ¿Qué es, señor?

CALISTO. Llaman a la puerta. Corre.

PÁRMENO. (*Va hacia la puerta y pregunta en voz alta.*) ¿Quién es?

SEMPRONIO. (*Afuera.*) Yo y una mujer. Abre.

²⁶ *descalabrado*: herido en la cabeza.

PÁRMENO. Señor, los que aporrean la puerta son Sempronio y una puta vieja muy repintada.²⁷

CALISTO. ¡Calla, malvado, que es mi tía! ¡Y corre a abrir, no sea que se enoje esa mujer, que tiene tanto poder sobre mi vida como Dios!

PÁRMENO. ¿Por qué te acongojas, señor? ¿Piensas que ella se siente insultada cuando la llaman puta? No lo creas, porque le agrada tanto oír ese nombre como a ti cuando dicen: «¡Diestro caballero es Calisto!». Además, todos la conocen por ese título. Si va entre cien mujeres y alguien grita: «¡Eh, puta vieja!», ella vuelve la cabeza y responde con cara alegre. Todos los animales la llaman así cuando la ven pasar: «¡Putita vieja!» le ladran los perros, le cantan los pájaros, le balan las ovejas y le rebuznan los asnos. «¡Putita, putita!», gritan los martillos de los carpinteros, los herreros, armeros y caldereros. Donde ella está, todas las cosas que suenan repiten ese nombre. Hasta las piedras al chocar una con otra dicen: «¡Putita vieja!».

CALISTO. Y tú, Pármeno, ¿cómo lo sabes?

PÁRMENO. Cuando yo era niño, mi madre, que era pobre y vecina de la alcahueta, me entregó a ella para que le hiciera de sirviente. Ahora Celestina no me reconoce por el poco tiempo que la serví y porque he cambiado mucho con la edad.

CALISTO. ¿Y en qué la servías?

PÁRMENO. La acompañaba a la plaza y la ayudaba a llevar la comida que podía cargar con mis pocas fuerzas. Pero a pesar del poco tiempo que estuve a su servicio, recuerdo como si fuera ahora lo que viví con ella. Ahora vive en las afueras, en la cuesta del río, en una casa apartada y medio en ruinas cerca de las curtidurías.²⁸ Tenía seis oficios, a saber: era costurera, perfumera, maestra de hacer afeites²⁹ y de reparar virgos, alcahueta y un poquito hechicera. El oficio de costurera era la tapadera de los otros,³⁰

27 Las prostitutas solían ir muy maquilladas.

28 En la segunda mitad del siglo xv los ayuntamientos ordenaron trasladar los burdeles a las afueras de la ciudad por razones de seguridad y de apariencia moral. La *curtiduría* es el taller donde se limpian y preparan las pieles.

29 *afeite*: cosmético.

30 La costura y la perfumería eran oficios relacionados a menudo con la prostitución.

pues era la excusa para que muchas criadas entraran en su casa a bordar camisas y a coserse el virgo que habían perdido. Ni una sola venía sin un torrezno,³¹ un poco de trigo o harina, un jarro de vino o cualquier otra provisión robada a su ama. Celestina era muy amiga de estudiantes, dispenseros³² de hombres ricos y criados de abades. A estos les vendía la virginidad de las pobres mozas, que se resignaban a perderla ante la promesa de la vieja de que se la restituiría después. Y por medio de esas mozas entraba en relación con otras mujeres más discretas. En días de oficios religiosos, yo vi a muchas mujeres entrar tapadas en su casa, y tras ellas llegaban unos frailes, embozados³³ pero con los calzones ya desabrochados. ¡Qué ajetreco se traía! Para entrar en las casas, Celestina se hacía pasar por médica de niños, o vendía lana para tejer. En todas partes era muy conocida. Y, al atardecer, no se perdía misa ni rezo en los monasterios para concertar los encuentros de frailes y monjas. Tenía en su casa un cuarto lleno de alambiques,³⁴ frascos y barrilejos de barro, vidrio y estaño para hacer destilados y cocimientos. Hacía pomadas, ungüentos, colonias, polvos, cremas y medicinas para la cara y para la piel con destilados y cocimientos de plantas, flores, hierbas, raíces, granos de centeno, grasas, mantecas, tuétanos de corzo y de garza y otras muchas sustancias. Hacía lejías para enrubiar los cabellos y perfumes de rosas, azahar, jazmín, clavel y madreSelva. Sería tedioso³⁵ decir la cantidad de mantecas que tenía, pues las había de vaca, oso, caballo, camello, culebra, conejo, ballena, ardilla, gato montés, tejón, erizo y nutria.³⁶ Era una maravilla ver las yerbas y raíces que tenía colgadas en su casa para hacer jabones y cremas de baño: manzanilla, romero, espliego, laurel blanco, malvavisco, flor de saúco y de mostaza. Y la variedad de aceites y mascarillas para la cara que almacenaba no es cosa fácil de creer: los hacía de jazmín, limón, pe-

31 *torrezno*: tocino frito.

32 *dispensero*: encargado de abastecer de provisiones las casas de personas adineradas.

33 *embozado*: persona que se tapa la parte inferior de la cara con la capa.

34 *alambique*: vasija que se utilizaba para destilar.

35 *tedioso*: pesado, aburrido.

36 La grasa de animales se empleaba como medicina, cosmético y crecepelo; la de oso se usaba como medicamento, la de vaca para ablandar las durezas del vientre, la de culebra contra las hemorroides, etc.

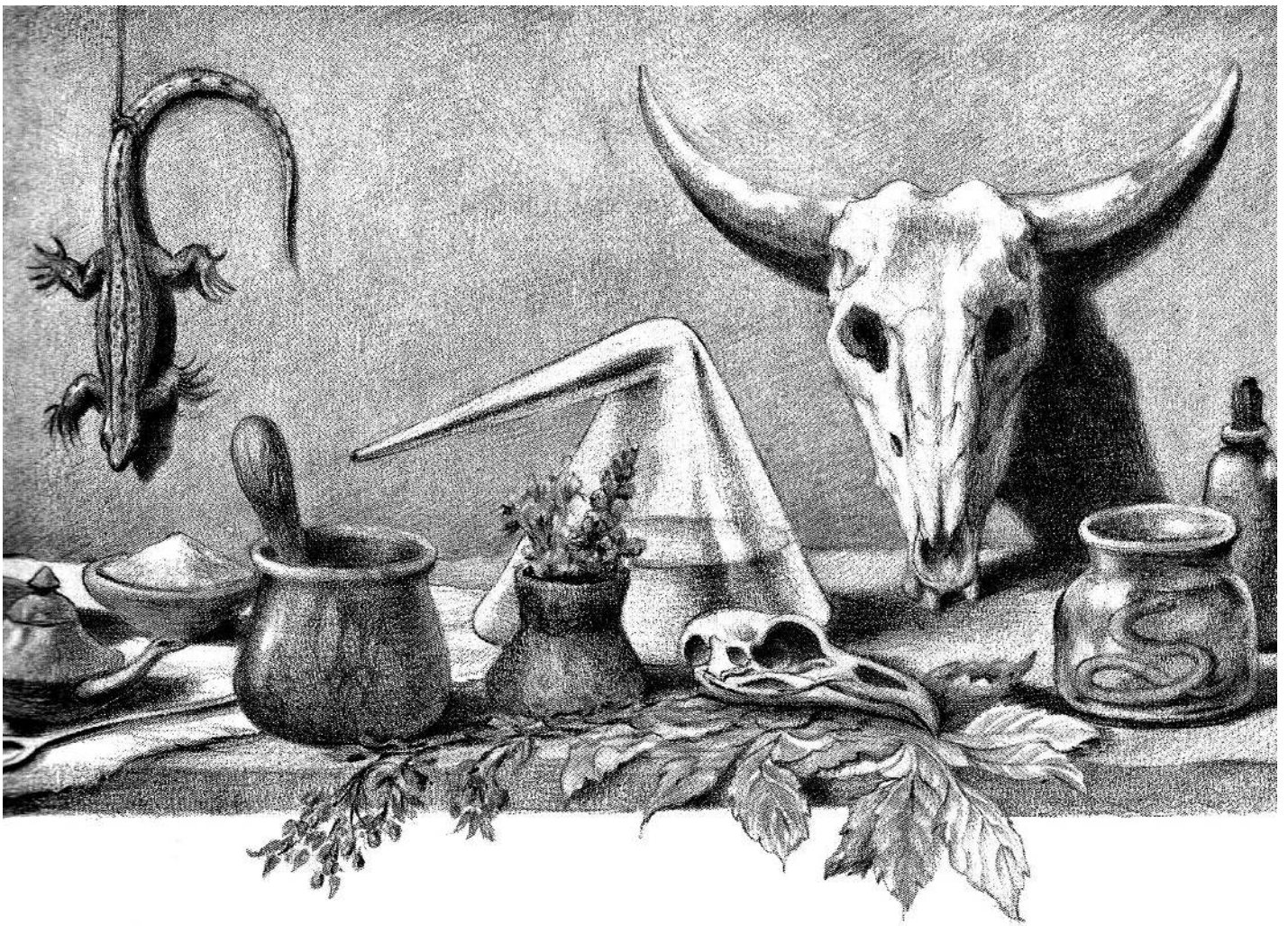


pititas, violetas, pistachos, piñones, altramuces, algarrobas, resinas y frutos de distintos árboles. Y en una redomilla guardaba un poquito de bálsamo para su rasguño de la nariz.³⁷ Rehacía los virgos unas veces con una vejiga y otras con un cosido. En una cajita pintada guardaba hilo encerado de seda y unas finas agujas, y tenía raíces y plantas para cicatrizar las heridas. Con todo eso hacía maravillas, tanto que a un embajador francés que vino por aquí le vendió tres veces a la misma criada, y las tres la hizo pasar por virgen.

CALISTO. ¡Ojalá se la hubiera vendido cien veces!

PÁRMENO. ¡Desde luego! Y para remediar males de amor y despertar la pasión en los amantes tenía también corazón de ciervo, lengua de víbora, cabezas de codorniz, sesos de asno, alubias moriscas, sogas de ahorcado, flor de hiedra, espina de erizo, la piedra del nido del águila y otras mil cosas. Acudían a ella muchos hombres y mujeres y cada uno recibía su tratamiento; a unos les pedía unos cabellos, a otros les pintaba letras

³⁷ El rasguño de la nariz era supuestamente la marca que el diablo hacía a sus seguidoras las brujas, o bien la cicatriz de la herida que se hacía a las prostitutas para marcarlas.



en la palma de la mano, a otros les daba corazones de cera traspasados de agujas. Pintaba figuras o hacía trazos en la tierra. ¿Quién te podrá decir lo que esta vieja hacía? Y todo era burla y mentira.

CALISTO. Está bien, Pármeno, déjalo ya. Ya me has avisado suficiente, te lo agradezco. Pero, vamos, no la hagamos esperar más, no sea que se irrite. Y no envidies a Sempronio, que si él recibió un jubón, tú tendrás un sayo. Pero no impidas el remedio de mi vida con tus bien intencionados consejos, que aprecio tanto como las obras de Sempronio. Y guárdame este secreto: si haces lo que te pido, te preferiré a él y te trataré como a un amigo, más que como a un criado.

PÁRMENO. ¿Cuándo, señor, te he sido infiel o un mal servidor?

CALISTO. Anda, no te escandalices, que por tus costumbres y gentil crianza eres el primero de mis criados.³⁸ Pero este asunto es muy complicado y de él depende mi felicidad y mi vida, así que hay que prepararlo todo. Y ahora vamos a buscar mi salud.

38 El comentario de Calisto es irónico, dado que Pármeno, hijo de una bruja y prostituta, y educado con otra, no tiene precisamente un linaje *gentil*.



ESCENA VIII

Mientras bajan a la puerta de la calle, Pármene recomienda prudencia a su amo. Afuera aguardan Celestina y Sempronio.

CELESTINA. (*Afuera, en la calle. En voz baja.*) Oigo pasos. Ya bajan. Tú, Sempronio, haz como que no los oyes. Ahora escucha y déjame hablar a mí. (*En voz alta.*) ¡No me atosigues ya más, que bastante agobiada estoy! Sientes tanto la pena de tu amo que él y tú parecéis una sola persona. Créeme, yo he venido aquí para solucionar este asunto o morir en el intento.

CALISTO. Pármeno, detente. Escucha lo que dicen. ¡Oh notable mujer! ¡O mi fiel y sincero Sempronio! ¿Lo has oído, Pármeno? ¿Tengo o no razón? ¿Qué me dices, tú que en secreto eres mi amigo y consejero?

PÁRMENO. Como me consideras tu consejero y amigo, te hablaré lealmente. Que no te ciegue el afecto o la esperanza del placer. Cálmate y no te apresures, que los ansiosos no dan en el blanco. Soy mozo, pero he visto bastantes cosas, así que tengo mi experiencia. Estos dos están diciendo lo que oyes porque nos han oído bajar las escaleras. No te fíes de sus falsas palabras.

SEMPRONIO. (*Afuera. Aparte.*) Celestina, lo que dice Pármeno suena a traición.

CELESTINA. Calla, que de donde viene el asno viene la albarda.³⁹ Tú déjame a Pármeno, que yo lo haré uno de los nuestros. Le daremos una parte de lo que consigamos. Que los bienes, si no son compartidos, no son bienes. Ganemos todos, repartamos todos, disfrutemos todos. A Pármeno lo traeré manso a comer de mi mano. Seremos los tres contra Calisto.

ESCENA IX

Sempronio y Celestina entran en casa.

CALISTO. ¡Sempronio!

SEMPRONIO. (*Afuera.*) ¿Señor?

CALISTO. ¡Abre ya, Pármeno! Ya la veo: ¡he recuperado la salud! Mira qué respetable persona, pues por el aspecto exterior se conoce la virtud interior. ¡Oh vejez virtuosa, oh virtud envejecida! ¡Oh gloriosa esperanza de mi deseado fin! ¡Oh salud de mi pasión, remedio de mi tormento, resurrección de mi muerte! Deseo acercarme a ti y besar esas manos y la tierra que pisas; pero no soy digno de postrarme ante ti. (*Se hinca de rodillas ante Celestina.*)⁴⁰

39 Es un refrán que significa que con lo principal (el *asno*, esto es, Calisto) viene lo accesorio (la *albarda* o silla, es decir, Pármeno).

40 Las palabras y acciones de Calisto son señales de su enajenación. El *besamanos* era saludo de vasallaje medieval y de respeto; la costumbre oriental de besar la tierra que alguien pisa era también señal de sumisión.



CELESTINA. (*Aparte. A Sempronio.*) ¡De reverencias vivo yo! ¡A mí con esas! Sempronio, dile al necio de tu amo que cierre la boca y abra la bolsa. Yo dudo de los hechos, cuánto más de las palabras.

PÁRMENO. (*Para sí.*) ¡Oh Calisto, desventurado, triste y ciego! ¡Está postrado en tierra, adorando a la vieja más puta! Está vencido y caído, nada se puede hacer por él.

CALISTO. ¿Qué decía la madre, Sempronio? Me parece que piensa que le ofrezco simples palabras en lugar de un regalo.

SEMPRONIO. Eso creo.

CALISTO. Pues ven conmigo, y trae las llaves, que yo resolveré sus dudas.

SEMPRONIO. Harás bien, señor, porque ni la mala hierba debe crecer en medio del trigo, ni la suspicacia en el corazón del amigo.

CALISTO. Hablas con cordura, Sempronio. Vamos y no tardemos en regresar. (*Se van.*)

ESCENA X

*La alcahueta trata de vencer los recelos
de Pármeno con promesas y halagos.*

CELESTINA. Pármeno, me alegra tener la ocasión de hablarte de todo el amor que te tengo... y que no te mereces. Voy a pasar por alto lo que te he oído decir, porque la virtud nos aconseja no devolver mal por mal. Soy vieja, pero no sólo veo y oigo muy bien, sino que con mi sabiduría penetro en el interior de las personas. Sé, Pármeno, que Calisto anda muy quejoso de amor. Pero por eso no lo tengas por débil, que el amor irresistible todas las cosas vence. Y, por si no lo sabes, entérate de que hay dos conclusiones verdaderas. La primera, que es inevitable que el hombre ame a la mujer y la mujer al hombre. Y la segunda, que el que ama de verdad se turba con la dulzura del soberano placer, que fue puesto por el Creador para que se perpetúe el linaje de los hombres. Y esto no sólo le ocurre a la especie humana, sino también a los peces, las aves, los reptiles y hasta a algunas plantas, pues las hay machos y hembras. ¿Qué dices a esto, Pármeno? ¡Tontito, loquito, angelico, perlica, simplecico! ¿Muecas en esa carita? Ven acá, que no sabes nada del mundo ni de sus placeres. Pero qué digo, ¡no te me acerques!, que aunque soy vieja ya tienes ronca la voz y te apuntan las barbas. ¡Apuesto a que tienes inquieta la colita!

PÁRMENO. ¡Como el alacrán!

CELESTINA. Peor, porque la del alacrán muerde y la tuya hincha una barriga nueve meses.

PÁRMENO. ¡Ja, ja, ja!

CELESTINA. ¿Te ríes, landrecilla, hijo?

PÁRMENO. Calla, madre, pero no me tengas por tonto. A Calisto le debo fidelidad por crianza, por beneficios, y porque me trata bien, y por todo esto le quiero. El afecto es la cadena que ata al criado a su amo. Ahora lo veo trastornado, y es que no hay cosa peor que desear algo sin esperanza de conseguirlo. Y confiar en que alcance su deseo con los consejos del bruto de Sempronio, es como pretender sacar piojos con pico y pala. No lo puedo aguantar. ¡Sólo de contártelo me dan ganas de llorar!

CELESTINA. Pero Pármeno, ¿no ves que es necedad llorar por lo que no se remedia con lloros?

PÁRMENO. Por eso lloro y pierdo la alegría. Yo a mi amo no quisiera verlo sufrir.

CELESTINA. Está ya enfermo, ¿o no te das cuenta? Pero puede sanar, y en manos de esta flaca vieja está su salud.

PÁRMENO. ¡Querrás decir “de esta flaca puta vieja”!

CELESTINA. ¡Putos días vivas, bellaquillo! ¿Cómo te atreves a...?

PÁRMENO. (*Interrumpiéndola.*) ¡Porque te conozco...!

CELESTINA. ¿Y quién eres tú?

PÁRMENO. ¿Quién? Pármeno, hijo de Alberto, tu compadre.⁴¹ Estuve contigo un mes, que me entregó a ti mi madre, cuando vivías en la cuesta del río, cerca de las curtidurías.

CELESTINA. (*Sorprendida.*) ¡Jesús! ¿Así que tú eres Pármeno, el hijo de la Claudina?

PÁRMENO. ¡Ajá, yo mismo!

CELESTINA. ¡Pues mal fuego te queme, que tan puta vieja era tu madre como yo! ¿Por qué me persigues, Pármeno? (*Mirándolo con atención.*) ¡Por todos los santos, claro que eres tú! Acércate a mí, ven acá, que mil azotes y coscorrónes te di, y otros tantos besos. ¿Te acuerdas cuando dormías a mis pies, loquito?

PÁRMENO. Sí, y algunas veces, aunque era niño, me subías a la cabecera y me apretabas a ti, y como olías a vieja, me apartaba.

CELESTINA. ¡Mala landre te mate! ¡Y cómo lo dice el desvergonzado! Ahora, hijo, déjate de bromas, y escúchame, que aunque he hecho como que no te conocía, he venido por ti. Hijo, bien sabes que tu madre, que Dios tenga en su gloria, te me dio cuando aún vivía tu padre, el cual, después de que te separases de mí, vivió preocupado por tu vida, y antes de morir me llamó angustiado para decirme en secreto que te protegiese y que cuando fueras mayor de edad te indicara dónde dejó encerrada tal cantidad de oro y plata que sobrepasa la renta de tu amo Calisto.⁴² Y co-

41 *compadre*: amigo.

42 Celestina improvisa esta historia increíble de la riqueza del padre de Pármeno, por lo que sorprende que el joven criado se la crea.

mo se lo prometí, y como hay que guardar las promesas más a los muertos que a los vivos, en tu busca he gastado mucho tiempo y fuerzas, hasta que por fin Dios ha atendido mis ruegos, y te encuentro aquí. Hace sólo tres días que me enteré de dónde vives. Me duele que hayas vagabundeadido y peregrinado por tantos sitios sin encontrar provecho, parientes ni amigos. Así que, hijo mío, deja los ímpetus de la juventud y entra en razón, atiende el deseo de tus padres. Reposa ya en alguna parte. ¿Y dónde mejor que en mi voluntad y en mi consejo, como ellos querían? Yo, como si fuese tu verdadera madre, te digo que por ahora aguantes y sirvas a este amo tuyo, hasta que yo te aconseje otra cosa. Pero no le sirvas con necia lealtad, porque los señores de hoy en día son muy volubles.⁴³ Tú gana amigos, que es cosa durable, y sé constante con ellos. No vivas de las vanas promesas de los señores, pues, como la sanguijuela que saca la sangre, son desagradecidos, injurian, se olvidan de los servicios, niegan recompensas. ¡Pobre del que envejece en palacio! Los señores de este tiempo se aman a sí mismos más que a los suyos, y hacen bien; así que los suyos deben hacer igual. Ya se han acabado las mercedes, las magnificencias,⁴⁴ los actos nobles. Como estos señores son mezquinos con sus servidores, estos deben ir a la suya. Te lo digo, hijo Pármeno, porque este amo tuyo me parece un rompenecios,⁴⁵ como se suele decir: de todos se quiere aprovechar sin dar nada. Haz amigos en su casa, porque la amistad es el bien máspreciado. Pero no pretendas hacerte amigo de Calisto, pues la amistad entre personas de clase social diferente es muy rara. Ahora se nos presenta un caso del que todos podemos sacar beneficio. Que de lo otro que te he hablado, ya te lo entregaré a su debido tiempo. Y mucho te aprovechará el ser amigo de Sempronio.

PÁRMENO. Celestina, tiemblo sólo de oírte. No sé qué hacer, estoy perplejo. Por una parte te tengo por mi madre; por otra, tengo a Calisto por amo. Riqueza deseo, pero el que sube torpemente a lo alto, pronto se cae. No quisiera bienes mal ganados.

43 Para quebrantar la fidelidad de Pármeno a Calisto y ponerlo de su parte, Celestina va a lanzar un duro ataque contra los amos, a los que acusa de *volubles* ('inconstantes').

44 *mercedes*: regalos, favores; *magnificencia*: esplendidez, generosidad.

45 *rompenecios*: persona desagradecida y que se aprovecha de los demás.

CELESTINA. Yo sí. A tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo.⁴⁶

PÁRMENO. Pues yo no viviría contento así, y tengo por cosa honesta la pobreza alegre. Y aún te digo más, que no son pobres los que tienen poco, sino los que desean mucho. Yo quisiera pasar la vida sin envidias y el sueño sin sobresaltos.

CELESTINA. ¡Oh hijo!, dicen que la prudencia es cosa de viejos, pero tú eres un muchacho demasiado prudente. Déjame decirte, como Virgilio, que la Fortuna ayuda a los osados.⁴⁷ Y no pienses que por tener la confianza de este señor estás seguro, porque cuanto mayor es la Fortuna, menos segura es. En los infortunios el verdadero remedio está en los amigos. Te conviene la amistad con Sempronio por el provecho que vais a sacar, pero también por los placeres que juntos vais a disfrutar; porque los dos estáis en edad de jugar, bromear, comer, beber y negociar amores. ¡Oh, Pármeno, si tú quisieras, qué vida gozaríamos! Sempronio ama a Elicia, prima de Areúsa.

PÁRMENO. ¿De Areúsa?

CELESTINA. De Areúsa.

PÁRMENO. ¿Areúsa, la hija de Eliso?

CELESTINA. Areúsa, la hija de Eliso.

PÁRMENO. ¿Es verdad?

CELESTINA. Es verdad.

PÁRMENO. Maravillosa cosa es.

CELESTINA. ¿Pero a ti te gusta?

PÁRMENO. No hay nadie mejor.

CELESTINA. Pues estás de suerte, porque tienes ante ti quien te la proporcionará.

PÁRMENO. Te creo, pero no me atrevo. ¡Déjame!

CELESTINA. ¡Oh mezquino! Dios da habas a quien no tiene quijadas.⁴⁸

PÁRMENO. ¡Ay, Celestina!, he oído decir a mis mayores que uno debe relacionarse con aquellos que le hagan ser mejor. Con su lujuria y avari-

46 Este refrán quiere decir que el ambicioso emplea todos los medios, sean malos o buenos (*a tuerto o a derecho*), para conseguir su objetivo.

47 Celestina cita un famoso pasaje de la *Eneida* (III, 57) de Virgilio.

48 Esto es, 'Dios da bienes a quien no puede disfrutar de ellos'.



cia, Sempronio es un mal ejemplo para mí. Ni yo sanaré su vicio ni él me hará mejor a mí.

CELESTINA. No se posee nada con alegría si no se comparte con otro. Tú no te aisles ni te amargues, pues la naturaleza huye de lo triste y apeetece lo deleitable. El placer está en comentar con los amigos las cosas agradables, sobre todo las de amor: esto hice, esto me dijo ella, así la besé, así me mordió, así la abracé, así lo hicimos... ¡Oh qué juegos, qué besos...! Vamos allá, volvamos acá, que suene la música, cantemos canciones, inventemos poemas... Ya va a misa, mañana saldrá, rondemos su calle, mira su carta, vamos de noche, sujeta la escalera,⁴⁹ aguarda a la puerta... ¿Cómo te fue? Mira al cornudo: la deja sola... Vamos allá. En fin, Pármeno, ¿se disfruta de todo esto solo, sin la compañía de un amigo? No, desde luego, y te lo digo por experiencia. Porque si se tratara sólo de aparearse, eso lo hacen mejor los burros en el prado.

PÁRMENO. No quisiera, madre, que sometieras mi voluntad con el dulce veneno de las promesas, y que me cegaras los ojos de la razón con el polvo de los afectos.

CELESTINA. ¿Qué es razón, loco? ¿Qué es afecto, borrico? Sólo la sabiduría y la prudencia, que tú no tienes, conocen la respuesta. La prudencia es fruto de la experiencia, y la experiencia es cosa de viejos, y yo, que soy anciana, te doy buenos consejos, como a un hijo, porque tu vida y tu honra me importan más que las mías. ¿Y cuándo me pagarás tú todo esto? Nunca, pues los hijos jamás recompensan a sus padres y maestros por todo lo que han hecho por ellos.

PÁRMENO. No sé, madre, dudo de tus consejos.

CELESTINA. Pues me despido de ti, Pármeno, y de este negocio.

PÁRMENO. (*Aparte.*) Está enojada. Tan equivocado es no creer en nada como creerlo todo. Pero confiar es humano, sobre todo en esta mujer, porque me promete beneficios y amor. ¿Y qué me aconseja? La paz con Sempronio. La paz no se debe negar, pues los pacíficos serán llamados hijos de Dios.⁵⁰ Y del amor no hay que huir. De manera que voy a hacer-

49 Es decir, 'aguanta la escalera para que suba a casa de la amada'.

50 Pármeno menciona una frase bíblica (San Mateo, 5, 9).

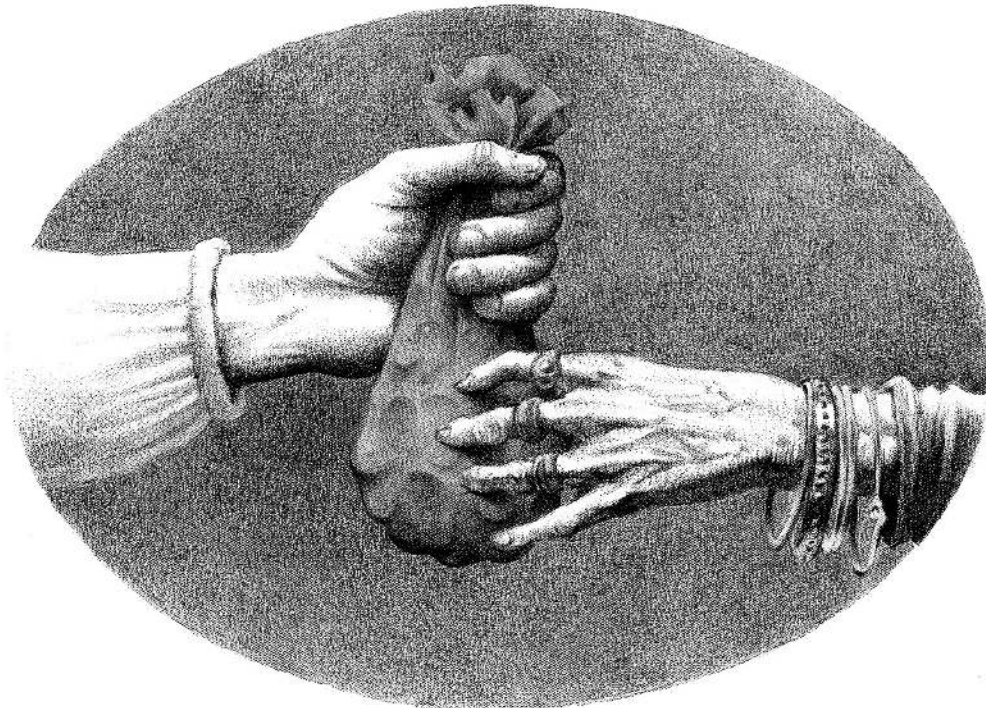
le caso. (*En voz alta.*) Perdóname, madre, pues quiero recibir tu consejo. Mándame, que te obedeceré.

CELESTINA. Es propio de los hombres equivocarse, pero es de seres irracionales persistir en el error. Por lo tanto, me alegro, Pármeno, de que hayas limpiado las turbias telas de tus ojos. También tu padre, cuyo recuerdo llena mis ojos de lágrimas, defendía a veces tercos propósitos, pero pronto volvía a lo cierto. Al verte a ti ahora regresar a la verdad, es como si lo tuviera delante. ¡Qué gran persona era! ¡Qué cara tan adorable! Pero, en fin, callemos, que se acerca Calisto y tu nuevo amigo Sempronio.

ESCENA XI

Calisto paga a Celestina.

CALISTO. Es tan grande mi desgracia, madre, que no sé cómo estoy vivo aún. (*Dándole una bolsita.*) Recibe este regalo de quien con él pone en tus manos su vida.



CELESTINA. Del mismo modo que en una joya de oro fino se valora más el trabajo sutil del joyero que la materia en sí, la gracia y la forma de tu dulce generosidad valen también más que el magnífico regalo que me haces.

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¿Qué le ha dado, Sempronio?

SEMPRONIO. (*Aparte.*) Cien monedas de oro.

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¡Ji, ji, ji!

SEMPRONIO. (*Aparte.*) ¿Ha hablado contigo la madre?

PÁRMENO. (*Aparte.*) Sí, sí.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) ¿Y qué?

PÁRMENO. (*Aparte.*) Será como tú quieres, pero estoy espantado.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) Pues calla, que yo te asustaré dos veces.

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¡Oh Dios, no hay peste peor que el enemigo en casa!

CALISTO. Ahora, madre, vete y consuela tu casa. Y vuelve pronto y consuela la mía.

CELESTINA. Dios quede contigo.

CALISTO. Que Él te me guarde.



ACTO II

Tras marcharse Celestina, Calisto habla con su criado Sempronio. Pero, acuciado por la impaciencia, lo envía a casa de Celestina. Para no estar solo, se queda con Pármeno, que acaba enfureciéndole con sus advertencias y consejos.

CALISTO, SEMPRONIO, PÁRMENO

ESCENA I

En la sala. Se ha ido Celestina y Calisto no sabe qué hacerse. Da muestras de turbación y agobio.

CALISTO. Hermanos míos, le he dado cien monedas a la madre. ¿He hecho bien?

SEMPRONIO. ¡Claro que has hecho bien! Con ello, además de remediar tu vida, ganas mucha honra, pues la honra se logra compartiendo los bienes. ¿Para qué es la Fortuna favorable, sino para servir a la honra, que es el mayor de los bienes mundanos?¹ ¡Oh, qué glorioso es el dar! ¡Y qué miserable es el recibir! Dicen algunos que la nobleza se hereda de los padres; pero yo digo que la luz ajena nunca te hará claro si no tienes tu propia luz; y sólo la generosidad te hará virtuoso y digno de alabanza. Así que goza de haber sido espléndido. Y ahora mi consejo es que vuelvas a

¹ La *honra* consistía en la estima, la buena opinión que los demás tenían de una persona por su virtud y sus méritos.

tu cuarto y descansas, pues tu negocio está en buenas manos. Y ten por seguro que, puesto que ha empezado bien, acabará mucho mejor.

CALISTO. Sempronio, no me parece bien que la madre se haya ido sola. Será mejor que vayas con ella y que le metas prisa, pues de su diligencia² depende mi salud, de su tardanza mi pena, de su olvido mi desesperanza. Eres astuto, te creo fiel y te tengo por buen criado. Yo apenas he podido mostrarle una tercera parte del tormento que padezco. Tú, que estás libre de esta pasión, háblale sin trabas de mi secreta enfermedad.

SEMPRONIO. Señor, quisiera cumplir tu mandado para aliviar tu mal. Pero cómo voy a irme si en cuanto estás solo no dices más que disparates de hombre sin seso: suspiras, gimes, compones malas coplas, te gusta estar a oscuras, te atormentas con malos pensamientos... Acabarás muerto o loco sin un acompañante que te diga cosas graciosas, toque canciones alegres, cante romances, cuente historias, juegue a las cartas o al ajedrez..., en fin, alguien que te entretenga para no pensar en el cruel desplante de aquella señora.³

CALISTO. ¿Cómo, simple? ¿No sabes que las penas se alivian llorando su causa? ¿Y que los suspiros, las lágrimas y los gemidos remedian el dolor?

SEMPRONIO. Dicen los sabios que buscar motivos de tristeza es otra clase de locura. Mira aquel Macías, ídolo de los amantes, que tanto se quejaba del olvido en que lo tenía su señora.⁴ Huye de pegarle coces al aguijón. De tanto pensar en la amada viene la pena, y en el olvido está el descanso. Así que finge alegría y te sentirás alegre.

CALISTO. Sempronio, amigo, pues tanto te preocupa mi soledad, llama a Pármene para que se quede conmigo.

PÁRMENE. Estoy aquí, señor.

CALISTO. Ah, no te veía. Ve con Dios, Sempronio. (*Sale Sempronio de la cámara.*) Y a ti, Pármene, ¿qué te parece lo que me pasa? Mi pena es

2 *diligencia*: cualidad del que hace las cosas con prontitud e interés.

3 El pensar obsesivamente en la amada se consideraba la causa principal de la enfermedad de amor. Por eso Sempronio aconseja a Calisto distracciones para olvidar a Melibea.

4 Macías, escritor de poesía amorosa de principios del siglo xv, fue modelo de enamorado doliente. Según la leyenda, fue envenenado por el marido de la mujer que amaba.

grande, Melibea sublime y Celestina buena maestra de estos negocios. No podemos errar. Es mejor darle a ella cien monedas que a otra cinco.

PÁRMENO. (*Aparte, gruñón.*) ¿Es que ya te arrepientes? ¡A ver si tenemos ahora que ayunar por tu generosidad!

CALISTO. Dame tu parecer sincero, Pármeno. Y no bajas la cabeza al responder. ¿Qué decías?

PÁRMENO. Digo, señor, que sería mejor hacerle regalos a Melibea que a esa mujer que te va a tener cautivo.

CALISTO. ¿Cómo cautivo? ¿Estás loco?

PÁRMENO. Sí, cautivo, porque a quien dices un secreto, le das tu libertad.

CALISTO. En eso hay algo de cierto, pero como entre Melibea y yo hay mucha distancia de clase social, y ella está obligada a vivir retirada por su condición de mujer, es imposible que pueda hablarle por segunda vez sin un mediador que le lleve mis mensajes. ¿No apruebas lo que he hecho?

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¡Que lo apruebe el diablo!

CALISTO. ¿Qué dices?

PÁRMENO. Digo, señor, que un error nunca viene solo.

CALISTO. El dicho lo apruebo, pero no entiendo la intención.

PÁRMENO. Señor, la pérdida del halcón fue la causa de tu entrada en la huerta de Melibea, allá la viste y le hablaste, y eso engendró amor, y el amor parió tu pena, y la pena echará a perder tu cuerpo, tu alma y tu hacienda. Pero lo que más lamento es que hayas caído en manos de esa trotaconventos, a la que ya han emplumado tres veces.⁵

CALISTO. ¡Bien, Pármeno, di más cosas así, que me agrada! Cuanto más la criticas, más me gusta. Que cumpla conmigo, y que la emplumen por cuarta vez. Eres insensible, Pármeno, tú no sufres como yo.

PÁRMENO. Señor, aunque me riñas lleno de ira, no me arrepiento de darte estos consejos, porque no eres libre. Tu voluntad está cautiva.

⁵ *Trotaconventos* es el mote que recibe la alcahueta de *El libro de buen amor* del Arcipreste de Hita, porque muchos de sus clientes eran monjes. *Emplumar* era un castigo que se infligía en público y que consistía en atar a la alcahueta a un madero, desnuda y untada de miel, para cubrirla de plumas.

CALISTO. (*Irritado.*) ¡Palos quiere este bellaco! Di, malcriado, ¿por qué hablas mal de la que yo adoro? ¿Qué sabrás tú de honra? Y dime, ¿qué es amor? ¿No sabes que el primer escalón de la locura es creerse sabio? Si tú sintieses mi dolor, con otra agua rociarías la ardiente llaga que me ha causado la cruel flecha de Cupido.⁶ El remedio que me busca Sempronio tú me lo apartas con tus vanas palabras. Y te finges fiel, pero eres un cúmulo de lisonjas,⁷ un bote de malicias, el mismo mesón de la envidia. Pues sabe, Pármeno, que mi pena y mi turbulento dolor no se rigen por la razón, y no admiten avisos ni consejos. Y nadie podrá arrancarme la imagen de Melibea sin arrancarme las entrañas.⁸ Para sufrir tu molesta presencia, es mejor estar solo.

PÁRMENO. Señor, el dolor te ha privado del juicio, pero mis agrias palabras son mejores para matar tu cáncer que las blandas palabras que te dice Sempronio, que lo ceban y atizan el fuego de tu amor hasta ponerte al borde de la sepultura.

CALISTO. ¡Calla, calla, perdido! Estoy yo penando y tú filosofando. No te aguanto más. Ve a decir que saquen un caballo, que lo limpien mucho y que aprieten bien la cincha.⁹ Quizás me decida a pasar por delante de la casa de mi señora y mi Dios.

ESCENA II

Pármeno va hacia el establo y, renegando, porque no está Sosia, tiene que encargarse él mismo de aparejar la cabalgadura.

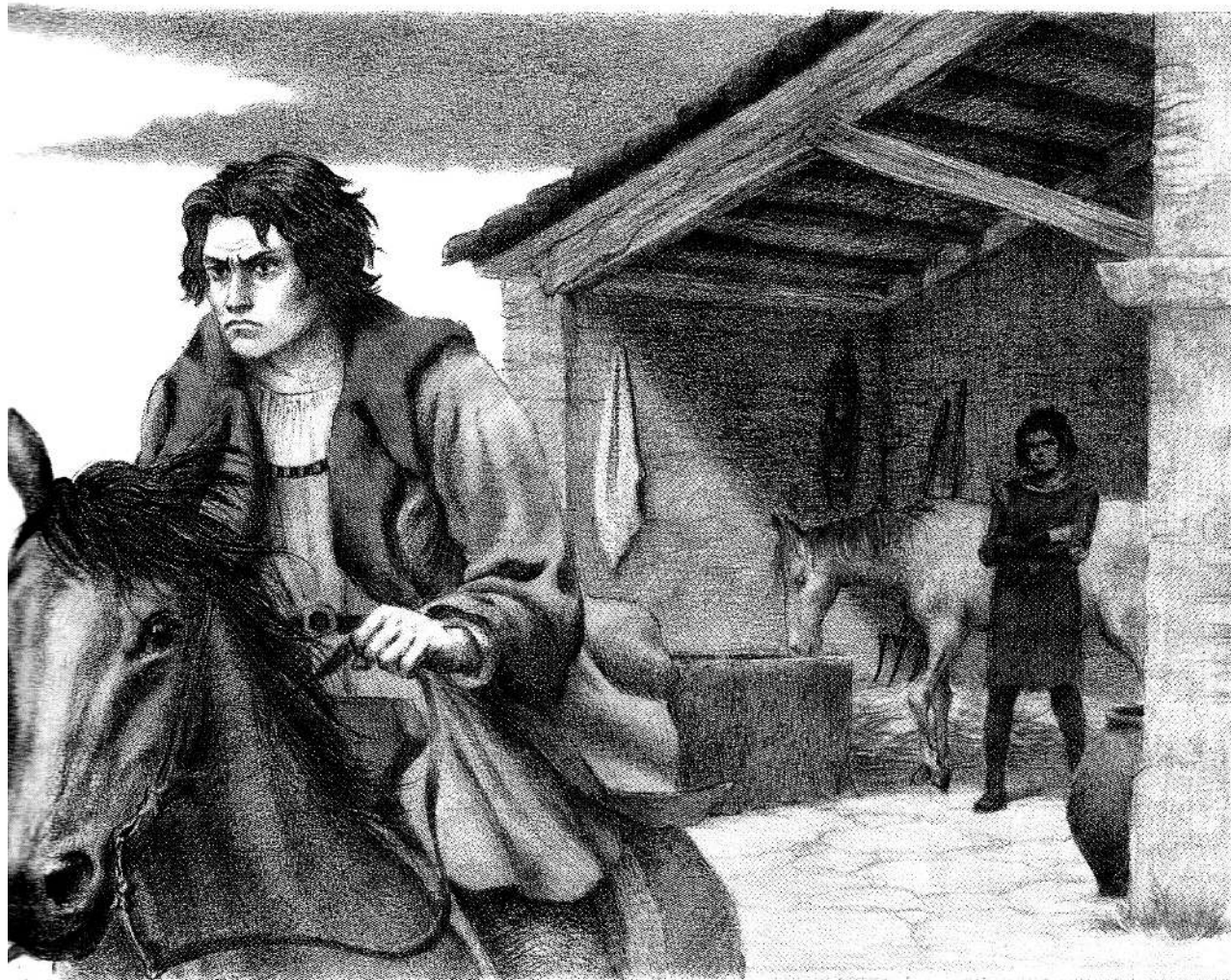
PÁRMENO. (*Llamando.*) ¡Mozos! ¿No hay ningún mozo en casa? (*Para sí.*) Tendré que hacerlo yo. ¡Acabaré siendo algo peor que un mozo de cuadra! En fin, vamos allá. Todo esto me pasa por decir verdades... (*Entrando al establo.*) Qué, señor caballo, ¿relinchas? ¿También tú estás en celo? ¿O es que olisqueas a Melibea...?

6 *Cupido*, dios del Amor, llevaba flechas de oro en el carcaj y las disparaba a ciegas.

7 *cúmulo de lisonjas*: montón de halagos o alabanzas.

8 Según la lírica amorosa de Petrarca, el rostro de la amada queda impreso en el alma del enamorado.

9 *cincha*: correa con que se sujeta la silla por debajo del vientre de la caballería.



ESCENA III

Entra Calisto en el establo, monta a caballo y sale a la calle.

CALISTO. ¿Viene ese caballo? ¿Qué haces, Pármeno?

PÁRMENO. Señor, aquí está. Es que Sosia no aparece.

CALISTO. Pues sujeta el estribo, y abre más esa puerta. Y si viene Sempronio con la madre, que me esperen, que pronto estaré de vuelta. (*Se marcha.*)

PÁRMENO. ¡Ojalá que no! ¡Vete con el diablo! Si a un loco de estos le dices lo que le conviene, no te puede ver. ¡Si ahora le diesen una lanzada en el calcañar,¹⁰ le saldrían más sesos que de la cabeza! ¡Pues por mí, que Celestina y Sempronio te espulguen! ¡Oh desdichado de mí! Por ser leal

¹⁰ *calcañar*: la parte posterior de la planta del pie.

padezco mal. Otros ganan por ser malos y yo pierdo por ser bueno. ¡Así es el mundo! Si hubiera hecho caso a Celestina con sus seis docenas de años auestas, no me hubiera maltratado Calisto. Así que, en adelante, escarmentaré. Le seguiré la corriente... Si dice «Comamos», yo también; que quiere echar abajo la casa, lo aprobaré; que quiere quemar su hacienda, iré a por fuego. ¡Destruya, rompa, quiebre, dañe, dé lo suyo a las alcahuetas..., que mi parte me tocará, pues, como dicen, a río revuelto ganancia de pescadores!¹¹

11 El refrán que enuncia Pármeno alude a las personas que se benefician de una situación de desorden.



ACTO III

Tras dejar la casa de Calisto, Celestina va hacia la suya. Sempronio le da alcance. La vieja le informa del trato que ha hecho con Pármeno, a cuya madre, bruja y alcahueta también, dedica un sentido lamento fúnebre. Llegan a casa y, mientras Sempronio sube a un cuarto con la prostituta Elicia, la bruja prepara el hechizo e invoca al diablo para tener éxito con Melibea.

SEMPRONIO, CELESTINA, ELICIA

ESCENA I

En la calle, de camino a casa de Celestina.

SEMPRONIO. ¡Qué despacio camina la vieja barbuda! A dineros pagados, brazos quebrados.¹ ¡Eh, señora Celestina!

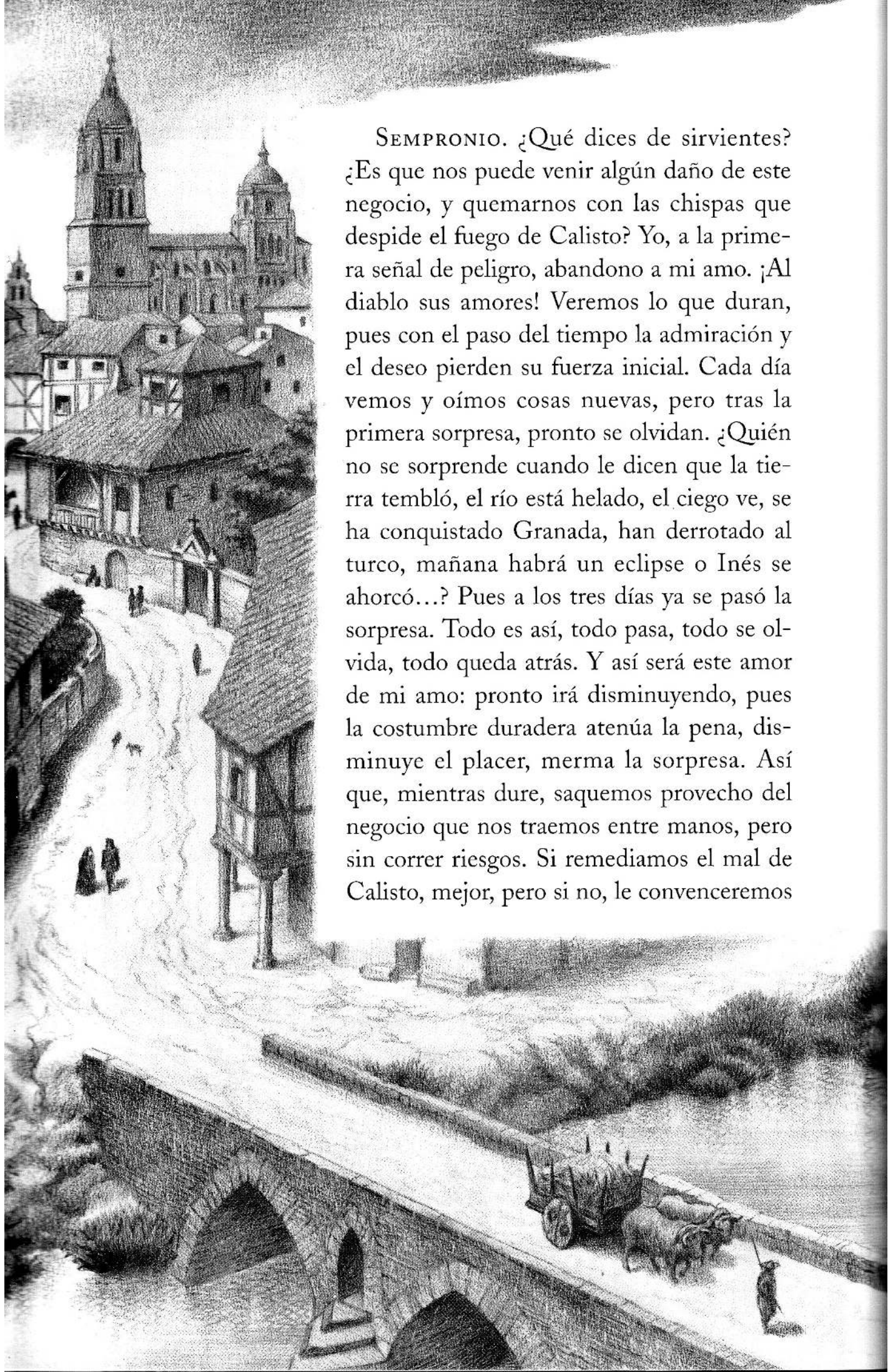
CELESTINA. ¿A qué vienes, hijo?

SEMPRONIO. A nuestro enfermo no se le cuece el pan.² Mi amo teme tu negligencia.

CELESTINA. La impaciencia es propia de los que aman, sobre todo de los principiantes, los que pican el primer cebo sin reparar en el daño que causan a sus sirvientes.

1 Refrán con el que se expresa que, una vez se ha cobrado un trabajo no realizado, ya no se pone interés ni diligencia en ejecutarlo.

2 La expresión *no se le cuece el pan* significa 'está impaciente', pero aquí tiene también un sentido erótico, pues *meter el pan en el horno* es una metáfora del acto sexual.



SEMPRONIO. ¿Qué dices de sirvientes? ¿Es que nos puede venir algún daño de este negocio, y quemarnos con las chispas que despide el fuego de Calisto? Yo, a la primera señal de peligro, abandono a mi amo. ¡Al diablo sus amores! Veremos lo que duran, pues con el paso del tiempo la admiración y el deseo pierden su fuerza inicial. Cada día vemos y oímos cosas nuevas, pero tras la primera sorpresa, pronto se olvidan. ¿Quién no se sorprende cuando le dicen que la tierra tembló, el río está helado, el ciego ve, se ha conquistado Granada, han derrotado al turco, mañana habrá un eclipse o Inés se ahorcó...? Pues a los tres días ya se pasó la sorpresa. Todo es así, todo pasa, todo se olvida, todo queda atrás. Y así será este amor de mi amo: pronto irá disminuyendo, pues la costumbre duradera atenúa la pena, disminuye el placer, merma la sorpresa. Así que, mientras dure, saquemos provecho del negocio que nos traemos entre manos, pero sin correr riesgos. Si remediamos el mal de Calisto, mejor, pero si no, le convenceremos

de que Melibea lo desprecia. Y en todo caso, más vale que sufra el amo que no que peligre el mozo.

CELESTINA. Bien dicho, Sempronio. Estoy contigo. No podemos fallar, pero, hijo, todavía me queda trabajo que hacer, muchas idas y venidas, exponer fingidas razones, recibir malas palabras, aunque sólo sea para que no digan que me gano el salario sin hacer nada.

SEMPRONIO. Hazlo a tu gusto, que no será este el primer negocio que has tenido entre manos.

CELESTINA. ¿El primero, hijo? Gracias a Dios, pocas vírgenes de esta ciudad han abierto tienda sin que no les haya vendido yo el primer hilado.³ ¿Qué pensabas, Sempronio, que me mantengo del aire? ¿Acaso tengo otros bienes que este oficio del que como y bebo, del que visto y calzo? En esta ciudad nací y aquí me crié, y aquí me conocen por mantener mi honra... y la de las vírgenes. Si alguien ignora mi nombre y mi casa, es que es extranjero.

SEMPRONIO. Dime, madre, ¿de qué hablaste con mi compañero Pármeneo cuando subí con Calisto a por el dinero?

CELESTINA. Le hablé sin tapujos de que ganaría más en nuestra compañía que halagando a su amo. Y le recordé quién era su madre para que no despreciase mi oficio.

SEMPRONIO. ¿Tanto tiempo hace que lo conoces, madre?

CELESTINA. Aquí está Celestina que lo vio nacer y ayudó a criarlo. Su madre y yo, uña y carne. De ella aprendí lo mejor del oficio. Juntas comíamos, juntas dormíamos y juntas pasábamos nuestras diversiones y hacíamos nuestros negocios. En casa y fuera, como dos hermanas. Nunca gané una blanca⁴ sin que ella recibiera la mitad. Pero, ¡oh muerte, muerte, a cuántos privas de agradable compañía! ¡A cuántos desconsuela tu enojosa visita! ¡Por uno que te llevas a tiempo, siegas mil antes de hora! ¡Descansa eternamente en paz, señora Claudina, leal amiga y buena compañera!⁵

3 Es decir, 'pocas vírgenes han deseado tener su primera relación sexual sin que yo haya ejercido de alcahueta'.

4 *blanca*: la moneda de menos valor en la época.

5 Este lamento tiene las características del *planto* medieval, un discurso fúnebre en el que se impreca o maldice la muerte y se hace el elogio del difunto.

Pues si yo traía el pan, ella la carne, si yo ponía la mesa, ella los manteles. No era una loca, ni una engreída, como las de ahora. Iba de una punta a otra de la ciudad a buscar vino con un jarro en la mano, y cuando yo pensaba que ella aún no había vuelto, ya había salido otra vez. En todas partes la invitaban, y nunca regresaba sin un litro de vino en el jarro y otro en el cuerpo. Su palabra era prenda de oro en todos los bodegones, que le fiaban hasta dos y tres arrobas.⁶ Si su hijo fuese como ella, a fe que Calisto quedaría desplumado y nosotros satisfechos. Pero ya marcaré yo a Pármeneo con mi hierro.⁷

SEMPRONIO. ¿Y cómo piensas hacerlo, si es un traidor?

CELESTINA. Le entregaré a Arcúsa. Será uno de los nuestros y no pondrá impedimentos para que le tendamos las redes a Melibea.

SEMPRONIO. ¿Crees que podrás conseguir algo de Melibea?

CELESTINA. Te diré cómo veo el asunto. Melibea es hermosa, Calisto loco y desprendido. Ni a él le dolerá gastar ni a mí andar. ¡Mientras haya dinero por medio, ya puede durar este pleito todo lo que haga falta! Y es que el dinero lo puede todo: quebranta peñas y pasa los ríos en seco. No hay lugar tan alto que un asno cargado de oro no lo suba. Iré a casa de Pleberio, y aunque Melibea esté brava, no será la primera a la que yo baje los humos. Al principio todas son quisquillositas, pero la yegua que consiente una vez la silla, ya nunca desea descansar.⁸ Si cabalgan de noche, no quieren que amanezca. Este es un camino que yo misma nunca me he cansado de recorrer. Y aunque soy vieja, ¡Dios sabe que todavía siento muchos deseos! ¡Cuánto más no sentirán estas que hierven sin fuego! Al primer abrazo quedan cautivas, se hacen esclavas del que antes eran señoras, rompen paredes, abren ventanas, fingen enfermedades, echan aceite a las chirriantes bisagras de las puertas para que no hagan ruido... ¡Si supieras qué efecto hace la dulzura de los primeros besos del amante! Las mujeres pasan de un extremo a otro.

6 *arroba*: unos dieciséis litros.

7 Al ganado se lo marca con un *hierro* candente para identificar a su propietario. Celestina, pues, quiere decir que convertirá a Pármeneo en uno de los suyos y que hará su voluntad.

8 Esto es, 'la mujer que mantiene una vez relaciones sexuales, ya no quiere dejar de hacerlo'; de ahí que, como dice luego, no desee que amanezca y que se marche el amante.

SEMPRONIO. No te entiendo, madre.

CELESTINA. Quiero decir que la mujer no tiene término medio: tan pronto ama con pasión al que la pretende como lo odia. Por eso yo voy confiada a casa de Melibea, porque sé que, aunque al principio tenga que rogarle, al final será ella la que me ruegue. Para tener la excusa de entrar por primera vez en las casas que no me conocen bien, llevo siempre conmigo en la faltriquera⁹ una madeja de hilos y algunas otras cosillas, como cofias, cintas de oro y seda, forros, tenacillas, cremas para la cara, y hasta agujas y alfileres. Pueden ser un cebo a la hora de requerir la prima cita.

SEMPRONIO. Madre, ten cuidado con lo que haces, porque lo que empieza mal sólo puede acabar peor. El padre de Melibea es noble y valeroso, su madre celosa y brava, y tú eres la misma sospecha. Ella es su única hija, todo su bien. Sólo de pensarlo me echo a temblar; a ver si vas por lana y vienes... emplumada.¹⁰

CELESTINA. ¡Calla, agorero! ¿Así que quieres dar consejos a Celestina sobre su oficio...? Mira, Sempronio, cuando tú naciste, ya comía yo pan con corteza.

SEMPRONIO. Madre, no te sorprendas de mi temor, pero es que de este asunto podemos salir malparados. Yo quisiera que este negocio acabase bien, no tanto por sacar a mi amo de la pena, como por salir yo de la miseria.

ESCENA II

Celestina llega a casa acompañada de Sempronio.

ELICIA. ¡Qué sorpresa, Sempronio! ¿Otra vez por aquí?

CELESTINA. Calla, boba, déjale, que traemos otro pensamiento en que nos va más. ¿Está desocupada la casa? ¿Se ha ido ya la moza que esperaba al fraile?

ELICIA. Sí, y después vino otra, que se ha ido también.

CELESTINA. Pues sube enseguida al desván y baja el bote del aceite de serpiente que está colgado de la sogá que traje del campo la otra noche,

⁹ *faltriquera*: bolsa que se llevaba atada a la cintura.

¹⁰ Sempronio cambia la palabra *trasquilado* del refrán original («ir por lana y volver trasquilado») para aludir al castigo que se imponía a las alcahuetas. Véase la nota 5 de la p. 75.

cuando llovía.¹¹ Y en el arca de los hilos encontrarás a mano derecha un papel escrito con sangre de murciélago, bajo el ala del dragón al que ayer arrancamos las uñas. Ten cuidado de no derramar el agua de mayo.¹²

ELICIA. Madre, ese papel no está donde dices. Nunca te acuerdas de dónde guardas las cosas.

CELESTINA. Por Dios, Elicia, no me maltrates en mi vejez. Y no te hagas la interesante porque esté aquí Sempronio. Entra en la cámara de los ungüentos y, en el pellejo del gato negro, donde te mandé meter los ojos de la loba, encontrarás el papel. Ah, y baja también la sangre del cabrón y unas cuantas barbas de las que tú le cortaste.¹³

ELICIA. (*Viene del cuarto y le entrega a la bruja lo pedido.*) Aquí lo tienes, madre. Ahora me subo arriba con Sempronio. (*Se van.*)

CELESTINA. (*Prepara la pócima, mientras invoca al diablo para que le ayude.*) Te conjuro, triste Plutón, señor de los profundos infiernos, capitán soberbio de los ángeles condenados, señor de los fuegos sulfúreos que salen del monte Etna,¹⁴ gobernador y vigilante de los tormentos que reciben las almas pecadoras, regidor de las tres furias,¹⁵ administrador de todas las cosas negras del reino de Estigia,¹⁶ con sus lagunas, sombras infernales y el caos de los abismos, mantenedor de harpías y de las espantosas y temibles hidras;¹⁷ yo, Celestina, tu protegida más conocida, por la vir-

11 El *aceite de serpiente* era un preparado de aceite, vino y víboras cocidas vivas, y que se usaba como medicamento o para conjuros. Las brujas merodeaban de noche en torno a los patíbulos, de donde sacaban las sogas de los ahorcados para utilizarlas en sus conjuros.

12 En la Edad Media el murciélago y el *dragón* ('lagarto cuya piel del abdomen se expande y le sirve de alas en sus saltos') se asociaban con el diablo, por lo que se les atribuían propiedades medicinales y se utilizaban como maleficios. Por otro lado, el agua llovida en mayo es beneficiosa para el campo y las brujas la usaban para sus pócimas.

13 Tanto la loba como el cabrón eran considerados animales lujuriosos. El demonio adoptaba la forma de cabrón cuando se les aparecía a las brujas.

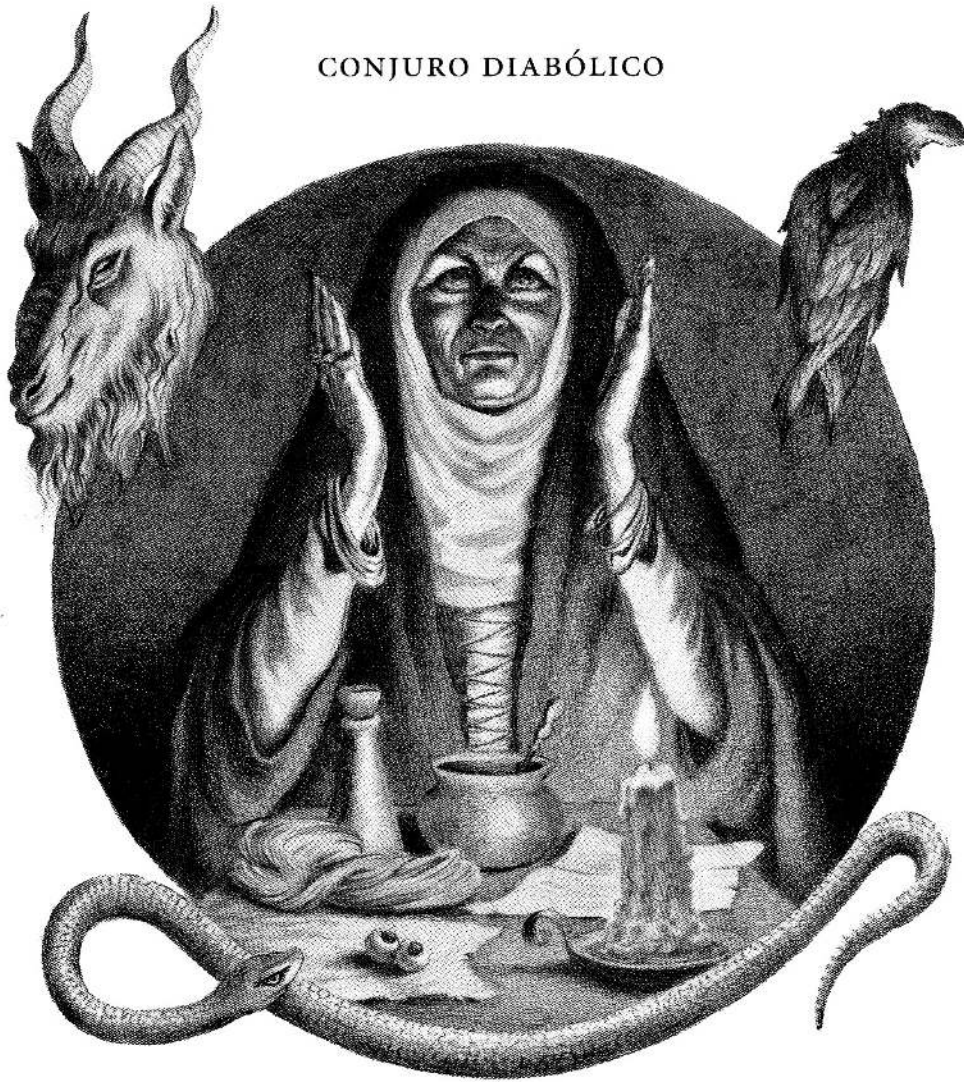
14 Celestina identifica a Plutón, dios pagano del mundo de los muertos, con Satanás. Se creía que en las profundidades de la Tierra estaba el infierno, y de sus fuegos de azufre daba testimonio el volcán Etna, en Sicilia, donde habitaba Vulcano, según la mitología clásica.

15 Según la mitología griega, las *tres furias* eran divinidades infernales, representadas con serpientes enroscadas en los cabellos, que azotaban a las almas de los muertos.

16 Al reino de los muertos se acudía atravesando la laguna Estigia.

17 Las *harpías* eran seres fabulosos que tenían cuerpo de ave y cabeza de mujer. Las *hidras* eran serpientes monstruosas con varias cabezas que mataban con el aliento.

CONJURO DIABÓLICO



tud y fuerza de estas rojas letras escritas con sangre de murciélago y por los nombres y signos que hay en este papel, y por el áspero veneno de las víboras que tiene este aceite con el que unto esta madeja de hilos, te conjuro a que vengas sin tardanza, y me obedezcas, y te envuelvas en este hilado, hasta que Melibea lo compre y de tal manera quede enredada, que cuanto más lo mire, más se ablande su corazón, y se lo abras y lo hieras del cruel y fuerte amor de Calisto, tanto que, dejando a un lado su honestidad, se descubra a mí y premie mis pasos y el mensaje que le llevo. Y una vez hecho esto, pídemelo todo lo que se te antoje. Si no lo haces enseguida, me tendrás por tu principal enemiga, y entonces heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras; y descubriré tus continuas mentiras; y con ásperas palabras delataré tu horrible nombre. Una y muchas veces te conjuro. Y así, confiada en mi gran poder, salgo para allá con mi hilado, donde creo que ya te llevo envuelto.



ACTO IV

Celestina habla consigo misma de camino a la casa de Pleberio. Al llegar encuentra a la puerta a Lucrecia, la criada, y charla con ella. Al oírlas, Alisa, madre de Melibea, hace entrar a Celestina. Viene un mensajero a llamar a Alisa, y ésta se marcha. Celestina queda a solas con Melibea y le descubre la causa de su venida.

CELESTINA, LUCRECIA, ALISA, MELIBEA

ESCENA I

*Celestina va inquieta y recelosa
por la calle a casa de Melibea.*

CELESTINA. (*Para sí.*) Ahora que voy sola, no está de más que reflexione sobre los peligros que teme Sempronio. Antes los he querido disimular, pero si me descubren en mi intento de ganar la voluntad de Melibea, puede que me manteen, o que me pongan la corozza, o que me azoten cruelmente,¹ eso si no me quitan la vida. Y entonces, ¡amargas cien monedas serían estas! ¡Ay, desgraciada de mí! ¡En qué trampa me he metido! Que por mostrarme complaciente me estoy jugando la vida. ¿Qué hago,

¹ El *manteamiento* ('acción de lanzar repetidas veces al aire a una persona con una manta sostenida entre varios'), los azotes o la *corozza* (un capirote o cono de papel pintado con figuras alusivas al delito) eran los castigos a los que se sometía a las alcahuetas.



pobre de mí? ¿Voy, o me doy la vuelta? (*Se detiene.*) Estoy confusa, du-
do... Si no voy, ¿qué dirá Sempronio? Dirá que dónde dejé mis fuerzas,
mi saber, mi astucia, mi solicitud... Y su amo Calisto, ¿qué dirá?, ¿qué
hará? Pensará que lo he engañado para aprovecharme de él. Y si no lo
piensa, dará voces como un loco, y me dirá a la cara insultos rabiosos:
«Tú, puta vieja, ¿por qué acrecentaste mi pasión con promesas? Alcahue-
ta falsa, para todo el mundo tienes pies,² pero para mí sólo lengua, para
todos obra, para mí palabras, para todos luz, para mí tiniebla, para todos
remedio, y para mí pena». ¡Ay, triste de mí, que, haga lo que haga, reci-
biré un castigo! Así las cosas, prefiero ofender a Pleberio que enojar a Ca-
listo. Iré, cumpliré lo prometido y no quedaré por cobarde. (*Echa a andar
de nuevo.*) La Fortuna siempre ayuda a los osados. Ya veo la casa. ¡Ánimo,
ánimo, Celestina!, no desmayes, que todos los agüeros que te han salido
al paso son favorables,³ o yo no sé nada de este arte, pues de cuatro hom-

2 Por razón de su oficio, las alcahuetas debían andar a menudo de casa en casa.

3 *agüero*: señal o pronóstico para saber si algo será favorable o adverso.

bres con los que me he cruzado, tres se llaman Juan y dos son cornudos.⁴ Las primeras palabras que he oído en la calle han sido de amores, y hoy no he tropezado, como tantas veces, en ninguna piedra, ni me estorban las faldas, ni me canso al caminar. Y todos me saludan. Y no me ha ladrado ni un perro, ni he visto un cuervo ni otra ave nocturna. Todo han sido buenas señales. Y lo mejor es que veo a Lucrecia a la puerta de Melibea. Es prima de Elicia: no me será contraria.

ESCENA II

*Celestina encuentra a la puerta de casa
a Lucrecia, la criada de Pleberio.*

LUCRECIA. ¿Quién es esta vieja, que viene haldeando?⁵

CELESTINA. La paz sea en esta casa.

LUCRECIA. Celestina, madre, sé bienvenida. ¿Qué Dios te trae por este barrio?

CELESTINA. No otro que mi amor, las ganas de verte, un recado que te traigo de Elicia, y también el deseo de ver a tus señoras, la vieja y la mocita. Desde que me mudé de barrio, no las he visitado.

LUCRECIA. ¿Sólo para esto has salido de casa? Me sorprendes, pues no sueles dar un paso sin provecho.

CELESTINA. ¿Qué más provecho quieres, boba, que cada uno satisfaga sus deseos?⁶ A las viejas como yo, no nos faltan necesidades. Tengo hijas⁷ que mantener. Por eso vengo, a ver si vendo un poco de hilado.

LUCRECIA. ¡Lo que yo digo!, que nunca metes aguja sin sacar reja.⁸ Pues mi señora la vieja está tejiendo una tela y necesita hilo. Entra y espera aquí.

4 En la época se decía «es un Juan» a un hombre buenazo y fácil de engañar, y, como dos de los Juanes con los que Celestina se cruza son cornudos (y, por tanto, 'engañados'), el augurio que se le presenta es doblemente favorable.

5 *haldear*: andar de prisa las personas que llevan faldas.

6 La frase de Celestina alude veladamente al deseo sexual.

7 Esto es, 'pupilas', 'prostitutas'.

8 Es decir, 'nunca haces nada sin sacar beneficio', expresión que aquí tiene, además, sentido erótico (*meter la aguja*), y alude al oficio de alcahueta.

ESCENA III

En la sala, Alisa, esposa de Pleberio y madre de Melibea, teje una prenda. A su lado, Melibea borda. Entra Lucrecia, la sirvienta.

ALISA. ¿Con quien hablabas, Lucrecia?

LUCRECIA. Señora, con aquella vieja de la cuchillada en la cara,⁹ que vivía donde los curtidores, en la cuesta del río.

ALISA. No la recuerdo. Si no me das más datos, es como echar agua en un cesto.

LUCRECIA. ¡Jesús, señora! Esta vieja es más conocida que el ajo. No sé cómo te has olvidado de que la pusieron en la picota¹⁰ por hechicera y por vender mozas a los abades.

ALISA. ¿Qué oficio tiene?

LUCRECIA. Señora, tiene treinta oficios. Hace perfumes, conoce muchas hierbas, cura niños...

ALISA. Dime su nombre, si lo sabes.

LUCRECIA. ¿Que si lo sé, señora? No hay niño ni viejo en toda la ciudad que no lo sepa. Pero me da vergüenza decirlo.

ALISA. Anda, boba, dilo.

LUCRECIA. Se llama Celestina, con perdón.

ALISA. ¡Ji, ji, ji! ¡Me da la risa de ver el poco aprecio que le tienes, que hasta te avergüenza decir su nombre! Ya me voy acordando de ella. ¡Una buena pieza! Algo vendrá a pedirme. Dile que suba.

LUCRECIA. *(La llama.)* Sube, tía.

ESCENA IV

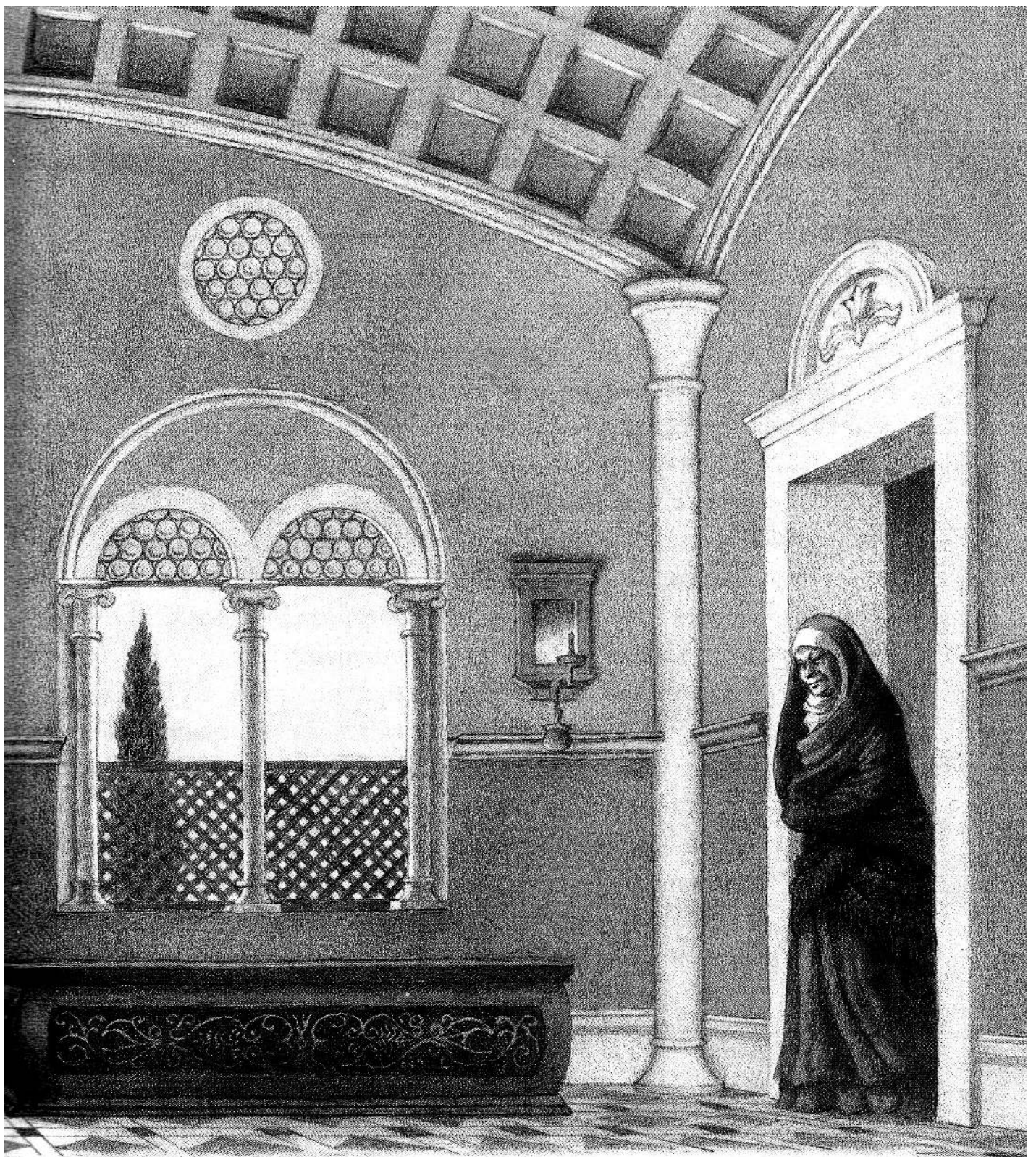
Entra Celestina exagerando torpezas de vieja y modales modosos.

CELESTINA. Buena señora, la gracia de Dios esté contigo y con tu noble hija. Mis enfermedades me han impedido visitarte, pero Dios conoce mis buenas intenciones y mi afecto por vosotras, que la distancia de

⁹ La marca del diablo o la señal hecha a las prostitutas. Véase la nota 37 de la p. 60.

¹⁰ La *picota* era una columna donde se exponía a un delincuente a la vergüenza, o las cabezas de los ajusticiados, para escarmiento público.





nuestras casas no ha podido disipar. Ahora la necesidad me obliga. He sabido por tu criada que necesitabas hilo y aquí lo traigo.

ALISA. Vecina honrada, tus palabras y tu ofrecimiento me mueven a compasión. Si el hilado es bueno, se te pagará bien.

CELESTINA. ¿Bueno, señora? Es fino como el pelo de la cabeza, recio como cuerda de vihuela y blanco como copo de nieve. Yo misma lo hilé con estos dedos. Aquí están las madejas.

ALISA. Melibea, hija, atiende a esta mujer honrada, que se me hace tarde para visitar a mi hermana. (*Recoge el tejido y las agujas, y se pone en pie.*) Hace un instante vino un paje a decirme que ha empeorado.

CELESTINA. (*Aparte.*) Por aquí anda el diablo disponiéndolo todo. Ahora o nunca.

ALISA. ¿Qué dices, amiga?

CELESTINA. Señora, que maldito sea el diablo que ha empeorado el mal de tu hermana. ¿Qué mal tiene?

ALISA. Un dolor en el pecho. Ruega tú a Dios por su salud.

CELESTINA. Yo te prometo, señora, que en cuanto salga de aquí iré por esos monasterios, donde tengo frailes devotos míos, y les daré el mismo encargo que me das. Y rezaré el rosario.

ALISA. Melibea, dale lo que sea de razón por el hilado. Y tú, madre, perdóname; otro día nos veremos con más tiempo.

CELESTINA. De Dios seas perdonada, que me quedo en buena compañía. Dios deje gozar a tu hija de su florida juventud, que es el tiempo en que se alcanzan mayores placeres. (*Suspira muy afligida.*) Pues la vejez no es sino mesón de enfermedades, posada de preocupaciones, amiga de disputas, congoja continua, llaga incurable, lamento del pasado, pena del presente, choza sin techo por el que entra la lluvia a raudales y vecina de la muerte. (*Sale Alisa.*)

ESCENA V

Melibea, que ha permanecido en silencio, deja de dar puntadas al bordado, pero sin soltar de las manos el bastidor.

MELIBEA. ¿Por qué, madre, hablas tan mal de la vejez, si todo el mundo desea llegar a viejo?

CELESTINA. Porque vivir es dulce y todo el mundo quiere vivir mucho. Así que el niño desea ser mozo, el mozo viejo, y el viejo más viejo aún, aunque esté lleno de achaques. Pero ¿quién te podría contar, señora, los inconvenientes de la vejez, sus enfermedades, su pesadumbre, el arrugarse la cara, el hundimiento de la boca, la caída de los dientes, las canas, la pérdida de oído y de vista, la falta de fuerzas, el flaco andar, el lento co-

mer...? Pues, ¡ay, ay, señora!, si a todo lo dicho le añades la pobreza y el hambre...

MELIBEA. Cada uno habla de la feria según le va en ella. Los ricos cantarán otra canción.

CELESTINA. Señora, cada estado tiene su mal. Al rico se le va el sueño, la alegría y el sosiego por el desagüe de los engaños y los falsos halagos. El pobre, en cambio, duerme sin temor a perder sus bienes. A mí me quieren por mi persona, al rico por su hacienda. Al rico nunca le dicen la verdad, todos le dicen lisonjas, todos le envidian, sus hijos y nietos piden a Dios que se lo lleve al otro mundo para repartirse sus bienes...¹¹

MELIBEA. Dime, madre, ¿no eres tú Celestina, la que vivía en las curtidurías, junto al río?

CELESTINA. La misma, hasta que Dios quiera.

MELIBEA. Bien dicen que los días no se van en balde. No te habría conocido, si no fuera por esa señaleja de la cara. Me parecías hermosa, pero estás muy cambiada.

LUCRECIA. (*Aparte.*) ¡Ji, ji, ji! ¡Hermosa la vieja con la cicatriz en la cara!

MELIBEA. ¿De qué te ríes, loca?

LUCRECIA. De que en tan poco tiempo que ha pasado no conozcas a la madre por la fisonomía de la cara.

MELIBEA. No es tan poco tiempo dos años. Y ahora tiene la cara muy arrugada.

CELESTINA. Señora, detén tú el tiempo para que no ande, que yo haré que no se me mude la cara. ¿No has leído eso de que vendrá el día que no te conozcas en el espejo? Yo encanecí pronto, y por eso parezco de más edad.

MELIBEA. Celestina, amiga, me he alegrado de verte y oírte. Ahora toma tu dinero y vete con Dios, que no debes de haber comido.

CELESTINA. ¡Oh angélica imagen, oh perla preciosa!, gozo me da verte hablar. Pero, ¿no sabes que por la divina boca fue dicho que no sólo de

¹¹ Los inconvenientes de la riqueza que Celestina enumera forman parte de una larga tradición literaria.

pan viviremos?¹² Yo suelo estar hasta dos días en ayunas por ayudar a otros. Y si tú me das licencia, te diré la verdadera causa de mi venida, que no es otra que una gran necesidad.

MELIBEA. Dime, madre, todas tus necesidades, que si yo puedo remediárlas, lo haré de muy buen grado.

CELESTINA. ¿Necesidades mías, señora? Ajenas más bien, que las mías las paso de puertas para dentro. Como cuando puedo y bebo cuando tengo algo que beber, pero, gracias a Dios, nunca me ha faltado una blanca para pan y vino. Antes de enviudar siempre tenía en casa una bota llena de vino y, después de tomar la sopa, siempre me echaba dos docenas de sorbos. Pero ahora, desgraciada de mí, tengo que salir a la taberna seis veces al día a por un jarrico. Ya lo dice el refrán: con pan y vino se anda el camino, que no con mozo garrido. Y es que donde no hay varón, se carece de todo. Viene esto al caso, señora, por lo que decía de las necesidades ajenas, no las mías.

MELIBEA. Pide lo que quieras, sea para quien fuere.

CELESTINA. ¡Doncella graciosa y de alto linaje!, tu suave habla y tu generosa disposición me dan valor para decírtelo. He dejado a un enfermo a las puertas de la muerte, pero una sola palabra de tu noble boca lo sanará.

MELIBEA. Vieja honrada, no te entiendo. Pero seré dichosa en sanar a algún cristiano, porque hacer el bien es imitar a Dios. Pide sin temor.

CELESTINA. He perdido el temor al contemplar tu belleza, pues Dios no pudo hacerla en balde, sino para almacén de virtudes, de misericordia y de compasión. Nadie nace para sí mismo, pues si así fuese seríamos como animales..., aunque los hay que son piadosos, como el unicornio, que se humilla ante una doncella,¹³ o el perro, que cuando viene impetuoso a morder, no hace daño si se le echan al suelo: eso es piedad. ¿Y las aves? El gallo no come nada sin que participen de ello las gallinas. El pelícano se rompe el pecho para dar de comer a los hijos de sus entrañas. Las ci-

12 La *divina boca* es Jesús, que dijo: «No sólo de pan vive el hombre» (Mateo, 4, 4).

13 Se decía que al unicornio, caballo fabuloso con un cuerno en la frente, sólo se le podía cazar utilizando como señuelo a una doncella.

güeñas mantienen a sus viejos padres en el nido, porque ellos les dieron de comer cuando eran pollitos. ¿Y vamos a ser más crueles los hombres? ¿Vamos a negar nuestra gracia y nuestra persona a los que padecen secretas enfermedades, cuya causa y medicina están en el mismo lugar?

MELIBEA. (*Impaciente.*) Por Dios, no te alargues más y dime ya quién es ese doliente, cuyo mal y remedio salen de una misma fuente.

CELESTINA. Seguro, señora, que has oído hablar de un joven caballero de sangre noble, que llaman Calisto.

MELIBEA. ¡Ya, ya, ya! Buena vieja, no me digas más. ¿Es ese el enfermo por el que has dado tantos rodeos? (*Airada.*) Desvergonzada barbuda, ¿por ese perdido vienes a buscarte la muerte? ¿Qué siente ese bellaco? La locura será su mal. ¡Ojalá acabes en la hoguera, alcahueta falsa, hechicera, enemiga de la honestidad! ¡Jesús, Jesús! ¡Lucrecia, quítamela de delante, que me muero, que no me ha dejado ni una gota de sangre en el cuerpo! Si no fuera por que he de velar por mi honestidad, yo haría que tus palabras y tu vida acabaran al mismo tiempo.

CELESTINA. (*Aparte.*) ¡En mala hora he venido aquí si me falla el conjuro! (*Al diablo.*) ¡Eh, hermano, que se echa todo a perder!

MELIBEA. ¿Te atreves a hablar entre dientes delante mí, para aumentar mi enojo? ¿Quieres condenar mi honestidad por dar vida a un loco? ¿Voy a destruir la casa y la honra de mi padre por ganar la de una vieja maldita como tú? ¿Acaso crees que no he entendido tu dañino mensaje? Respóndeme, traidora.

CELESTINA. Señora, no hay razón para el enojo y la ira. Por Dios, señora, déjame concluir, que ni él será culpado ni yo condenada. No me atrevería yo a hablar de Calisto si no fuera por...

MELIBEA. ¡Jesús! No quiero oír nombrar más a ese loco saltaparedes, a ese fantasma de noche,¹⁴ o aquí mismo caeré muerta. ¡Ese es el que me vio el otro día y se puso conmigo muy galán! Dile, buena vieja, que si tuve paciencia de oír sus necedades y no castigué su atrevimiento, fue por-

14 *Saltaparedes* y *fantasma de noche* (esto es, 'calavera', 'hombre poco juicioso y libertino') eran adjetivos aplicados a los alocados jóvenes que afrontaban peligros nocturnos para reunirse con sus amadas.

que lo tomé por loco. Y avísale de que renuncie a su propósito, si es que no quiere acabar mal. Y tú vuelve con este recado y da gracias a Dios que sales bien librada de este asunto.

CELESTINA. (*Aparte.*) ¡Más fuerte estaba Troya,¹⁵ y a otras más bravas he amansado yo! No hay tempestad que mucho dure.

MELIBEA. ¿Qué murmuras, enemiga? ¿Tienes algo más que decirme? ¿Qué palabras has venido a pedirme para ese hombre?

CELESTINA. El caballero de que te hablo ha oído que sabes una oración a santa Apolonia para el dolor de muelas, y que tienes un cordón que ha tocado todas las reliquias que hay en Roma y Jerusalén.¹⁶ A por eso he venido. Pero como recibo tan airada respuesta, que sufra su dolor.

MELIBEA. (*Ya calmada.*) Si eso querías, ¿por qué no me lo has dicho al principio y con esas palabras?

CELESTINA. Señora, porque la pena que él me da me turbó y alteró la lengua, y porque el motivo era tan limpio que no creía que se pudiera sospechar mal. Pero que el error no redunde en mi daño, pues yo no tengo otra culpa que ser mensajera del culpado. Que no se rompa la soga por lo más delgado. Que no paguen justos por pecadores. No es razonable que su atrevimiento acarree mi perdición; aunque no me extrañaría que, teniendo en cuenta su condición social, fuera él el delincuente y yo la condenada. Mi oficio es servir a los demás. De esto vivo y de esto me visto. Y a pocos tengo descontentos, porque cumplo lo que me mandan, y lo hago como si tuviese veinte pies y veinte manos.

MELIBEA. No me extraña, porque tantas alabanzas he oído de tus falsas mañas, que no sé si creer que has venido a pedirme una oración.

CELESTINA. Esa es la verdad, y no confesaré otra cosa, aunque me den mil tormentos. En fin, eres mi señora y he de soportar tus ofensas; tú mandas y yo obedezco.

15 Tal y como se explica en la *Ilíada* de Homero, la fortificada ciudad de Troya fue asediada durante diez años por los griegos hasta que al fin fue asaltada y destruida.

16 A la mártir santa Apolonia le partieron todos los dientes, de ahí que la convirtieran en patrona de quienes padecían dolor de muelas. Por otro lado, y según la tradición literaria medieval, la entrega del cordón de la dama a un hombre simbolizaba su propia entrega amorosa.

MELIBEA. Tanto afirmas tu inocencia, que acabaré por creerte. Pero has de entender que me haya enojado sólo de oír nombrar a ese caballero que se atrevió a hablar conmigo. Con todo, si el fin es bueno, olvidémonos de lo pasado. De alguna manera mi corazón se aliviará con una obra piadosa, como es sanar a los afligidos enfermos.

CELESTINA. ¡Y qué enfermo, señora! Es de noble sangre, de admirable presencia, gracioso, alegre, un ángel del cielo. En fuerza, es un Hércules; en generosidad, un Alejandro Magno; en hermosura, más que Narciso; armado y a caballo, un San Jorge. Pero ahora, señora, le tiene derribado una sola muela, y no para de quejarse.

MELIBEA. ¿Y cuánto tiempo...?

CELESTINA. (*La interrumpe.*) Tiene veintitrés años, que aquí está Celestina, que le vio nacer.

MELIBEA. No te he preguntado por su edad, sino cuánto tiempo hace que tiene el mal.

CELESTINA. Ocho días, señora. Pero parece un año. Su mayor remedio es tañer una vihuela y cantar canciones tan lastimeras que parten el alma. Que aunque yo no sé de música, parece que hace hablar a la vihuela; y cuando canta, las aves se paran a oírlo. No hay mujer que lo vea que no dé gracias a Dios por haberlo hecho así; y si él se decide a hablarle, ya no es dueña de sí misma. Así que, juzga, señora, si mis intenciones no eran buenas.

MELIBEA. ¡Oh cuánto me pesa haber tenido tan poca paciencia contigo! Porque siendo él ignorante y tú inocente, habéis padecido mi enojo. En pago de tu sufrimiento, quiero satisfacer tu demanda y darte enseguida mi cordón. (*Le entrega el cordón.*) Y, por si llega mi madre antes de que acabe de escribir la oración, ven mañana en secreto por ella.

LUCRECIA. (*Aparte.*) ¡Ya está perdida mi ama! ¿Que venga Celestina en secreto? ¡Aquí hay fraude! ¡Algo más querrá darle!

MELIBEA. ¿Qué dices, Lucrecia?

LUCRECIA. Señora, que es tarde.

MELIBEA. Madre, no le digas a este caballero nada de lo que hemos hablado, para que no me tenga por cruel, arrebatada o deshonesto.

LUCRECIA. (*Aparte.*) No me engaño, que esto va mal.



CELESTINA. Me sorprende que dudes de mi discreción; no temas, que estoy acostumbrada a sufrir y a encubrirlo todo. Yo me voy tan alegre con el cordón, y estoy segura de que el corazón de Calisto ya se encuentra aliviado, pues debe saber la merced que nos has hecho.

MELIBEA. Aún haré más por tu enfermo, si hace falta, en compensación por lo que ha sufrido.

CELESTINA. (*Aparte.*) Más hará falta y más harás, y aunque no se te agradezca.

MELIBEA. ¿Qué dices de agradecer, madre?

CELESTINA. Digo, señora, que todos agradecemos tu generosidad y esperamos que la pongas en práctica.

LUCRECIA. (*Aparte.*) ¡A ver si tú también te aplicas el cuento...!

CELESTINA. (*Aparte.*) ¡Lucrecia, hija! Ve a casa por una lejía para que esos cabellos te luzcan más que el oro, y unos polvos para quitarte ese

olor de la boca, que te huele un poco, y no hay cosa que peor parezca en la mujer.

LUCRECIA. (*Aparte.*) ¡Oh, Dios te dé buena vejez!

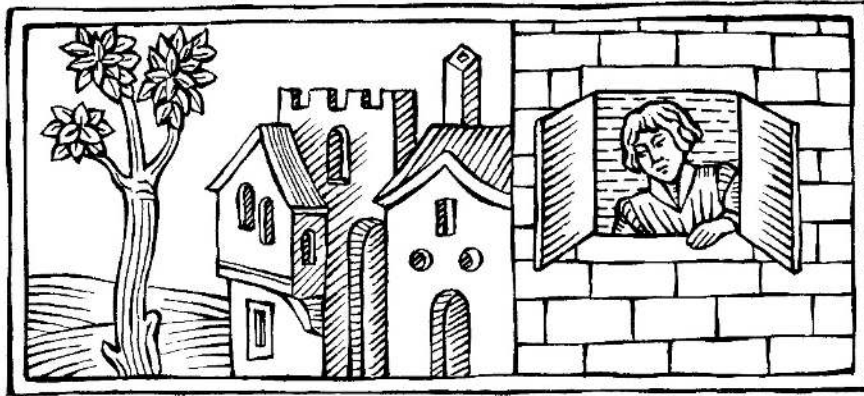
CELESTINA. (*Aparte.*) ¡Pues no murmures contra mí, loquilla, que tú también me necesitarás!

MELIBEA. ¿Qué hablas, madre? Dímelo, que me enojo. No quiero secretos en mi presencia.

CELESTINA. Señora, le dije que te recuerde que debes escribir la oración, y que aprenda de mí a tener paciencia cuando estés airada. Pues tú, señora, te has encolerizado conmigo porque has interpretado mal mis palabras. Y aunque fueran las que tú pensabas, no tienen nada de malo, porque cada día vemos a hombres que sufren por mujeres y mujeres por hombres, y eso lo ha hecho la naturaleza, y la naturaleza la creó Dios, y Dios no hizo nada malo. Y ahora, si me das licencia, me voy a casa de ese caballero.

MELIBEA. Ve con Dios, que ni tu mensaje me ha traído todo el provecho que espero ni de tu ida me puede venir daño.¹⁷

17 Melibea quiere dar a entender que el mensaje de Celestina no es más que el inicio de una relación que ella está deseando. La entrega del cordón y el ruego a Celestina para que al día siguiente vuelva «en secreto» son indicios de que Melibea ha entendido lo que se pretende de ella y está dispuesta a complacer a Calisto.



ACTO V

Celestina abandona la casa de Melibea y va por la calle hablando entre dientes. Encuentra a Sempronio, que la estaba esperando receloso e impaciente por saber el resultado de la entrevista. Pero ella no le adelanta nada hasta contárselo a Calisto. Pármeno los ve llegar y les abre la puerta.

CELESTINA, SEMPRONIO, PÁRMENO, CALISTO

ESCENA I

En la calle, tras salir de casa de Melibea.

CELESTINA. *(Para sí.)* ¡Oh, qué cerca he estado de la muerte! ¡Menos mal que mi astucia ha conseguido calmar el temporal que se me venía encima! ¡Oh amenazas de doncella brava! ¡Oh diablo al que conjuré, qué bien has cumplido tu palabra! Te debo un gran favor, pues has amansado a la cruel hembra con tu poder, y me has permitido que le hable con libertad al provocar la ausencia de la madre. ¡Oh aceite de serpiente, oh blanco hilado, cómo os habéis unido para favorecerme! ¡Ay, vieja Celestina, qué alegre vas! Cuando las cosas empiezan bien, la mitad del camino ya está hecho. Alégrate, vieja, que sacarás más de este pleito que de quince virgos que renovarás. ¡Malditas faldas, cómo me estorbáis para llegar pronto! ¡Oh buena Fortuna, cómo ayudas a los osados! ¡Ay, cordón, cordón, yo te traeré por la fuerza a la que no quiso darme su palabra de buen grado!

ESCENA II

*Sempronio espera impaciente a Celestina en casa de la alcabuela,
y luego la acompaña a casa de Calisto.*

SEMPRONIO. (*Ve venir a Celestina.*) O yo no veo bien, o aquella es Celestina. ¡El diablo la lleve, qué meneo de faldas, qué prisas...! Viene hablando entre dientes.

CELESTINA. ¿De qué te santiguas, Sempronio? ¿Te sorprende verme?

SEMPRONIO. La rareza es madre de la admiración; y ¿quién no se admira al verte hablar entre dientes por la calle, tan de prisa, con la cabeza baja, mirando al suelo? Dime si traes buenas o malas noticias, por Dios, que te estoy esperando desde que dio la una. Tu tardanza me parece la mejor señal.

CELESTINA. Hijo, esa regla de bobos no es siempre cierta. Podía haber tardado una hora más y haberme dejado allí las narices y la lengua.

SEMPRONIO. Por amor mío, madre, de aquí no pasas sin contármelo.

CELESTINA. Amigo Sempronio, vente conmigo, que ni ahora me puedo parar ni este es lugar apropiado para hablar. Delante de Calisto oirás maravillas. Quiero que sepa de mi propia boca lo que he hecho. Que aunque tú tengas una partecita en las ganancias, quiero para mí todas las gracias del trabajo.

SEMPRONIO. ¿Partecita, Celestina? Muy mal me parece lo que dices.

CELESTINA. Calla, loquillo, que todo lo mío es tuyo. Alegrémonos y aprovechémonos, que sobre el reparto nunca reñiremos. Pero ya sabes que los viejos tienen más necesidades que los mozos, y tú necesitas poco, pues vas a mesa puesta.

SEMPRONIO. Otra cosa necesito además de comer.

CELESTINA. ¿Qué, hijo? ¿Cordones para atarte las calzas y un arco para ir de casa en casa tirando a pájaros y a pájaras asomadas a las ventanas?¹ Hablo de las pájaras que no vuelan..., tú ya me entiendes. Para ellas el mejor alcahucte es un arco.²

1 *pájaras*: prostitutas, que se asomaban a la ventana para atraer a los clientes.

2 El arco tiene aquí evidentes connotaciones eróticas, pues con él se disparan 'flechas' (al igual que Cupido, el dios del Amor) a las *pájaras*.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) ¡Oh vieja lisonjera y llena de mal! ¡Oh codiciosa y avara garganta! También quiere engañarme a mí como a mi amo, para ser rica. ¡Pues no le arriendo la ganancia! El que sube a lo alto de modo torpe, más de prisa cae. ¡Vieja mala y falsa! Estaría más seguro si huiese de esta víbora venenosa. Mía ha sido la culpa.

CELESTINA. ¿Qué murmuras detrás de mí, Sempronio? ¿Por qué no te das prisa?

SEMPRONIO. Digo que has cambiado de parecer, madre Celestina. Dijiste que íbas a retrasar este negocio porque cada día que pasara doblaríamos la ganancia, y ahora vas sin seso a contarle a Calisto lo que sucede.

CELESTINA. Rectificar es de sabios. No pensé yo, hijo Sempronio, que me sonriera tan pronto la buena fortuna. Además, tu amo me pareció desprendido y algo antojadizo. Más dará Calisto en un día de buenas noticias, que en cien en que él esté sufriendo y yo yendo y viniendo. Calla, bobo, y deja hacer a tu vieja.

SEMPRONIO. Pues dime lo que pasó con aquella gentil doncella, dime algo de lo que te contestó, que peno por saberlo tanto como mi amo penaría.

CELESTINA. ¡Calla, loco, que ya veo que tú también querrías gozar de Melibea! Y vamos de prisa, que tu amo se habrá vuelto loco por mi mucha tardanza.

SEMPRONIO. Sin ella ya lo está...

ESCENA III

*Calisto y Pármene ven llegar a casa
a Sempronio y a la alcabueta.*

PÁRMENO. ¡Señor, señor!

CALISTO. ¿Qué quieres, loco?

PÁRMENO. Veo venir a Sempronio y a Celestina. De vez en cuando hacen paraditas, y entonces él hace rayas en el suelo con la espada. No sé que puede ser eso.

CALISTO. ¡Criado perezoso! Los ves venir, ¿y no puedes bajar corriendo a abrir la puerta? ¡Oh santo Dios!, ¿qué nuevas traerán? ¿Cómo ha-



brán tardado tanto? ¡Oh tristes oídos míos, preparaos para lo que os venga, que en boca de Celestina está ahora el alivio o la pena de mi corazón! ¡Pármeno, manos de muerto, quita ya esa enojosa aldaba³ y que entre ya esa honrada dueña, de cuya lengua pende mi vida!

CELESTINA. (*Afuera.*) ¿Has oído, Sempronio? De otro humor está nuestro amo. Cada palabra suya me valdrá una saya.⁴

SEMPRONIO. (*Afuera.*) Pues entra, haz como que no ves a Calisto y di algo que le agrade.

³ *aldaba*: barra de hierro con que se aseguran las puertas, una vez cerradas.

⁴ *saya*: falda con pliegues.



ACTO VI

Calisto recibe a la alcahueta a la puerta de casa, la hace subir y se informa del resultado de la visita a Melibea. La vieja, no sin lamentarse de sus necesidades, le entrega el cordón. Calisto, doliente y esperanzado, da muestras de su locura amorosa. Entretanto, los criados hacen comentarios burlones sobre lo que oyen.

CALISTO, CELESTINA, PÁRMENO, SEMPRONIO

ESCENA I

Calisto recibe a la alcahueta a la entrada de casa.

CALISTO. (*Muy ansioso.*) ¿Qué me dices, señora y madre mía?

CELESTINA. ¡Ay, mi señor Calisto! ¡Oh mi amador de la muy hermosa Melibea! ¿Con qué pagarás a esta vieja, que hoy ha arriesgado su vida por servirte? ¿Qué mujer se ha visto en tanto peligro como yo? Cuando lo pienso se me vacían de sangre las venas. Mi vida ha valido menos que este manto viejo y roto que llevo.

PÁRMENO. (*Aparte.*) Ganancias quiere la vieja. Ya verás, Sempronio, cómo no pide dinero, porque el dinero se puede repartir.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) Calla, maldito, que te matará Calisto si te oye.

CALISTO. Madre mía, abrevia, o toma esta espada y mátame.

PÁRMENO. (*Aparte.*) Vestiremos de luto si prosperan estos amores.

CELESTINA. ¿Espada, señor? ¡Mala espada mate a quien te quiere mal! Yo te doy la vida. Te traigo buena esperanza de la que amas.

CALISTO. ¿Buena esperanza, señora?

CELESTINA. Buena, sí, pues queda abierta la puerta para otra visita, y antes me recibirá a mí con esta falda rota, que a otro con ropa de seda.

PÁRMENO. (*Aparte.*) Sempronio, cóseme esta boca, que no lo puedo aguantar. ¡Y ahora va a por una falda!

SEMPRONIO. (*Aparte.*) ¿Te callarás, por Dios? Si pide con rodeos ropa es porque la necesita.

PÁRMENO. (*Aparte.*) Esta puta vieja quiere, en un solo día, remediar toda la miseria de cincuenta años.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) Su única tacha es ser codiciosa. Pero déjala, que sus intereses son los nuestros.

CALISTO. (*Muy agitado.*) Dime, señora, ¿qué hacía Melibea? ¿Cómo entraste? ¿Qué vestido llevaba? ¿Qué cara te puso al principio?

CELESTINA. La misma cara, señor, que los toros bravos suelen mostrar a los que les tiran agudas lanzas en la plaza, o la que ponen los jabalíes a los sabuesos que los acosan.

CALISTO. ¿Y a eso llamas señales de salud? ¿Pues cuáles serían de muerte? Mi tormento es cada vez mayor. Dime brevemente, reina y señora mía, si tu petición no tuvo un buen final.

CELESTINA. Yo soy como la abeja, que saca miel de todo lo que toca. De la misma manera he convertido en dulce miel el trato áspero de Melibea,¹ y su ira en mansedumbre. Pues, ¿a qué fue allí la vieja Celestina, sino a recibir en su manto los golpes y el desdén con los que cualquier escondida doncella ha de reaccionar ante el primer requerimiento de amor? Si no fuese así, en nada se diferenciarían de las mujeres públicas.² Aunque estén abrasadas de amor, esas doncellas tienen que mostrarse frías, castas y apacibles, para salvaguardar así su honestidad. Pero de quien peor hablan es al que más quieren.³ Así que las agrias palabras de Melibea expresan lo contrario de lo que siente. Pero para que te tranquilices, te diré que el final fue muy bueno.

1 Celestina juega con el nombre de Melibea (que significa 'de voz dulce') y las palabras *miel* y *libar*, con las que se asocia fónica y semánticamente.

2 *mujer pública*: prostituta.

3 Que la mujer no dice lo que siente es un tópico de la literatura medieval misógina.

CALISTO. ¿Buena esperanza, señora?

CELESTINA. Buena, sí, pues queda abierta la puerta para otra visita, y antes me recibirá a mí con esta falda rota, que a otro con ropa de seda.

PÁRMENO. (*Aparte.*) Sempronio, cóseme esta boca, que no lo puedo aguantar. ¡Y ahora va a por una falda!

SEMPRONIO. (*Aparte.*) ¿Te callarás, por Dios? Si pide con rodeos ropa es porque la necesita.

PÁRMENO. (*Aparte.*) Esta puta vieja quiere, en un solo día, remediar toda la miseria de cincuenta años.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) Su única tacha es ser codiciosa. Pero déjala, que sus intereses son los nuestros.

CALISTO. (*Muy agitado.*) Dime, señora, ¿qué hacía Melibea? ¿Cómo entraste? ¿Qué vestido llevaba? ¿Qué cara te puso al principio?

CELESTINA. La misma cara, señor, que los toros bravos suelen mostrar a los que les tiran agudas lanzas en la plaza, o la que ponen los jabalíes a los sabuesos que los acosan.

CALISTO. ¿Y a eso llamas señales de salud? ¿Pues cuáles serían de muerte? Mi tormento es cada vez mayor. Dime brevemente, reina y señora mía, si tu petición no tuvo un buen final.

CELESTINA. Yo soy como la abeja, que saca miel de todo lo que toca. De la misma manera he convertido en dulce miel el trato áspero de Melibea,¹ y su ira en mansedumbre. Pues, ¿a qué fue allí la vieja Celestina, sino a recibir en su manto los golpes y el desdén con los que cualquier escondida doncella ha de reaccionar ante el primer requerimiento de amor? Si no fuese así, en nada se diferenciarían de las mujeres públicas.² Aunque estén abrasadas de amor, esas doncellas tienen que mostrarse frías, castas y apacibles, para salvaguardar así su honestidad. Pero de quien peor hablan es al que más quieren.³ Así que las agrias palabras de Melibea expresan lo contrario de lo que siente. Pero para que te tranquilices, te diré que el final fue muy bueno.

1 Celestina juega con el nombre de Melibea (que significa 'de voz dulce') y las palabras *miel* y *libar*, con las que se asocia fónica y semánticamente.

2 *mujer pública*: prostituta.

3 Que la mujer no dice lo que siente es un tópico de la literatura medieval misógina.

CALISTO. Ya reposa mi corazón, ya han recobrado mis venas su perdida sangre, ya tengo alegría. Subamos arriba, y me cuentas por extenso lo que ha sucedido.

CELESTINA. Subamos, señor.

ESCENA II

En la sala de arriba, Calisto da muestras de su desvarío.

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¡Virgen Santa, qué rodeos busca este loco por huir de nosotros, para contarle a Celestina mil secretos de su loco apetito!

CALISTO. (*Aparte, a Celestina.*) Mira a Pármeno, señora, cómo se santigua de oír lo que has hecho. Está espantado.⁴ Sube, sube. (*Tras Celestina suben Sempronio y Pármeno.*) Siéntate, señora, y dime qué excusa pusiste para que te permitieran entrar en su casa.

CELESTINA. Vender un poco de hilado, la misma excusa que utilicé para cazar a más de treinta muchachas como ella.

CALISTO. Pero ninguna de su gentileza, linaje y virtud.

PÁRMENO. (*Aparte.*) Ya está el loco diciendo disparates. Y a ti, Sempronio, se te cae la baba de oírle a él decir locuras y a ella mentiras.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) ¡Venenosos maldicientes! ¿Por qué cierras las orejas a lo que todos las aguzan? Que aunque Celestina mintiera, sólo por ser de amor sus palabras deberías escucharlas con placer.

CALISTO. ¿Qué es esto, mozos? ¿Estoy yo escuchando atento unas palabras en las que me va la vida, y vosotros no dejáis de murmurar para enojarme? ¡Callaos de una vez! Dime, señora, ¿qué hiciste cuando te quedaste a solas con Melibea?

CELESTINA. Óyeme, señor Calisto, y sabrás lo que consiguió mi solitud. Cuando me quedé a solas con Melibea...

CALISTO. ¡Oh qué suerte la tuya! ¡Quién hubiera podido estar debajo de tu manto para escuchar a aquella a la que tantas gracias concedió Dios!

CELESTINA. ¿Debajo de mi manto, dices? ¡Ay, pobre de mí, que Melibea te habría visto a través de los treinta agujeros que tiene...! Te decía

⁴ Santiguarse es señal de sorpresa y un signo para ahuyentar al diablo, al que Pármeno ve encarnado en la bruja Celestina.



que me quedé a solas con Melibea porque su madre salió a visitar a una hermana que estaba grave, y entonces le hablé de un enfermo que esperaba una palabra de su boca para sanar de un gran dolor. Ella se quedó suspensa y me miró espantada, pero, cuando pronuncié tu nombre, se dio un golpe en la frente y me mandó callar, so pena de que sus criados se convirtieran en mis verdugos. Me llamó hechicera, alcahueta, barbuda, malhechora y otros muchos insultos, y luego manifestó mil espantos y desmayos (*Gesticula, imitando las acciones.*), y no dejaba de mover los brazos y retorcer el cuerpo, mirando con los ojos extraviados a todas partes, pateando el suelo, traspasada por la dorada flecha de tu nombre. Cuanto más se alteraba, más me alegraba yo, pues más cerca estaba su rendición.

CALISTO. ¿Y qué más hacía? ¿Y qué le replicaste tú, mujer de mucho saber? Ya veo que es verdad lo que se dice, que las mujeres están más dotadas para urdir engaños que los varones.

CELESTINA. ¿Qué le contesté, señor? Que tu pena era el dolor de muelas y que sólo querías de ella una oración para curarte.

CALISTO. (*Admirado.*) ¡Oh qué astuta! ¡Eres única en tu oficio! ¿Qué os parece, mozos? ¿Hay alguna mujer que se le pueda igualar?

CELESTINA. Señor, no interrumpas mis razones, que se va haciendo de noche. Y camino de mi casa puedo tener un mal encuentro en la oscuridad.

CALISTO. No te preocupes, que hay pajes y antorchas para acompañarte.

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¡Sí, sí, para que no violen a la niña! Ve tú con ella, Sempronio, que tiene miedo a los grillos, que cantan en lo oscuro.

CALISTO. ¿Dices algo, hijo Pármeno?

PÁRMENO. Señor, que yo y Sempronio la acompañaremos a su casa, pues está muy oscuro.

CALISTO. Bien dicho. Después será. Sigue, madre, y cuéntame qué respondió a la demanda de la oración.

CELESTINA. Que te la daría de buen grado.

CALISTO. ¡Oh Dios mío, qué alto don!

CELESTINA. Aún le pedí más.

CALISTO. ¿Qué, mi vieja honrada?

CELESTINA. Un cordón que ella siempre trae ceñido. Le dije que sería provechoso para tu mal, porque había tocado muchas reliquias.

CALISTO. ¿Y qué dijo?

CELESTINA. ¡Dame albricias!⁵ Te lo diré.

CALISTO. ¡Oh Dios, toma toda esta casa y cuanto en ella hay, pero dí-melo ya!

CELESTINA. Te daré el cordón a cambio de un manto.

CALISTO. ¿Un manto? Y una falda, y todo lo que tengo.

CELESTINA. Un manto me basta, pues dicen que ofrecer mucho al que pide poco es una manera de negar.

CALISTO. ¡Corre, Pármeno!, llama a mi sastre, y que le corte ahora mismo un manto y una falda de fino paño flamenco.

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¡Eso, eso...! Todo para la vieja mentirosa, y a mí que me zurzan. Ya ha conseguido lo que pretendía con tantos rodeos.

CALISTO. ¿Qué rezongas, bellaco? ¡No hay hombre peor servido que yo! Mantengo criados renegones, agoreros de desgracias y enemigos de mi bien. ¿Qué dices, envidioso, que no te entiendo? Ve rápido a donde te mando, y no me enojés, que también habrá para ti sayo⁶ de la misma tela.

PÁRMENO. Sólo digo, señor, que es tarde para que venga el sastre.

CALISTO. ¿No digo que eres agorero? Pues que venga mañana. Pero tú, señora, enséñame el santo cordón que ciñó su cuerpo: así gozarán mis ojos y todos mis apasionados sentidos,⁷ así gozará mi lastimado corazón, que no ha tenido un momento de placer desde que la conocí. (*Muy excitado.*) Desde que mis ojos la vieron, mis oídos la oyeron y mis manos la tocaron, mi corazón está llagado de penas.

CELESTINA. (*Muy sorprendida.*) ¿Dices que la has tocado?

CALISTO. En sueños.

CELESTINA. ¿En sueños?

CALISTO. En sueños la veo tantas noches que temo que me pase como a Alcibíades, que soñó que se veía envuelto en el manto de una amante y

5 *albricias*: regalo o propina que se da por traer una buena noticia.

6 *sayo*: antigua prenda de vestir holgada que llegaba hasta la rodilla.

7 Calisto se refiere tanto a los sentidos externos (vista, oído...) como internos (memoria, fantasía, pensamiento...).

al día siguiente lo mataron en la calle, y no hubo quien lo cubriese, sino ella con su manto. O como a Sócrates, que vio en sueños que lo llamaban por su nombre, y a los tres días se murió.⁸

CELESTINA. Tienes demasiada pena, señor, pues mientras los demás reposan en la cama, tú no dejas de sufrir. Ten ánimo, que Dios no desampara a nadie. Dale tiempo al deseo. Toma este cordón, que si yo no me muero, también te entregaré a su dueña.

CALISTO. (*Recoge, maravillado, el cordón, se arrodilla y lo besa con apasionada adoración.*) ¡Oh dichoso cordón que ceñiste su cuerpo! ¡Oh cordón que atas mi deseo a la que adoro día y noche y no soy digno de conseguir!

CELESTINA. Consuélate, señor, que Zamora no se ganó en una hora,⁹ pero no por eso se desanimaron los combatientes.

CALISTO. ¡Oh desdichado de mí! Las ciudades están cercadas de murallas, pero las murallas se derriban. Sin embargo, mi señora tiene el corazón de acero, y no hay metal ni tiro que lo melle. Y si pongo escaleras en su muro, sus ojos lanzan saetas y su lengua dispara reproches.¹⁰

CELESTINA. ¡Calla, señor!, que el atrevimiento de un solo hombre ganó Troya.¹¹ No desconfíes, que una mujer puede ganar a otra. Has visitado muy poco mi casa: no sabes bien de lo que soy capaz.

CALISTO. Quiero creer lo que dices, pues acabas de traerme la joya de este cordón que ceñía su angelical cintura. Oh cordón, cordón, ¿fuiste tú enemigo mío? Te conjuro para que me respondas. ¡Ojalá estuvieras tejido no de seda, sino de mis brazos para que ellos pudieran rodear y gozar de su cuerpo! ¡Oh qué secretos habrás visto de aquella gloriosa imagen!

CELESTINA. Deja ya, señor, de delirar, que a mí me tienes cansada de escucharte y al cordón roto de maltratarlo.

8 Tocar en sueños a la amada era un síntoma de la enfermedad de amor que padece Calisto. Por otro lado, los sueños que dice tener son premonitorios de su trágico final.

9 El refrán, que alude al largo tiempo (siete meses) que el rey Sancho II necesitó para rendir la ciudad asediada de Zamora, aconseja tener paciencia para conseguir un fin deseado.

10 Calisto compara la conquista de su amada con el asedio y toma de una ciudad.

11 En la *Eneida*, de Virgilio, se explica que el griego Sinón fingió ser desertor y convenció a los troyanos de que dejaran entrar en la ciudad el caballo de madera, del que bajaron los soldados griegos que abrieron las puertas de Troya al resto de su ejército.

CALISTO. Calla, señora, que él y yo nos entendemos. ¡Oh dolidos ojos míos, por donde penetró el amor que hirió mi corazón, mirad la medicina que os han traído a casa!¹²

SEMPRONIO. Señor, si tanto gozas con el cordón, no querrás gozar de Melibea.

CALISTO. ¡Loco, aguafiestas!, ¿qué dices? (*Se pone en pie.*)



SEMPRONIO. Que con tanto hablar no haces más que mortificarte y mortificarnos. Abrevia, que no dejas acabar a Celestina.

CALISTO. ¿Te fastidio, madre, con mis palabras, o es que este mozo está borracho?

CELESTINA. Aunque no lo esté, señor, da fin a tus largas quejas, y trata el cordón como lo que es, un simple cordón.

CALISTO. ¡Oh madre, déjame adorar este cordón, mensajero de mi dicha! (*Sostiene el cordón ante los ojos.*) ¡Ay, manos mías!, ¿cómo os atrevéis a tocar con tan poca reverencia el remedio de mi llaga? ¡Oh madre, consuelo

12 Según la poesía provenzal y petrarquesca, de los ojos de la amada salían unos *espíritus* que, a modo de flechas, atravesaban los ojos del amante y herían su corazón.

de mis penas, gozo de las mozas, alegría de las viejas mujeres, déjame salir por las calles con esta joya, para que no haya hombre más bienandante que yo!

CELESTINA. Recuerda que Melibea te ha dado el cordón por amor de Dios y para curar tus muelas, no por tu amor, ni para cerrar las llagas de tu corazón.

CALISTO. ¿Y la oración?

CELESTINA. No me la ha dado.

CALISTO. ¿Cuál ha sido la causa?

CELESTINA. La falta de tiempo. Pero me ha dicho que, si el dolor no afloja, que vuelva mañana.

CALISTO. ¿Aflojar? Sólo aflojará cuando ella afloje su crueldad.

CELESTINA. En fin, señor, basta con lo dicho y hecho. Ella se ha comprometido a concederme lo que le pida para curar tu enfermedad. Y ahora me voy. Si mañana sales de casa, cúbrete la cara con un paño para aparentar dolor de muelas, por si ella te ve.

CALISTO. Pero dime, madre, ¿ha pasado algo más? Me muero por oír palabras salidas de aquella dulce boca. ¿Cómo has sido tan osada de entrar y hacerle la petición sin conocerla?

CELESTINA. ¿Sin conocerla? Su madre y ella fueron vecinas mías durante cuatro años, en que las trataba, hablaba y reía con ellas de día y de noche.¹³ Su madre me conoce como a sus mismas manos, aunque Melibea se ha hecho toda una mujer discreta y gentil.

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¿Sabes qué te digo, Sempronio?

SEMPRONIO. (*Aparte.*) ¿Qué?

PÁRMENO. (*Aparte.*) Que estoy harto de oír a Calisto. Acércate a Celestina, dale con el pie y hazle una señal para que se marche. No hay nadie tan loco que, estando solo, siga hablando mucho rato.

CALISTO. ¿Melibea, gentil? Te burlas. ¿Hay alguien que la iguale en este mundo? ¿Creó Dios otro cuerpo mejor? Y su cara, ¿se pueden pintar facciones más hermosas? Si viviera Helena, por la que murieron tantos

13 La vecindad y familiaridad de que alardea Celestina resultan sorprendentes: quizá se trata de simple presunción o puede que la alcahueta vendiera cosméticos y perfumes a Alisa.

griegos y troyanos, nadie le haría el menor caso, sino que todos se rendirían ante Melibea.¹⁴ Las mujeres que han oído hablar de Melibea maldicen a Dios porque no se acordó de ellas cuando creó a esta señora. Todas se consumen de envidia y se martirizan el cuerpo de modo artificial para igualar la perfección de que la naturaleza dotó a Melibea. Unas se depilan las cejas con tenacillas y parches, otras buscan raíces y hierbas doradas para teñirse los cabellos de su color, otras se maltratan la cara con ungüentos, pomadas y cremas blancas y coloradas. Pues aquella que nada de esto requiere, ¡decidme si merece ser servida de un triste hombre como yo!

CELESTINA. (*Aparte, respondiendo por lo bajo a las señales.*) Ya te entiendo, Sempronio. Déjalo, que ya caerá del burro.

CALISTO. A ella le basta un poco de agua clara y un peine de marfil para superar en atractivo a las más hermosas mujeres. La naturaleza juntó en ella todas las gracias, se esmeró para hacerla perfecta. Con esas armas vence y mata, con esas armas me cautivó, y a ella estoy atado con dura cadena.

CELESTINA. Calla, que yo tengo una buena lima para cortar esa cadena que te atormenta. En fin, señor, dame licencia para irme, que es muy tarde, y déjame llevar el cordón, porque lo necesito.

CALISTO. ¡Oh desconsolado de mí! Contigo y con el cordón quisiera yo estar acompañado esta larga y oscura noche. Pero, en fin, como en esta penosa vida la dicha nunca es completa, venga a mí la soledad. ¡Mozos, mozos!

PÁRMENO. Señor.

CALISTO. Acompaña a esta señora hasta su casa.

CELESTINA. Dios quede contigo. Mañana volveré. Y no te atormentes, señor, y piensa en otras cosas.

CALISTO. Eso no, que sería una herejía olvidar a quien me ha dado la vida.¹⁵

14 La hermosa Helena, esposa del rey Menelao, fue raptada por el troyano Paris, y este hecho desencadenó la guerra de Troya cuyo último año se narra en la *Odisea* de Homero.

15 Para superar la enfermedad de amor, los médicos recomendaban no pensar en la amada. Por otro lado, como para Calisto Melibea es Dios, olvidarla es una herejía.



ACTO VII

Celestina y Pármemo salen de casa de Calisto y van por la calle a casa de Areúsa, bella prostituta de quince años que vive en el centro de la ciudad. Celestina convence a Pármemo de la conveniencia de estar a buenas y en amistad con Sempronio. Entran en casa de Areúsa sin ser notados de los vecinos. La alcabueta, con halagos, promesas y hábiles razones, convence a Areúsa para que pase la noche con Pármemo. Los deja retozando en la cama, y vuelve a su casa, llama a la puerta y le abre Elicia, que le reprocha la tardanza.

CELESTINA, PÁRMENO, AREÚSA, ELICIA

ESCENA I

En la calle, Pármemo, con una antorcha en la mano, y Celestina se encaminan a la casa de Areúsa.

CELESTINA. Pármemo, te tenía por hijo adoptivo, y tú así te comportabas, pero ahora me pagas murmurando contra mí en presencia de Calisto. Creí que habías aceptado mi recomendación, pero te has vuelto atrás. Escúchame con atención, porque soy vieja, y es propio de los viejos aconsejar bien, mientras que los jóvenes sólo piensan en los placeres. Estoy segura de que sólo tu edad es la culpable de tu error, pero confío en que de ahora en adelante cambies tu actitud hacia mí. Y es que los mozos os ocupáis poco de los viejos, os regís por el primer gusto, sólo miráis el presente, nunca pensáis que nos podéis necesitar, ni en las enfermedades,

ni en que un día os faltará la florecilla de la juventud. Pues has de saber, Pármemo, hijo, amigo, que para tus necesidades encontrarás socorro en esta vieja, amiga y madre tuya, y un buen mesón para descansar, un buen hospital para sanar, un buen fuego de invierno, una buena sombra de verano... ¿Qué dices, loquillo, a todo esto? Ya sé que estás confuso, pero mira a Sempronio, a quien, después de Dios, yo le hice hombre. Es apreciado, diligente, elegante, gracioso y buen servidor. Él quiere tu amistad, y yo quisiera que fueseis como hermanos. Si vais de la mano, crecerá vuestro provecho.

PÁRMENO. Madre, confieso mi error contigo y te pido perdón. Pero con Sempronio me parece que es imposible sostener una amistad. Él es alocado, y yo no lo soporto.

CELESTINA. Los buenos amigos se prueban en la adversidad. La amistad verdadera se sostiene en la semejanza de costumbres y de ánimos. Y vosotros tenéis costumbres parecidas. Mira, hijo, que debes ganar algo por ti mismo, pues lo que tu padre te dejó no te lo puedo dar hasta que vivas con más reposo.

PÁRMENO. ¿A qué llamas reposo, tía?

CELESTINA. Hijo, a valerte por ti mismo y a saber aprovecharte de tu servicio a Calisto. ¿Por qué crees que le pedí un manto? No para mí, sino porque tú vas todo roto, y si el sastre venía a casa y tú estabas delante, haría también un sayo para ti. Porque si esperas a que estos galanes te hagan un regalo sin más ni más, todo lo que saques en diez años te cabrá en una pequeña bolsa. Goza tu mocedad, el buen día, la buena noche, el buen comer y el buen beber.¹ Y no sufras por tu amo. ¡Oh hijo mío, Pármemo!, que bien te puedo llamar hijo, pues te crié mucho tiempo: sigue mi consejo, que sólo busca tu bien. ¡Qué feliz sería si tú y Sempronio fueseis amigos, hermanos en todo, y vinieseis a verme a mi pobre casa, y a divertirnos con un par de muchachas.

PÁRMENO. ¿Muchachas, madre mía?

1 Para ganarse la voluntad de Pármemo, Celestina lo incita a que goce de la vida antes de que llegue la muerte, el tema que define el clásico *carpe diem*. De ahí que luego le ofrezca a una muchacha.

CELESTINA. ¡Ajá, muchachas, digo, que para vieja me basto yo! Yo haré de ti un hombre con una muchacha, y luego dirás: «La vieja Celestina me aconsejaba bien».

PÁRMENO. Pues de ahora en adelante tú haz lo tuyo, que yo callaré. Y aprovechémonos de mi amo, que me reprende cuando yo le aconsejo bien. Doy gracias a Dios porque mi padre y mi madre me encomendaron a ti.

CELESTINA. No me nombres a tu madre, hijo, que se me hinchan los ojos de agua. ¿Quién fue mi mejor amiga y compañera? ¿Quién sabía mis secretos, sino tu madre, una verdadera hermana para mí? ¡Oh, qué graciosa era! ¡Qué desenvuelta, limpia y fortachona! A media noche andaba sin miedo por los cementerios desenterrando cosas para nuestro oficio,² como si fuera a pleno día. No dejaba sepultura de cristiano, moro o judío sin revolver.³ ¿Y qué decir de sus otras habilidades? Para que veas qué madre perdiste, te diré una cosa que debería callar. Siete dientes le quitó a un ahorcado con unas tenacillas de depilar cejas, mientras yo le descalzaba los zapatos.⁴ ¿Qué más quieres, si hasta los mismos diablos le tenían miedo? Los tenía tan espantados de las crueles invocaciones que hacía, que acudían a su llamada dando tumbos en tropel. No se atrevían a decirle ni una mentira. En fin, que tu madre, que fue partera dieciséis años, en nuestro oficio era la primera, y por eso todos la conocían y la querían, fueran caballeros o clérigos, casados o solteros, niños o viejos, madres o doncellas.

PÁRMENO. Dime, señora, cuando yo estaba en tu casa y vino la justicia a prenderte, ¿ya os conocíais bien?

CELESTINA. ¿Que si nos conocíamos, dices? Juntas hicimos aquello con el ahorcado, juntas nos sorprendieron, juntas nos prendieron y juntas nos dieron el castigo, que fue el primero, creo. Pero tú entonces eras muy pequeño, y me espanto de que te acuerdes. Estas son cosas que pasan por el mundo. No hay día en que no se vea quien peque y pague por ello.

2 Esto es, el oficio de brujas y hechiceras.

3 Judíos, moros y cristianos se enterraban en cementerios diferentes.

4 Para confeccionar sus brebajes y preparados, las brujas valoraban mucho los dientes y las uñas de los pies de los ahorcados, de ahí que Celestina les quitara los zapatos.

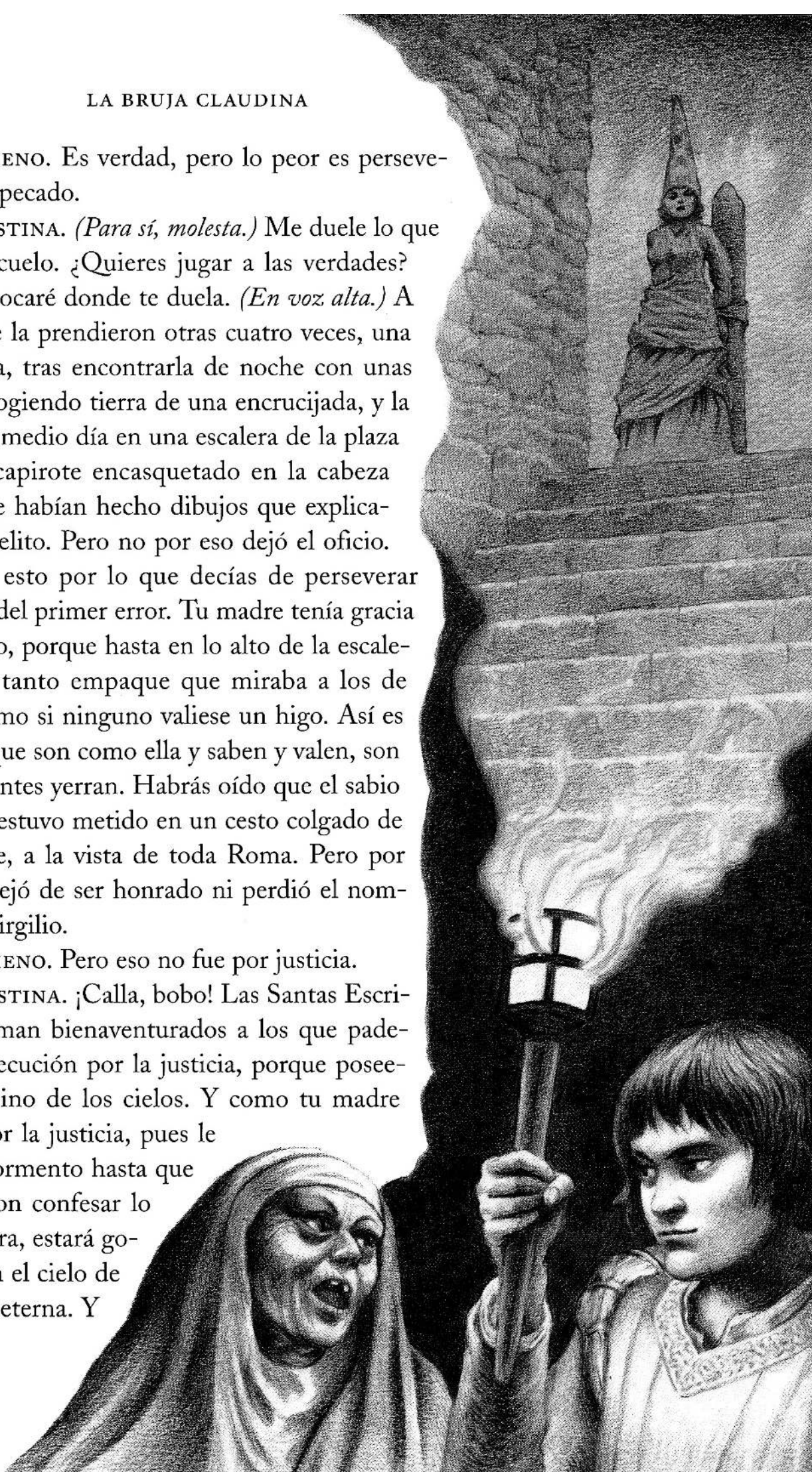
LA BRUJA CLAUDINA

PÁRMENO. Es verdad, pero lo peor es perseverar en el pecado.

CELESTINA. (*Para sí, molesta.*) Me duele lo que dices, locuelo. ¿Quieres jugar a las verdades? Pues te tocaré donde te duela. (*En voz alta.*) A tu madre la prendieron otras cuatro veces, una por bruja, tras encontrarla de noche con unas velas recogiendo tierra de una encrucijada, y la tuvieron medio día en una escalera de la plaza con un capirote encasquetado en la cabeza en el que habían hecho dibujos que explicaban su delito. Pero no por eso dejó el oficio. Te digo esto por lo que decías de perseverar después del primer error. Tu madre tenía gracia para todo, porque hasta en lo alto de la escalera tenía tanto empaque que miraba a los de abajo como si ninguno valiese un higo. Así es que los que son como ella y saben y valen, son los que antes yerran. Habrás oído que el sabio Virgilio estuvo metido en un cesto colgado de una torre, a la vista de toda Roma. Pero por eso no dejó de ser honrado ni perdió el nombre de Virgilio.

PÁRMENO. Pero eso no fue por justicia.

CELESTINA. ¡Calla, bobo! Las Santas Escrituras llaman bienaventurados a los que padecen persecución por la justicia, porque poseerán el reino de los cielos. Y como tu madre sufrió por la justicia, pues le dieron tormento hasta que la hicieron confesar lo que no era, estará gozando en el cielo de la gloria eterna. Y



todo lo soportó con corazón animoso, pues mil veces la oí decir después del tormento: «Fue por mi bien, porque ahora soy más conocida y apreciada que antes». Así que tú sé como ella, amigo verdadero y persona honrada. Y en cuanto a lo que tu padre te dejó, a buen seguro lo tienes.

PÁRMENO. Lo creo, madre, pero quisiera saber cuánto es.

CELESTINA. Ya lo sabrás a su tiempo.

PÁRMENO. Entonces dejemos ahora a los muertos y las herencias y hablemos del presente negocio. Te acordarás de que me prometiste tener a Areúsa.

CELESTINA. No lo he olvidado, no creas que con los años he perdido la memoria. Yo ya le he dicho varias veces cuál es tu deseo, así que la fruta ya debe estar madura. Vamos a su casa, que de esta no se te escapa.

PÁRMENO. Yo ya no confiaba en conseguirla, porque jamás ha querido oír ni una palabra mía. Mala señal de amor es huir y volver la cara, según dicen.

CELESTINA. Para eso me tienes a mí, que soy maestra de estas labores. Ahora verás cuánto sé en casos de amor. Anda despacio. ¿Ves ahí su puerta? Entremos sin hacer ruido, no nos oigan las vecinas.⁵ Tú espera ahí, debajo de esta escalera. Yo subiré a ver qué se puede hacer.

ESCENA II

Celestina entra en casa de la prostituta Areúsa.

AREÚSA. ¿Quién anda ahí? ¿Quién sube a estas horas?

CELESTINA. Una que te quiere bien y que nunca da un paso que no te sea de provecho.

AREÚSA. (*Aparte.*) ¡Válgala el diablo, con lo que me viene la vieja a estas horas como un fantasma! (*En voz alta.*) Tía, señora, ¿qué buena venida es esta, tan tarde? Me estoy desnudando para acostarme.

CELESTINA. ¿Con las gallinas,⁶ hija? ¡Así se mejora la hacienda...!

5 Los burdeles, como el de Celestina, estaban a las afueras. Sin embargo, Areúsa vive en la ciudad y, como se dedica clandestinamente a la prostitución, Celestina procura no alborotar para que no se enteren las vecinas, cuyo testimonio podía acarrearle un castigo público.

6 *acostarse con las gallinas*: 'acostarse temprano', y aquí también, 'sola', sin un 'gallo'.



AREÚSA. ¡Jesús!, volveré a vestirme, que tengo frío.

CELESTINA. No lo hagas. Métete en la cama, que desde allí hablaremos.

AREÚSA. Lo necesito, porque hoy me he sentido mal todo el día.

CELESTINA. (*Viéndola desnuda de medio cuerpo arriba y tapada de cintura para abajo.*) Pues acuéstate y tápate, que pareces una sirena.

AREÚSA. (*Metiéndose en la cama y tapándose.*) Dices bien, tía.

CELESTINA. ¡Ay, cómo huele toda la ropa al moverte! Siempre me ha gustado tu limpieza, y tus vestidos, y todo lo que haces. ¡Qué fresca y lozana estás! ¡Y qué sábanas, qué colcha y qué almohadas! ¡Qué blancura! Déjame mirarte toda a mis anchas, que disfruto sólo de verte.

AREÚSA. ¡Quieta, madre, no me toques, que me haces cosquillas y me haces reír, y la risa me da más dolor!

CELESTINA. ¿Qué dolor, mis amores?

AREÚSA. Hace cuatro horas que me duele la matriz. Se me ha subido a los pechos, y me va a matar.⁷

CELESTINA. A ver, deja que te palpe, que algo sé yo de este mal.

AREÚSA. Me duele más arriba, sobre el estómago.

CELESTINA. ¡Dios te bendiga! ¡Y qué gorda y fresca estás! ¡Qué pechos! ¡Qué hermosa! Ahora que te veo desnuda, te digo que no hay en toda la ciudad tres cuerpos como el tuyo. No parece sino que tengas quince años. ¡Quién fuera hombre y pudiera gozar de semejante vista! Dios no te dio este cuerpo hermoso para que lo cubras con seis paños y dejes pasar en balde tu fresca juventud. Cometes un pecado no dando parte de tus gracias a todos los que te quieren bien. No seas como el perro del hortelano,⁸ y pues tú no puedes gozar de ti misma, que goce otro. Mira que es pecado hacer penar a los hombres, pudiéndolos consolar.

AREÚSA. Me alabas, madre, ¡pero no me quiere ninguno! Ahora dame algún remedio para mi mal y no te burles de mí.

CELESTINA. Para disminuir el dolor y devolver la matriz a su lugar, los olores fuertes van bien, como el poleo, la ruda,⁹ el humo de plumas de perdiz, de romero y de incienso. Pero a ti podría darte yo otra cosa mejor. No te la digo, pues te me haces tan santa...

AREÚSA. ¿Qué, madre, por mi vida? ¿Me ves dolorida y me ocultas la salud?

CELESTINA. ¡Anda, tú ya me entiendes, no te hagas la boba!¹⁰

AREÚSA. ¡Ah, ya, ahora te entiendo! Pero, ¿qué quieres que haga, si mi amigo se fue ayer a la guerra? ¿No pretenderás que lo engañe, con lo bien que me trata? Pero dejemos esto, que es tarde, y dime a qué se debe tu venida.

CELESTINA. Ya sabes lo que te dije de Pármeno. Y sabes que lo tengo por hijo. Eres pariente de Elicia, a la que Sempronio va a ver en mi casa,

7 En aquella época se creía que la matriz podía moverse a causa tanto de su constitución como de la falta de hidratación.

8 Esto es, 'que ni come ni deja comer'.

9 *ruda*: planta de hojas amarillas y olor desagradable.

10 Celestina le está sugiriendo a Areúsa que alivie su dolor de matriz manteniendo relaciones sexuales.

y Sempronio y Pármeneo son compañeros, sirven a ese señor que tú conoces, y que tanto podría favorecerte. Vosotras dos, parientas; ellos dos, compañeros. No niegues a Pármeneo lo que tan poco te cuesta hacer. Está aquí, ha venido conmigo. Tú dirás si quieres que suba.

AREÚSA. ¡Desgraciada de mí! ¿Nos habrá oído?

CELESTINA. No, no, se ha quedado abajo. Quiero que suba, que lo conozcas, y que le pongas buena cara. Y, si te parece, gozas de él, y él de ti.

AREÚSA. No dudo que todas tus razones se encaminan a mi provecho, pero, ¿cómo voy a hacer eso? Ya has oído que tengo un amigo, y si se entera, me matará. Las vecinas se lo dirán al instante.

CELESTINA. No temas, que ya lo tenía todo previsto, pues hemos entrado sin hacer el menor ruido.

AREÚSA. No lo digo por esta noche, sino por otras que puedan venir.

CELESTINA. ¿Cómo? ¿Tan mal te quieres? Nunca tendrás una casa bien provista. Si estando lejos tu amigo, le tienes miedo, ¿qué harías, si estuviese en la ciudad? Me paso el día dando consejos a bobos, y aún hay quien se equivoca. ¡Ay, ay, hija, si vieses cuánto le han aprovechado mis consejos y enseñanzas a tu prima Elicia! Ya está hecha una gran maestra. Presume de tener un amigo en la cama, otro a la puerta y otro que suspira por ella desde su casa. Y a todos atiende con buena cara, y con todos cumple, y cada uno piensa que él es el único y el que le da lo que ella necesita. ¿Y tú piensas que por tener a dos te lo iban a descubrir las tablas de la cama? No te arriendo la ganancia. ¿Te mantienes de una sola gotera? Dos amantes es mejor que uno, y cuatro todavía mejor. Hija, no hay cosa más perdida que el ratón que sólo tiene un agujero pues, si se lo tapan, no tendrá dónde esconderse del gato. Quien sólo tiene un ojo, se expone a un grave peligro. Un solo manjar todos los días pronto cansa. Una golondrina no hace verano. ¿Te digo más inconvenientes del uno? Dos, en cambio, son compañía, como tienes dos orejas, dos pies y dos manos, y dos sábanas en la cama. Cuantos más moros, más ganancia. *(Llama.)* Pármeneo, hijo, sube.

AREÚSA. ¡Que no suba, que me muero de vergüenza!

CELESTINA. Aquí estoy yo para quitártela. Yo hablaré por los dos, porque él es otro vergonzoso.

ESCENA III

Entra Pármeno.

PÁRMENO. (*Asoma a la puerta, cohibido.*) Señora, Dios salve tu graciosa presencia.

AREÚSA. Bienvenido, caballero.

CELESTINA. Ven acá, asno. ¿Cómo se te ocurre ir a sentarte a aquel rincón? No seas vergonzoso. Oídme los dos. Tú, Pármeno, ya sabes lo que te prometí, y tú, hija mía, lo que te he rogado, así que lo mejor será que este mocito pase la noche aquí.

AREÚSA. ¡Por mi vida, madre, eso sí que no!

PÁRMENO. (*Se acerca a Celestina y le habla al oído.*) Madre mía, por amor de Dios, que no me vaya yo de aquí sin un buen acuerdo. Me he muerto de amores viéndola. Ofrécele lo que me dejó mi padre. Dile que le doy todo lo que tengo. ¡Venga, díselo, que no me quiere mirar!

AREÚSA. ¿Qué te dice a la oreja? ¿Se cree que voy a hacer lo que me pides?

CELESTINA. Nada, hija. Que se alegra de tu amistad, porque eres persona muy honrada, y que de aquí en adelante va a ser muy amigo de Sempronio, y que aceptará todo lo que le proponga en un negocio que nos traemos contra su amo. ¿No es verdad, Pármeno? ¿Lo prometes?

PÁRMENO. Lo prometo, sin duda.

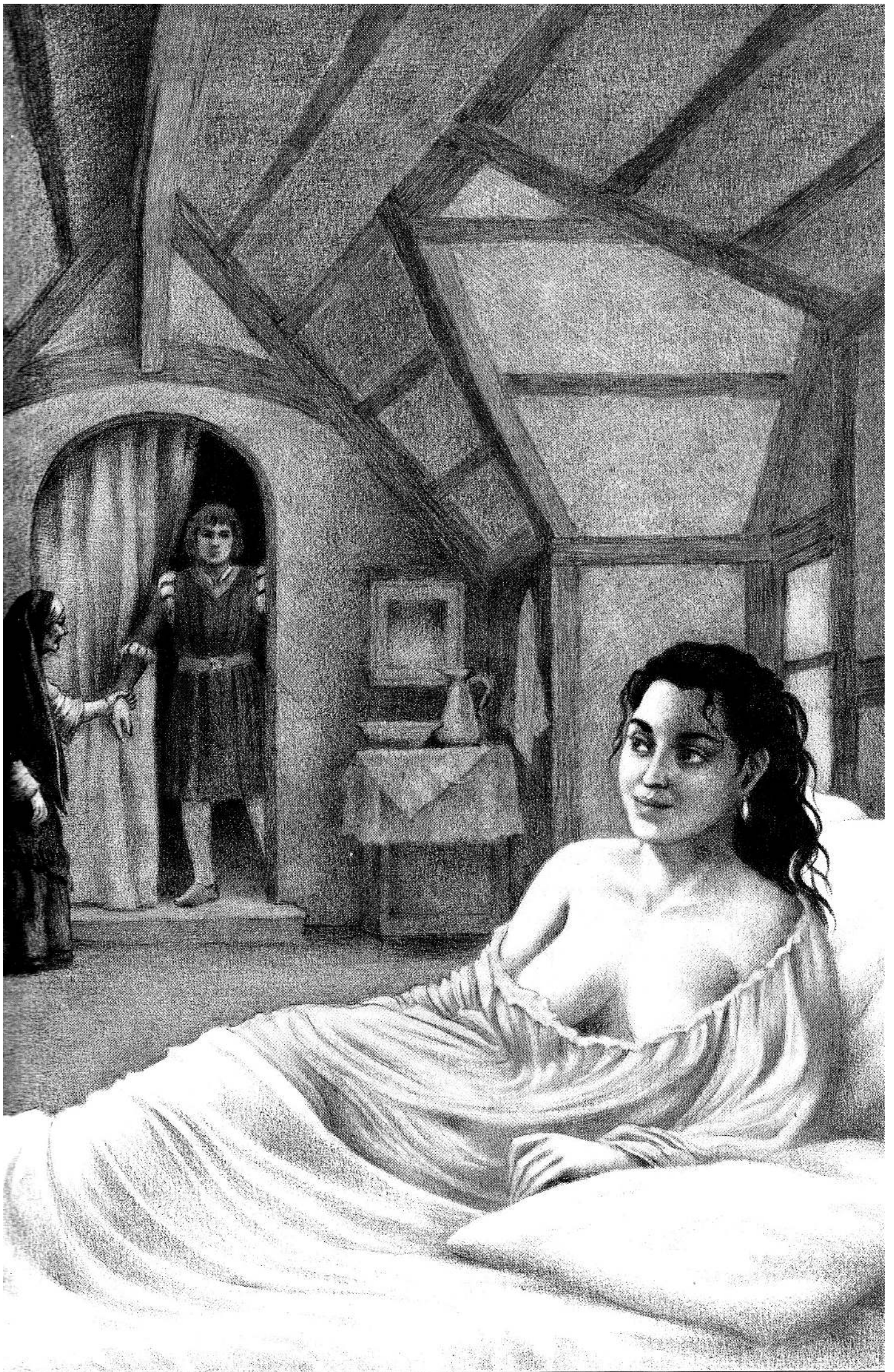
CELESTINA. ¡Ajá, te tomo la palabra! Acércate aquí, vergonzoso, que quiero ver qué eres capaz de hacerle. ¡Venga, hazle pasar un buen rato!

AREÚSA. No será tan descortés que entre en lo vedado¹¹ sin permiso.

CELESTINA. ¿En qué cortesías y permisos te andas? Confío en que tú amanezcas sin dolor y él sin color. Pero como es un gallito inexperto, necesitará tres noches para mudar la cresta. De estos mocitos me mandaban a mí comer los médicos, cuando tenía mejores dientes.

AREÚSA. (*Ante el acoso de Pármeno.*) ¡Ay, señor mío, no seas tan bruto, ten cuidado, por favor! ¡Yo no soy de esas que piensas, de esas que se venden por dinero! ¡Y no me toques la ropa hasta que se vaya Celestina!

11 *lo vedado*: lo prohibido.



CELESTINA. ¿Qué es eso, Areúsa? ¿A qué vienen esas extrañezas? ¿Por qué eres tan esquiva?¹² Como si yo no hubiese visto nunca a un hombre con una mujer o no supiese lo que es gozar haciendo eso. Parece que hubiese nacido ayer. Que por hacerte pasar por honesta me haces a mí necia, vergonzosa e incapaz de guardar un secreto.

AREÚSA. Madre, perdóname si me he equivocado. Acércate tú también y que él haga lo que quiera, pero no te enojés conmigo.

CELESTINA. No, si no me enojo. Y ahora quedad con Dios, yo me voy, que me dais dentera de tanto besaros y acariciaros. Mis encías aún guardan aquel sabor, pues no lo perdí con las muelas.

AREÚSA. Dios vaya contigo.

ESCENA IV

Sale Celestina y va a su casa.

Llega y llama a la puerta.

ELICIA. El perro ladra. ¿Vendrá ese diablo de vieja?

CELESTINA. *(Afuera. Golpea la aldaba.)* Toc, toc, toc.

ELICIA. ¿Quién es? ¿Quién llama?

CELESTINA. *(Afuera.)* Baja a abrir, hija.

ELICIA. ¿Son estas horas de volver a casa? Hoy ha venido a buscarte el padre de la muchacha que le llevaste al canónigo¹³ el día de pascua. Quiere casarla dentro de tres días y ahora necesita que la remedies, como le prometiste, para que el marido no le note la falta de la virginidad.

CELESTINA. Hija, no me acuerdo de quién hablas.

ELICIA. ¡Oh, cómo caduca la memoria! Tú misma me dijiste que le habías renovado la virginidad siete veces. Volverán los dos, porque el padre te entregó una pulsera de oro a cuenta de tu trabajo.

CELESTINA. Ah, ¿es la de la pulsera? ¿Y por qué no la has remediado tú? Podías haber probado, pues me has visto hacerlo muchas veces. Si no aprendes, te estarás toda la vida hecha una bestia, sin oficio ni renta. Y

12 *esquiva*: desdeñosa, áspera.

13 *canónigo*: eclesiástico que tiene un cargo y disfruta de una renta en una catedral.

cuando llegues a mi edad, lo lamentarás. La mocedad ociosa acarrea la vejez trabajosa. A mí me enseñó el oficio tu abuela, y al año yo ya sabía más que ella.

ELICIA. Muchas veces, el buen discípulo sobrepasa al maestro. Pero yo odio este oficio, y tú te mueres por él.

CELESTINA. Tú te lo dices todo. Pobre vejez te espera.

ELICIA. Por Dios, deja ya de reconvenirme, y disfrutemos de la vida. Mientras hoy tengamos para comer, no pensemos en el mañana. Pues de la muerte no se libra nadie, ni el pobre ni el rico, ni el doctor ni el pastor, ni el papa ni el sacristán, ni el señor de alto linaje ni su criado, ni tú con oficio ni yo sin ninguno. Así que, como no hemos de vivir para siempre, gocemos y divirtámonos, que pocos llegan a la vejez, y de los que llegan, ninguno se muere de hambre. En este mundo quiero vivir el día, y tener luego un rincón en el paraíso. Aunque los ricos tienen mejor aparejo¹⁴ que los pobres para ganar el cielo, ninguno está nunca contento ni tiene bastante, ninguno hay que no prefiera cambiar su dinero por mi placer. En fin, abandonemos las preocupaciones ajenas y vámonos a la cama, que ya es hora, pues vale más un buen sueño que cuantos tesoros hay en Venecia.¹⁵

14 *aparejo*: prevención de todo lo necesario para conseguir algo.

15 Elicia alude a la tranquilidad de que goza el pobre en contraste con las preocupaciones que abruman a los que poseen muchos bienes.



ACTO VIII

Viene la mañana. Despierta Pármeno, se despide de Areúsa y va a casa de su señor Calisto. Halla a la puerta a Sempronio y sellan su amistad y alianza. En su cámara, Calisto, enajenado, habla consigo mismo y compone canciones para aliviar su pena de amor. Sale a misa y no piensa regresar ni comer hasta que sus criados le traigan buenas noticias.

PÁRMENO, AREÚSA, SEMPRONIO, CALISTO

ESCENA I

En casa de Areúsa. El sol del verano entra por las rendijas de la ventana y despierta a Pármeno.

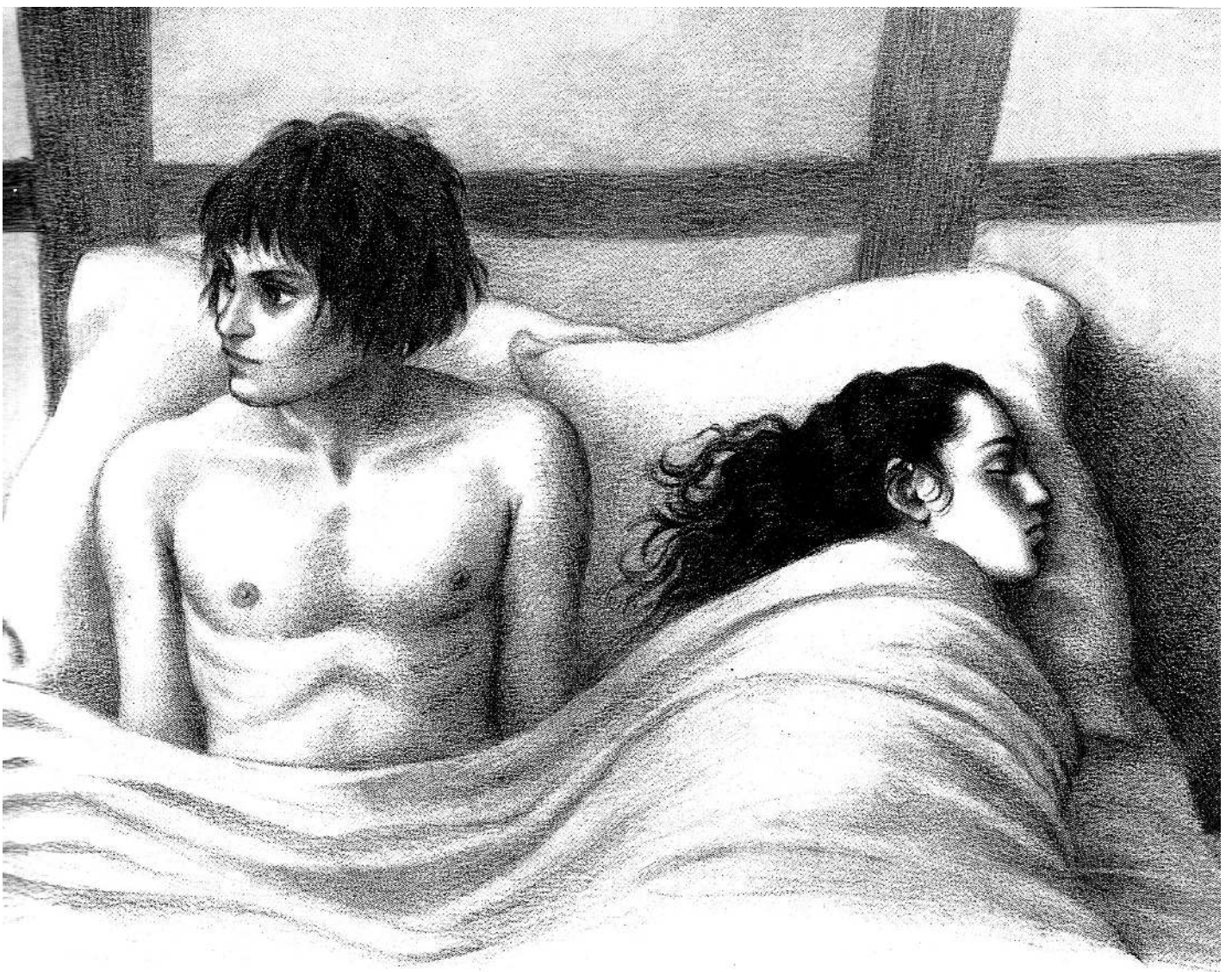
PÁRMENO. ¿Amanece, o qué es esto, que hay tanta claridad en esta cámara?

AREÚSA. *(Medio dormida, y rebullendo entre las sábanas.)* ¡Qué va a amanecer, si no hace nada que nos acostamos! Duerme, señor. Yo apenas he cerrado los ojos y ¿ya va a ser de día? Abre la ventana de tu cabecera y lo verás.

PÁRMENO. *(Abre la ventana.)* ¡Ya es día claro, señora! ¡Oh traidor de mí, en qué gran falta he caído con mi amo! Me merezco un buen castigo. ¡Qué tarde es!

AREÚSA. ¿Tarde?

PÁRMENO. ¡Muy tarde!



AREÚSA. Pues aún no se me ha ido el dolor de la matriz, y no sé a qué se debe.

PÁRMENO. ¿Y qué es lo que deseas?

AREÚSA. Que hablemos de mi dolor.

PÁRMENO. Discúlpame, señora mía, si no te basta con lo que hemos hablado ya, pero ahora me tengo que ir porque es mediodía.¹ Y si llego más tarde, mi amo no me recibirá bien. Vendré mañana, y todas las veces que me mandes. Y para que nos veamos aún más, ven hoy a las doce a comer con nosotros a casa de Celestina.

AREÚSA. Me place mucho. Ve con Dios, y cierra la puerta.

PÁRMENO. Queda tú con Dios. *(Sale.)*

¹ La 'conversación' sobre el dolor que Areúsa propone retomar es probablemente una alusión velada a las relaciones sexuales; de ahí la respuesta de Pármeno, quien exagera la hora (pues dice que es «mediodía» y a continuación queda con Areúsa «a las doce») por temor a llegar tarde a casa del amo.

ESCENA II

Pármemo va dichoso por la calle y encuentra a Sempronio a la puerta de la casa de su amo.

PÁRMENO. ¡Oh placer único, oh alegría sin par! ¿Hay algún hombre más dichoso que yo? ¿Con qué le pagaré yo esto a Celestina? ¡Oh alto Dios! ¿Y a quién contaré mi gozo? ¿A quién podría descubrirle este secreto? Bien me decía la vieja que no hay buena prosperidad que pueda disfrutarse sin compañía. El placer que no se cuenta, no es placer. Veo a Sempronio a la puerta. Mucho ha madrugado. Como mi amo haya salido de casa y no me haya visto, me va a armar una buena. La verdad es que no suele salir temprano, aunque ahora, como no está en sus cabales, no me extrañaría que lo hubiera hecho.

SEMPRONIO. Pármemo, hermano, si supiese en qué país se gana el sueldo durmiendo, no estaría aquí. Qué, holgazán, ¿no pensabas volver? ¿Te fuiste a calentar² a la vieja o a rascarle los pies, como cuando eras chiquitín?

PÁRMENO. ¡Oh Sempronio, amigo y hermano mío! Por Dios, no corrompas mi placer con odiosas reprensiones, no agües con agua turbia el claro licor de mi pensamiento. Recíbeme con alegría y te contaré maravillas de la noche pasada.

SEMPRONIO. Dilo, dilo. ¿Es algo de Melibea? ¿La has visto?

PÁRMENO. ¿De Melibea? Es de otra, a la que quiero más, y que puede competir con ella en gracia y hermosura.

SEMPRONIO. ¿Qué es esto, loco? Me dan ganas de reír, pero no puedo. ¿Ya todos amamos? El mundo se va a perder. Calisto ama a Melibea, yo a Elicia, y tú por envidia has buscado con quien perder el poco seso que tienes.

PÁRMENO. ¿Entonces es locura amar y yo estoy loco?

SEMPRONIO. Según tu opinión, así es, pues yo te he oído dar consejos vanos a Calisto y contradecir a Celestina. Y por impedir que Celestina y yo saquemos provecho, prefieres no gozar de tu parte.

² *Calentar* tiene aquí un probable sentido erótico.

PÁRMENO. Yo siempre te he tenido por hermano, Sempronio. Que una causa pequeña no separe a dos amigos. Muy mal me tratas. No sé de dónde nace tu rencor.

SEMPRONIO. Yo sólo digo que el mozo de caballos³ ya está enamorado.

PÁRMENO. Estás enojado y te tendré que aguantar con paciencia, porque me tratas mal.

SEMPRONIO. Más maltratas tú a Calisto, pues le aconsejas no amar a Melibea, y tú, en cambio, te buscas apaño. ¡Ay, Pármeno, qué fácil es reprimir la vida ajena y qué duro aplicarse el cuento a la propia! Ya eres como todos. Y si fueras mi amigo, me favorecerías, y ayudarías a Celestina para procurar mi provecho, y no me lanzarías un dardo de malicia a cada palabra que digo.

PÁRMENO. He oído muchas veces que en esta triste vida el placer nunca viene sin su opuesta zozobra.⁴ A los días alegres, serenos y soleados siguen los días nublados, oscuros y lluviosos; a la diversión y al placer, el dolor y la muerte; a las risas, el llanto. Después de haber alcanzado la gloria con mi querida Areúsa, venía tan dichoso y soy mal recibido y peor tratado. Ni tiempo me has dado para decirte que me arrepiento de lo pasado y que te favoreceré en todo. Y como el juego de nuestro amo con Melibea está en nuestras manos, juntos podemos medrar.⁵ Ahora o nunca.

SEMPRONIO. Me agradan tus palabras y, si van acompañadas de hechos, te creeré. Pero dime, por Dios, qué es eso que dices de Areúsa. ¿Conoces a la prima de Elicia?

PÁRMENO. ¿De qué va a ser el placer que traigo, sino de haberla alcanzado?

SEMPRONIO. ¡Hay que ver cómo lo dice el bobo! ¡De risa no puede hablar...! ¿A qué llamas «haberla alcanzado»? ¿Es que estaba en lo alto de una ventana?

PÁRMENO. Pues a que no sé si quedará preñada o no.

3 Pármeno es paje y ayudante de cocina de Calisto, no mozo de caballos, de modo que Sempronio lo rebaja para humillarlo.

4 *zozobra*: inquietud, intranquilidad.

5 *medrar*: prosperar.

SEMPRONIO. Espantado me tienes. El trabajo continuo todo lo puede. Una gotera horada una piedra.⁶ Eso es cosa de la vieja.

PÁRMENO. ¿En qué lo ves?

SEMPRONIO. En que ella me dijo que te quería mucho y que te la proporcionaría. Has tenido suerte. No has hecho más que llegar y mojar. Pero has tenido un buen padrino...

PÁRMENO. Dirás más bien "madrina". Ya sabes que el que a buen árbol se arrima...⁷ ¡Oh hermano, si te contara las gracias que tiene aquella mujer! Pero ya hablaremos de ello en otro momento.

SEMPRONIO. Como que es prima de Elicia. Pero ¿qué te ha costado?

PÁRMENO. Nada, aunque de haberle pagado lo habría dado por bien empleado, porque es una maravilla. Las que son como ella se valoran y se pagan mucho. Pero nunca tanto costó tan poco, como a mí esta señora. La he invitado a comer en casa de Celestina, donde está tu Elicia. Si te place, vamos todos allá.

SEMPRONIO. Sí, y me alegra mucho, hermano. No dudo ya de tu alianza con nosotros. ¡Hagamos las paces! Ven aquí, que quiero abrazarte, y olvidemos lo pasado. Comamos y divirtámonos, que nuestro amo ayunará por todos.

PÁRMENO. ¿Qué hace el desesperado?

SEMPRONIO. Allí sigue, tendido junto a la cama, donde lo dejaste anoche. Ni ha dormido ni está despierto. Si entro, ronca; si salgo, canta o delira.

PÁRMENO. ¿Qué dices? ¿Y no me ha llamado ni se ha acordado de mí?

SEMPRONIO. Si no se acuerda de sí, ¿cómo iba a acordarse de ti?

PÁRMENO. Aun en esto he tenido suerte. Pues mientras se despierta, voy a mandar que vayan preparando la comida.

SEMPRONIO. ¿Qué has pensado enviar para que aquellas loquillas te tengan por hombre bien criado y generoso?

6 El refrán significa que con perseverancia se consigue cualquier cosa, pero el término *horadar* ('agujerear') no deja de tener sentido crótico en este contexto.

7 El refrán concluye: «... buena sombra le cobija».



PÁRMENO. En casa llena, pronto se adereza la cena. Con lo que hay en la despensa basta y sobra para quedar bien: pan blanco, vino de Murviedro,⁸ un jamón y los seis pares de pollos que trajeron el otro día los renteros⁹ de nuestro amo. Si los pide, le haré creer que se los ha comido. Y enviaré también las tórtolas que mandó guardar para hoy. Si pregunta por ellas, le diré que olían mal, de lo que tú darás testimonio. A la mesa hablaremos largamente con la vieja de los amores de Calisto y de nuestro negocio, y todo será en perjuicio del amo y en provecho de sus criados.

SEMPRONIO. De esta acaba muerto o loco. Manda preparar la comida y subamos a ver qué hace.

8 *Murviedro* es la actual ciudad de Sagunto (Valencia).

9 *rentero*: campesino que tiene arrendada una finca.

ESCENA III

El enajenado Calisto no se deja aconsejar.

CALISTO. (*Canta para aliviar su pena de amor.*)

Corazón, bien se te emplea
que penes y vivas triste,
pues tan pronto te venciste
del amor de Melibea.¹⁰

PÁRMENO. (*Aparte.*) Escucha, escucha, Sempronio. Nuestro amo está componiendo una canción.

SEMPRONIO. ¡Qué hijoputa, el trovador! ¡Ni que fuera el gran poeta Ovidio!¹¹ Está delirando en sueños.

CALISTO. ¿Quién habla en la sala? ¡Mozos!

PÁRMENO. (*Entrando.*) Señor.

CALISTO. ¿Es ya de noche? ¿Es hora de acostarse?

PÁRMENO. ¡Pero si es tarde para levantarse, señor!

CALISTO. ¿Qué dices, loco? ¿Ya ha pasado toda la noche?

PÁRMENO. Y buena parte del día.

CALISTO. Di, Sempronio, ¿miente este desvariado, que me quiere hacer creer que es de día?

SEMPRONIO. Señor, olvida un poco a Melibea y verás la claridad del día. Estás tan ciego y encandilado con la luz de su rostro, que no ves nada.

CALISTO. Ahora te creo, porque oigo tocar a misa. Dame mis ropas, iré a la iglesia de la Magdalena. Pediré a Dios que ayude a Celestina a ablandar el corazón de Melibea, o que dé fin a mis tristes días.

SEMPRONIO. No te apures tanto. No lo quieras todo en una hora, que no es de personas sensatas desear con pasión lo que puede acabar tristemente. Ayer tú hubieras querido que, al primer requerimiento, te trajeran a Melibea bien plegada y envuelta en su cordón, como si hubieras enviado a por cualquier mercancía a la plaza, en que no hay más que llegar y

10 Esto es, 'Corazón, te mereces sufrir y vivir triste, pues tan pronto te dejaste vencer por el amor de Melibea'.

11 El poeta latino Ovidio, autor de *El arte de amar*, tenía fama de componer versos con mucha facilidad.

pagar. Ten paciencia, señor, que la felicidad no se gana en poco tiempo, al igual que un solo golpe no derriba un roble.

CALISTO. ¡Oh qué fácil le resulta al sano dar consejos al enfermo! Pero yo no quiero tus consejos, y cuantos más me das, más se avivan las llamas que me consumen. Me voy solo a misa y no volveré hasta que me llaméis para decirme que Celestina ha venido con buenas noticias. Ni comeré hasta entonces, aunque los caballos de Febo hayan concluido ya su jornada y se encuentren paciando en las verdes praderas.¹²

SEMPRONIO. Déjate de rodeos, señor, deja esas poesías, que no es conveniente el habla que casi nadie entiende. Di: cuando se haga de noche, y todos sabrán lo que dices.

CALISTO. Sempronio, mi fiel criado, mi buen consejero, mi leal servidor, sea como dices. Veo que aprecias tanto mi vida como la tuya.

SEMPRONIO. (*Aparte, burlón.*) ¿Tú también lo crees, Pármeno? Oye, añade algún bote de conserva para aquella gentecilla que nos espera y que nos importa más. (*Sale Pármeno.*)

CALISTO. ¿Qué dices, Sempronio?

SEMPRONIO. Señor, decía a Pármeno que te trajese una tajada de cidra confitada.¹³

PÁRMENO. (*Vuelve a la sala con una cidra.*) Aquí la tienes, señor.

CALISTO. Dame.

SEMPRONIO. (*Aparte. A Pármeno.*) Verás qué de prisa la devora.

CALISTO. (*Tras engullir la fruta.*) Me ha vuelto el alma. Quedaos con Dios, hijos. Esperad a la vieja y traedme buenas noticias.

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¡Vete con el diablo! ¡Y ojalá que al comerte la cidra te conviertas en asno igual que Apuleyo!¹⁴

12 Febo o Apolo era el dios del Sol, cuyo carro tirado por caballos alados conducía de este a oeste por el cielo hasta el final del día, en que llegaba a los prados de los Campos Elíseos.

13 La *cidra* es una fruta semejante al limón y que tiene usos medicinales, como lo prueba el efecto que obra sobre Calisto.

14 Pármeno alude a un episodio de *El asno de oro* del escritor latino Apuleyo (siglo II) en que el protagonista, Lucio, se convierte en asno tras frotarse con un ungüento confeccionado por una hechicera.



ACTO IX

Sempronio y Pármemo van a casa de Celestina y se sientan a la mesa con ella y las dos prostitutas. Durante la comida Elicia riñe con Sempronio, pero la apaciguan. Estando en esto, llega Lucrecia a buscar a Celestina de parte de su señora Melibea.

SEMPRONIO, PÁRMENO, CELESTINA,
ELICIA, AREÚSA, LUCRECIA

ESCENA I

Pármemo y Sempronio se encaminan a casa de Celestina.

SEMPRONIO. *(Desde el umbral de la casa de Calisto.)* Pármemo, baja las capas y las espadas, que es hora de ir a comer. *(Echan a andar.)*

PÁRMENO. Vamos de prisa, que se van a quejar de nuestra tardanza. Dobleemos por esta calle y así nos pasamos por la iglesia a ver si Celestina ha acabado sus devociones, y la acompañamos a casa.

SEMPRONIO. Mal conoces a Celestina. Cuando tiene qué hacer, no se acuerda de Dios ni de los santos. Aunque ella te crió, la conozco yo mejor que tú. Si va con el rosario en las manos, no es para llevar la cuenta de los rezos,¹ sino de los virgos que tiene a su cargo, los enamorados que hay

¹ El rosario tiene *cuentas* o bolitas ensartadas para llevar la cuenta de las oraciones que se rezan.

en la ciudad, las mozas que tiene encomendadas y los despenseros que le dan ración.² Cuando la veas mover los labios no es porque reza, sino porque está urdiendo mentiras y engaños con los que sacar dinero: «Yo le diré esto, él me responderá aquello, luego le replicaré esto otro...». De eso vive esta que nosotros honramos.

PÁRMENO. Pues yo sé cosas peores aún.

SEMPRONIO. Es mejor que no hablemos de ello, porque si nuestro amo se entera la despedirá y contratará a otra a la que no podamos sacarle lo que a esta.

PÁRMENO. Calla, que la puerta de su casa está abierta. Llama antes de entrar, no sea que las muchachas estén ocupadas con algún cliente.

SEMPRONIO. Entra, no te preocupes, que todos somos como de la casa. Están poniendo la mesa.

ESCENA II

En casa de Celestina, la cual recibe con gran alborozo a Sempronio y Pármeno.

CELESTINA. ¡Oh mis enamorados, mis perlas de oro! ¡Que el año me sea tan próspero como me alegra vuestra venida!

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¡Qué palabras tan falsas, cuántos halagos, hermano!

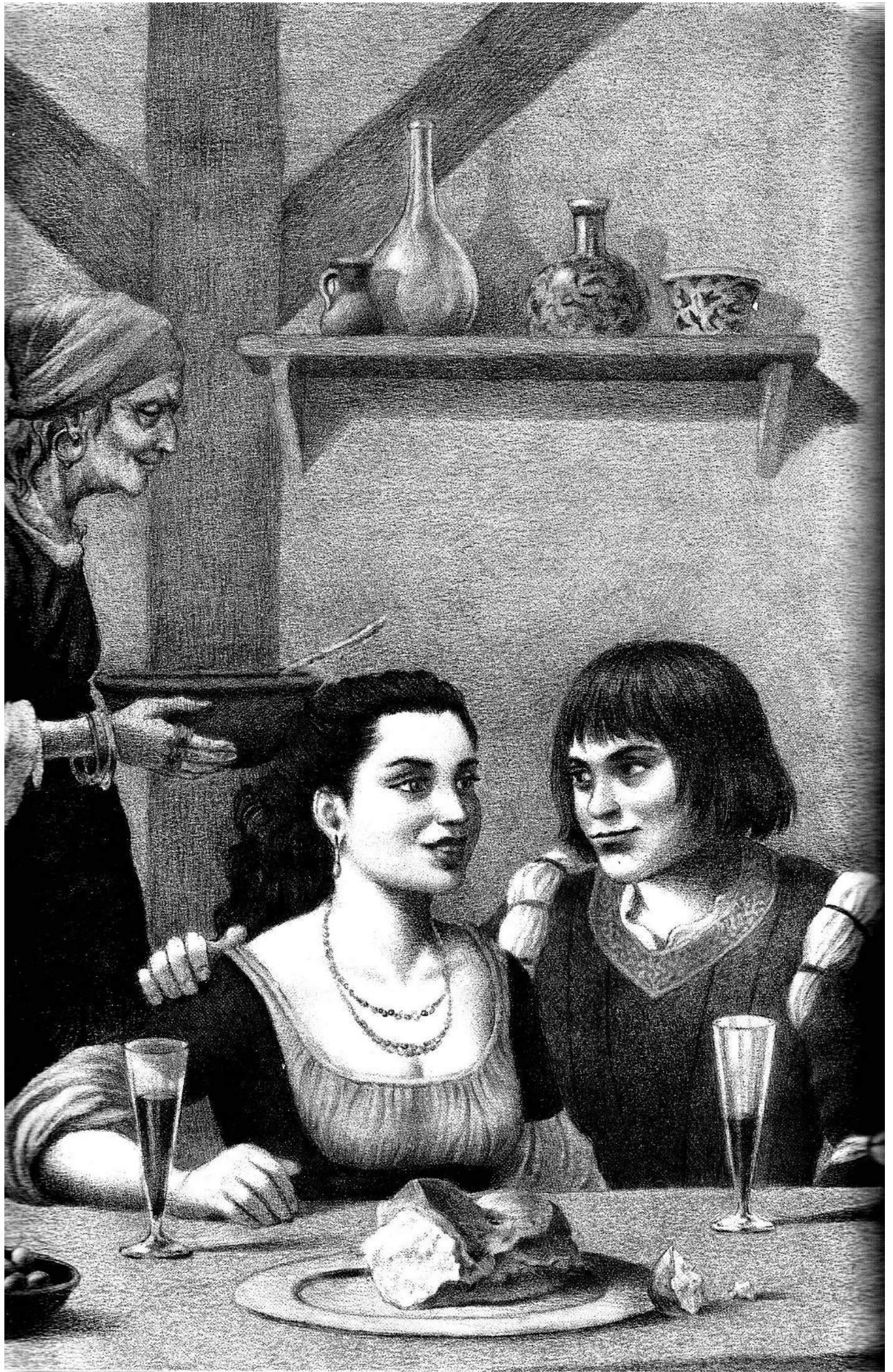
SEMPRONIO. (*Aparte.*) Déjala, que de eso vive. No sé quién le enseñó tanta falsedad.

PÁRMENO. (*Aparte.*) La necesidad y la pobreza, el hambre, de la que se dice que no hay mejor maestra en el mundo. El hambre aviva el ingenio.

CELESTINA. ¡Muchachas, muchachas! ¡Bajad de prisa, bobas, que hay aquí dos hombres que me quieren violar!

ELICIA. (*Bajando.*) ¡Ojalá no hubieran venido! ¡Hace ya tres horas que espera aquí mi prima Areúsa! El perezoso de Sempronio tendrá la culpa de la tardanza, porque no quiere verme.

² El *despensero* era el criado encargado de comprar cada día la comida en el mercado, mientras que la *ración* era la parte de esas provisiones que la alcahueta recibía en pago por su servicio.



ELOGIO DEL VINO

SEMPRONIO. Calla, mi vida, mi amor, que quien a otro sirve, no es libre. Sentémonos a comer, sin enojo.

ELICIA. ¡Eso! ¡Para comer a mesa puesta eres tú muy diligente!

SEMPRONIO. Luego reñimos; ahora comamos. Siéntate, madre Celestina, tú primero. *(La mesa está bien abastecida con las viandas enviadas de la despensa de Calisto.)*

CELESTINA. Sentaos vosotros, hijos míos, que hay sitio para todos, gracias a Dios. Poneos en orden, cada uno con su pareja. Yo, como estoy sola, me pondré junto al jarro de vino. Desde que me he hecho vieja, mi vida consiste en hablar con el vino. En las noches de invierno no hay mejor calentador de cama. Con dos jarrillos no siento el frío y ahorro mantas. El vino me sostiene el ánimo, me da alegría, me hace sentirme joven. Si hay vino sin tasa, una corteza de pan ratonado me basta para tres días. El vino quita la tristeza del corazón más que el oro y el coral. Da vigor al mozo, fuerza al viejo y coraje al cobarde. El vino conforta los cerebros, saca el frío del estómago, quita el hedor del aliento, cura el catarro y las



muelas, y hace llevaderas las faenas de la labranza y la siega. Sólo tiene una tacha:³ que el bueno es caro y el malo hace daño. Así que el vino que sana el hígado enferma la bolsa. Yo busco el mejor, por eso no bebo más de una docena de tazas en cada comida. A no ser que me inviten, como ahora.

PÁRMENO. Pues los que escriben de eso dicen que no es bueno pasar de tres vasos.

CELESTINA. ¿Tres? Hijo, será un error de imprenta, trece querrían decir, no tres.

SEMPRONIO. Tía, el vino nos gusta a todos. Ahora comamos y hablemos de los amores del loco de nuestro amo y de la hermosa y gentil⁴ Melibea.

ELICIA. (*Despechada, se levanta de la mesa y se va a un rincón.*) ¡Vete de aquí, enojoso! ¡Mal provecho te haga lo que comes! ¡Por mi alma, que tengo ganas de vomitar de asco por oírte llamar gentil a esa! ¡Gentil! ¡Jesús, cuánto me fastidia tu poca vergüenza! Hay quien se enamora de los ojos con legañas. ¿Es gentil Melibea? Lo será cuando tengamos veinte dedos en las manos. En su misma calle conozco yo a cuatro doncellas con muchas más gracias. Su hermosura se compra por unas monedas en la tienda, pues si algo tiene de hermosa, es por los buenos vestidos y adornos que trae: ponédlos en un palo, y también diréis que el palo es gentil. Y no lo digo por alabarme, pero creo que yo soy tan hermosa como vuestra Melibea.

AREÚSA. Pues no la has visto tú como yo, hermana. Si te la tropiezas en ayunas, no puedes comer de asco en todo el día. Está encerrada todo el año con mil potingues malolientes. Y si tiene que salir, se embadurna la cara con hiel y miel, con cremas tostadas, higos pasos y otras cosas que por respeto a la mesa me callo. Es la riqueza lo que las hace a todas estas ser hermosas y alabadas, no sus gracias. Para ser doncella, Melibea tiene unas tetas como calabazas, igual que si hubiese parido tres veces. El vientre no se lo he visto, pero a juzgar por las tetas, creo que lo tiene tan flojo

3 *tacha*: defecto.

4 *gentil*: hermosa, desenvuelta y graciosa en la forma de hablar y moverse.

como una vieja de cincuenta años.⁵ No sé qué ha visto en ella Calisto, a no ser que tenga el gusto dañado y juzgue por dulce lo amargo.

SEMPRONIO. Pues no es eso lo que se oye en la ciudad.

AREÚSA. La gente no dice más que falsedades.

SEMPRONIO. Señora, el vulgo chismoso no perdona las tachas de sus señores, y si alguna tuviese Melibea, la habrían descubierto los que la tratan. Y, además, Calisto es caballero y Melibea hidalga,⁶ y los nacidos de linaje⁷ noble se buscan unos a otros. Así que no es para maravillarse que él la ame.

AREÚSA. Sea ruin quien se considere ruin. Las obras hacen linaje, que, al fin, todos somos hijos de Adán y Eva. Cada uno ha de procurar ser bueno por sí mismo, y no buscar la virtud en la nobleza de sus antepasados.

CELESTINA. Hijos, acabad de una vez con tanta disputa. Y tú, Elicia, deja ese enfado y vuelve a la mesa.

ELICIA. ¿Tengo que comer con este malvado, que en mis mismas narices ha defendido que el andrajo de Melibea es más gentil que yo?

SEMPRONIO. Calla, mi vida, que tú la has comparado, no yo. Tú tienes la culpa.

AREÚSA. Elicia, hermana, ven a comer y olvídate de estos locos. Si no, yo también me levanto de la mesa.

ELICIA. Lo voy a hacer por ti, y no por contentar a ese enemigo mío.

SEMPRONIO. ¡Je, je, je!

ELICIA. ¿De qué te ríes? ¡Mal cáncer te devore la boca, desgraciado!

CELESTINA. No le respondas, hijo; si no, nunca acabaremos. Vamos a lo nuestro. Decidme, ¿cómo ha quedado Calisto?

PÁRMENO. Echando fuego, desesperado y medio loco, se ha ido a misa a la iglesia de la Magdalena. (*Bromeando.*) Ha ido a pedir a Dios que te dé gracia para roer estos huesos de pollo. Y ha jurado que no volverá a casa hasta que le llesves a Melibea en el regazo. Tu saya, tu manto e incluso mi sayo están seguros, aunque no sé cuándo nos los dará.

5 Es un tópico de la literatura antifemenina medieval desidealizar a la dama recalcando su fealdad, su suciedad, el abuso de cosméticos...

6 Caballeros e hidalgos pertenecían al rango más bajo de la nobleza.

7 *linaje*: ascendencia de una persona y, sobre todo, de una persona noble.

CELESTINA. Los ricos, si están locos de amor, ni ven, ni oyen ni reparan en gastos. He conocido a otros menos apasionados que Calisto que ni comen ni beben, ni ríen ni lloran, ni duermen ni velan, ni hablan ni callan, ni penan ni descansan. A tal turbación les lleva la dulce y fiera lla-ga de su corazón. Si les hablas, no te responden a lo que les dices, pues tienen sus cuerpos allí, pero sus corazones y sus sentidos están con la amada. Mucha fuerza tiene el amor. Su poder traspasa la tierra y los ma-res, se impone a todo género de hombres, quiebra todas las dificultades. Así que, si vosotros sois buenos enamorados, sabréis que digo la verdad.

SEMPRONIO. Señora, estoy de acuerdo en todo, porque Elicia me hizo en otro tiempo andar hecho otro Calisto, perdido el juicio, con la cabeza hueca, los días con sueño, las noches en vela. Y por ella arriesgué la vida lidiando toros, corriendo caballos, rompiendo espadas, escalando muros, vistiendo armas, haciendo coplas y otras mil acciones de caballero ena-morado.⁸ Pero todo lo doy por bien empleado, pues gané esta joya.

ELICIA. ¡A ver si te crees que me tienes ganada! Porque en cuanto vuelves la cabeza, entra en casa otro más gracioso que tú, y al que quiero más que a ti.

CELESTINA. Sempronio, hijo, no le hagas caso, que disparata. Todo es porque has alabado a Melibea. Está deseando acabar de comer para hacer lo que yo me sé... Y lo mismo le pasa a su prima. Gozad de vuestra fres-ca mocedad, antes de que sea tarde y os arrepintáis, como yo ahora, por los muchos ratos que dejé pasar sin disfrutarlos, cuando era moza y me querían. Pues ahora ya estoy vieja y nadie me quiere. Besaos y abrazaos, que a mí ya no me queda otro gozo que veros y consumirme de envidia. *(Los jóvenes se echan a reír.)* ¡Y cómo os reís, putillos! ¡Venga, a disfrutar, loquillos, traviosos! ¡Así, eso es! ¡Pero sin derribar la mesa...!

ELICIA. *(Al sonar el picaporte se separa bruscamente de Sempronio.)* Ma-dre, llaman a la puerta. ¡Se acabó la diversión!

CELESTINA. Ve a ver quién es, hija.

ELICIA. O la voz me engaña, o es mi prima Lucrecia.

⁸ Sempronio dice todo esto de buen humor y con ironía, comparando su amor por la pros-tituta con lo que decía la literatura de la época sobre los caballeros enamorados.

CELESTINA. Ábrele, que algo le toca de lo que aquí hablamos. Está tan encerrada, que no goza de su mocedad.

AREÚSA. Es verdad, porque las que sirven a señoras no disfrutan de nada ni gozan de los dulces premios de amor. No se tratan con los parientes, ni con sus iguales, así que no tienen a quién decir: «¿Qué has cenado? ¿Estás preñada? ¿Cuántas gallinas crías? Llévame a merendar a tu casa. ¿Cómo te va con tu enamorado?». ¡Oh tía, y qué duro es no poder apear de la boca el señora por aquí, señora por allá...! Y más con las señoras de hoy, que con una falda rota te pagan diez años de servicio.⁹ A la criada la maltratan, la insultan, no la llaman por su nombre, sino: «Puta, ven. ¿Adónde vas, tiñosa? ¿Cómo has fregado la sartén, puerca? ¿Cómo te has comido eso, golosa?». Y cuando se acerca el tiempo de casarla, la difaman: que si se acuesta con un mozo, que si mete hombres en casa, que si robó una taza..., y le dan pellizcos, palos y cien azotes, y luego la echan a la calle, diciendo: «Vete, ladrona, puta, no destruyas mi casa y mi honra». Así es que esperas que te regalen el vestido y las joyas de la boda, y sales desnuda. Este es el pago. Por esto, madre, yo prefiero vivir en mi pequeña casa, libre y dueña de mí misma, que no sometida y cautiva en los ricos palacios de estas señoras.

CELESTINA. Eres muy juiciosa, y sabes muy bien lo que haces. Que los sabios dicen que vale más una migaja de pan con paz que toda la casa llena de viandas con rencilla.¹⁰ Pero ahora dejemos esto, que entra Lucrecia.

ESCENA III

Entra Lucrecia, la criada de Melibea, prima de Elicia.

LUCRECIA. Que aproveche, madre Celestina y la compañía. Dios bendiga a tanta gente honrada.

CELESTINA. ¿Tanta, hija? No me conociste en mi prosperidad, hace ya veinte años. ¡Ay, quién me ha visto y quién me ve! Yo tuve alrededor de esta mesa a nueve mozas, la mayor de dieciocho años, y ninguna menor

9 En la Edad Media se contrataba a las criadas por un tiempo determinado, y, a cambio de sus servicios, recibían alimento, vestidos usados de la señora y dinero para la boda.

10 *viandas*: alimentos; *rencilla*: pelea.



de catorce. El mundo mueve su rueda como la noria, unos cangilones llenos y otros vacíos. Ninguna cosa dura mucho tiempo, es ley de la Fortuna que todo cambie.¹¹ Como mi honra llegó a la cumbre, era menester que menguase y declinase. (*Se lamenta, pesarosa.*) Subí para descender, florecí para secarme, gocé para entristecerme, viví para envejecer, y envejecí para morirme.

LUCRECIA. Trabajo tenías, madre, con tantas mozas, que es ganado muy trabajoso de guardar.

11 Celestina expone en esta réplica el tema de la Fortuna, representada a menudo por una noria con sus *cangilones* ('recipientes con los que se saca el agua') que, al girar la noria, tan pronto están llenos como vacíos. La arbitraria «ley de la Fortuna» es que todo cambia y nada permanece.

CELESTINA. ¿Trabajo, mi amor? Más bien descanso y alivio. Todas me obedecían, todas me honraban, lo que yo decía era lo bueno, cada una recibía su paga. Aceptaban al que yo les mandaba, así estuviera cojo, tuerto o manco, y el que más dinero me daba les parecía el más sano. Mío era el provecho, suyo el afán. Por ellas venían a negociar conmigo caballeros viejos y mozos, abades y curas, desde obispos hasta sacristanes. En cuanto entraba en la iglesia, no veía más que bonetes¹² que se abatían en mi honor, como si yo fuera una duquesa. Los había que, estando diciendo misa, al verme entrar se turbaban y no hacían ni decían nada a derechas. Unos me llamaban señora, otros tía, otros vieja honrada. Allí mismo se concertaban sus venidas a mi casa y las idas a la suya, allí me ofrecían dineros, promesas, regalos, y algunos me besaban en la cara para tenerme contenta.

SEMPRONIO. Nos tienes espantados con lo que nos cuentas de los religiosos. ¡No serían todos así!

CELESTINA. No hijo, ni Dios permita que yo diga tal cosa. Que había muchos viejos devotos que no me hacían caso y no me podían ver; pero creo que era de envidia de los otros. En fin que, cuando llegaba a casa, veía entrar muchos pollos y gallinas, patos, perdices, tórtolas, jamones, tortas de trigo, lechones..., para que comiese yo y aquellas sus devotas. Pues, ¿y vino? Lo mejor que se bebía en la ciudad, pues teníamos de Murviedro, de Luque, de Toro, de Madrigal... Aún tengo en la boca la diferencia de gustos y sabores. No sé cómo puedo vivir ahora sin la abundancia del pasado. *(Se echa a llorar.)*

AREÚSA. Por Dios, madre, no llores, que Dios lo remediará todo.

SEMPRONIO. Madre, el recuerdo de los buenos tiempos no aprovecha nada. Tú, madre, atiende a esta doncella, porque el pasado no vuelve, sólo nos puede traer tristeza, como ahora a ti y a nosotros, pues nos has quitado el placer de las manos. Así que nosotros vamos a divertirnos un rato. *(Sempronio, Pármene, Elicia y Areúsa se retiran a las habitaciones.)*

LUCRECIA. Por cierto, madre, que con el relato de ese alegre tiempo que viviste, ya se me había olvidado el mensaje; que así me estaría yo un año sin comer, escuchándote, y pensando en la buena vida que aquellas

12 *bonete*: gorro de cuatro picos que llevaban antiguamente los religiosos.

mozas gozarían, que me parece que sólo de oírte yo también la estoy disfrutando. Mi señora me envía para que te pida el cordón que te dejó; además de eso, te ruega que vayas a visitarla cuanto antes, porque tiene desmayos y dolor de corazón.

CELESTINA. Hija, en estos dolorcillos es más el ruido que las nueces. Me maravilla que una mujer tan moza se sienta mal del corazón.

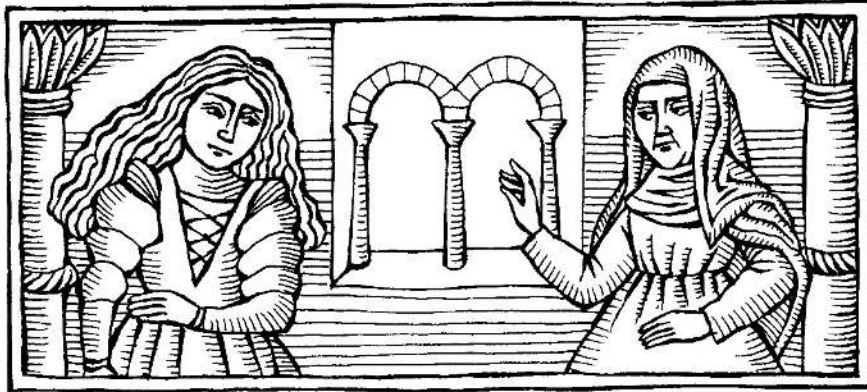
LUCRECIA. (*Aparte.*) ¡Así te arrastren del pelo, traidora!¹³ Le hiciste un hechizo, ¿y ahora no sabes lo que le pasa?

CELESTINA. ¿Qué dices, hija?

LUCRECIA. Nada, madre, que me des el cordón y nos vayamos enseguida.

CELESTINA. Pues vamos. Yo llevo el cordón.

13 A los condenados a muerte se les solía arrastrar hasta el patíbulo o la horca.



ACTO X

Melibea habla consigo misma, mientras espera impaciente la llegada de su criada Lucrecia y de la alcabueta. Cuando llegan, las hace pasar enseguida, y después de muchas razones, descubre a Celestina que arde de amor por Calisto. Para curar su mal, la alcabueta le promete una cita a solas con él. Ven venir a Alisa, madre de Melibea, y Celestina se va.

MELIBEA, CELESTINA, LUCRECIA, ALISA

ESCENA I

Melibea, a solas en su cámara, va y viene a la ventana, ansiosa e impaciente.

MELIBEA. ¡Ay, triste de mí! ¿No hubiera sido mejor acceder ayer a la petición que me hizo Celestina de parte de aquel señor, cuya vista me cautivó, que tener que descubrirle ahora mi llaga de amor? ¿No será ya tarde? ¿No habrá él puesto ya sus ojos en otra? Y mi fiel criada Lucrecia, ¿qué dirá de mí? ¿Cómo se espantará de mi falta de honestidad y de vergüenza! ¡Oh, si viniese ya con la mediadora de mi salud! ¡Oh Dios soberano!, a ti, al que llaman los apasionados para pedir remedio, te suplico que mi herido corazón tenga fuerzas para disimular el amoroso deseo que lo atormenta.¹ Pero, ¿cómo podrá hacerlo, si está herido por el venenoso

¹ La doncella honesta no podía expresar libremente sus sentimientos y sus intenciones amorosas. Melibea lamenta esta penosa condición de la mujer.

bocado que aquel caballero le dio? (*Con triste lamento.*) ¡Oh género femenino, apocado y frágil! ¿Por qué las mujeres no pueden descubrir su ardiente amor, como los varones?

ESCENA II

*Llega Celestina, Lucrecia la introduce en casa de Pleberio
y van hasta la cámara de Melibea.*

LUCRECIA. Tía, espera un poquito a la puerta. Entraré a ver con quién está hablando mi señora. (*Lucrecia se asoma a la habitación de Melibea y al instante regresa.*) ¡Pasa, tía, pasa, que está hablando consigo misma!

MELIBEA. Lucrecia, corre la cortina. ¡Bienvenida, vieja sabia y honrada! La Fortuna ha decidido que ahora sea yo la que necesite de tu sabiduría, y que me tengas que pagar con la misma moneda que me pediste para ese gentilhombre que necesitaba la cura de mi cordón.

CELESTINA. ¿Y qué mal es ese que te atormenta y te pone coloradas las mejillas?

MELIBEA. Madre mía, unas serpientes me muerden el corazón.

CELESTINA. (*Aparte.*) Lo que yo quería. Ahora me pagarás la ira que has descargado conmigo.

MELIBEA. ¿Qué dices? ¿Has notado al verme la causa de mi mal?

CELESTINA. Señora, si no me has declarado cuál es, ¿cómo voy a adivinar su causa? Lo único que puedo decir es que da mucha pena verte triste.

MELIBEA. Pues alégrame tú, porque me han dicho grandes cosas de tu saber.

CELESTINA. Señora, el verdadero sabio es Dios; a esta pobre vieja sólo le alcanza una partecita de Su saber, en parte por experiencia e instinto natural, y en parte por mi arte. Todo lo pongo a tu servicio.

MELIBEA. ¡Oh, qué agradable me es oírte! Es saludable para el enfermo la cara alegre de quien lo visita. Me parece que con tus virtuosas palabras se juntarán los pedazos de mi roto corazón. Por amor de Dios, dame un remedio para mi mal.

CELESTINA. Gran parte de la salud es desearla, así que no creo muy peligroso tu dolor. Pero para darte la medicina adecuada, tengo que saber

tres cosas. La primera, qué parte de tu cuerpo está más dolorida. La segunda, si es la primera vez que sientes este mal, porque las enfermedades se curan mejor en su comienzo, igual que se doman mejor los animales en su primera edad o se trasplantan mejor las plantas tiernas. La tercera, si tu mal procede de un cruel pensamiento que se asentó en la parte dolorida. Al médico hay que decirle abiertamente toda la verdad, como al confesor.

MELIBEA. Amiga Celestina, mujer sabia y gran maestra, mi mal está en el corazón, bajo la teta izquierda, pero tiende sus rayos a todas partes. Lo segundo: sí, es la primera vez que este mal ha nacido en mi cuerpo. Nunca pensé que este dolor podía privarme de la razón, turbarme la cara y quitarme la risa, el sueño y las ganas de comer. En tercer lugar, la causa o el pensamiento no lo sé. Porque no ha muerto ningún familiar, ni he perdido bienes materiales, ni he tenido visiones temibles, nada; a no ser... la alteración que tú me causaste al pedirme el cordón para Calisto. Sospeché que era una petición suya...

CELESTINA. Pero, señora, ¿tan mal hombre es Calisto? ¿Tan malo es su nombre? ¿Acaso son venenosos los sonidos de «Calisto»? Yo sospecho que es otra la causa de tu sufrimiento. Si me das licencia, señora, te la diré.

MELIBEA. ¿Cómo, Celestina? ¿Pides permiso para darme la salud? ¿Qué médico lo hace para curar al paciente? Di, di siempre lo que quieras, si no daña mi honra.

CELESTINA. Veo, señora, que por una parte te quejas de dolor, pero por otra temes la medicina. Tu temor me da miedo, así que no tengo más remedio que aplazar mi medicina. Por lo tanto, ni tu dolor cesará ni mi venida habrá servido para nada.

MELIBEA. Cuanto más dilatas la cura, más multiplicas mi sufrimiento. Dame pronto el remedio, con tal de que no dañe mi honra.

CELESTINA. Señora, si quieres sanar de esa llaga y que te descubra mi sutil aguja, ata tus manos y tus pies con unas ligaduras de sosiego, cúbrete los ojos con un velo de piedad, pon un freno de silencio a tu lengua y tápate los oídos con unos algodones de sufrimiento y paciencia.

MELIBEA. ¡Oh cómo me muero con tus largos rodeos! Di, por Dios lo que quieras y haz lo que sepas, pues no será peor tu remedio que mi tormento. Aunque afecte a mi honra, dañes mi fama y abras mis carnes para

sacarme el dolorido corazón, te doy mi palabra de que no te pasará nada. Y si me alivio, tendrás un galardón.

LUCRECIA. (*Aparte.*) Mi señora ha perdido el juicio. Esta hechicera la ha cautivado.

CELESTINA. (*Aparte.*) ¡Que no me falte nunca un enemigo...! Me he librado de Pármeno y ahora me las tengo que haber con Lucrecia.

MELIBEA. ¿Qué dices, amada maestra? ¿De qué te habla esta moza?

CELESTINA. No sé, no la he entendido, pero no hay cosa peor para un cirujano que escuchar lamentos o dichos desconfiados a su alrededor. Asustan al enfermo y alteran su mano. Así que, señora, para recuperar tu salud es mejor que no haya nadie delante. Y tú, Lucrecia, hija, perdona.

MELIBEA. (*A su criada.*) Sal fuera, pronto.

LUCRECIA. (*Aparte.*) ¡Ya todo está perdido! (*En voz alta.*) Ya me salgo, señora.

ESCENA III

Se va la criada y Melibea se queda a solas con Celestina.

CELESTINA. Aquella sospecha tuya de Calisto es parte de mi cura; pero todavía es necesario traer más medicina de ese caballero.

MELIBEA. Calla, por Dios, ¡ni me lo nombres!

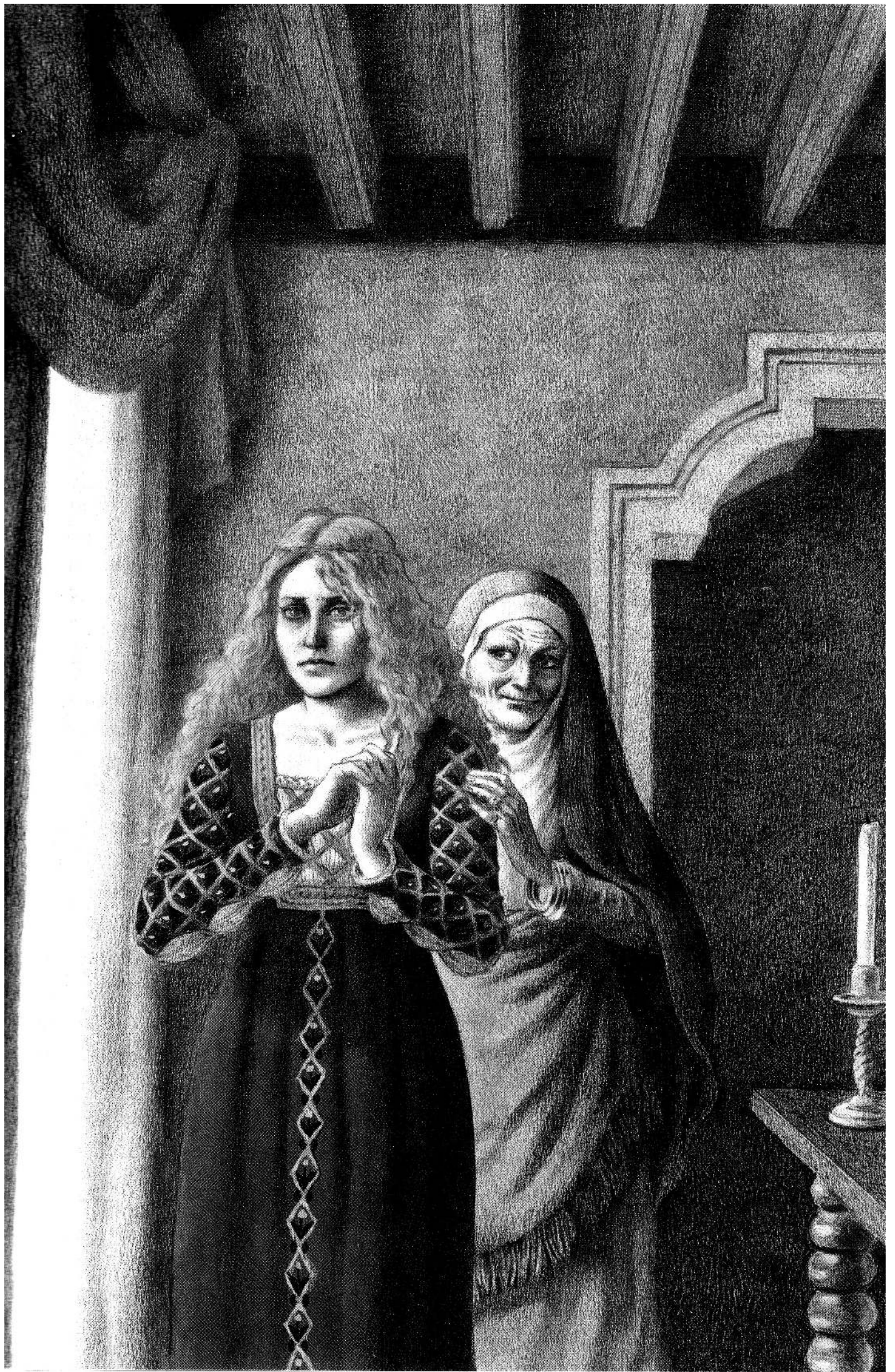
CELESTINA. Ten paciencia, señora, pues tu llaga es grande y necesita una áspera cura. Un clavo saca otro clavo, y un dolor expulsa otro dolor. No concibas odio ni hables mal de una persona tan virtuosa como Calisto, porque si se llega a saber que...

MELIBEA. ¡Oh, por Dios, que me matas! ¿No te tengo dicho que no me alabes a ese hombre, ni me lo nombres, para bien o para mal?

CELESTINA. Señora, si no aceptas mi cura, no sanarás. Pero si soportas la invisible aguja que sientes al mencionar su nombre en mi boca, Calisto se quedará pagado y sin queja.

MELIBEA. ¿Pagado de qué? ¿Qué le debo yo? ¿Qué ha hecho él por mí? Prefiero que rasgues mis carnes y me saques el corazón, a que me digas esas palabras.

CELESTINA. El amor se adentró en tu pecho sin romper tu vestido. No rasgaré yo tu carne para curarlo.



MELIBEA. ¿Cómo llamas a este dolor que se ha adueñado de mi cuerpo?

CELESTINA. Amor dulce.

MELIBEA. Aclárame qué es, que con sólo oírlo, me alegro.

CELESTINA. Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, un alegre tormento, una dulce herida, una blanda muerte.²

MELIBEA. ¡Ay, pobre de mí! Si eso es verdad, dudosa será mi salud. Porque esos nombres son contrarios entre sí, y lo que uno tiene de bueno, el otro tiene de dañino.

CELESTINA. Señora, tu noble juventud recobrará la salud, pues cuando el alto Dios da la llaga, envía detrás el remedio. Yo sé que hay una flor que te libraré de todo este mal.

MELIBEA. ¿Cómo se llama?

CELESTINA. No me atrevo a decirlo.

MELIBEA. Di, no temas.

CELESTINA. Calisto. (*Melibea se desvanece.*) ¡Oh, por Dios, señora Melibea!, ¿qué desmayo es este? ¡Alza la cabeza! ¡Ay, desgraciada de mí! Si se me muere, me matarán. Señora Melibea, ángel mío, ¿qué te ocurre? ¿Qué es de tu habla graciosa? ¿Qué es de tu color alegre? ¡Abre tus claros ojos! (*Alzando la voz.*) ¡Lucrecia, Lucrecia, entra enseguida!, verás a tu señora desmayada entre mis manos. ¡Trae un jarro de agua, pronto!

MELIBEA. (*Reponiéndose.*) No grites, tranquila, que ya vuelvo en mí. No escandalices la casa.

CELESTINA. ¡Ay, pobre de mí! No te desmayes, señora, háblame...

MELIBEA. Ya estoy mejor. Calla, no me fatigues.

CELESTINA. ¿Pues qué quieres que haga, perla graciosa? ¿Qué te ha pasado?

MELIBEA. Se ha aflojado mi resistencia, he perdido la honestidad y la vergüenza, y, al abandonarme, se han llevado consigo el color de la cara, la fuerza y el habla, he perdido el sentido. ¡Oh!, mi buena maestra y fiel secretaria,³ ya no puedo ocultarte lo que abiertamente conoces. Muchos

2 Las palabras con que Celestina define el amor están tomadas de Petrarca.

3 *secretaria*: la que guarda secretos.

días han pasado desde que ese noble caballero me habló de amor. Entonces sus palabras me enojaron tanto como ahora me alegra oír su nombre. En el cordón le llevaste envuelta mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento, su pena era la mía. Alabo tu buen saber y tu paciencia para soportar mis reproches y mi ira. Has sacado de mi pecho lo que jamás pensaba descubrir a nadie.

CELESTINA. Amiga mía, estoy habituada a sufrir el áspero desdén de las doncellas que viven encerradas como tú. Por el camino venía con muchas dudas y con miedo de expresarte mi petición, dado el gran poder de tu padre; pero la gentileza de Calisto me animaba. Y puesto que has querido descubrirme tu voluntad, deja en mis manos el concierto de tu encuentro con Calisto.

MELIBEA. ¡Oh mi Calisto, mi señor, mi dulce alegría! Si tu corazón siente lo mismo que el mío, estoy maravillada de que la ausencia te permita vivir. Madre, haz que pronto lo vea.

CELESTINA. Que lo veas y le hables.

MELIBEA. ¿Hablarle? Eso es imposible.

CELESTINA. Nada es imposible, si se quiere hacer.

MELIBEA. ¿Cómo?

CELESTINA. Por entre las puertas de tu casa.

MELIBEA. ¿Cuándo?

CELESTINA. Esta noche.

MELIBEA. Di a qué hora.

CELESTINA. A las doce.

MELIBEA. Pues ve, leal amiga, y dile que venga en secreto.

CELESTINA. Adiós, que viene hacia aquí tu madre. *(Sale apresurada.)*

ESCENA IV

Quedan a solas Melibea y Lucrecia.

MELIBEA. Amiga Lucrecia, mi leal criada y fiel secretaria, ya has visto que el amor de aquel caballero me ha cautivado sin remedio. Te ruego, por Dios, que guardes el secreto, para que yo pueda gozar de tan suave amor. Si lo haces así, te compensaré por tu servicio.

LUCRECIA. Señora, ya me había dado cuenta de tu herida y de tu deseo. Y me ha dolido tu perdición. Cuanto más querías ocultar el fuego que te quemaba, más se manifestaban sus llamas en el color de tu cara, en el desasosiego de tu corazón, en tus inquietos movimientos, en el comer sin gana y en el no dormir. Pero como en estos tiempos los señores se dejan llevar de su voluntad o desmedido apetito, los servidores tienen que callar y obedecer con prontitud. Y puesto que no te queda más remedio que morir o amar, es razonable que escojas aquello que es sin duda mejor.

ESCENA V

*Al salir, Celestina se tropieza con Alisa,
la madre de Melibea.*

ALISA. ¿A qué vienes por aquí cada día, vecina?

CELESTINA. Señora, ayer faltó un poco de hilado y he venido a traerlo. Ya me voy. Queda con Dios.

ALISA. Contigo vaya. *(Tras entrar en la sala.)* Melibea, hija, ¿qué quería esa vieja?

MELIBEA. Venderme un poquito de solimán.⁴

ALISA. Pues me ha mentido, la muy ruin. Hija, ten cuidado con ella, que es una gran traidora. El astuto ratón siempre ronda las ricas moradas. Con sus falsas mercaderías busca mudar los propósitos castos. A la tercera vez que entra en una casa, ya engendra sospechas y daña la fama.

LUCRECIA. *(Aparte.)* Tarde despierta nuestra ama.

ALISA. Hija, si vuelve por aquí y no estoy yo, no la recibas con buenos modos. Que vea tu honestidad, y no se presentará más. Pues a la virtud se la teme más que la espada.

MELIBEA. ¿Es de esas? ¡Nunca más! Sabré guardarme de ella, madre.

⁴ *solimán*: sustancia química venenosa que se utilizaba como desinfectante.



ACTO XI

Celestina va por la calle y ve a Sempronio y a Pármeneo que se encaminan a la iglesia de la Magdalena a buscar a su señor. Sempronio habla con Calisto y se les acerca Celestina, que declara el negocio acordado con Melibea. Celestina se despide de Calisto, va a su casa, le abre Elicia, cenan y se van a dormir.

CELESTINA, SEMPRONIO, CALISTO, PÁRMENO, ELICIA

ESCENA I

Celestina va hablando sola por la calle.

CELESTINA. ¡Ay Dios, qué ganas tengo de llegar a casa con esta alegría! Allí veo a Pármeneo y a Sempronio. Van a la iglesia de la Magdalena. Voy tras ellos, y si no encontramos a Calisto allí, pasaremos por su casa a pedirle la recompensa por las buenas noticias que le traigo.

ESCENA II

Sempronio y Pármeneo entran en la iglesia y se acercan a su amo, que reza muy devoto.

SEMPRONIO. (*Susurrando.*) Señor, tu estancia aquí tanto tiempo va a dar qué hablar. Dirán que estás royendo santos. Por Dios, evita las habladurías, pues al muy devoto llaman hipócrita. Sufre tu pasión en casa, sin que se entere nadie, pues tu asunto está en buenas manos.

CALISTO. ¿En qué manos?

SEMPRONIO. De Celestina. (*Llega Celestina y se acerca.*)

CELESTINA. ¿Por qué nombráis a Celestina? ¿Qué decís de esta esclava de Calisto? Vengo tras vosotros por toda la calle del Arcediano, y por culpa de mis largas faldas no podía alcanzaros.

CALISTO. ¡Oh joya del mundo, socorro de mis pasiones, espejo de mi vista! El corazón se me alegra al ver tu honrada presencia, tu noble vejez. Dime, ¿qué noticias traes, que te veo alegre?

CELESTINA. Salgamos, señor, de la iglesia y de aquí a casa te contaré algo que te alegrará de verdad.

PÁRMENO. (*Aparte.*) Contenta viene la vieja. Aquí hay ganancia.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) Escúchala.

CELESTINA. (*Fuera ya de la iglesia.*) Señor, llevo todo el día trabajando en tu negocio y he dejado perder buenas ganancias en otros; tengo a muchos quejosos por tenerte a ti contento. Pero en fin, sea en buena hora, pues te traigo muy buenas palabras de Melibea.

CALISTO. ¿Qué es lo que oigo?

CELESTINA. Que Melibea ya es más tuya que de sí misma. Está más a tus órdenes que a las de su padre.

CALISTO. Habla con propiedad, madre.¹ Melibea es mi señora, Melibea es mi dios, Melibea es mi vida. Yo soy su cautivo, su siervo.

SEMPRONIO. (*Aparte, a su amo.*) Señor, la interrumpes con tus recelos. Desconciertas a todo el mundo diciendo disparates. Es mejor que le des algo por su trabajo, que a eso se encaminan sus palabras.

CALISTO. (*Aparte.*) Bien dicho, Sempronio. (*En voz alta, mientras se quita la cadena de oro.*) Madre, tu trabajo no tiene precio, pero en vez del manto y la saya, ten esta cadenilla, pónstela al cuello y cuéntame.

PÁRMENO. (*Aparte, a Sempronio.*) ¡«Cadenilla» la llama! ¿Has oído, Sempronio? Mi parte no la doy por menos de medio marco de oro.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) Nuestro amo te va a oír y se va a hartar de tanta murmuración. Hermano, escucha y calla, que para eso te dio Dios dos orejas y una sola lengua.

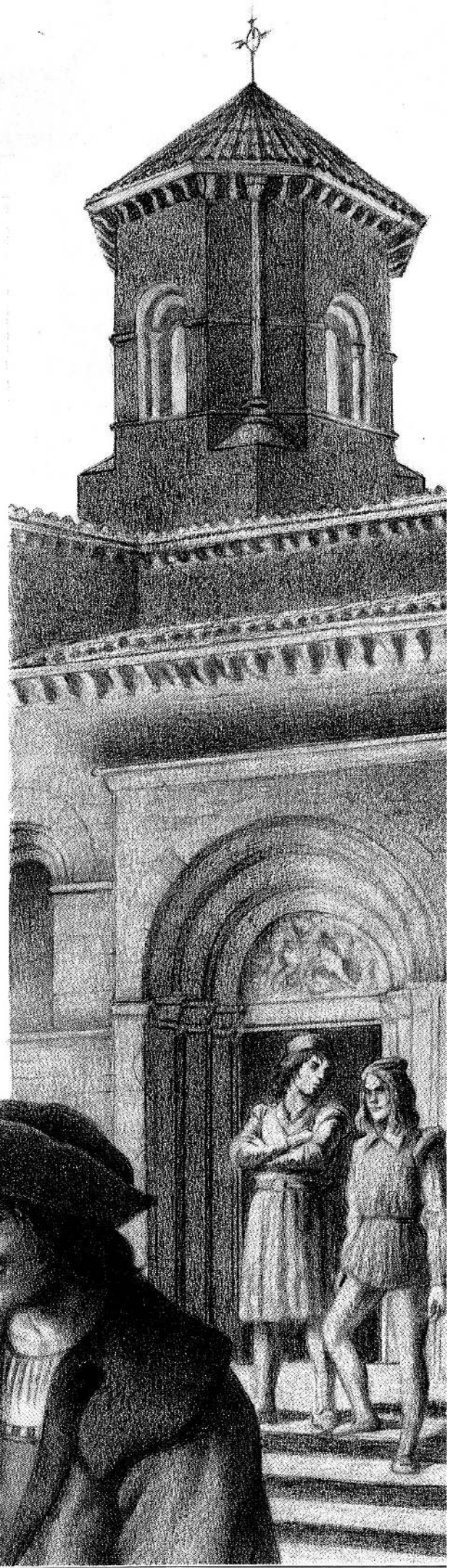
1 Calisto reprende a la alcahueta por no usar el lenguaje propio del amor cortés, según el cual el amante era un vasallo y servidor de la dama.

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¡Me oirá el diablo! Está colgado de la boca de la vieja, sordo, mudo y ciego.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) Calla, y escucha a Celestina.

CELESTINA. Señor Calisto, para una vieja flaca como yo, has sido muy generoso. Pero como todo regalo se juzga grande o pequeño en relación con la magnificencia de quien lo da, y la tuya es mucha, no quiero traer al caso mi poco merecer. En pago a tu generosidad, yo te devuelvo la salud y el juicio que habías perdido. Melibea te ama y desea verte. Melibea piensa más en tu persona que en la suya. Melibea está cautiva de tu amor, y a esto lo llama ella libertad, y con esto amansa el fuego que más que a ti le quema.

CALISTO. (*Con sorpresa y alborozo.*) Mozos, ¿estoy yo aquí? ¿Oigo bien? Mirad a ver si estoy despierto. ¿Es de día o de noche? ¡Oh Dios, padre celestial, que esto no sea un sueño! ¡Sí, estoy despierto! ¿Te estás burlando de mí, señora? No tengas miedo de decirme la verdad.



CELESTINA. Si me burlo o no, lo verás esta noche, en su casa, al dar el reloj las doce. Le podrás hablar por entre las puertas. Ese es el acuerdo. Sabrás de su propia boca el amor que te tiene.

CALISTO. ¿Todo eso puedo esperar? ¿Es posible que esto me pase a mí? Voy a morirme de aquí a entonces, no soy capaz de tanta gloria, no merezco tan gran merced, no soy digno de hablar con tal señora.

CELESTINA. Siempre he oído decir que es más difícil sufrir la próspera fortuna que la adversa, pues la buena no da sosiego, y la mala tiene consuelo. Pero, señor Calisto, ¿has olvidado quién eres? ¿Y el tiempo que has gastado en su servicio? Y ahora que te certifico el fin de tu penar, ¿quieres matarte? Mira que Celestina está de tu parte, y aunque te faltase todo lo que se pide a un enamorado, yo te vendería por el más acabado galán del mundo. Mal conoces a la que das tu dinero.

CALISTO. ¡Pero, qué me dices, señora! ¿Que ella irá a la cita con gusto, por su propia voluntad?

CELESTINA. Y hasta de rodillas.

SEMPRONIO. ¿No será una trampa para atraparnos a todos?

PÁRMENO. Bien dicho. Me da mala espina que esa señora acepte tan deprisa la petición de Celestina. A ver si quiere engañarnos con dulces palabras, como los gitanos cuando leen la palma de la mano. A fe, madre, que con palabras dulces se vengan muchas injurias. La esquila que hace sonar el cazador disfrazado de buey atrae las perdices a la red, y el canto de la sirena engaña a los simples marineros con su dulzura.² Del mismo modo, esta corderica mansa se vengará de Calisto para purgar su inocencia, y nosotros caeremos con él. Hay muchos servidores en su casa para echarnos el guante y matar así dos pájaros de un tiro.

CALISTO. ¡Callad, locos, desconfiados! Como si los ángeles pudieran hacer el mal. Sí, Melibea es un ángel disfrazado que vive entre nosotros.

SEMPRONIO. ¿Vuelves a tus herejías? (*Aparte.*) Escúchale, Pármeno. Y no tengas pena de nada, que si esto es un engaño, sólo él pagará las consecuencias. Nosotros tenemos buenos pies.

2 Las sirenas eran seres mitológicos, con cabeza y pecho de mujer y el resto del cuerpo de ave, que atraían a los marineros con sus cantos melodiosos para hacerlos naufragar.

CELESTINA. Señor, tú estás en lo cierto y estos están cargados de sospechas vanas. Yo he hecho todo lo que se me ha encomendado. Alegre te dejo. Me voy muy contenta. Y si me necesitas para algo, ya sabes dónde encontrarme, muy dispuesta y a tu servicio.

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¡Ji, ji, ji!

SEMPRONIO. (*Aparte.*) ¿De qué te ríes, Pármeno?

PÁRMENO. (*Aparte.*) De las prisas de la vieja. No ve la hora de largarse con la cadena. No cree que se la hayan dado de verdad, ni se cree digna de tal don, como Calisto con Melibea.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) ¿Qué quieres que haga una puta alcahueta, que remedia siete virgos por cuatro cuartos, al verse cargada de oro? Pues ponerse a salvo, para que no le quiten la posesión. Pero ¡que se encomiende al diablo, porque si no reparte le sacaremos el alma!

CALISTO. Dios vaya contigo, madre. Yo quiero dormir y reposar un rato para reponerme de las noches pasadas y estar listo para la próxima.

ESCENA III

Celestina va a su casa y llama a la puerta.

CELESTINA. Toc, toc, toc.

ELICIA. ¿Quién llama?

CELESTINA. Abre, hija Elicia.

ELICIA. (*Abriendo la puerta.*) ¿Cómo vienes tan tarde? Eres vieja, puedes tropezar, caer y matarte.

CELESTINA. De noche vengo por el medio de la calle, jamás me subo a la acera. Porque como dicen: no da paso seguro quien corre por el muro, y va más sano el que anda por lo llano. Pero eso a ti no debe preocuparte.

ELICIA. ¿Y qué me ha de preocupar?

CELESTINA. Que se ha ido la compañía con la que te dejé y te has quedado sola.

ELICIA. Hace ya cuatro horas. ¿Tengo que acordarme todavía?

CELESTINA. Dejemos eso, y vamos a cenar y luego a dormir.



ACTO XII

A medianoche, Calisto, Sempronio y Pármeno van armados a casa de Melibea, la cual los espera con su criada junto a la puerta. Llega Calisto, Lucrecia se retira y los dos enamorados se hablan por entre la puerta. Pármeno y Sempronio vigilan. Oyen gente por la calle y se preparan para huir. Calisto se despide apresuradamente de Melibea tras dejar concertada una nueva cita para la noche siguiente. Con el ruido de la calle, Pleberio y Alisa se despiertan, pero Melibea los tranquiliza. Calisto regresa a casa y se acuesta; sus criados van a casa de Celestina para reclamar su ganancia y, tras disputar con ella, la matan. Da voces Elicia, viene la justicia y los matadores huyen por la ventana.

CALISTO, SEMPRONIO, PÁRMENO, LUCRECIA, MELIBEA,
PLEBERIO, ALISA, CELESTINA, ELICIA

ESCENA I

*Calisto, en la sala de su casa, aguarda con impaciencia
la hora de la cita con Melibea.*

CALISTO. Mozos, ¿qué hora da el reloj?

SEMPRONIO. Las diez.

CALISTO. Sempronio, bobo, ¿cómo me respondes al tuntún lo primero que se te viene a la boca? ¿No sabes lo que me va en que sean las diez o las once? ¡Ay, triste de mí! Si fuera la hora y yo no estuviera allí, porque Sempronio me dice diez en lugar de once, y luego once en lugar de doce,

y si saliera Melibea y no me viese, ¡mi mal no tendría fin ni se cumpliría mi deseo!

SEMPRONIO. Señor, tan mal me parece que pregunte el que sabe como que responda el que ignora. (*Aparte.*) Este amo mío tiene ganas de reñir y no sabe cómo.

PÁRMENO. Mejor sería, señor, emplear esta hora en preparar las armas que en buscar disputas.

CALISTO. (*Aparte.*) Dice bien este necio. (*En voz alta.*) Pármeno, descuelga mi coraza. Y vosotros armaos también. Como dicen, el hombre apercebido, medio combatido.¹

PÁRMENO. Aquí tienes la coraza, señor.

CALISTO. Ayúdame a ponérmela. Sempronio, tú mira si viene alguien por la calle.

SEMPRONIO. (*Tras asomarse a la ventana.*) Nadie, señor, y aunque viese, está tan oscuro que nadie nos reconocería.

ESCENA II

En la calle vacía suenan quedo los pasos.

Ladra un perro.

CALISTO. Vamos por esta calle, aunque se rodee un poco. Iremos más seguros. Ya dan las doce: es la hora.

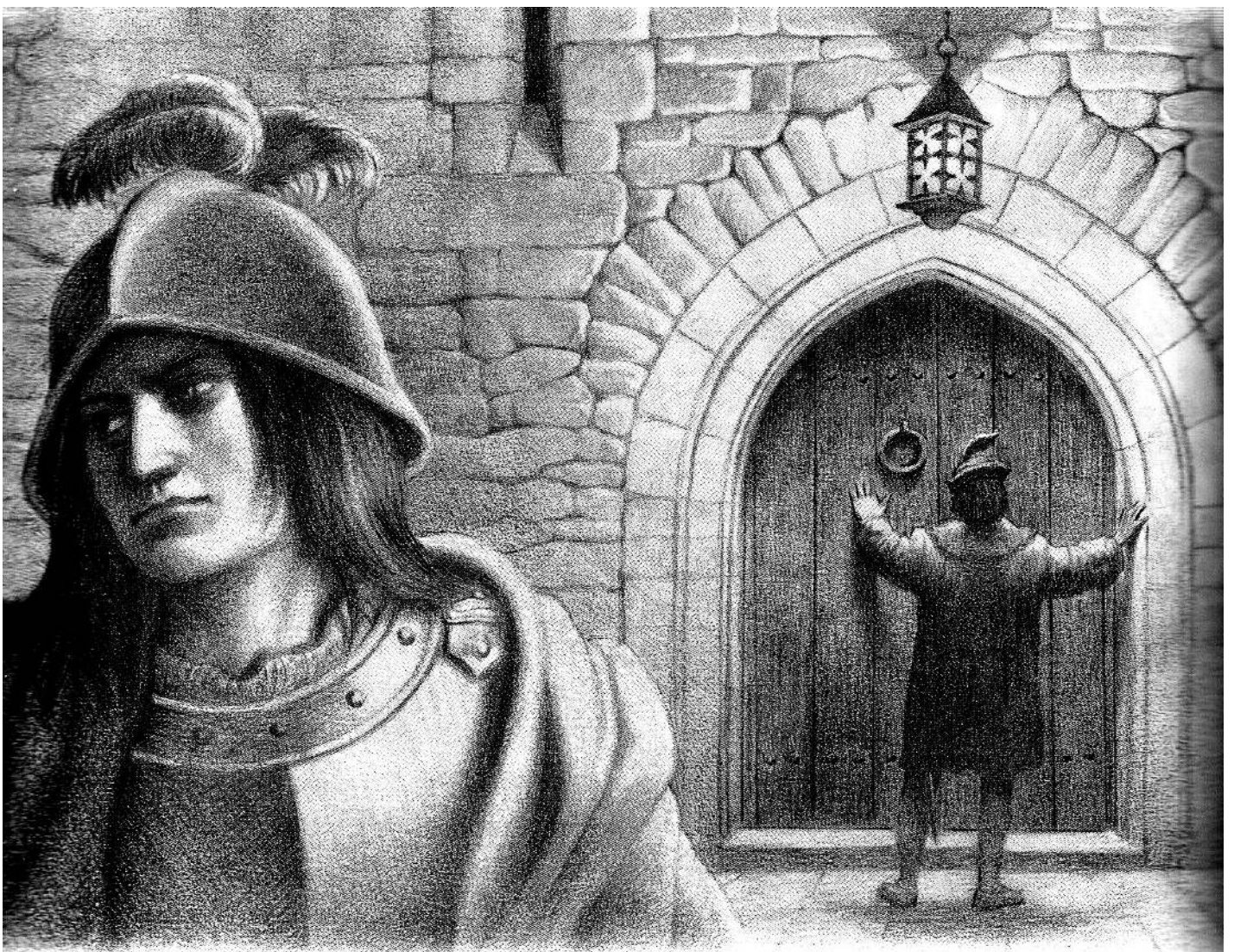
PÁRMENO. Estamos cerca.

CALISTO. Llegamos a tiempo. Acércate tú, Pármeno, a ver si la señora está a la puerta.

PÁRMENO. ¿Yo, señor? No fui yo quien concertó la cita. Y mejor será que te vea a ti primero, porque si me ve a mí, se asustará, y pensará que lo que quiere hacer en secreto lo saben muchos. O quizá pensará que la has engañado.

CALISTO. ¡Oh, qué bien has dicho! Me has dado la vida con tu sutil aviso, no fuera a ser que ella, al no verme, se diese la vuelta. Yo me llevo allá. Vosotros quedaos aquí. (*Se acerca a la puerta de la casa.*)

1 El refrán significa que un hombre preparado tiene ganado medio combate.



ESCENA III

*Pármeno y Sempronio, atentos al peligro, quedan aparte
y se desentienden de la suerte de su amo.*

PÁRMENO. ¿Qué te parece, Sempronio? El necio de nuestro amo pensaba usarme de escudo para parar el primer golpe y evitar el peligro. ¿Qué sé yo quién está tras la puerta cerrada? ¿Y si hay una traición? ¿Sé yo si Melibea confía en que nuestro amo le pague así su mucho atrevimiento? Más aún, ni siquiera estoy seguro de que la vieja nos haya dicho la verdad. Tú, Pármeno, di lo que no debes y te arrancarán el alma; ve dando fieles consejos y te molerán a palos; no hagas caso de los avisos de Celestina y estarás perdido. Así que has hecho bien cambiando de opinión. Y haz cuenta de que hoy has vuelto a nacer, pues has escapado de todos esos peligros.

SEMPRONIO. Calma, calma, Pármeno. No des saltos de alegría ni hagas tanto bullicio, que te van a oír.

PÁRMENO. Calla, hermano, que no quepo en mí de alegría. Le he hecho creer que yo no iba porque no le convenía a él. Pues muchas más cosas me verás hacer para salir con bien de este negocio. Porque esta doncella será para nuestro amo cebo de anzuelo o carne de buitrera.²

SEMPRONIO. Anda, que no te apenen esas sospechas, aunque salgan verdaderas. Tú, atento, y a la primera voz, tomas las de Villadiego.³

PÁRMENO. Me has leído el pensamiento: tú y yo somos un solo corazón. Si la gente de Pleberio oye a nuestro señor, traigo calzado ligero para huir. A ver si por no acusarnos mutuamente de cobardes, esperamos aquí los dos la muerte con nuestro amo. Sólo él la merece.

SEMPRONIO. ¡Pármeno, amigo! ¡Qué alegre y provechosa es la conformidad entre compañeros! Sólo por esto ya nos ha sido útil Celestina. Eh, ya debe de haber salido Melibea. Escucha, que hablan en voz baja.

PÁRMENO. Me temo que no es ella, sino alguien que finge su voz.

SEMPRONIO. A mí lo único que me da temor es que nos hayan tomado la calle por donde tenemos que huir.

ESCENA IV

Calisto habla con Melibea a través de la puerta.

Sus criados, algo retirados, vigilan miedosos.

CALISTO. *(Fuera, junto a la puerta.)* Este bullicio lo hace más de una persona. Pero, sea quien sea, quiero hablar. ¡Eh, señora mía!

LUCRECIA. *(Dentro.)* Es la voz de Calisto. Me acercaré a la puerta. *(En voz alta.)* ¿Quién habla? ¿Quién está fuera?

CALISTO. El que viene a cumplir tu mandato.

LUCRECIA. *(Dentro. A Melibea.)* ¿Por qué no te acercas, señora? Ven acá sin temor, que el caballero está aquí.

MELIBEA. *(Dentro.)* ¡Loca, habla bajo! Mira bien si es él.

LUCRECIA. *(Dentro.)* Acércate, señora, que sí es él. Lo conozco por la VOZ.

² La *carne de buitrera* es la que se coloca como cebo para cazar buitres.

³ *tomar las de Villadiego*: huir, largarse.

CALISTO. Me han burlado: no es Melibea la que me ha hablado. ¡Ruidos oigo, estoy perdido! Pero viva o muera, yo no me voy de aquí.

MELIBEA. (*Dentro.*) Lucrecia, ve a acostarte un rato. (*Acercando la cara a la puerta.*) ¡Eh, señor! ¿Cuál es tu nombre? ¿Quién te ha mandado venir?

CALISTO. (*Pegado a la puerta, por fuera.*) Aquella a la que no merezco servir. No temas descubrirte a este cautivo de tu gentileza, pues el dulce sonido de tu habla, que jamás de mis oídos se cae, me certifica que tú eres mi señora Melibea. Yo soy tu siervo Calisto.

MELIBEA. (*Dentro.*) La osadía de tus mensajes me ha forzado a hablarte, señor Calisto, pero no sé qué más piensas sacar de mi amor de lo que ya te mostré en el jardín. Desvía esos vanos y locos pensamientos de ti para que mi honra esté libre de malas sospechas. A esto he venido, a dar fin a nuestro trato. No pongas mi fama en lenguas maldicientes.

CALISTO. Los corazones acostumbrados a la adversidad están protegidos por un recio muro que ninguna desgracia puede atravesar. Pero el triste que entra desarmado en tu castillo, sin esperar una emboscada, es natural que se alarme y atormente ante la menor señal de peligro.⁴ ¡Ay, desdichado Calisto, cómo te han burlado tus sirvientes! ¡Oh engañosa Celestina!, ¿por qué falseaste la palabra de esta mi señora? ¿Para qué me mandaste venir aquí: para recibir el desfavor, la prohibición y el odio de la misma boca que tiene las llaves de mi perdición y de mi gloria? ¿No me dijiste que mi señora me era favorable? (*Solloza.*) Ahora, ¿en quién confiaré? ¿Quién es verdadero amigo? ¿Dónde no se fabrican traiciones?

MELIBEA. (*Dentro.*) Cesen, señor mío, tus quejas, que mi corazón no puede sufrirlas ni mis ojos disimularlas. Tú lloras de tristeza, juzgándome cruel; yo lloro de placer, viéndote tan fiel. ¡Oh mi señor y mi bien todo, cuánto más me alegraría ver tu cara que sólo oír tu voz! Pero como ahora no es posible, da por buenas todas las razones que te envié por aquella solícita mensajera. Limpia, señor, tus ojos, manda en mí a tu voluntad.

CALISTO. ¡Oh señora mía, esperanza de mi gloria, alivio de mi pena, alegría de mi corazón! ¿Qué lengua será capaz de dar las gracias a la in-

4 El rechazo de Melibea hace creer a Calisto que todo ha sido un engaño, y lo expresa con la metáfora bélica de la toma de un castillo que cree rendido.

comparable merced que haces a este tan endeble e indigno hombre de gozar de tu suavísimo amor? Porque mirando tu grandeza, tu estado,⁵ tus virtudes, tus méritos y tu perfección, yo me juzgaba indigno de ti. ¡Oh alto Dios!, ¿cómo podría serte ingrato, si tan milagrosamente has obrado conmigo esta singular maravilla! ¡Cuántos días hasta hoy rechacé por imposible este pensamiento, hasta que los rayos luminosos de tu muy claro



rostro dieron luz a mis ojos, encendieron mi corazón, despertaron mi lengua, mermaron mi cobardía, desadormecieron mis pies y manos para, al fin, atreverme a venir hasta aquí y oír tu dulce voz! Dudo de si yo soy Calisto, ese al que tanto bien se le hace.

MELIBEA. (*Dentro.*) Señor Calisto, desde que te vi y supe luego de tus virtudes y tu nobleza, ya no te has apartado en ningún momento de mi corazón. Luché por disimularlo muchos días, pero cuando aquella mujer me recordó tu dulce nombre, no pude evitar descubrir mi deseo. Ordena

⁵ Según Calisto, Melibea pertenece a una clase social superior a la suya.

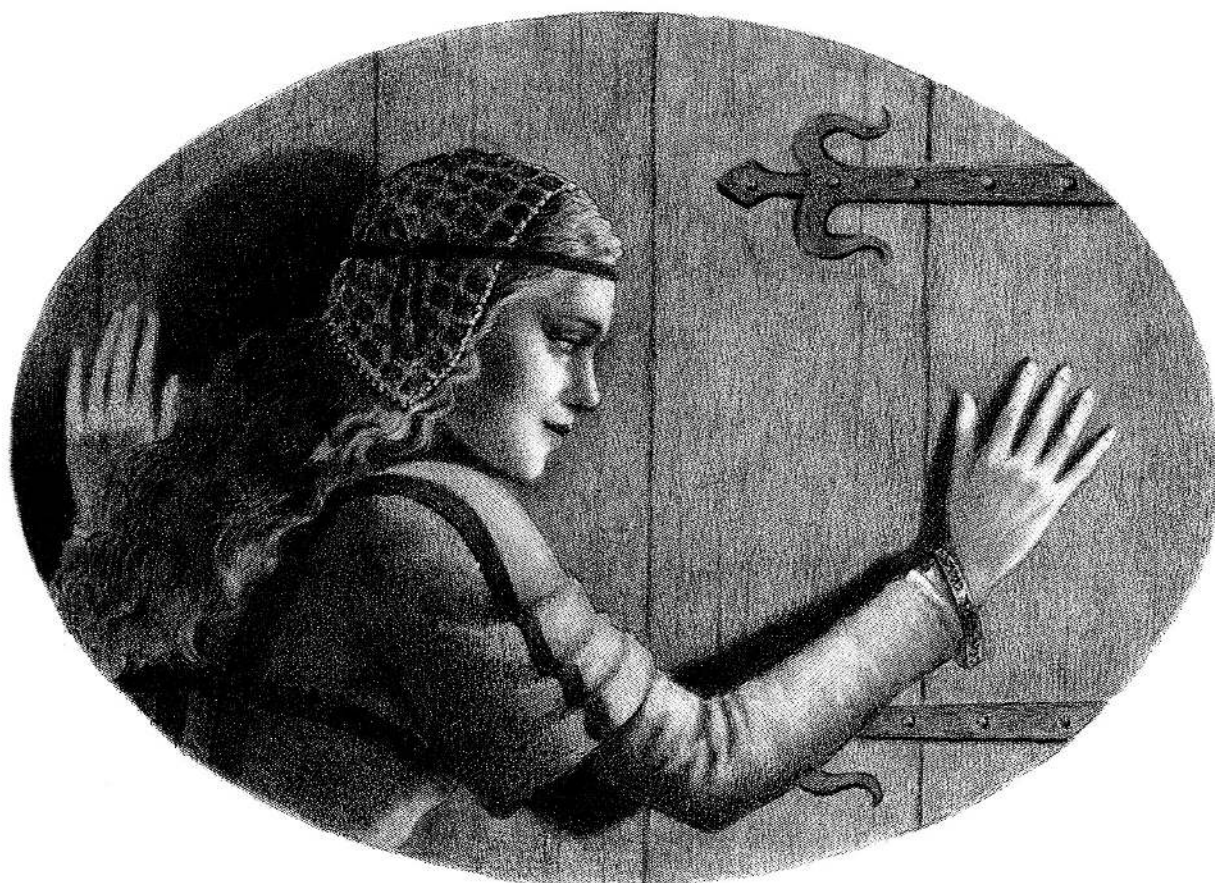
y dispón de mi persona como quieras. Maldigo esta puerta que impide nuestro gozo, y los fuertes cerrojos, y mis flacas fuerzas.

CALISTO. ¿Cómo, señora mía, voy a consentir que un madero impida nuestro gozo? Permite que llame a mis criados para que lo rompan.

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¿Lo oyes, lo oyes, Sempronio? Quiere venir a buscarnos para que nos den mal año. ¡En mal punto empezaron estos amores! Yo no me quedo aquí ni un instante más.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) Calla, calla y escucha, que ella no quiere que nos acerquemos allí.

MELIBEA. (*Dentro.*) ¿Quieres perderme, amor mío, y dañar mi fama? No des rienda suelta a tu voluntad. La esperanza es cierta, el tiempo



ahora escaso. Y puesto que yo siento tu dolor y el mío, y tú sólo tu pena, conténtate con venir mañana a esta hora por las paredes del huerto. Que si ahora quebrases la cruel puerta, aunque nadie nos oyese, amanecería en casa de mi padre la terrible sospecha de mi delito. Y enseguida se publicaría por toda la ciudad.

SEMPRONIO. (*Aparte.*) ¡En mala hora vinimos acá esta noche! Aquí nos ha de amanecer, a juzgar por la tardanza de nuestro amo.

PÁRMENO. (*Aparte.*) Hace ya dos horas que te pido que nos vayamos. Ya se nos ocurrirá una excusa.

CALISTO. ¡Oh mi señora y mi bien todo! ¿Por qué llamas delito a lo que los santos me han concedido? Rezando hoy ante el altar de la Magdalena, aquella solícita mujer me trajo tu mensaje.

PÁRMENO. (*Aparte.*) ¡Desvaría, Calisto desvaría! Hermano Sempronio, esto no es cristiano: atribuye a los santos lo que ha hecho la vieja con sus pestíferos hechizos. Y con esa creencia quiere echar abajo la puerta. En cuanto dé el primer golpe, lo prenderán los criados de Pleberio, que duermen cerca.

SEMPRONIO. No temas, Pármeno, al primer ruido, huimos. Déjalo, que si hace mal, él lo pagará.

PÁRMENO. Bien dicho. Huyamos de la muerte, que somos mozos. No matar y no querer morir no es cobardía, sino inclinación natural. Los escuderos⁶ de Pleberio están locos: prefieren pependencias y riñas a comer y dormir. ¡Oh hermano, si vieses cómo estoy, te reirías! De lado, las piernas abiertas, el pie izquierdo adelantado, las faldas enrolladas en la cintura y el escudo bajo el sobaco para que no me moleste, listo para la fuga. ¡Por Dios, es tanto el miedo que tengo de estar aquí, que correré como un gamo!

SEMPRONIO. Mejor estoy yo, que tengo el escudo y la espada atados con correas para que no se me caigan al correr, y el casco metido en la capucha de la capa.

PÁRMENO. ¿Y las piedras que traías en él?⁷

SEMPRONIO. Las he tirado para ir más ligero. Bastante tengo con llevar esta pesada coraza. ¡Escucha, escucha! ¿Oyes, Pármeno? ¡A malas andan! ¡Muertos somos! (*Asustado, sale corriendo.*) ¡Echa a correr! ¡Vamos a casa de Celestina, que no nos atajen camino de nuestra casa!

PÁRMENO. (*Adelanta a Sempronio.*) ¡Huye, huye, que corres poco!

6 Hacia 1500 los *escuderos* eran hidalgos que vivían con los grandes señores y les hacían tareas domésticas y administrativas.

7 Sempronio había llenado el casco de piedras para, en caso de enfrentamiento, tirárselas a los criados de Pleberio.

SEMPRONIO. ¿Habrán matado a nuestro amo?

PÁRMENO. No sé, corre y calla.

SEMPRONIO. ¡Eh, Pármeno! Vuelve, vuelve sin hacer ruido, que es la gente del alguacil⁸ que pasaba haciendo estruendo por la otra calle.

PÁRMENO. (*Parándose, jadeando.*) Asegúrate. No te fíes de los ojos, que a veces engañan. Creí que me había llegado la hora de morir, porque me parecía que me golpeaban las espaldas. En mi vida recuerdo haber pasado tan gran temor. Y eso que he andado mucho tiempo en casas ajenas y en sitios de mucho ajetreo. Nueve años serví a los frailes jerónimos de Guadalupe, y mil veces anduve allí a puñetazos con otros. Pero nunca como esta vez he pasado tanto miedo a morir.

SEMPRONIO. ¿Y no serví yo al cura de San Miguel y al mesonero de la plaza? Yo también tuve mis pependencias con los que tiraban piedras a los pájaros, porque acababan estropeando las hortalizas. Pero es mejor andar sin armas, porque ya lo dice el refrán: «Cargado de hierro, cargado de miedo». Anda, vuelve, que era el alguacil.

ESCENA V

Con harto pesar, los enamorados se separan al oír ruidos en la calle.

MELIBEA. (*Dentro.*) Señor Calisto, ¿qué suena en la calle? Parecen voces de gente que huye. Cuídate, por Dios, que estás en peligro.

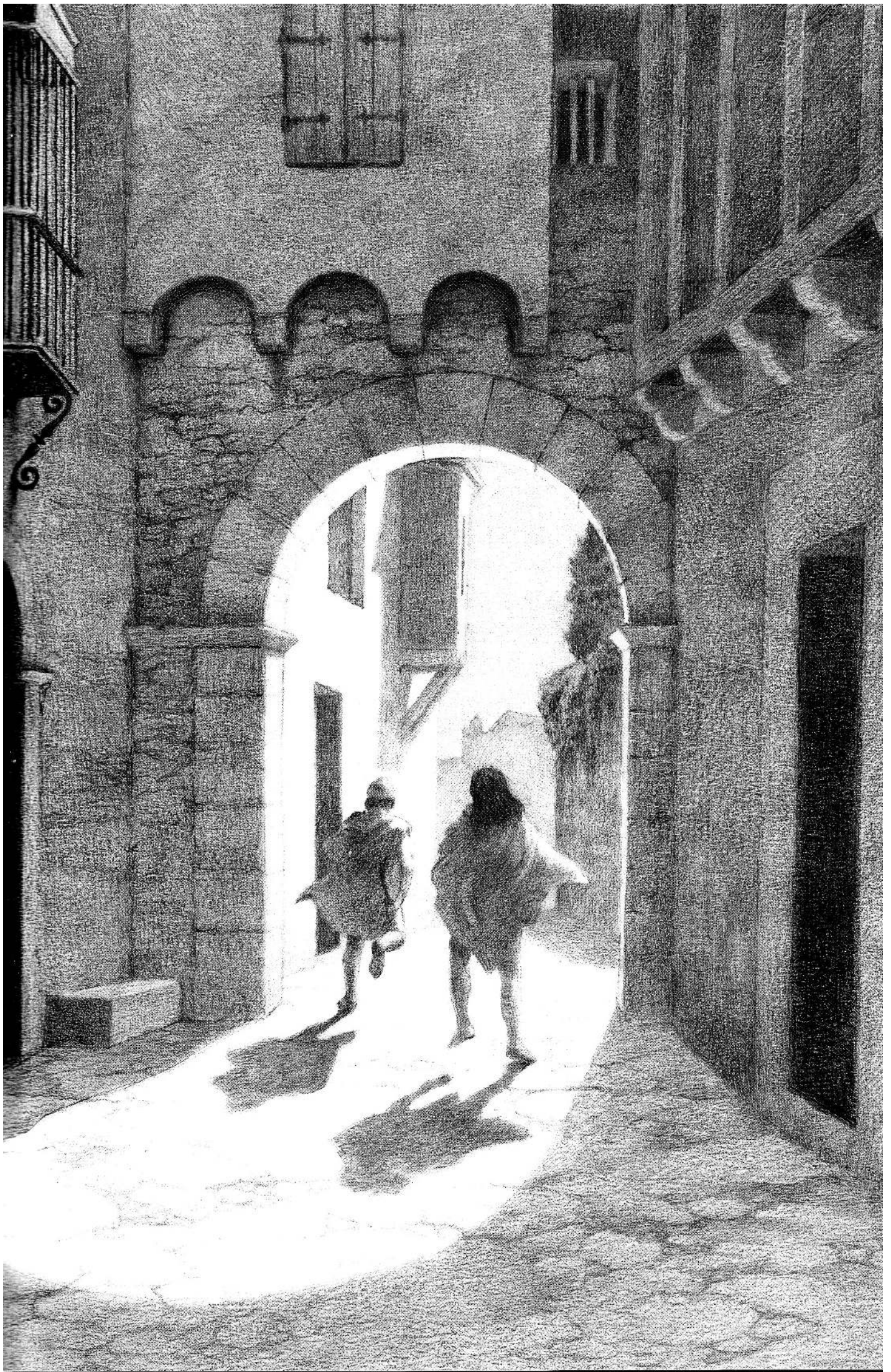
CALISTO. Señora, no temas. Estoy protegido. Serán los míos, que son unos locos y desarman a los que pasan. Se les habrá escapado alguien.

MELIBEA. (*Dentro.*) ¿Traes muchos?

CALISTO. No, sólo dos, pero tan valientes que pueden desarmar a seis enemigos y ponerlos en fuga. Son escogidos, señora, no vengo a ciegas. Si no fuera por lo que a tu honra toca, harían pedazos esta puerta. Y si nos descubriesen, nos librarían a ti y a mí de toda la gente de tu padre.

MELIBEA. (*Dentro.*) ¡Oh por Dios, que no pase tal cosa! Pero me satisface que andes acompañado de gente tan fiel. Bien empleado está el

8 El *alguacil* era el agente de la justicia que hacía la ronda nocturna por las calles acompañado de varios *corchetes* ('guardias'), que se alumbraban con antorchas.



pan que comen sirvientes tan valerosos. Tráталos bien y dales un premio para que guarden el secreto.

PÁRMENO. ¡Eh, eh, señor, quítate rápido de ahí, que viene mucha gente con antorchas y te verán y reconocerán!

CALISTO. ¡Oh mezquino de mí, que tengo que separarme de ti, señora! ¡Me obliga más el miedo a que se dañe tu honra que el temor a la muerte! Volveré, como me ordenaste, por el huerto.

MELIBEA. (*Dentro.*) Así sea y Dios vaya contigo.

ESCENA VI

Alcoba de los padres de Melibea. Los ruidos los despiertan.

PLEBERIO. Esposa mía, ¿duermes?

ALISA. No, señor.

PLEBERIO. ¿No oyes bullicio en la alcoba de tu hija?

ALISA. Sí lo oigo. ¡Melibea! ¡Melibea!

PLEBERIO. No te oye. Yo la llamaré más recio. ¡Hija mía, Melibea!

MELIBEA. (*Desde su alcoba.*) ¡Señor!

PLEBERIO. ¿Quién da patadas y alborota en tu alcoba?

MELIBEA. (*En su alcoba.*) Es Lucrecia, señor, que salió por un jarro de agua para mí, porque tenía mucha sed.

PLEBERIO. Duerme, hija. Pensé que era otra cosa.

LUCRECIA. (*En la alcoba de Melibea.*) Poco estruendo los despertó. Hablaban con gran pavor.

MELIBEA. (*En su alcoba.*) Hasta el más manso animal se inquieta por el amor o el temor de sus hijos. Conque si se enteraran de lo que ha pasado, ¿qué harían?

ESCENA VII

Calisto y sus criados regresan a casa.

CALISTO. (*Después de entrar a casa.*) Cerrad la puerta, hijos. Y tú, Pármeno, sube una vela arriba.

SEMPRONIO. Señor, reposa y duerme hasta que venga el día.

CALISTO. Eso haré, pues lo necesito. Y ahora, Pármene, ¿qué dices de la vieja de la que hablabas tan mal? Sin ella, ¿qué se habría conseguido?

PÁRMENO. Ni yo sentía tu gran pena ni conocía la gentileza de Melibea, así que no tengo culpa. Conocía las mañas de Celestina y te advertí de ellas. Pero ahora me parece otra. Ha cambiado.

CALISTO. ¡Y tanto que ha cambiado!

PÁRMENO. Tanto que, si no lo hubiese visto, no lo habría creído. Es cierto.

CALISTO. Pues ya habéis visto cómo me ha ido con mi señora. Por cierto, ¿qué hacíais? ¿Temíais algo?

SEMPRONIO. ¿Temer, señor? Sólo los cobardes temen. ¡Nos tenías que haber visto dispuestos y con las armas a mano!

CALISTO. ¿Habéis dormido algún rato?

SEMPRONIO. ¿Dormir, señor? ¡Dormilones son los mozos! Ni siquiera me senté, pues no cesaba de mirar a todas partes para, al menor ruido, saltar rápido y ayudar. Y Pármene, que parecía que no te servía de muy buena gana, cuando vio a los de las antorchas, parecía un lobo a la vista de un rebaño de ovejas. Pero eran muchos.

CALISTO. No te extrañes, que él es así de osado. Por cierto, le he dicho a mi señora Melibea que con vosotros tenía seguras las espaldas. Hijos, estoy muy satisfecho con vuestro servicio, y os premiaré muy cumplidamente. *(Calisto se retira.)*

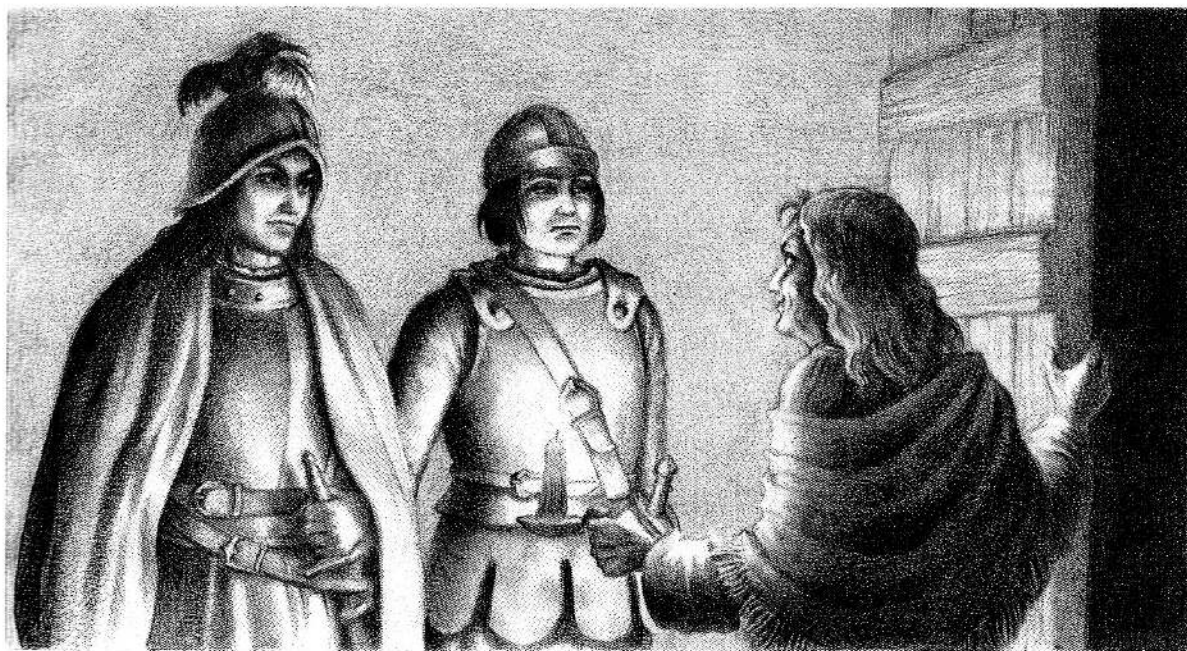
ESCENA VIII

Pármene y Sempronio se quedan a solas.

PÁRMENO. ¿Adónde vamos, Sempronio? ¿A la cama a dormir o a la cocina a comer algo?

SEMPRONIO. Tú ve donde quieras, que yo voy a casa de Celestina para cobrar mi parte de la cadena. Que ella es una puta vieja, y no le quiero dar tiempo a que se invente alguna ruindad para excluarnos.

PÁRMENO. Bien dices. Lo había olvidado. Vamos los dos, y si se niega a entregarnos nuestra parte, le damos un buen susto. Que sobre dinero no hay amistad.



ESCENA IX

Sempronio y Pármeneo llegan a casa de Celestina. Apunta el nuevo día.

SEMPRONIO. Ahora calla, que duerme detrás de este ventanuco. *(Da unos golpes.)* Toc, toc, toc. Señora Celestina, ábrenos.

CELESTINA. ¿Quién llama?

SEMPRONIO. Abre, que son tus hijos.

CELESTINA. Yo no tengo hijos que anden por la calle a estas horas.

SEMPRONIO. Abre a Pármeneo y a Sempronio.

CELESTINA. ¡Oh locos traviosos! *(Se levanta del lecho, va a la puerta y descorre el cerrojo.)* Entrad, entrad. ¿Cómo venís a esta hora, que ya amanece? ¿Qué os ha pasado? ¿Ha perdido la esperanza Calisto, o vive todavía con ella? ¿Cómo está?

SEMPRONIO. ¿Cómo, madre? Si no fuera por nosotros, andaría su alma buscando posada para siempre. Y como la vida vale más que nada, y nos la debe, ni con toda su hacienda nos podrá pagar.

CELESTINA. ¡Jesús! ¿En tanto peligro habéis estado? Cuéntamelo, por Dios.

SEMPRONIO. Aún me hierve la sangre sólo de pensarlo.

CELESTINA. Reposa, por Dios, y dímelo.

PÁRMENO. Es largo de contar. Harías mejor en prepararnos algo de comer, a ver si se nos amansa algo la alteración que traemos. Ojalá encontrara ahora en quién vengar la furia que me domina y que no he podido descargar en los que me la han causado.

CELESTINA. ¡Me espanto de verte tan fiero! Creo que me engañas. Dime, Sempronio, ¿qué os ha pasado?

SEMPRONIO. Por Dios, vengo sin juicio, desesperado, pero contigo no voy a desfogar mi ira, pues jamás he abusado de mi fuerza con los débiles.⁹ Señora, traigo todas las armas despedazadas, el escudo sin asa, la espada como una sierra, el casco abollado. No tengo con qué salir en defensa de mi amo, y esta noche ha quedado en verla por el huerto. Y tampoco puedo comprar armas nuevas, pues no tengo un maravedí.¹⁰

CELESTINA. Pues, hijo, pídele el dinero a tu amo, que has roto las armas en su servicio. Sabes que te dará para eso y para más.

SEMPRONIO. Pármeno también ha perdido sus armas. A este paso, si seguimos pidiendo, acabamos con su hacienda. ¿Cómo quieres que le importune pidiéndole más de lo que nos ha dado, que no es poco? Nos ha dado las cien monedas y la cadena. Caro le costaría este negocio. Contentémonos con lo razonable, que quien mucho abarca, poco aprieta.

CELESTINA. ¡Gracioso es el asno! Si no fuera porque estamos en ayunas, creería que has bebido. ¿Estás en tu sano juicio, Sempronio? ¿Qué tiene que ver tu galardón con mi salario, y tu soldada con mis regalos? ¿Estoy yo obligada a soldar vuestras armas? Que me maten si no te has agarrado como un clavo ardiendo a las palabrillas que te dije el otro día en la calle: que todo lo que yo tenía era tuyo, y que si Dios me daba buena mano con tu amo, tú no perderías nada. Pero ya sabes, Sempronio, que estos ofrecimientos no obligan. No es oro todo lo que reluce. Bastante enojo tengo yo, pues di a esta loca de Elicia la cadenilla para que la disfrutase y ahora no se acuerda dónde la puso. En toda esta noche ni ella ni yo hemos dormido de pesar. No por el valor de la cadena, que no era mucho, sino por el descuido. Han venido unos familiares míos y te-

⁹ Sempronio no deja de amenazar veladamente a Celestina.

¹⁰ *maravedí*: moneda que equivalía a dos blancas, y, por tanto, de poco valor.

mo que se la hayan llevado. Así que, hijos, ahora quiero deciros a los dos que lo que me dio vuestro amo es mío. Yo no te pedí parte de tu jubón de brocado. Sirvámosle todos, que a todos dará según su merecimiento. Yo he arriesgado mi vida dos veces por él; más herramientas se me han embotado en su servicio que a vosotros. Con todo, si mi cadena aparece, os daré a cada uno un par de calzas granates, que lucen mucho en los mancebos. Pero si no aparece, conformaos con mi buena voluntad. Y si no os satisface el trato, peor para vosotros.

SEMPRONIO. Más de una vez he dicho que en los viejos reina el vicio de la codicia. Cuando se es pobre, se actúa con generosidad, y cuando se es rico, con avaricia. Cuando esta vieja pensaba que este negocio sería pequeño, me daba todo el provecho. Ahora, que lo ve crecido, no quiere dar nada.

PÁRMENO. Pues que te dé lo prometido, o nos quedamos con todo. Ya te decía yo quién era esta vieja, pero tú no me creías.

CELESTINA. No paguéis conmigo el enojo que tenéis contra vuestro amo o por vuestras rotas armas. Sé de qué pie cojeáis. Sospecho que estas amenazas no son tanto por lo que pedís, como porque pensáis que os voy a tener toda la vida atados a Elicia y Areúsa, sin buscaros a otras. Pues si os he proporcionado estas, os puedo dar otras diez, y que diga Pármeno si cumplo o no mis promesas.

SEMPRONIO. (*Despechado y torvo.*) Le digo una cosa y contesta otra. A otro galgo con esa liebre, que yo soy perro viejo. Conmigo déjate de bromas. Así que danos las dos partes de lo que recibiste de Calisto, si no quieres que descubra quién eres.

CELESTINA. ¿Quién soy yo, Sempronio? ¿Me has sacado tú de la putería? Calla tu lengua, respeta mis canas, que soy una vieja como Dios me hizo, y no peor que las demás. Vivo de mi oficio, como cada cual del suyo, y muy limpiamente. A quien no me quiere, no lo busco. Vienen a mi casa a buscarme y a rogarme. Si vivo bien o mal, sólo a Dios le importa. Y no pienses en maltratarme, que hay justicia para todos y para todos es igual: que aunque soy mujer, yo seré oída y vosotros castigados. Y tú, Pármeno, no pienses que soy tu prisionera por conocer los secretos de mi vida pasada y los casos que me sucedieron con la desdichada de tu madre.

PÁRMENO. (*Amenazador.*) No me hinches las narices con esos recuerdos, o te envío donde está ella para que te quejes a gusto.

CELESTINA. ¡Elicia, Elicia! ¡Levántate de la cama y dame de prisa el manto, que como hay Dios que me voy a la justicia bramando como una loca! ¿Qué es esto? ¿Qué amenazas son estas en mi casa? ¿Atacáis muy bravos a una oveja mansa? ¿A una gallina atada? ¿A una vieja de sesenta años? ¡Vaya hombres que estáis hechos! ¡Arremeted contra los que ciñen espada! Señal es de gran cobardía atacar a los menores y a los débiles. Las sucias moscas nunca pican sino a los bueyes flacos, y los perrillos ladrones sólo se enfurecen con los pobres peregrinos. Como Elicia y yo somos mujeres, habláis y pedís demasiado. Pero si hubiese un hombre en la casa, no os atreveríais.

SEMPRONIO. (*Se acerca, amenazador.*) ¡Oh vieja avara, garganta muerta de sed por dinero!, ¿no te basta con la tercera parte de lo ganado?

CELESTINA. (*Retrocede.*) ¿Qué tercera parte? Marchaos ahora mismo de mi casa, si no queréis que dé voces y acudan los vecinos. No me saquéis de quicio, no se vaya a enterar todo el mundo de las cosas de Calisto y de las vuestras.

SEMPRONIO. Da las voces que quieras, que o cumples lo prometido o se acaban hoy tus días.

ELICIA. (*Sale y se asusta con lo que ve.*) Guarda la espada, por Dios. Sujétale, Pármeno, que no la mate este loco.

CELESTINA. (*Acercándose a la ventana.*) ¡Justicia, justicia, señores vecinos! ¡Justicia, que me matan en mi casa estos rufianes!

SEMPRONIO. ¿Rufianes? Espera, doña hechicera, que yo te mandaré al infierno con una carta de presentación.

CELESTINA. ¡Ay, que me mata! (*Recibe una estocada.*) ¡Ay, ay! ¡Confesión, confesión!¹¹

PÁRMENO. ¡Dale, dale, remátala, a ver si calla de una vez! ¡Mucra, mucra! ¡De los enemigos, los menos!

CELESTINA. (*Cae, ensangrentada.*) ¡Confesión!

11 Cuando una persona estaba a punto de morir, pedía ser confesada para conseguir la salvación de su alma.





ELICIA. ¡Oh crueles enemigos, ojalá os condenen al infierno! Muerta es mi madre y todo mi bien.

SEMPRONIO. ¡Huye, huye, Pármeno, que acude mucha gente! (*Se oyen voces fuera.*) ¡Ponte a salvo, que viene el alguacil!

PÁRMENO. ¡Pecador de mí, que no hay por donde escapar! ¡Está tomada la puerta!

SEMPRONIO. ¡Saltemos por la ventana! ¡No muramos en poder de la justicia!

PÁRMENO. ¡Salta, que yo voy detrás! (*Salta por la ventana, tras Sempronio.*)



ACTO XIII

Despierta Calisto con ánimo alegre y habla consigo mismo. Enseguida llama a Tristán y a otros criados. Vuelve a dormirse. Baja Tristán a la puerta de casa y ve venir a Sosia llorando. La causa de sus lágrimas es la degollación de Sempromio y Pármeneo en la plaza. Entran los dos a comunicar la noticia a Calisto, el cual, al oírlos, se lamenta con gran pesar.

CALISTO, TRISTÁN, SOSIA

ESCENA I

*Calisto se despierta en su lecho,
descansado y con ánimo alegre.*

CALISTO. ¡Oh, cómo he dormido tan a mi placer, después de la azucarada conversación con aquel ángel! ¿Fue la alegría o fue el cansancio corporal lo que cerró los candados de mis ojos, tras aquellas noches sin poder dormir a causa de muy tristes pensamientos? Quizás las dos cosas. ¡Oh señora y amor mío, Melibea! ¿Qué piensas ahora? ¿Duermes o estás despierta? ¿Piensas en mí o en otro? ¡Oh, dichoso Calisto!, ¿lo pasado fue un sueño o no? ¿Fue una fantasía o pasó de verdad? Pero no estuve solo, me acompañaron dos criados. Si ellos dicen que pasó de verdad, lo creeré. Voy a llamarlos para confirmar mi gozo. ¡Tristanico! ¡Mozos! ¡Tristanico, levántate de ahí!

TRISTÁN. Señor, levantado estoy.

NOTICIA DESASTROSA

CALISTO. Corre, llámame a Sempronio y a Pármeno.

TRISTÁN. Ya voy, señor. *(Sale de la cámara.)*

CALISTO. *(Ensimismado, dice estos versos.)*

El placer vence a la pena
y que así sea,
porque me ha hecho su amado
Melibea.

TRISTÁN. *(Entrando, sorprendido.)* Señor, no hay ningún mozo en casa.

CALISTO. Pues abre las ventanas, a ver qué hora es.

TRISTÁN. Señor, bien de día.

CALISTO. Pues vuelve a cerrarlas y déjame dormir hasta la hora de comer.

ESCENA II

*Tristán abandona la cámara de Calisto
y sale. Va a la puerta de la calle.*

TRISTÁN. Bajaré a la puerta para que mi amo duerma sin que nadie le moleste. Negaré la entrada a quien lo busque. ¡Oh, qué griterío suena en el mercado! ¿Qué pasará? O la justicia hace una ejecución o madrugaron a lidiar toros. No sé por qué dan tantas voces. De allá viene Sosia, el mozo de espuelas.¹ Él sabrá qué pasa. Desgreñado viene el bellaco: debe de haberse peleado en la taberna.² Si mi amo lo ve, mandará darle dos mil palos. Pero parece que viene llorando. ¿Qué es esto, Sosia? ¿Por qué lloras?

SOSIA. *(Entre sollozos.)* ¡Ay desgraciado de mí, qué pérdida tan grande! ¡Oh deshonra de la casa de mi amo! ¡Qué mal día ha amanecido! ¡Ay, desdichados mancebos!

TRISTÁN. ¿Qué pasa? ¿Qué tienes? ¿De qué te lamentas?

SOSIA. *(Ahogado en llanto.)* Sempronio y Pármeno...

TRISTÁN. ¿Qué dices de Sempronio y Pármeno? ¿Qué es esto, loco? Habla claro, que me turbas.

1 *mozo de espuelas*: el criado que camina delante de la caballería de su amo.

2 Era costumbre tirarse de los cabellos ante la muerte de un ser querido.



SOSIA. Nuestros compañeros, nuestros hermanos...

TRISTÁN. O estás borracho o has perdido el juicio. ¿O es que traes una mala noticia de estos mozos?

SOSIA. Acaban de degollarlos en la plaza.³

TRISTÁN. (*Aturdido.*) ¡Oh, qué mala fortuna la nuestra, si es verdad! ¿Los has visto, o te lo han contado?

SOSIA. Iban medio sin sentido..., pero uno oyó mi llanto y con mucha dificultad clavó sus ojos en mí y alzó sus manos al cielo, casi dando gracias a Dios, y como preguntándome si lamentaba su muerte. Y en señal de triste despedida bajó la cabeza con lágrimas en los ojos, dando a entender que no me vería más hasta el día del juicio final.

TRISTÁN. No lo habrás entendido bien: quizás preguntaba si Calisto estaba presente. Pero como das tan claras muestras de tan cruel dolor, vamos enseguida con las tristes nuevas a nuestro amo.

³ La pena de muerte se ejecutaba en la plaza pública y constituía un espectáculo. El pregonero decía en voz alta el nombre del reo y sus delitos. A los nobles se los decapitaba, a los demás se los ahorcaba.



ESCENA III

Tristán y Sosia entran en la alcoba de su amo y lo despiertan.

SOSIA. ¡Señor, señor!

CALISTO. (*Despertándose, sobresaltado.*) ¿Qué pasa, locos? ¿No os he mandado que no me despertarais?

SOSIA. Despierta y levántate, que si no defiendes a los tuyos, esto es la ruina. Sempronio y Pármeno están descabezados en la plaza, como públicos malhechores. Los pregones proclaman su delito.

CALISTO. ¡Oh, válgame Dios! ¿Qué me dices? No sé si creerte tan inesperada y triste noticia. ¿Los has visto tú?

SOSIA. Los he visto.

CALISTO. Pero si esta noche han estado conmigo...

SOSIA. Pues han madrugado para morir.

CALISTO. ¡Ay, mis leales criados! ¡Mis fieles secretarios y consejeros! ¿Puede ser eso verdad? ¡Ay, miserable Calisto! Dishonrado quedas para toda la vida. Muertos estos excelentes criados, ¿qué será de ti? Dime, por Dios, Sosia, ¿cuál ha sido la causa? ¿Qué decía el pregón? ¿Dónde los han prendido? ¿Qué juez lo ha hecho?

SOSIA. Señor, el cruel verdugo publicaba a voces la causa de su muerte, diciendo: «¡Manda la justicia que mueran los violentos matadores!».

CALISTO. ¿Y a quién han matado? ¿Cómo ha podido ser, si no hace cuatro horas que se despidieron de mí? ¿Cómo se llamaba el muerto?

SOSIA. Se llamaba Celestina, señor.

CALISTO. ¿Qué me dices?

SOSIA. Lo que oyes.

CALISTO. Pues si Celestina es la muerta márame tú a mí, que yo te perdono.

SOSIA. Ella es la muerta. Yo mismo la he visto tendida en su casa, herida con más de treinta estocadas. La lloraba una criada.

CALISTO. ¡Oh tristes mozos! ¿Cómo iban? ¿Te han visto o hablado?

SOSIA. ¡Oh, señor, si los hubieras visto se te habría roto el corazón! Uno llevaba la cabeza abierta y los sesos fuera, y el otro la cara magullada y los brazos rotos. Los dos iban llenos de sangre, pues habían saltado de una ventana muy alta para huir del alguacil. Y así, medio muertos, les han cortado la cabeza, que creo que ya no han sentido nada.

CALISTO. Pues yo bien siento perder mi honra. Pero más siento perder la esperanza de satisfacer mi deseo. ¡Mi triste nombre y mi triste fama andarán de boca en boca! ¡Y mis secretos más secretos serán públicos por plazas y mercados! ¿Qué será de mí? ¿Adónde iré? A los muertos ya no los puedo remediar. Pero si me quedo sin hacer nada, parecerá cobardía. Dime, Sosia, ¿por qué causa la han matado?

SOSIA. Señor, la criada la publicaba a voces. Decía entre llantos que por no querer repartir con ellos una cadena de oro que tú le diste.

ESCENA IV

Calisto despide a los mozos y a solas lamenta su infortunio.

CALISTO. ¡Oh día de congoja! Todo se sabrá, lo que hablaba con ella y con ellos, y el negocio en que andaban. ¡Mi hacienda ya va de mano en mano y mi nombre de lengua en lengua! No me atreveré a salir de casa. ¡Oh mancebos pecadores, padecer tan súbito desastre! ¡Ay de mi gozo, cómo se desvanece! Anoche mucho había alcanzado, hoy mucho he per-

dido. No en vano dice el refrán que cuanto mayor es la subida, más grande es la caída. Poco dura la bonanza en el mar. Alegre era mi ventura, pero ahora me azotan los agitados vientos de la perdición. ¡Oh Fortuna, cuánto me has combatido! Pero es en la adversidad donde se pone a prueba el valor o la flaqueza del corazón. Y aunque la Fortuna me sea contraria y me cause mucho daño, cumpliré el mandado de mi señora. Me importa más la dicha que espero que la pérdida de los que murieron. Sempronio y Pármeno eran audaces y esforzados: ahora o en otro tiempo habrían de pagarlo. La vieja era falsa y mala, pues hacía trato con ellos y les negó su parte. Dios dispuso su final en pago a tantos adulterios que se cometieron por su culpa. En fin... Ahora voy a preparar a Sosia y a Tristánico para que me acompañen esta noche. Llevarán escaleras, pues las paredes son muy altas. Mañana simularé que regreso a la ciudad para vengar estas muertes; y si no lo consiguiera, al menos mi fingida ausencia me convierte en inocente. O me fingiré loco, para gozar del sabroso placer del amor, como hizo el gran capitán Ulises para evitar acudir a la guerra de Troya y gozar con su mujer Penélope.⁴

4 Una leyenda posterior a la *Ilíada* homérica contaba que Ulises quiso pasar por loco para no participar en la guerra de Troya. Según este relato, Ulises unció un burro y un buey al arado al revés para sembrar sal en la playa; sin embargo, la estratagema de Ulises fue descubierta por Palamedes.



ACTO XIV

Está Melibea muy afligida hablando con Lucrecia sobre la tardanza de Calisto, pero el enamorado cumple su promesa de visitarla y viene con Sosia y Tristán. Después de satisfacer él su deseo, vuelven todos a casa. Calisto se retira a su aposento y se queja de haber estado tan poco tiempo con Melibea.

MELIBEA, LUCRECIA, SOSIA, TRISTÁN, CALISTO

ESCENA I

A la hora convenida, llena de zozobra, Melibea espera en el huerto la llegada de Calisto.

MELIBEA. Mucho tarda el caballero que esperamos. ¿Tú qué sospechas, Lucrecia?

LUCRECIA. Señora, que tiene un justo impedimento.

MELIBEA. Los ángeles lo guarden. Pienso en las muchas cosas que pueden pasarle de su casa aquí. Quién sabe si, como otros mancebos que van a una cita a estas horas, se ha encontrado con los alguaciles nocturnos, que lo han atacado por no conocerlo, y él se ha defendido y ha resultado herido. O tal vez lo han mordido los ladradores perros con sus crueles dientes. ¿Y si ha caído en un hoyo? Pero, ¡ay, infeliz de mí!, ¿acaso estos inconvenientes no son angustiadas imaginaciones que el amor me pone delante? Quiera Dios que no le haya pasado nada. Pero escucha, Lucrecia, escucha, suenan pasos en la calle. Y parece que hablan al otro lado de la tapia.

ESCENA II

*Calisto y sus criados están al otro lado
de la tapia del huerto de Melibea.*

SOSIA. Arrima aquí la escalera, Tristán. Está alto, pero es el mejor sitio. (*Tristán obedece y coloca la escalera contra el muro.*)

TRISTÁN. Sube, señor. Yo iré contigo, porque no sabemos quién está dentro. Se oye hablar.

CALISTO. Quedaos, locos, que yo entraré solo, pues oigo a mi señora. (*Sube por la escalera.*)

ESCENA III

*Melibea descubre a su amante
encaramado a lo alto del muro.*

MELIBEA. Estoy aquí, Calisto: soy yo, tu sierva, la que estima más tu vida que la suya. ¡Oh mi señor, no saltes de tan alto, que me moriré de verlo! Baja, baja poco a poco por la escalera. ¡Espacio!

CALISTO. ¡Oh imagen angelical, oh perla preciosa! (*Calisto corre a abrazarla.*) ¡Oh mi señora y mi gloria! En mis brazos te tengo y no lo creo. Estoy tan turbado de placer...

MELIBEA. Señor mío, me confié en tus manos para cumplir tu deseo, pero no me pierdas por tan breve deleite. Goza de lo que yo gozo, que es verte y estar cerca de ti, pero no me pidas ni tomes lo que después no me puedas devolver.¹ No dañes, señor, lo que no se restaura ni con todos los tesoros del mundo.

CALISTO. Señora, he gastado toda mi vida para lograr un bien así. ¿Cómo podría ahora renunciar a él? No me lo mandes, señora, no me pidas tal cobardía. No sería de hombres. Además, yo te amo. Si mi vida entera nada en el fuego de mi deseo de ti, ¿no quieres que me arrime a descansar a tu dulce puerto?²

1 Melibea no quiere perder la virginidad y por eso pide a Calisto que se conforme con simples escarceos amorosos, pero sin llegar al coito.

2 Entrar en el *dulce puerto* es una evidente metáfora sexual.

MELIBEA. Por mi vida, que tu lengua hable cuanto quiera, pero que tus manos no hagan lo que pueden. Estate quieto, mi señor. Goza de lo exterior, de lo que es fruto propio de amadores, pero no me quieras robar el mayor don que la naturaleza me ha dado.

CALISTO. ¿Por qué, señora? ¿Para que no esté tranquila mi pasión? ¿Para penar de nuevo? ¿Para volver al juego del comienzo? Perdona, señora, a mis desvergonzadas manos, pues jamás pensaron tocar tu ropa con indignidad. Ahora gozan de llegar a tu gentil cuerpo, a tus lindas y delicadas carnes...

MELIBEA. Apártate allá, Lucrecia.

CALISTO. ¿Por qué, mi señora? Déjala, que disfruto de que ella sea testigo de mi placer.

MELIBEA. Pero yo no quiero testigos de mi error. Si hubiera sospechado que te ibas a portar tan sin medida, no me habría confiado...

ESCENA IV

*Mientras yacen Calisto y Melibea entregados al amor,
en la calle los criados comentan lo que oyen.*

SOSIA. Tristán, ya oyes lo que pasa. ¡En qué términos anda este negocio!

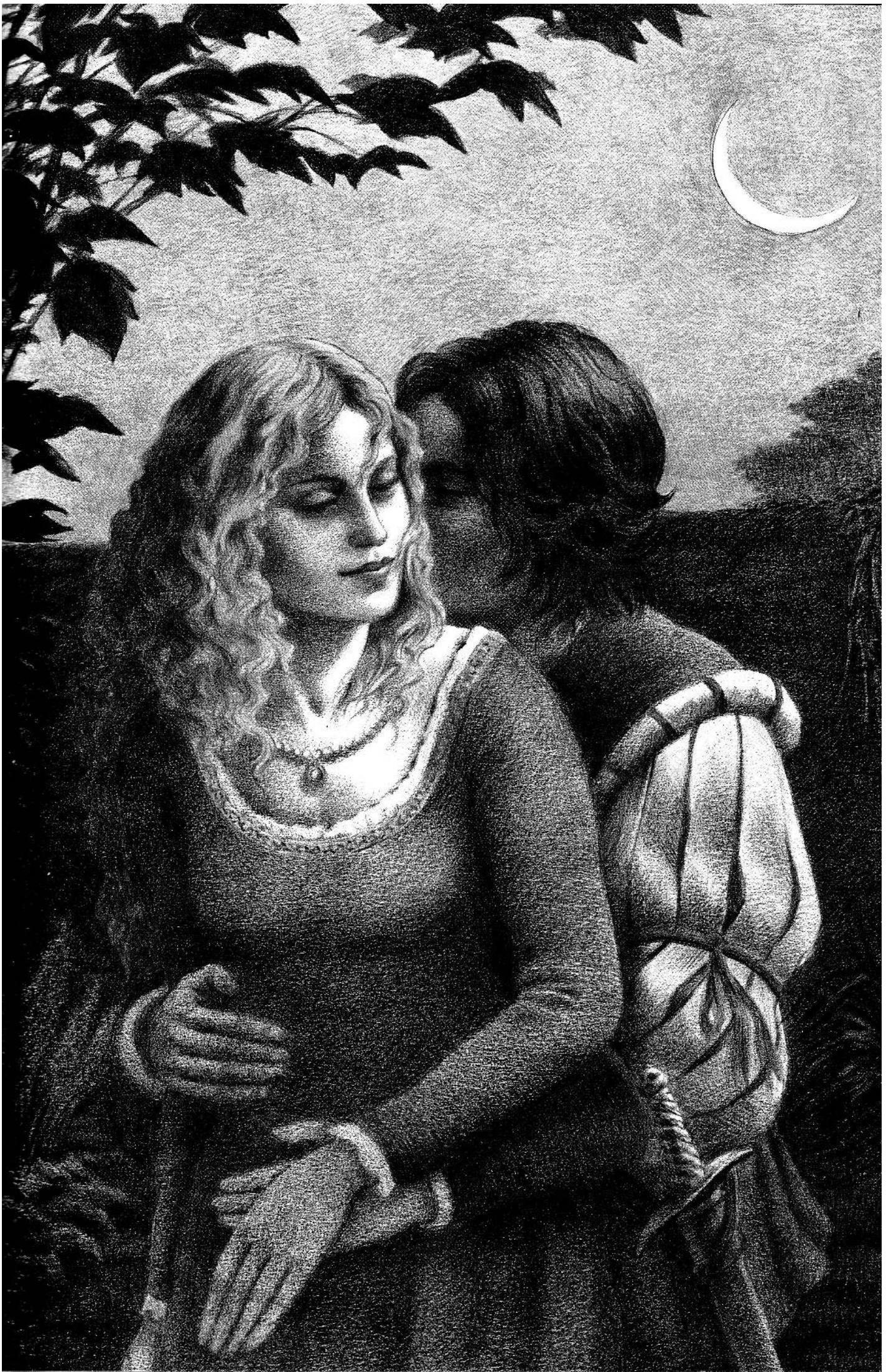
TRISTÁN. Oigo tanto, que juzgo a mi amo por el hombre más bienaventurado. Y aunque yo soy muchacho, te aseguro que daría tan buena cuenta de ella como Calisto.

SOSIA. Para una joya así, cualquiera tiene manos; pero con su pan se la coma,³ que bien caro le cuesta: dos mozos entraron en la salsa de estos amores.

TRISTÁN. Ya los ha olvidado. ¡Déjate morir sirviendo a personas ruines, haz locuras por defenderlos! Míralos, alegres y abrazados, y sus criados degollados. (*Escuchan el lamento de Melibea que viene del jardín.*)

MELIBEA. (*Desde el jardín.*) ¡Oh mi vida y mi señor! ¿Por qué has querido que pierda mi corona de virgen por tan breve deleite? ¡Ay, desgracia-

3 La frase proverbial tiene aquí doble sentido, el usual ('me da lo mismo porque va a acabar mal') y el crótico, basado en el uso metafórico de *pan* ('órgano sexual').



da madre mía, si llegas a saberlo, aceptarás gustosa tu muerte y me la darás a mí! ¡Ay, honrado padre mío, cómo he dañado tu fama y he dado motivo para destruir tu casa! ¡Ay, traidora de mí, cómo no he mirado antes el gran error que cometía al dejarte entrar!

SOSIA. ¡A buenas horas esos lamentos! Todas dicen esa oración, después de hacerlo. ¡Y el bobo de Calisto la escucha!

CALISTO. (*Desde el jardín.*) Pronto va a amanecer. ¿Qué es esto? Me parece que no ha pasado ni una hora, y da el reloj las tres.⁴

MELIBEA. Señor, por Dios, pues ya soy tuya, pues ya no puedes negar mi amor, pasa de día por delante de mi puerta para que pueda verte. De noche ven por este secreto lugar a la misma hora, que te esperaré siempre con gozo noche tras noche. Y ahora ve con Dios, que aún está muy oscuro y nadie te verá.

CALISTO. (*Se acerca al muro.*) Mozos, poned la escalera.

SOSIA. Señor, mírala aquí. Baja.

MELIBEA. Lucrecia, acércate a mí, que estoy sola. Mi señor se ha ido; me deja su corazón y se lleva el mío. ¿Nos has oído?

LUCRECIA. (*Mintiendo con aplomo.*) No, señora, que he estado durmiendo.

ESCENA V

Calisto, con la escolta de sus criados, regresa a casa.

SOSIA. Tristán, vamos en silencio, que a esta hora se levantan los ricos, los codiciosos de bienes temporales, los devotos que van a la iglesia, los enamorados como nuestro amo, los pastores y los trabajadores de los campos, y podrían enterarse de algo que perjudica la honra de Calisto y Melibea.

TRISTÁN. ¡Oh simple rascacaballos! ¡Mandas callar y dices en voz alta el nombre de ella! ¡Quieres encubrir y descubres, ordenas callar y prego-

⁴ Si poco después despunta el alba es que estamos a principios de verano (para nosotros, con dos horas de adelanto sobre la hora solar, serían las cinco). La escena, por lo demás, es la propia de las *albadas*, género lírico medieval en que los amantes se lamentan del amanecer porque les obliga a separarse.

nas! Eres tan discreto que no sé si habrá en casa paja suficiente para tu comida.⁵

CALISTO. Mis preocupaciones y las vuestras no son las mismas. (*Llegan a la puerta de casa.*) Entrad callados, que no nos sientan en casa. Cerrad la puerta y vamos todos a descansar. Subiré solo a mi cámara y yo mismo me desarmaré.

ESCENA VI

A solas, Calisto se debate entre dos sentimientos contrarios.

CALISTO. ¡Ay, triste de mí! ¡Cómo me gusta la soledad, el silencio y la oscuridad! No sé si el motivo es la traición que he cometido al separarme de mi amada sin esperar el nuevo día, o es el dolor de mi deshonra por la muerte de mis dos criados. ¡Ay, ay!, que es esta la herida que siento, ahora que está helada la sangre que ayer hervía, ahora que veo la infamia que la muerte de mis servidores arroja sobre mi persona, la pérdida de mi patrimonio, la ruina de mi casa. ¿Por qué no me presenté como hombre injuriado y vengador de la manifiesta injusticia que me fue hecha?⁶ ¿Por qué ni siquiera salí a averiguar la causa verdadera de mi manifiesta perdición? ¡Oh breve placer mundano! ¡Qué poco dura tu dulzor, y cuánto cuesta! Ahora, ¿qué haré? ¿En quién confiaré? Si salgo para decir que estaba en casa, ya es tarde; y si salgo para decir que estaba ausente de la ciudad, es pronto. Y tú, juez desagradecido, ¡qué mal pago me has dado, tú que antes fuiste empleado de mi padre! ¡Y yo que pensaba que, con tu protección, podría matar a mil hombres sin temor a recibir un castigo! Bien dicen que cuando el vil se hace rico, no tiene pariente ni amigo. ¡Oh juez injusto! ¡Y qué cruel!, pues hiciste una ejecución pública de un crimen cometido en privado y ante un solo testigo,⁷ y mataste a los dos, a uno por malhechor y al otro por ser su acompañante.

5 Con esta frase, Tristán llama 'burro' a Sosias, que es mozo de cuadra.

6 Dada su influencia social, Calisto se reprocha no haber intervenido ante la justicia a favor de Pármeno y Sempronio.

7 Calisto arremete contra el juez que condena a sus criados a una muerte rápida y sin juicio por un delito cometido ante un solo testigo, que tenía una pena menor.



»¿Pero qué digo? ¿Con quién hablo? ¿Estoy en mi juicio? ¿Qué es esto, Calisto? ¿Sueñas, duermes o velas? Vuelve en ti. ¿No ves que el juez no está presente para defenderse? ¿No ves que la justicia se ha de ejercer sin atender a amistades y favores? ¿No te das cuenta de que la ley tiene que ser igual para todos? ¿Acaso tus servidores no cometieron un crimen notorio, y las pruebas eran suficientes, y se tomaron en el acto de matar, y la misma pena merece el que mata que el que lo consiente? ¿Acaso las lágrimas de aquella moza no eran dignas de crédito, pues la tenía Celestina en su casa? ¿Y no estaba ya uno de ellos medio muerto, pidiendo fin a su dolor? Así es que todo se hizo de acuerdo con la ley, y al acelerar la ejecución tan de madrugada el juez evitó que mucha gente se enterase del pregón que tanta infamia me causaba, de modo que debo estarle agradecido. Y si así no fuese, acuérdate, Calisto, del gran gozo pasado, pues ningún dolor igualará al placer recibido.

»¡Oh Melibea, vida mía! Mira, Calisto: si no estimas en nada tu vida porque la pones al servicio de ella, ¿por qué has de temer las muertes de otros? Perdóname, señora, por haberme olvidado de ti con todas estas congojas. ¿Por qué no estoy contento, si tanto bien me has dado? Quiero confesarte mi gratitud. Ya no quiero otra honra, ni otro placer, ni otras riquezas, ni otro padre ni otra madre, ni otros parientes. De día estaré encerrado en mi cámara, y de noche en ese dulce paraíso, en tu alegre jardín, en el verde y fresco huerto de tu casa. ¡Vuelve, oh noche de mi descanso! ¡Oh luminoso Febo, anda deprisa tu camino! ¡Salid ya, deleitosas estrellas! ¡Oh lento reloj, quisiera verte arder en vivo fuego de amor! ¡Y vosotros, meses invernales, ojalá vinieseis ahora con vuestras largas noches en vez de estos interminables días! Me parece que ya ha pasado un año desde que la vi... ¿Pero qué es lo que pido, loco de mí, con tanta impaciencia? Pido lo imposible, pues todo en el alto firmamento sigue su curso en orden y armonía, todo lo natural se rige con movimientos invariables: cielo, tierra, mar, fuego, viento, calor, frío... Y por mucho madrugar, no amanece más temprano. Pero tú, dulce imaginación, socórreme, trae a mi fantasía la presencia angelical de aquella imagen luminosa, el suave son de las palabras que salían de sus rojos labios, aquel «aléjate, señor, no te acerques a mí», aquel «no seas descortés, no quieras mi perdición», aquellos amorosos abrazos entre palabra y palabra, sus azucarados besos, los suspiros y las lágrimas como perlas que resbalaban de sus claros ojos al despedirse...

ESCENA VII

*Sosia y Tristán hacen tiempo, asomados en un balcón,
cerca de la cámara de Calisto.*

SOSIA. Tristán, ¿qué te parece la manera de dormir de Calisto? Ya son las cuatro de la tarde y ni nos ha llamado ni ha comido.

TRISTÁN. Calla, que el dormir no quiere prisas. Además, está agotado por sentimientos contrarios: por una parte la alegría por el gran placer alcanzado con su Melibea, y por otra la tristeza por la muerte de Pármeno y Sempronio.

SOSIA. ¿Piensas tú que le apenan los muertos? Más pena tiene esa mujer enlutada que va por la calle.

TRISTÁN. ¿Quién es, hermano?

SOSIA. Acércate a la ventana y la verás. Ven, antes de que doble la esquina. Ahora se limpia las lágrimas. Es Elicia, criada de Celestina y amiga de Sempronio, una bonita moza. Ahora queda sin amparo, pues tenía a Celestina por madre y a Sempronio por el principal de sus amigos. En esa casa donde entra vive una muchacha hermosa, medio fulana, muy cara. Se llama Areúsa. No estará feliz con la muerte del desgraciado de Pármeno. Yo sé que lo tuvo muy ocupado más de tres noches...





ACTO XV

Areúsa dice palabras injuriosas¹ a un rufián, llamado Centurio,² que se despide de ella por la llegada de Elicia, la cual informa a su prima de las muertes de Pármeno, Sempronio y Celestina. Como esas muertes vinieron causadas por los amores de Calisto y Melibea, acuerdan vengarse de ellos. En fin, Elicia se despide y vuelve a su casa.

ELICIA, AREÚSA, CENTURIO

ESCENA I

Elicia llega a casa de su prima Areúsa y al oír voces se para unos instantes antes de subir.

ELICIA. (*Para sí.*) ¿Qué voces son esas que da mi prima? ¿Sabrá ya las tristes noticias que le traigo? Lloro, prima, lloro, vierte lágrimas, que hombres así no se encuentran en cualquier rincón. Que se mese los cabellos como yo, triste, he hecho.³ ¡En adelante la querré más por la gran pena que siente!

1 *injuriosas*: insultantes.

2 El personaje de Centurio es un *rufián* ('el chulo que vive a costa de las prostitutas') malcarado y matón, que recuerda al *soldado fanfarrón* típico de la comedia latina, un personaje cómico que alardeaba de valiente pero que en realidad era un cobarde.

3 Tirarse de los pelos (*mesarse los cabellos*) era señal de dolor por la muerte de alguien.

ESCENA II

En casa de Areúsa.

AREÚSA. ¡Vete de mi casa, rufián, bellaco, mentiroso! Me engañas con falsas ofertas, y con caricias y halagos me robas todo lo que tengo. Te di una capa, camisas a pares bordadas a las mil maravillas, espada, escudo y un caballo. Y ahora para una cosa que te pido pones mil excusas.

CENTURIO. (*Fanfarrón.*) Si tú me lo mandas, me mato con diez hombres; pero no me pidas que camine una legua.⁴

AREÚSA. Entonces, ¿por qué te jugaste a las cartas el caballo, tahúr?⁵ Si no fuera por mí, ya estarías ahorcado. Tres veces te he librado de la justicia y cuatro de las deudas de juego. Pero, ¿por qué lo hago? ¿Por qué creo las mentiras de este cobarde? ¿Por qué le permito entrar por mi puerta?⁶ ¿Qué tiene de bueno? Los cabellos rizosos, la cara acuchillada, dos veces azotado, manco de la mano de la espada, y chulo de treinta putas. ¡Fuera! ¡Quítate de mi vista!, y no me hables más, y no digas que me conoces. Si no, por la madre que me parió, haré que te den mil palos en esas espaldas de molinero. Sabes que tengo quien lo haga.

CENTURIO. ¡Di disparates, bobita! Mira que si me enfado... alguna llorará. (*Se oye una puerta.*) Pero ahora más vale que te aguante y me vaya porque alguien entra. No quiero que nos oigan.

ESCENA III

*Elicia sube las escaleras, abre la puerta
y entra en casa de su prima.*

ELICIA. Voy a entrar, que oigo llantos, insultos y amenazas.

AREÚSA. ¡Ay, triste de mí! ¿Eres tú, mi Elicia? (*Al reparar en sus negras ropas de luto.*) ¡Jesús, Jesús, no lo puedo creer! ¿Qué es esto? ¿Quién te ha cubierto de dolor? ¿Qué manto de tristeza es este? Me asustas, hermana. Me dejas helada. Dime enseguida qué ha pasado.

4 *legua*: unos cinco quilómetros y medio.

5 *tahúr*: el jugador vicioso o tramposo.

6 *puerta* tiene el sentido usual y el metafórico, referido al sexo femenino.

ELICIA. ¡Una gran pérdida! ¡El dolor que nuestro no es nada comparado con el que siento! Traigo el corazón más negro que el manto. ¡Ay, hermana, no puedo hablar! De ronca, no me sale la voz del pecho.

AREÚSA. Dímelo, que me tienes en ascuas. No te meses los cabellos ni te arañes. ¿Me toca a mí algo de tu mal?

ELICIA. ¡Ay, prima mía! Sempronio y Pármeno ya no viven. Sus almas están purgando su delito en el otro mundo. Ya están libres de esta triste vida.

AREÚSA. (*Estupefacta.*) ¿Qué me cuentas? Calla por Dios, que me caeré muerta.

ELICIA. Pues hay más. Celestina, aquella que yo tenía por madre, aquella que me protegía, aquella por la que yo era conocida en toda la ciudad, ya está dando cuenta de sus obras. Mil cuchilladas le dieron ante mis ojos: en mi regazo la mataron.

AREÚSA. ¡Oh dolorosa noticia! ¡Oh pérdida irreparable! ¡Qué rápida gira la rueda de la Fortuna! ¿Quién los mató? ¿No hace ocho días que los vi vivos y ya podemos decir: «Dios los perdone»? Amiga, cuéntame cómo ha sido este desastroso suceso.

ELICIA. Ya conoces los amores de Calisto y de la loca de Melibea. Celestina había aceptado el cargo de mediadora, y puso tanta diligencia en ello que, al segundo azadazo, sacó agua.⁷ Y como Calisto vio cumplido su deseo tan pronto, pagó a Celestina con una cadena de oro, además de otras cosas. Y como ese metal tiene una calidad tal que cuanto más comemos de él más apetito nos entra, al verse tan rica, Celestina no quiso repartir la ganancia con Sempronio y Pármeno, como habían acordado. Ellos habían llegado de madrugada, cansados de acompañar a su amo toda la noche y furiosos de no sé qué enfrentamientos, y le pidieron su parte de la cadena. Ella se negó, diciendo que era suya, así que estuvieron un buen rato discutiendo, y como ella no cedía, ellos cada vez estaban más rabiosos, hasta que echaron mano a las espadas y le dieron mil cuchilladas.

AREÚSA. ¡Oh desdichada mujer! ¿Así tenía que acabar su vejez...? Y ellos, ¿cómo acabaron?

⁷ Esto es, 'a la segunda visita, consiguió su objetivo'. Un *azadazo* es un golpe de azada.

ELICIA. Ellos, para huir de la justicia, que pasaba por allí por casualidad, saltaron por la ventana, pero los detuvieron muy mal heridos, y sin más dilación los degollaron.

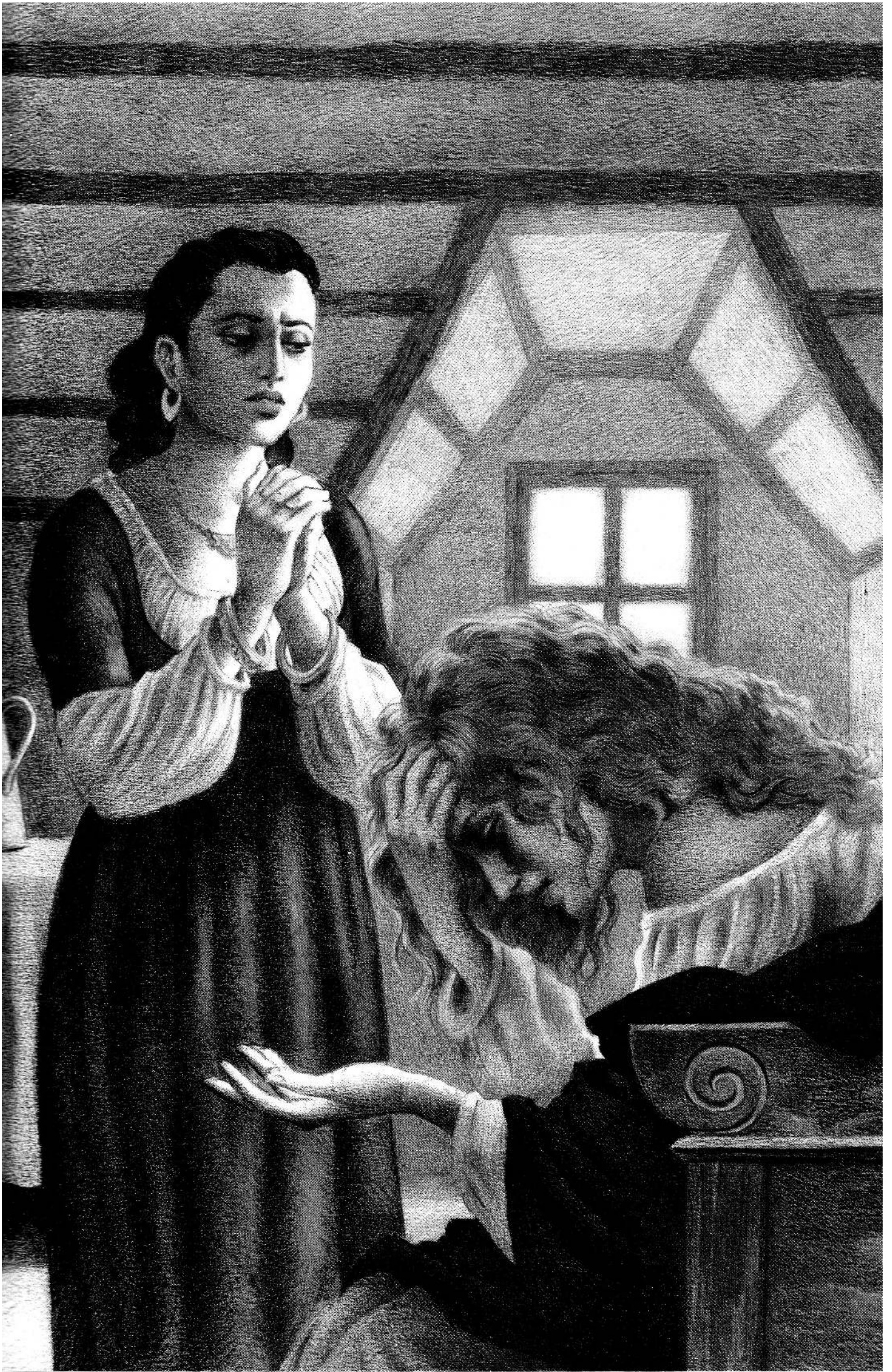
AREÚSA. ¡Ay, mi Pármeno, mi amor! ¡Cuánto dolor me pone su muerte! Me pesa que durara tan poco el gran amor que puse en él. Pero como ya no podemos restaurar sus vidas con lágrimas, no te atormentes tanto, prima, que acabarás ciega de tanto llorar. Yo también me aflijo como tú, pero voy a sufrirlo con paciencia.

ELICIA. ¡Ay, yo rabio y pierdo el juicio! Nadie lo siente tanto como yo. Nadie pierde lo que yo pierdo. ¿Adónde iré? Pierdo madre, manto y abrigo, pierdo un amante, que no me hacía falta un marido. ¡Oh sabia Celestina, tan honrada y digna de admiración! Tú trabajabas, yo holgaba; tú salías fuera e ibas de casa en casa, como abeja laboriosa, y yo estaba encerrada, sin hacer nada. ¡Oh Calisto y Melibea, causantes de tantas muertes! ¡Mal fin tengan vuestros amores, que vuestro gozo se convierta en llanto! ¡Que las hierbas donde os tumbabais a escondidas con tanto placer se conviertan en culebras, y los frondosos árboles del huerto se sequen al veros, y sus flores olorosas se vuelvan de negro color!

AREÚSA. Calla, por Dios, hermana, abandona tus quejas, ataja tus lágrimas, vuelve a la vida, que cuando una puerta se cierra, la Fortuna abre otra. Además, muchas cosas que es imposible remediar, se pueden vengar.

ELICIA. ¿De quién nos vamos a vengar, si tanto la muerta como sus asesinos me causan este dolor? ¿Qué quieres que haga, si todo recae sobre mí? Lo que más me duele es que aquel malvado sin sentimientos festeja cada noche a ese estiércol de Melibea, y ella está muy orgullosa de ver sangre vertida por su servicio.

AREÚSA. Si eso es verdad, ¿de quién mejor se puede tomar venganza? Déjame a mí, que si averiguo a qué hora se ven y por dónde, yo haré que les amarguen su amor. Ese que viste cuando entrabas será el verdugo de Calisto, como Sempronio lo fue de Celestina. Reñí con él, y se fue muy triste de ver que le trataba mal, así que verá el cielo abierto si le vuelvo a hablar. Tú dime cómo puedo enterarme de cómo y dónde se ven, y él le tenderá una trampa a Melibea para que ella convierta su gozo en llanto.



ELICIA. Un compañero de Pármeno, un mozo de caballos que se llama Sosia y acompaña a Calisto cada noche, podría informarte.

AREÚSA. Pues mándame a ese Sosia. Con mil halagos y ofrecimientos le sonsacaré lo hecho y lo por hacer. Y él y su amo vomitarán el placer comido. Y tú, Elicia, alma mía, no tengas pena. Tráete a mi casa tu ropa y todas tus cosas, y vente a vivir conmigo, que allí estarás muy sola, y la tristeza es amiga de la soledad. Un nuevo amor te hará olvidar los viejos. Si tengo un pan, te daré la mitad. Lo pasado no tiene remedio, y los muertos son irrecuperables. Y como se suele decir, mueran y vivamos. ¡Ay prima, prima, qué bien sé yo urdir engaños, aunque soy tan moza! Del resto me vengue Dios, que de Calisto me vengará Centurio.

ELICIA. Lo de venir a tu casa, te lo agradezco mucho, pero no me conviene. Allí, hermana, soy conocida, que tú ya me entiendes, y aquella casa siempre será la casa de Celestina, que Dios haya. Siempre acuden allí mozas medio parientas de las que ella crió. Allí conciertan sus citas, y de eso me vendrá algún provecho. Y allí irán los pocos amigos que me quedan. Ya sabes que es muy duro cambiar de costumbres. Así que allí quiero seguir, aunque sólo sea porque el alquiler de la casa está pagado para todo el año. Y ya me parece hora de irme. Llevaré el recado a Sosia, aunque no sé si querrá revelarte el secreto. Y Dios quede contigo, que me voy.



ACTO XVI

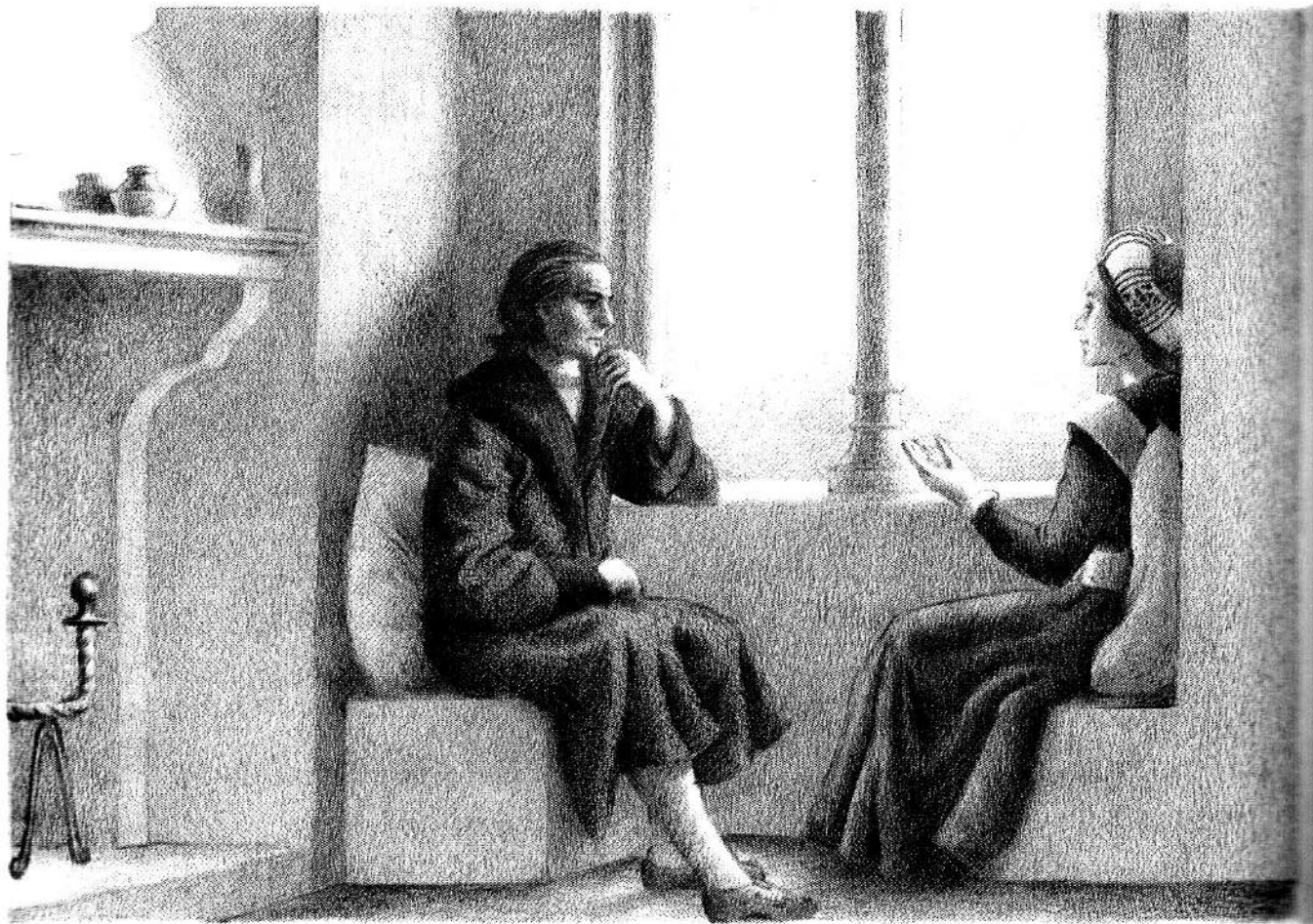
Piensen Pleberio y Alisa que su hija Melibea conserva el don de la virginidad, lo cual, como se ha visto, no es cierto, y razonan sobre el casamiento de Melibea. La joven escucha esta conversación y, como cautiva enamorada de Calisto que es, rechaza el matrimonio.

PLEBERIO, ALISA, LUCRECIA, MELIBEA

ESCENA I

En una cámara de su casa, Pleberio y Alisa.

PLEBERIO. Alisa, amor, el tiempo se nos va entre las manos. Los días corren como agua de río. La vida huye ligera, la muerte nos persigue y acosa, hasta que caemos en su poder. Es ley natural. Mira, si no, a nuestros padres y a nuestros hermanos: los come ya la tierra, están en su eterna morada. Y puesto que no sabemos cuándo vamos a ser llamados, preparemos nuestros fardos para andar este forzoso camino, que no nos encuentre desprevenidos la cruel voz de la muerte. Pongamos en orden nuestras almas, hagamos testamento y casemos a nuestra única hija para que salgamos sin dolor de este mundo. No nos retrasemos, para que nuestra hija no quede en manos de tutores. Y evitaremos habladurías del vulgo, pues la mejor manera de conservar la limpia fama de las vírgenes es con un casamiento temprano. ¿Quién no se sentirá contento de recibir la joya de nuestra hija? ¿En qué otra muchacha de la ciudad caben las cuatro principales cosas que se piden en los casamientos, a saber: lo pri-



mero discreción, honestidad y virginidad; lo segundo, hermosura; lo tercero, el alto origen familiar; y por último, riqueza?

ALISA. Dios nos la guarde, mi señor Pleberio, pero no será fácil encontrar un marido que la merezca. Pero como eso es obligación del padre y no de la mujer, yo estaré alegre con lo que ordenes y nuestra hija obedecerá, pues es casta, honesta y humilde.

ESCENA II

Lucrecia, en el cuarto contiguo, escucha tras la puerta. Melibea lee un libro.

LUCRECIA. (*Aparte.*) ¡Ay, si lo supieses, reventarías! ¡Mal año se os presenta en la vejez! ¡Lo mejor ya está perdido! Calisto se lo ha llevado. Y no hay nadie que reponga virgos, pues ya está muerta Celestina. ¡A buenas horas! (*En voz alta.*) ¡Escucha, escucha, señora Melibea!



MELIBEA. ¿Qué haces ahí tras la puerta, loca?

LUCRECIA. Acércate, señora, y oirás a tus padres la prisa que tienen en casarte.

MELIBEA. Calla, por Dios, que te oirán. Déjalos con sus delirios. Va para un mes que no hacen otra cosa. Es como si el corazón les avisase del gran amor que tengo a Calisto y de todo lo que ha pasado en este mes. Pero lo que hablan es en vano, pues ¿quién va a apartarme de mis placeres? Calisto es mi alma, mi vida y mi señor, en él tengo yo puesta toda mi esperanza. Y sé que no estoy engañada, pues él me ama. ¿Con qué otra cosa podría pagarle mi deuda? Amor con amor se paga. Haga de mí y mándeme lo que desee: si quiere pasar la mar, iré con él; si dar la vuelta al mundo, le acompañaré; si quiere venderme en tierra de enemigos, lo aceptaré.¹ Que mis padres me dejen gozar de él, que se dejen de casa-

¹ La Historia ofrece numerosos casos de venta de mujeres al enemigo como esclavas.

mientos, que más vale ser buena amante que mala casada. Déjenme gozar de mi mocedad alegre, si quieren una vejez tranquila. Si no, será mi perdición y su sepultura. Sólo lamento el tiempo que perdí por no conocer antes a Calisto y no gozar de él. No quiero marido, no quiero ensuciar los nudos del matrimonio engañando al marido con otro hombre, como hicieron otras mujeres de mayor linaje que yo, según cuentan los libros. Así lo hizo la diosa Venus, que, estando casada con Vulcano, quebrantó la fidelidad matrimonial con Marte. Mi amor es justo, porque fui requerida por Calisto, fui cautivada por sus méritos, fui visitada por la astuta maestra Celestina, y desde que me entregué a él hace un mes, jamás ha faltado una sola noche en mi huerto. Por mí murieron sus criados, por mí vive encerrado en casa a la espera de verme por la noche. ¡Afuera, afuera la ingratitud con tan verdadero amor, que no quiero marido ni padre ni parientes! Si me falta Calisto, que me falte la vida.

LUCRECIA. Calla, señora, escucha, que todavía siguen con lo mismo.

ESCENA III

Pleberio y Elisa perseveran en sus pensamientos.

PLEBERIO. ¿Qué te parece, mujer? ¿Debemos darle cuenta a nuestra hija de todos sus pretendientes para que diga cuál le agrada más? En esto las leyes dan libertad al hombre y a la mujer para elegir, aunque estén bajo la potestad paterna.²

ALISA. ¿Qué dices? ¿En qué pierdes el tiempo? ¿Quién le comunica eso a nuestra Melibea sin que se espante? ¿Qué sabe ella de hombres? ¿Qué sabe de casarse o no casarse, o de que del ayuntamiento del marido y su mujer se engendran hijos? ¿Piensas que su virginidad inocente le despierta el torpe deseo de lo que no conoce ni ha oído hablar nunca? No lo creas, señor Pleberio. Ella aceptará por bueno el marido que le propongamos, sea de sangre alta o baja, feo o guapo. Yo sé muy bien cómo he criado a mi guardada hija.

2 Desde el siglo XII la Iglesia no consideraba legítimo un matrimonio si no contaba con la aprobación de los contrayentes, además de la conformidad de los padres.

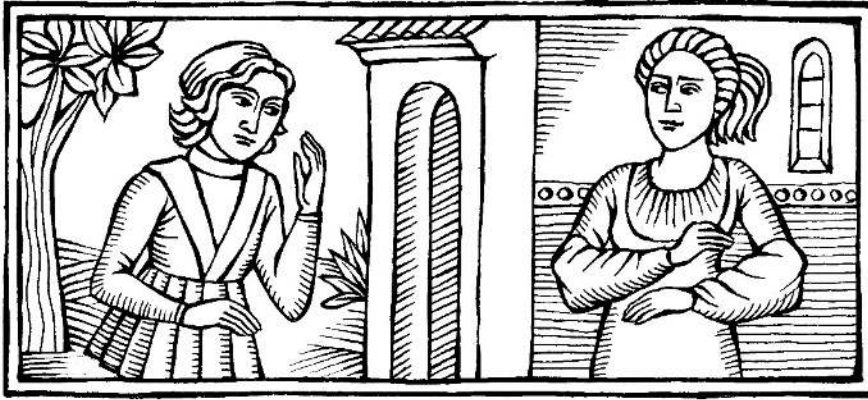
MALA CONCIENCIA DE MELIBEA

ESCENA IV

*Melibea, que ha estado escuchando con el oído en la puerta,
se viene al centro de la cámara, muy sofocada.*

MELIBEA. Lucrecia, Lucrecia, pronto, entra por esa puerta falsa en la sala y estórbales su hablar, interrumpes las alabanzas con un mensaje fingido, si no quieres que vaya yo dando voces como una loca. No puedo soportar el concepto equivocado que tienen de mi ignorancia.

LUCRECIA. Ya voy, señora.



ACTO XVII

Elicia, que carece de la castidad de Penélope,¹ decide abandonar el pesar y el luto por los muertos. Alaba el consejo que le había dado Areúsa. Va a su casa, adonde acude Sosia, al que le sonsaca todo el secreto de la relación entre Calisto y Melibea.

ELICIA, AREÚSA, SOSIA

ESCENA I

Elicia reflexiona a solas en casa de Celestina.

ELICIA. Mal me va con este luto. Los hombres apenas visitan mi casa, no oigo música por la mañana, ni ruidos ni cuchilladas de noche por mi causa, y lo que es peor, no entran por la puerta dinero ni regalos. De todo esto tengo yo la culpa por no hacer caso al consejo que me dio mi prima Areúsa, cuando la visité para darle la triste noticia. Ahora me veo sola entre estas cuatro paredes. Ella estaba en lo cierto: nunca muestres más pena por la muerte de otro de la que él mostraría por ti. Si yo estuviera muerta, Sempronio no dejaría de divertirse. Entonces, ¿por qué peno, si fue degollado? Y con lo furioso y loco que era, bien podía haberme matado a mí, igual que mató a aquella vieja Celestina a la que tenía por madre. Voy a seguir el consejo de quien sabe más del mundo que yo. Dejaré

¹ Penélope, la esposa de Ulises, es un ejemplo de castidad y fidelidad a su marido, al que esperó durante veinte años, rechazando a muchos pretendientes.

el luto y la tristeza, y diré adiós a las lágrimas. Y como el arreglo hace hermosa a la mujer, me pondré colorete y cremas en la cara para atraer a los hombres, y tinte en estos cabellos, y cuellos bordados, y tocas blancas, y dejaré estas ropas negras. Cuidaré las gallinas, haré la cama, porque la limpieza alegra el corazón, barreré la puerta y regaré la calle para que los que pasen vean que ya he desterrado el dolor. Pero antes voy a visitar a mi prima, a preguntarle si ya ha ido a verla Sosia, como le mandé que fuera. Dios quiera que la encuentre sola, aunque en su casa hay siempre más galanes que borrachos en la taberna. *(Sale de casa y va al centro de la ciudad. Llega a la casa donde vive su prima.)* Está cerrada la puerta. No debe de haber dentro ningún hombre. Voy a llamar. *(Golpea el picaporte.)* Toc, toc, toc.

ESCENA II

En casa de Areúsa.

AREÚSA. ¿Quién es?

ELICIA. *(Desde la calle.)* Abre, amiga. Soy Elicia.

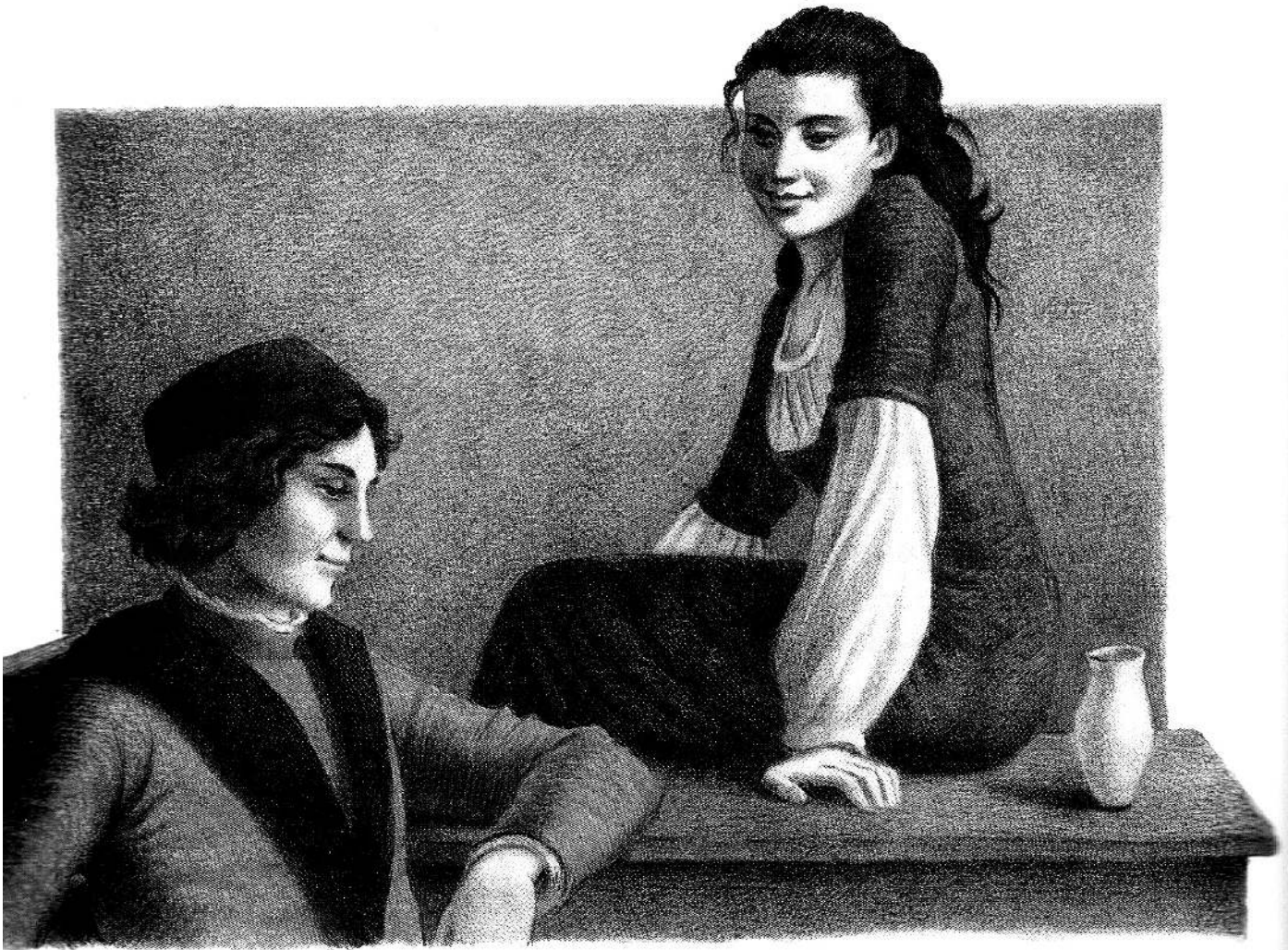
AREÚSA. Entra, hermana mía. Qué gusto verte sin el hábito de tristeza. Ahora nos divertiremos juntas, nos veremos en tu casa y en la mía. Quizás la muerte de Celestina nos venga bien a las dos. Yo me siento mejor que antes. Por algo se dice que los muertos abren los ojos a los vivos, a unos con herencias, a otros con la libertad, como a ti. *(Suenan recios golpes del picaporte.)*

ELICIA. Lllaman a la puerta. No nos dejan hablar, pero yo quería preguntarte si ha venido Sosia, como le mandé.

AREÚSA. No, no ha venido, pero luego hablamos. ¡Qué porrazos dan! Voy a abrir. ¿Qué loco golpea la puerta de este modo?

SOSIA. *(Desde la calle.)* Abre, señora. Soy Sosia, criado de Calisto.

AREÚSA. ¡Por todos los santos! Hablando de Roma, por la puerta asoma. Escóndete ahí, hermana, y verás cómo le saco del buche lo suyo y lo ajeno. *(Se acerca a la puerta. En voz alta.)* ¿Eres tú Sosia, mi enamorado secreto, al que yo quiero sin que él lo sepa? ¿El que deseo conocer por su buena fama? ¿El fiel a su amo? ¿El buen amigo de sus compañeros? *(Entra Sosia, y Areúsa lo contempla con aparente admiración.)* Ahora que te veo,



quiero abrazarte, amor, pues tienes más virtudes de lo que todos me decían. Anda, ven acá, pasa, vamos a sentarnos. No sabes cuánto me alegra verte, porque me recuerdas la figura del desdichado de Pármeno. ¡Hoy el sol brilla más porque vienes a verme! Dime, señor, ¿me conocías antes de ahora?

SOSIA. (*Desconcertado por los halagos y el efusivo recibimiento.*) Señora, la fama de tus encantos y de tu saber vuela tan alto por esta ciudad que si alguien menciona a una mujer bella, de la primera que se acuerdan es de ti.

ELICIA. (*Aparte. Escondida.*) ¡Qué hijo de puta, el muy pelón! ¡Hay que ver cómo se desasna! ¡Quién lo ha visto llevar los caballos a beber montado a pelo y ahora vestido con capa y calzas!²

AREÚSA. Tus palabras me sonrojarían si no supiera que todos los hombres tenéis siempre preparadas para la ocasión esas engañosas alabanzas.

² Sosia ha pasado de mozo de cuadra a acompañante de Calisto, y por eso viste ropa de más calidad.

Pero tú no necesitas de halagos para ganarme, porque ya me tienes ganada. Te he mandado llamar para decirte dos cosas que son de tu provecho, pero si vuelves a decirme una falsa lisonja,³ me las callaré.

SOSIA. Señora mía, no quiera Dios que yo te engañe. Muy seguro venía yo de la gran merced⁴ que me piensas hacer. Guía tú mi lengua.

AREÚSA. Amor mío, ya sabes cuánto quise a Pármene, así que también quiero a sus amigos... Por eso quiero decirte, lo primero, que siempre me alegrarán tus visitas, y lo segundo que, como he puesto los ojos en ti, mi amor, debes guardarte de peligros y no descubrir tu secreto a ninguno, pues ya ves el daño que les vino a Pármene y a Sempronio por lo que descubrió Celestina. No quiero verte morir como a tu compañero; bastante tengo con haber llorado a uno; porque has de saber que una persona me ha contado que tú le habías descubierto los amores de Calisto y Melibea, y que todas las noches acompañas a tu amo, y muchas cosas más.⁵ Mira, amigo, no guardar secretos es propio de mujeres bajas y de niños, y de ello te puede venir gran daño. Dios te dio dos ojos y dos oídos, pero una sola lengua, para que veas y oigas el doble de lo que hablas. Si tú no guardas un secreto, no confíes en que lo haga un amigo. Y cuando vayas con Calisto a casa de esa señora, no hagas bulla, que me dijeron que ibas todas las noches dando voces, como loco de placer.

SOSIA. ¡Oh señora, no es verdad que yo haya dicho nada a nadie! Los que me han visto ir de noche a dar agua a mis caballos, cantando para olvidar el trabajo, y esto nunca después de las diez, sospechan mal y afirman lo que sospechan. Además, ni que estuviera tan loco Calisto como para ir a un asunto de tanto deshonor sin esperar a que todo el mundo esté durmiendo el dulce primer sueño. Y para que veas que antes cogen al mentiroso que al cojo, te diré que en un mes no hemos ido más de ocho veces,⁶ no todas las noches, como te han asegurado esos falsos enredadores.

3 *lisonja*: alabanza.

4 La palabra *merced*, al igual que *galardón* (véase n. 1, p. 46), tiene un sentido sexual.

5 Tras los halagos seductores, Areúsa inventa estas mentiras para sacarle información a Sosia y comprar su silencio.

6 En el acto anterior Melibea afirmaba que se veía con Calisto todas las noches. Sosia probablemente rebaja el número de visitas para proteger a su amo.

AREÚSA. Pues, amor mío, para que pueda acusar de mentiroso al que me ha contado esa falsedad, avísame de las noches que pensáis ir a casa de Melibea. Así sabré también cuándo estás libre de peligro y yo sin sobresalto de tu vida. Porque tengo la esperanza de gozar contigo largo tiempo.

SOSIA. Señora, esta misma noche, a las doce, se verán en el huerto.

AREÚSA. ¿Y por qué parte, alma mía? Así podré contradecir a mi informador, si está equivocado.

SOSIA. Por la calle del cura gordo, a la espalda de su casa.

ELICIA. (*Aparte, en su escondite.*) ¡Basta, don andrajoso! ¡Maldito el que confía en mozos de cuadra!

AREÚSA. Hermano Sosia, con esto ya puedo comprobar tu inocencia y la maldad de tus adversarios. Ahora vete con Dios, que estoy ocupada en otro negocio y no me puedo entretener más contigo.

ELICIA. (*Aparte.*) ¡Oh sabia mujer! ¡Lo despide como se merece ese asno, después de vaciarle los secretos!

SOSIA. Graciosa y dulce señora, perdóname si te he entretenido. Mientras te agrade mi servicio, jamás encontrarás a nadie que aventure en él su vida como yo. Los ángeles queden contigo. (*Sale.*)

AREÚSA. Dios te guíe. (*Sale Sosia.*) ¡Vete, acemilero! ¡Muy creído vas tú por la vida! (*Areúsa le dedica un gesto obsceno a Sosia.*) Pues toma, bellaco. Elicia, prima, sal de ahí. ¿Qué te parece cómo trato yo a estos tipos? Los asnos, apaleados como éste; los locos, avergonzados; los castos, encendidos. Pues aprende, prima, que mi arte no es como el de Celestina. Ella me tenía por boba, pero era porque me fingía boba. Y como de este asunto ya sabemos todo lo que queríamos, vamos a casa del cara de ahorcado de Centurio, aquel al que el jueves eché de aquí llena de furia. Tú haz como que me rogaste que fuese a verle y que quieres que volvamos a ser amigos.



ACTO XVIII

Elicia y Areúsa van a casa del rufián Centurio para rogarle que venga en Calisto y Melibea las muertes de Celestina, Sempronio y Pármene. Areúsa se hace la enojada e indecisa para seducirlo, y el rufián promete hacerlo. Pero como es natural que estos tipos no cumplan lo que prometen, después de marcharse ellas, Centurio busca excusas para no llevar a cabo la venganza.

ELICIA, CENTURIO, AREÚSA

ESCENA I

Elicia y su prima Areúsa llegan a la puerta de la casa del matón Centurio.

ELICIA. ¿Hay alguien en casa?

CENTURIO. *(A su criado.)* Muchacho, corre a ver quién se atreve a entrar sin llamar. Ah, ya veo quién es. *(A Areúsa.)* No te cubras con el manto, señora, que desde que he visto a Elicia, ya sabía yo que no podía traer consigo mala compañía ni noticias que me causen pesar, sino placer.

AREÚSA. *(A su prima.)* No sigamos adelante, que este bellaco piensa que vengo a suplicarle. Demos la vuelta, por Dios, que me muero de ver la espantosa cara de ese sinvergüenza.

ELICIA. Vuelve, no te vayas.

CENTURIO. Sujétala, por Dios, que no se te escape.

ELICIA. *(Con ironía.)* Me maravilla, prima, tu buen juicio. ¿Acaso conoces algún hombre que esté tan loco como para que no le gusten las vi-

sitas de las mujeres? Ven acá, señor Centurio, que yo haré que mi prima te abrace.

AREÚSA. (*Se hace la remolona y ofendida.*) ¿Y por qué le tengo yo que abrazar? El otro día le pedí que fuese a un pueblo que está a un día de aquí, y me dijo que no.

CENTURIO. Señora, mándame una cosa que yo sepa hacer, algo de mi oficio. Matar a un hombre, cortar una pierna o un brazo, batirme en desafío contra tres juntos, romper la cara de una que se compare contigo, todo eso haré por tu amor. Pero no me pidas que ande caminos ni que te dé dinero, porque no tengo ni una blanca. Nadie da lo que no tiene. Y ya ves en qué casa vivo, sin un solo mueble, todo mi ajuar es un jarro desbocado y un asador sin punta,¹ la cama está levantada sobre aros de escudos, el colchón es de trozos de malla, la almohada una bolsa de dados; y aunque quisiera invitaros, no tengo con qué, pues sólo podría empeñar esta capa raída que veis aquí.

ELICIA. Cuánto me satisfacen sus palabras, prima: te obedece como un santo, te habla como un ángel, todo te lo acepta, ¿qué más puedes pedirle? Por mi vida, háblale y desenfádate, pues está a tu disposición.

CENTURIO. Yo te juro, señora, que siempre pienso en cómo tenerla contenta y jamás acierto. (*Muy bravucón, con exagerados aspavientos.*) La otra noche soñé que me batía por su servicio con cuatro hombres, maté a uno y los otros tres huyeron, pero el que salió mejor librado se dejó a mis pies el brazo izquierdo. Así que, si eso hice dormido, imaginaos lo que haré despierto y de día, si alguien se atreve a tocarle el chapín.²

AREÚSA. (*Con mohín caprichoso.*) Pues... yo te perdono, con la condición de que me vengues de un caballero. Se llama Calisto, y nos tiene muy enojadas a mi prima y a mí.

CENTURIO. Dime si está ya confesado.

AREÚSA. No seas tú cura de su alma...

CENTURIO. Pues así sea. Lo enviaré a comer al infierno sin confesión.

AREÚSA. Escucha y no me interrumpas. Lo harás esta noche.

1 *asador*: varilla en que se clava y se pone al fuego lo que se quiere asar.

2 El *chapín* era una sandalia femenina forrada de piel. Como en el chapín se mete el pie, aquí *chapín* puede tener una connotación sexual, y ser metáfora del sexo femenino.

BRAVUCONERÍAS DE CENTURIO

CENTURIO. No me digas más, que estoy al tanto de sus amores y de los muertos que hubo por su causa, y de lo que a vosotras os tocaba, y por dónde va y a qué hora. Pero dime, ¿cuántos le acompañan?

AREÚSA. Dos mozos.

CENTURIO. Poco cebo son para mi espada. Pero el caso es que... esta noche tiene mejor cebo en otra parte, pues ya está comprometida.



AREÚSA. (*Firme.*) Eso es una excusa. A otro perro con ese hueso. Ha llegado la hora de ver si haces lo que prometes.

CENTURIO. ¡Si mi espada hablase...! ¿Quién sino ella puebla los cementerios? ¿Quién hace ricos a los cirujanos de esta tierra? ¿Quién hace pedazos los escudos fabricados en Barcelona y parte por la mitad los cascos de Calatayud como si fueran melones? Veinte años hace que me da de comer. Gracias a esta espada me temen los hombres, me quieren las

mujeres y mi abuelo se ganó el nombre de Centurio,³ y Centurio se llamó mi padre y Centurio me llamo yo.

ELICIA. ¿Es que con esa espada logró tu abuelo ser capitán de cien hombres?

CENTURIO. No, pero fue rufián de cien mujeres.

AREÚSA. Dejémonos de linajes y de viejas hazañas. Decide si vas a hacer o no lo que te pido, porque nos vamos.

CENTURIO. Más deseo yo que llegue la noche para tenerte contenta, que tú la venganza. Escoge la muerte que quieres que le dé. Porque tengo un repertorio de setecientas setenta clases de muerte.

ELICIA. Por mi amor, Areúsa, que este hombre tan fiero no se encargue del asunto. Escandalizará a la ciudad, y de ello nos vendrá más daño que de lo pasado.

AREÚSA. Calla, hermana. (*A Centurio.*) Dinos una muerte que no sea de mucho bullicio.

CENTURIO. Lo que más tengo entre manos estos días son porrazos con el pomo de la espada, espaldarazos sin sangre, reveses, estocadas, tajos largos⁴ y puñaladas que los dejan como una criba.⁵ Algún día doy palos, para que la espada descanse.

ELICIA. Pues unos palos bastarán, para que Calisto quede castigado, pero no muerto.

CENTURIO. Juro por todos los santos que antes dejará el sol de dar vueltas en el cielo que mi brazo derecho deje de dar palos sin matar.⁶

AREÚSA. Hermana, no seamos lastimeras; que lo mate como le apetezca. Y que Melibea lllore como tú has llorado. Centurio, cualquier muerte nos alegrará. Que no se escape sin que reciba un castigo por su maldad.

3 El nombre de Centurio deriva de *centurión*, que en el ejército romano era el capitán de una *centuria* (una agrupación de cien soldados).

4 El valentón Centurio, que es «manco de la mano de la espada», enumera golpes y cortes dados con ella: *espaldarazos* ('golpes en la espalda'), *reveses* ('cortes de izquierda a derecha'), *estocadas* ('pinchazos') y *tajos* ('cortes de derecha a izquierda').

5 *criba*: tamiz, utensilio que consiste básicamente en una tela metálica o plancha agujereada que sirve para separar partículas de diferentes tamaños.

6 Como a Centurio le falta el brazo derecho, su juramento no es falso.

CENTURIO. Que Dios le perdone, si no se me escapa por pies. Me alegro, señora, de ofrecerte un servicio, aunque pequeño, para que veas lo que sé hacer por tu amor.

AREÚSA. Pues Dios te dé buena mano derecha.⁷

CENTURIO. Él te guíe y te dé más paciencia con los tuyos.

ESCENA II

Salen Elicia y Areúsa de casa de Centurio, el cual se queda pensando excusas para no cumplir lo que acaba de prometer.

CENTURIO. Allá van estas putas cargadas de palabras. Ahora voy a pensar cómo puedo excusarme de lo prometido, de manera que piensen que puse diligencia y ánimo en hacerlo, y no negligencia para no ponerme en peligro. Si me hago el enfermo, volverán a pedirme lo mismo cuando sane. Y si digo que fui hasta el huerto y los puse en fuga, me pedirán señas de cuántos iban y dónde los sorprendí, y qué vestidos llevaban. Y como no las podré dar, todo estará perdido. ¿Qué puedo hacer para cumplir su encargo y no exponerme al peligro? Ya sé, llamaré a Traso, el cojo, y a dos compañeros suyos, y les diré que como yo estoy ocupado esta noche en otro negocio, que vayan ellos a dar un repique de espadas contra los escudos para espantar a los mozos, de modo que salgan huyendo. Esto me parece seguro, y no causará ningún daño.⁸

⁷ Esto es, 'Dios te dé buena suerte', y también 'la mano derecha' que le falta a Centurio...

⁸ El cobarde y miedoso Centurio sólo pretende dar un susto a Calisto para quedar bien con las prostitutas.



ACTO XIX

Calisto va con Sosia y Tristán al huerto de Melibea, que lo está esperando en compañía de Lucrecia. Por el camino Sosia cuenta a Tristán lo que le pasó con Areúsa. Estando Calisto y Melibea gozando del amor, llegan los enviados de Centurio a cumplir lo prometido a Areúsa y Elicia. Sosia se enfrenta a ellos. El ruido y las voces alarman a Calisto, el cual, al salir precipitadamente del huerto, acaba sus días.

SOSIA, TRISTÁN, CALISTO, MELIBEA, LUCRECIA

ESCENA I

Es medianoche de verano. Calles desiertas. Calisto va hacia al huerto de Melibea, escoltado unos pasos detrás por sus servidores Tristán y Sosia.

SOSIA. En voz baja, hermano Tristán, para que no me oigan, te contaré desde aquí al huerto de Pleberio lo que me ha pasado hoy con Areúsa, que me ha convertido en el hombre más alegre del mundo. Ella había oído tantas cosas buenas de mí que me mandó recado por Elicia para ir a visitarla. Prendada de mi amor, me mostró el deseo de ser mía tanto como antes lo había sido de Pármeneo, y me pidió que la visitase siempre, porque pensaba gozar de mi amor por mucho tiempo. Yo te juro, hermano, que dos o tres veces estuve a punto de lanzarme sobre ella, pero me corté por la vergüenza de verla a ella tan hermosa y a mí con esta vieja ca-

pa ratonada.¹ Ella olía a perfume de almizcle, y yo hedía a estiércol, que llevaba en los zapatos. Sus manos son como la nieve, y cuando se quitaba un guante, parecía que se derramaba azahar por la casa. Así que por esto y porque ella tenía algo que hacer, dejé mi atrevimiento para otro día.

TRISTÁN. Sosia, amigo, no tengo mucha edad ni experiencia, pero esta mujer es una conocida ramera, según tú me dijiste, y lo que te pasó con ella no carece de engaño. Sus ofrecimientos fueron falsos y no sé yo con qué fin. ¿Por qué va a amarte, si habrá desechado a muchos nobles galanes? ¿Por rico? No tienes nada. ¿Por hombre de linaje? ¿Qué linaje?



Sin duda ya sabrá que te llamas Sosia, como tu padre, que nació y se crió en una aldea, y fue un destripaterrones con el arado.² Y tú vales más para eso que para enamorado. A ver si Areúsa, llevada por la envidia del placer de Melibea, te quería sacar algún secreto para enfrentar a Calisto con Pleberio. Mira que la envidia es una enfermedad incurable y que sólo go-

1 O sea, 'mordida por los ratones'; sin embargo, en el acto XVII Elicia había bromeado burlesca con el elegante atuendo de Sosia, en comparación con el anterior de mozo de mulas.

2 Un jornalero del campo (*destripaterrones*) pertenecía a la clase social más baja. Por otro lado, Sosia es el nombre de un esclavo de la comedia *Hécira* de Terencio.

za con el mal ajeno. Esa malvada hembra te engaña para vengar a Pármeno, su asesinado amor. ¡Qué rufianesca mujer! Está dispuesta a vender su cuerpo por una pelea. Hazme caso y devuélvele doblado el engaño, que quien engaña al engañador... Ya me entiendes.

SOSIA. ¡Oh Tristán, agudo mancebo! Creo que tu sospecha es verdadera; pero ya llegamos al huerto y se acerca nuestro amo. Dejemos este cuento para otro día.

CALISTO. Mozos, poned la escalera. Y callad, que me parece que mi señora está hablando en el jardín. Voy a subir encima de la pared y escucharé, a ver si en mi ausencia le oigo palabras de amor por mí.

ESCENA II

*En el huerto Melibea entretiene la ansiosa espera en compañía de Lucrecia.
Calisto sube por la escalera a lo alto del muro y se para a escuchar.*

MELIBEA. Cómo me gusta oírte, Lucrecia. Por mi vida, canta más hasta que venga mi señor. Pero bajito, para que no nos oigan los que pasan por la calle.

LUCRECIA. *(Canta.)* Alegre es la fuente clara
para el que con sed la vea;
pero más dulce es la cara
de Calisto a Melibea.
Pues, aunque muy noche sea,
al verlo, mucho gozará.
¡Ay, cuando saltar lo vea,
qué de abrazos le dará!

MELIBEA. Qué dulce es para mí oírte, Lucrecia. Me deshago de gozo, pues me imagino todo lo que dices. Sigue, que yo te acompaño.

LUCRECIA Y MELIBEA. *(Cantan las dos.)*
Dulces árboles umbrosos,³
humillaos cuando veáis
aquellos ojos graciosos

³ *umbrosos*: que dan sombra.

del que tanto deseáis.
 Estrellas que relumbráis,
 norte y lucero del día,⁴
 ¿por qué no le despertáis,
 si duerme mi alegría?

MELIBEA. Ahora quiero cantar yo sola. (*Canta.*)

Papagayos, ruiseñores,
 que cantáis a la alborada,
 llevad nueva a mis amores⁵
 que le espero aquí sentada.
 La media noche es pasada,
 y no viene.
 decidme si hay otra amada
 que lo detiene.⁶

ESCENA III

En lo alto de la tapia, Calisto, embelesado por el canto y lleno de pasión, no puede contenerse e interrumpe la canción.

CALISTO. (*Se deja ver en lo alto de la tapia.*) Vencido me tiene la dulzura de tu suave canto. ¡Oh mi señora y mi bien todo! ¡Oh corazón mío! ¿Cómo puedes soportar la espera para cumplir el deseo de los dos?

MELIBEA. (*Al descubrir a Calisto en lo alto del muro.*) ¡Oh dulce sobresalto! ¿Es él, el señor de mi alma? No lo puedo creer. ¿Dónde estabas, luciente sol? ¿Hacía rato que escuchabas mi ronca voz de cisne?⁷ Todo en este huerto se goza con tu venida. Mira la luna clara que se abre paso entre las nubes que huyen. Oye el suave murmullo de esta fuentecita entre las frescas hierbas. Escucha los altos cipreses cuyas ramas se saludan unas

4 *estrella del norte*: la estrella polar; *lucero del día*: el planeta Venus.

5 *alborada*: amanecer; *llevad nueva*: 'llevadle la noticia', 'decidle'.

6 Las canciones de Melibea son de origen tradicional.

7 Se creía que el cisne cantaba con más dulzura cuando iba a morir. Melibea se ve a sí misma como un cisne, pues se muere de amor —presagio trágico del final—, pero su voz sale ronca por el deseo —el celo— y la pena de la espera.

con otras meneadas por este templadito viento. Mira sus sombras oscuras, que encubrirán nuestro placer. (*Calisto se ha descolgado por un árbol y se dirige hacia Melibea quitándose la armadura. Lucrecia le ayuda, y excitada por la sensualidad de la situación, lo abraza.*) Lucrecia, ¿qué sientes, amiga? ¿Te estás volviendo loca de placer? Déjale, no me lo despedaces con tus pesados abrazos. (*Se acerca y la aparta, y Lucrecia se retira unos pasos.*) Déjame gozar de lo que es mío, no te apoderes de mi placer.

CALISTO. Señora mía y mi dicha, no ceses en tu suave canto.

MELIBEA. ¿Qué quieres que cante, amor mío? Era el deseo de ti lo que me hacía cantar, así que ¿cómo voy a hacerlo ahora, si ya estás conmigo? Señor, tú que eres el dechado de la cortesía y de la buena crianza, ¿cómo mandas a mi lengua hablar y no a tus manos que se estén quietas? (*Calisto la despoja con impaciencia del vestido y, abrazados los dos, se tumban en el suelo, sobre la capa extendida de él.*) Deja mi ropa en su sitio, y si quieres saber si el vestido es de seda o de lana, ¿para qué me tocas la camisa?



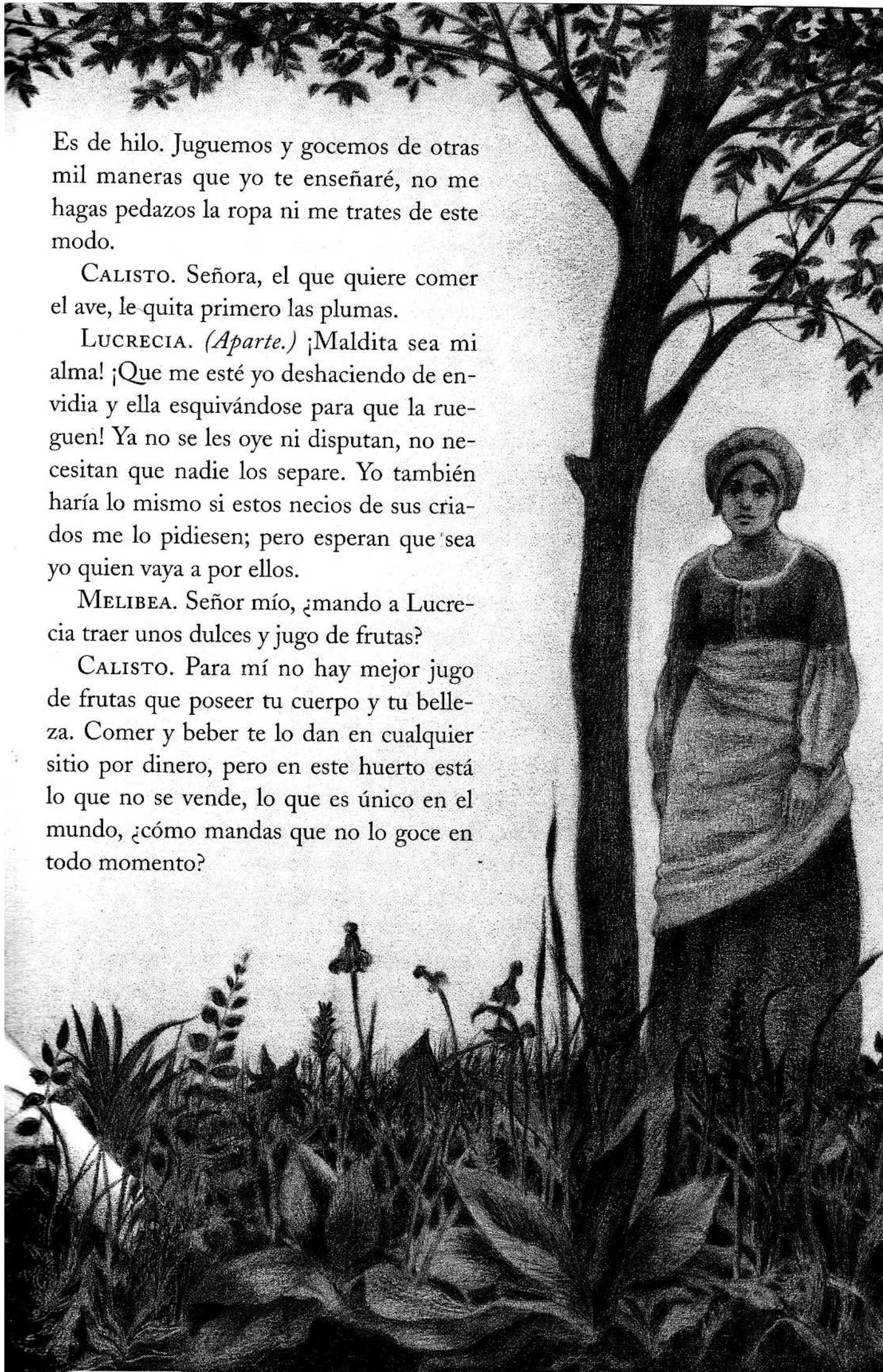
Es de hilo. Juguemos y gocemos de otras mil maneras que yo te enseñaré, no me hagas pedazos la ropa ni me trates de este modo.

CALISTO. Señora, el que quiere comer el ave, le quita primero las plumas.

LUCRECIA. (*Aparte.*) ¡Maldita sea mi alma! ¡Que me esté yo deshaciendo de envidia y ella esquivándose para que la rueguen! Ya no se les oye ni disputan, no necesitan que nadie los separe. Yo también haría lo mismo si estos necios de sus criados me lo pidiesen; pero esperan que sea yo quien vaya a por ellos.

MELIBEA. Señor mío, ¿mando a Lucrecia traer unos dulces y jugo de frutas?

CALISTO. Para mí no hay mejor jugo de frutas que poseer tu cuerpo y tu belleza. Comer y beber te lo dan en cualquier sitio por dinero, pero en este huerto está lo que no se vende, lo que es único en el mundo, ¿cómo mandas que no lo goce en todo momento?



LUCRECIA. (*Aparte.*) Ya me duele la cabeza de tanto oírlos, pero ellos no se cansan de hablar, de hacerse caricias y de besarse. ¡Vaya!, ya se callan. A la tercera va la vencida.⁸

CALISTO. Ojalá no amaneciese nunca, señora, tanta es la dicha que siento entre tus delicados brazos.

MELIBEA. Señor, yo soy la que gozo, yo la que gano.

(*Al otro lado del muro, en la calle, suenan voces y gran alboroto que se acerca.*)

SOSIA. (*Afuera.*) ¡Bellacos, rufianes! ¿Venís a meter miedo a los que no os temen? ¡Si esperáis, juro que yo os daré vuestro merecido!

CALISTO. Señora, es Sosia el que da voces. Déjame ir a ayudarle, no vayan a matarlo. Está solo con un pajecico. Rápido, dame mi capa, que está debajo de ti.

MELIBEA. ¡Oh triste ventura la mía! ¡No vayas sin tu armadura!

CALISTO. Señora, espada, capa y corazón valen más que armadura, casco y cobardía.

SOSIA. (*A voces, en la calle.*) Qué, ¿volvéis? Esperadme. Venís por lana y volveréis trasquilados.⁹

CALISTO. Déjame, por Dios, señora, que la escalera está puesta. (*Se va apresurado hacia la tapia.*)

MELIBEA. ¡Ay, desdichada de mí! ¿Cómo vas tan acelerado y desarmado a meterte entre desconocidos? Lucrecia, ven pronto acá, que se ha ido Calisto. Echémosle sus corazas y el casco por encima del muro.

ESCENA IV

En la calle, Tristán aguarda al pie de la escalera.

TRISTÁN. ¡Quieto, señor! ¡No bajes, que ya se han ido! Era el cojo Traso con otros bellacos que pasaban dando voces. Ya vuelve Sosia. ¡Mucho cuidado, señor, agárrate con las manos a la escalera!

⁸ Lucrecia quiere decir que Calisto y Melibea consuman al fin el acto sexual.

⁹ El refrán que menciona Sosia se aplica a quien sale malparado en una situación en la que esperaba obtener ventaja.

CALISTO. (*Se cae de lo alto de la escalera.*) ¡Oh, válgame Santa María! ¡Muerto soy! ¡Confesión!

TRISTÁN. (*Gritando, espantado.*) ¡Sosia, ven deprisa, que el desgraciado de nuestro amo se ha caído de la escalera y no habla ni se mueve!

SOSIA. ¡Señor, señor! ¡Está tan muerto como mi abuelo! ¡Qué gran desventura!

ESCENA V

Al otro lado del muro, en el huerto.

LUCRECIA. ¡Escucha, escucha! ¡Gran mal es este!

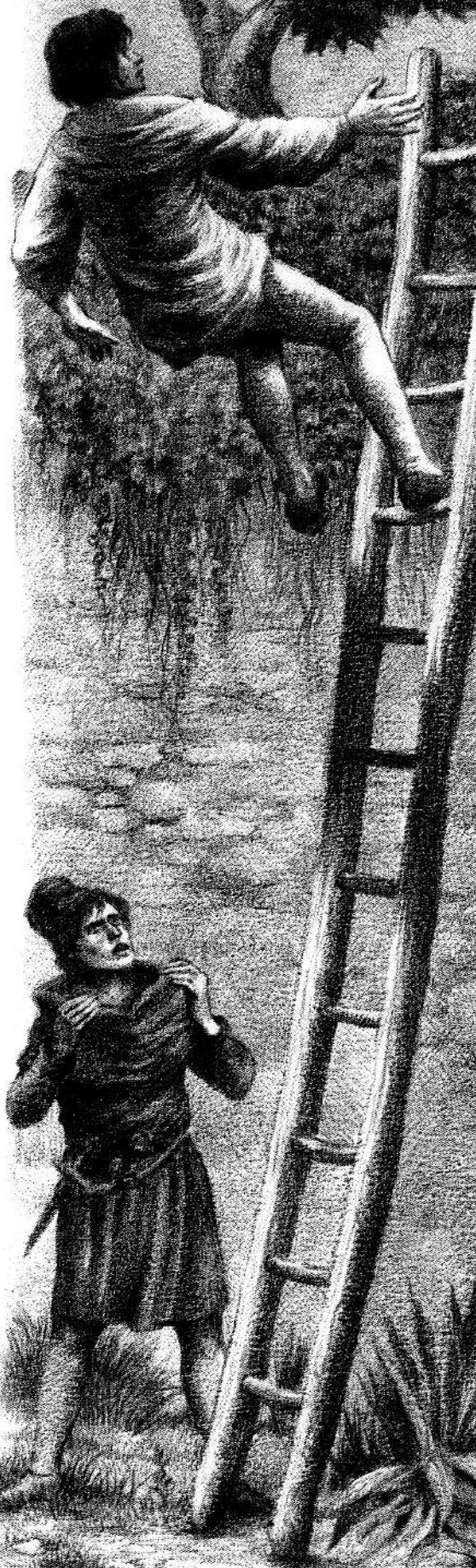
MELIBEA. ¿Qué pasa? ¿Qué oigo? ¡Amarga de mí!

TRISTÁN. (*En la calle.*) ¡Ay, mi señor está muerto! ¡Despeñado! ¡Triste muerte sin confesión! Coge, Sosia, los sesos de entre esas piedras, y ponlos en la cabeza de nuestro desdichado amo. ¡Oh día aciago! ¡Oh apresurada muerte!

MELIBEA. ¡Ay, desconsolada de mí! ¿Qué es esto? ¿Qué áspero suceso ha ocurrido? Lucrecia, ayúdame a escalar el muro; veré mi dolor; si no, hundiré con alaridos la casa de mi padre. (*Con desgarrado lamento.*) ¡Mi bien y mi placer se han convertido en humo! ¡Mi alegría está perdida! ¡Se acabó mi dicha!

LUCRECIA. (*Elevando la voz.*) Tristán, ¿qué dices, mi amor? ¿Por qué lloras tan sin mesura?

TRISTÁN. (*Desde la calle.*) ¡Lloro mi mal! Mi señor Calisto se ha caído de la escalera y está muerto. Su cabeza está rota en tres partes.



Y ha muerto sin confesión. Díselo a su desdichada amiga, que no espere más a su penado amador. Sosia, agarra de los pies y llevemos de aquí el cuerpo de nuestro querido amo a donde su honra no sufra pérdida. Que nos acompañe el llanto, la soledad y el desconsuelo, que nos visite la tristeza y nos cubra la ropa de luto y de dolor.

MELIBEA. (*En el suelo, arañándose y mesándose los cabellos.*) ¡Ay, la más triste de las tristes! ¡Qué poco duró el placer y qué pronto llegó el dolor!

LUCRECIA. Señora, no te arañes la cara ni te tires de los cabellos. ¡Los astros fueron contrarios a tu amor! ¡Vamos, anima tu corazón! Levanta, por Dios, que te va a oír tu padre. Señora, señora, ¿no me oyes? No te desmayes, por Dios, soporta la pena de igual modo que antes tuviste osadía para el placer.

MELIBEA. ¿No oyes lo que dicen los mozos? ¿No oyes sus tristes rezos? ¡Se llevan muerta mi alegría y todo mi bien! ¡No es tiempo de que yo siga viviendo! ¿Cómo no gocé más del gozo? ¿Cómo aprecié tan poco la dicha que tuve entre mis manos? ¡Ay, ingratos mortales! ¡Sólo reconocéis vuestros bienes cuando los perdéis...!

LUCRECIA. (*Ayudando a levantarla.*) ¡Vamos, ánimo!, que no te encuentren en el huerto. Entremos en la habitación y te acuestas. Llamaré a tu padre y fingiremos que tienes otro mal, porque este no se puede decir.



ACTO XX

Lucrecia llama a la puerta de la habitación de Pleberio y le ruega que vaya rápido a ver a su hija Melibea. Cuando Pleberio acude, Melibea finge dolor de corazón. Melibea ruega a su padre que traiga algún instrumento musical para aliviarlo, y entretanto sube a la azotea. Cierra la puerta y cuando su padre está al pie de la torre, le cuenta todo lo sucedido, se despide de él y se arroja al vacío.

PLEBERIO, LUCRECIA, MELIBEA

ESCENA I

Duermen en su cámara Pleberio y Alisa y son despertados por las llamadas de Lucrecia en la puerta.

PLEBERIO. (*Asustado.*) ¿Qué quieres, Lucrecia? ¿Qué quieres con tanta prisa? ¿Qué mal tan repentino y violento tiene mi hija que no me das tiempo ni de levantarme?

LUCRECIA. Señor, apresúrate mucho, si la quieres ver viva. Se ha apoderado de ella un mal tan fuerte que la tiene ya desfigurada.

PLEBERIO. Vamos rápido, anda allá, entra tú delante, quita la antepuerta¹ y abre bien la ventana para que vea su cara con claridad. (*Entrando con gran congoja en la cámara de Melibea, que yace postrada en el lecho.*)

¹ La *antepuerta* era una especie de cortina gruesa que se ponía delante de una puerta para proteger la habitación del frío.



¿Qué te pasa, hija mía? ¿Qué dolor es el tuyo? Mírame, que soy tu padre. Habla conmigo, cuéntame la causa de tu repentina pena. ¿Qué tienes? ¿Qué quieres? Vamos, háblame, mírame, dime la causa de tu dolor para ponerle remedio enseguida. Tú eres mi único bien, no quieras enviarme a la tumba. Abre esos alegres ojos y mírame.

MELIBEA. ¡Ay, qué dolor!

PLEBERIO. Más dolor me da a mí verte en ese estado. Y tu madre se ha turbado tanto al oírte que ni siquiera ha podido venir a verte. Levanta el ánimo, esfuérgate y acompáñame a visitarla. Dime, mi alma, la causa de tu sufrimiento.

MELIBEA. ¡Mi remedio ha muerto!

PLEBERIO. Hija querida, por Dios, no desesperes de dolor. Si me cuentas cuál es tu mal, enseguida le buscaremos remedio, pues no te faltarán médicos ni medicinas para darte la salud, ya sean hierbas, piedras,

palabras o entrañas de animales.² Pero no me atormentes más y dime de una vez qué sientes.

MELIBEA. Una llaga mortal en medio del corazón que no me deja hablar.

PLEBERIO. Temprano adoleces de los sentimientos de la vejez. La mocedad es placer y alegría y enemiga del enojo. Levántate y vamos a ver los frescos aires de la ribera. Con tu madre estarás más alegre, descansará tu pena.

MELIBEA. Iré donde me mandes. Subamos, señor, a la azotea para que desde la altura goce de la deleitosa vista de los navíos.³ Quizás así afloje algo mi angustia.

PLEBERIO. Subamos.

MELIBEA. Padre, si te parece bien, manda traer algún instrumento de cuerdas para mitigar mi dolor con dulce música y agradables canciones.

PLEBERIO. Eso está hecho, hija mía. Ahora mismo mando prepararlo. *(Sale del cuarto y, tras él, Melibea y Lucrecia, que suben a la azotea.)*

MELIBEA. *(En la torre de la azotea.)* Qué alto es esto. Lucrecia, amiga mía, baja y dile a mi padre que se pare al pie de la torre. Se me ha olvidado decirle una cosa para mi madre.

LUCRECIA. Ya bajo, señora.

ESCENA II

Sola en la azotea, Melibea cierra la puerta y explica su decisión.

MELIBEA. *(Para sí.)* Me he quedado sola. Voy a cerrar la puerta para que nadie estorbe mi muerte. Siento algo de alivio porque muy pronto estaré con mi amado Calisto. *(Ha cerrado la puerta y se asoma a la baranda.)* Que nadie impida mi partida, todo se hace conforme a mi voluntad. Contaré a mi padre la causa de mi final. Ofendo su vejez, le causo gran pena,

2 Para curar las enfermedades se usaban hierbas, piedras, rezos de curanderos (las palabras que menciona Pleberio) y vísceras de animales.

3 Hay quien sitúa la acción de *La Celestina* en Sevilla por esta mención a los navíos que surcan el río, pero podría tratarse de barquitas de paseo en el Tormes o en el Tajo, y por tanto, la acción sucedería en Salamanca o Toledo. Con todo, las barcas en el río forman parte de un paisaje ameno que sirve para aliviar la enfermedad de amor.

le dejo en gran soledad. Y tal vez mi muerte acorte sus días, pero otros hijos han sido más crueles que yo con sus padres. Tolomeo, rey de Egipto, mató a su padre, madre, hermanos y mujer por gozar de una manceba. Orestes mató a su madre Clitemnestra, y el cruel emperador Nerón a su madre Agripina por el solo placer de matar.⁴ Todos ellos fueron culpables, verdaderos parricidas que no pusieron en riesgo sus vidas. No es ese mi caso, aunque es verdad que yo no debería imitarlos en lo que hicieron mal. Pero nada puedo hacer. El amor del caballero muerto tiene presa mi pobre libertad y me priva de los sentidos. Tú, Señor, eres testigo de ello.

ESCENA III

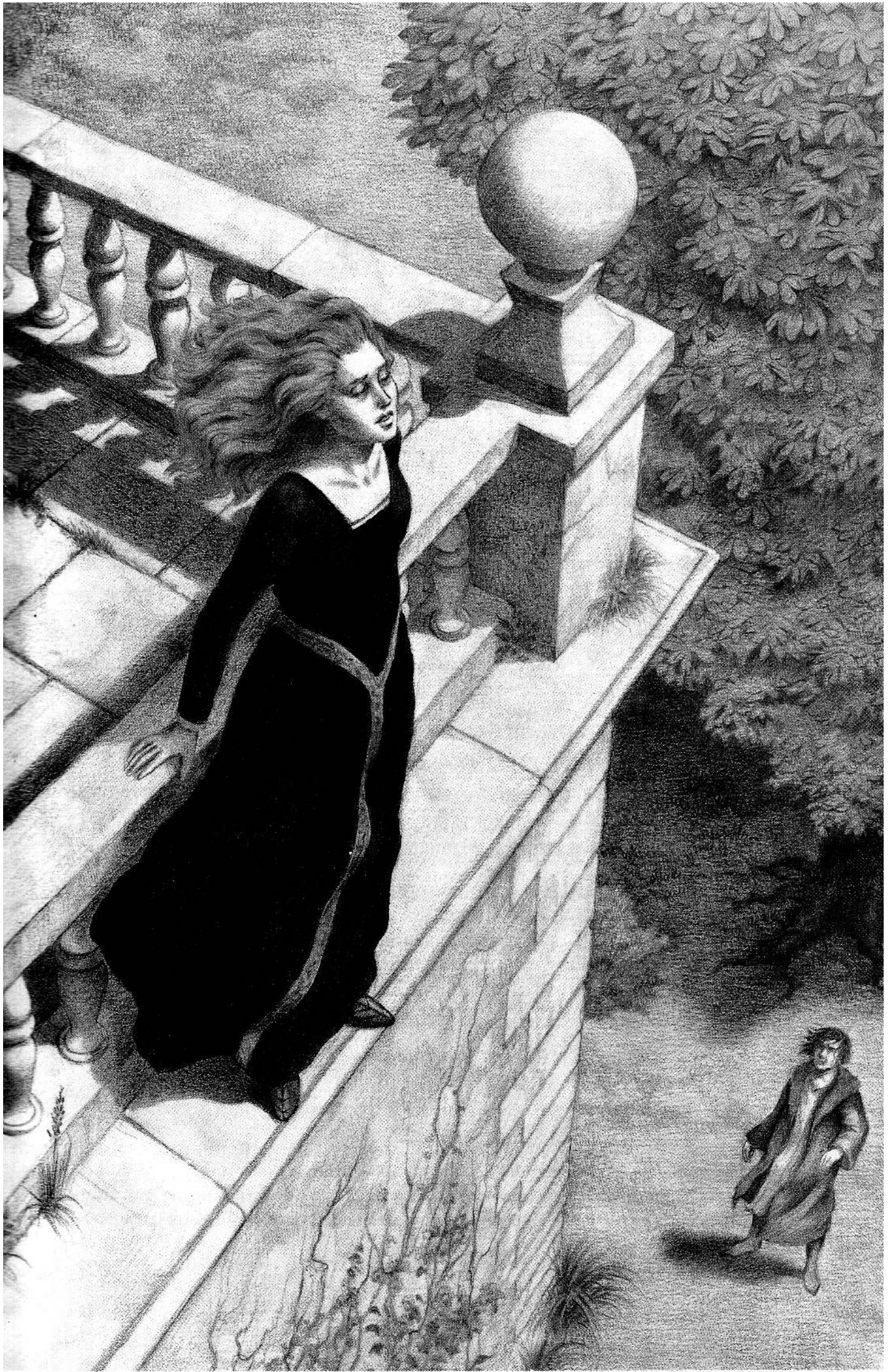
Sale Pleberio al huerto y Melibea le habla desde la azotea.

PLEBERIO. Hija mía, Melibea, ¿qué haces ahí arriba sola? ¿Qué deseas decirme? ¿Quieres que suba?

MELIBEA. (*Desde lo alto, inclinada sobre la baranda de la azotea.*) Padre mío, no intentes subir, porque estorbarás lo que quiero decirte y hacer. Ha llegado el fin de tu única hija. Ha llegado la hora de mi descanso y de tu sufrimiento, la hora de mi alivio y de tu soledad. No necesitas, padre honrado, instrumentos musicales para aplacar mi dolor, sino campanas para sepultar mi cuerpo. Oye la causa desesperada de mi forzosa y alegre partida. No me interrumpas con lloros ni palabras, no me preguntes nada, no me des consejos, porque los oídos no oyen cuando el corazón está embargado de dolor. Escucha lo que voy a decirte, padre mío, y sabrás disculpar mi delito. Ya ves y oyes el triste sentimiento que hace la ciudad, el clamor de campanas, el alarido de las gentes, el aullido de los canes, el estruendo de las armas.⁵ De todo esto fui yo la causa. Yo cubrí de luto a muchos caballeros, yo dejé a muchos sirvientes desamparados sin su señor, yo quité muchas limosnas a los pobres, yo fui la ocasión de que los

4 Tolomeo IV mató a su familia y gobernó Egipto influido por sus favoritas. Orestes mató a su madre Clitemnestra para vengar la muerte de Agamenón, su padre, asesinado al regreso de la guerra de Troya por su propia esposa y Egisto, el amante de ésta. El emperador Nerón mató a su madre Agripina por haberse opuesto a su boda con Popea.

5 Una muestra de luto por la muerte de un personaje noble consistía en romper escudos y armas en la calle.



muertos recibiesen al hombre más agraciado que nunca haya nacido, yo arrebaté a los vivos al galán más ingenioso, al de más garbo en el vestir, en el hablar, en los andares, en cortesías, yo fui causa de que la tierra goce antes de tiempo del más noble cuerpo y más fresca juventud que el mundo ha dado en nuestra época. Padre mío, como estás espantado con el relato de este impensable delito mío, te aclararé los hechos.

»Hace muchos días que un caballero penaba de amor por mí. Se llamaba Calisto, tú lo conociste bien, y conociste a sus padres, virtuosos y de claro linaje. Era tanta su pena de amor y tan difícil le resultaba hablarme, que descubrió su pasión a una astuta mujer llamada Celestina. La cual vino a mí de su parte y me sonsacó mi secreto amor por él. Empleó su arte⁶ para concertar el encuentro, y yo, vencida del amor por Calisto, le di entrada en casa. Salvó el muro de tu huerto con una escalera, quebrantó mi propósito, perdí la virginidad. Del deleitoso amor prohibido gozamos casi un mes. Vino esta noche pasada, como de costumbre, pero como la Fortuna es voluble, el muro era alto, la noche oscura, la escalera delgada y sus criados inexpertos, al oír un ruido en la calle bajó con precipitación, puso el pie en el vacío y se cayó. Sus más escondidos sesos quedaron esparcidos por las piedras y paredes. Cortaron las hadas el hilo de su vida,⁷ cortaron mi esperanza, cortaron mi gozo y compañía. Murió sin confesión. Padre, ¿no sería gran crueldad que él muriera despeñado y yo viviera apenada? Su muerte invita a la mía. ¡Oh mi amor y señor Calisto! Espérame, ya voy. ¡Oh padre mío muy amado! Te ruego que nuestros funerales sean a la vez y nuestras sepulturas estén juntas. Dile a mi querida madre la triste razón por la que muero. ¡Gran placer tengo de que no esté presente! En la vejez, padre, se sufren grandes tristezas. Gran dolor llevo de mí, mayor de ti, mayor aún de mi vieja madre. Dios quede contigo y con ella. A Él ofrezco mi alma. Padre, pon en lugar seguro este cuerpo, que allá baja. (*Melíbea se arroja desde la azotea al vacío.*)

6 Melíbea alude a la astucia y a los hechizos de la alcahueta.

7 Las *hadas* son las Parcas, tres hermanas de la mitología griega llamadas Cloto, Láquesis y Atropos: la primera hila el hilo de la vida, la segunda lo devana y la tercera lo quiebra.



ACTO XXI

Pleberio vuelve a su habitación con grandísimo llanto y muestra a su mujer el cuerpo de Melibea hecho pedazos. Hace su dolorido planto¹ y concluye la tragedia.

ALISA, PLEBERIO

ESCENA I

*Pleberio entra en su alcoba dando fuertes alaridos
y deposita en la cama el cuerpo de su hija.*

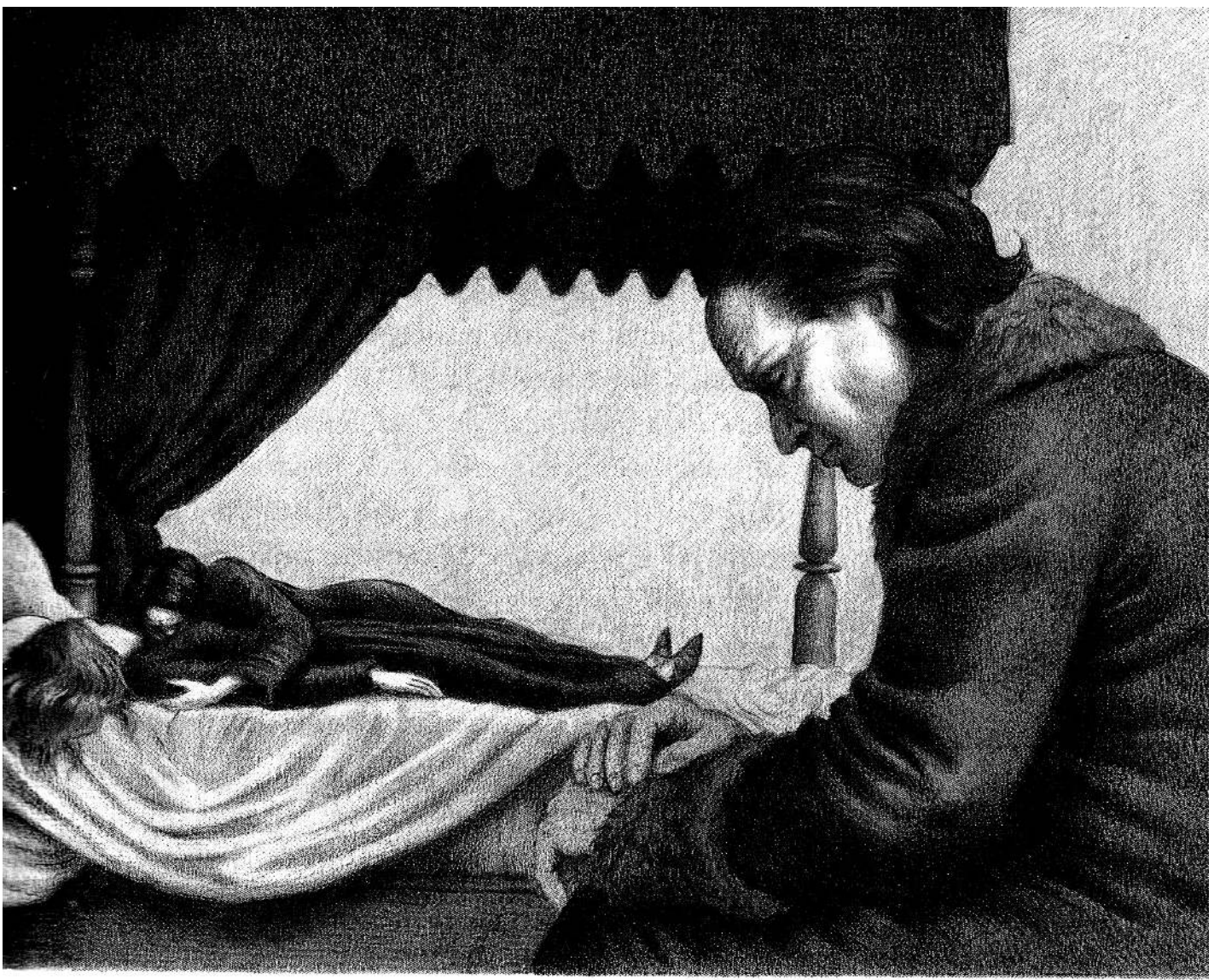
ALISA. (*En la cama, volviendo en sí con gran espanto.*) ¿Qué es esto, señor Pleberio? ¿A qué se deben tus fuertes alaridos? Me quedé sin sentido por el pesar que me causó oír que nuestra hija padecía gran dolor, y ahora me despiertan tus gemidos, tus voces tan altas, tu llanto y la congoja de tanto sentimiento. ¿Por qué maldices tu honrada vejez? ¿Por qué te arrancas los blancos cabellos y te hieres la cara? ¿Por qué pides la muerte? ¿Es algún mal de Melibea? Por Dios, dímelo ya, porque si ella pena, yo no quiero vivir.

PLEBERIO. ¡Ay, ay, noble mujer! Nuestro gozo en el pozo de la muerte. Todo nuestro bien se ha perdido. ¡No queramos vivir ya más! Mira ahí

1 El *planto* o 'llanto' es un discurso fúnebre que suele empezar con un dolorido lamento, sigue el elogio del muerto y acaba con consideraciones sobre la Fortuna, los engaños del mundo, el destino mortal del hombre, etc.

hecha pedazos a la que yo engendré y tu pariste. (*Alisa ve el cadáver de su hija y con doloroso desgarramiento se abate sobre él, abrazándolo, hasta que pierde el sentido.*) Ella me dijo la causa y su sirvienta me ha contado más detalles. Ayúdame, mujer mía, a llorar nuestra llagado final. (*Ahora se dirige al cuerpo muerto de su hija.*) ¡Oh, hija mía y todo mi bien, sería cruel que yo te sobreviviera! Se ha invertido el orden de la muerte: mis sesenta años son más dignos de la sepultura que tus veinte. Más gozaría la tierra de mis canas que de tus rubios cabellos. Días terribles me esperan, así es que me quejaré de la muerte si retrasa su llegada. (*A su mujer, que sigue desmayada sobre el cuerpo muerto.*) ¡Oh mujer mía! Levántate y, si algo de vida te queda, gástala conmigo en suspiros y tristes gemidos. Y si acaso has dejado esta vida de dolor, ¿por qué has querido que lo sufra yo todo? En esto las mujeres nos aventajáis a los varones, en que un gran dolor puede sacarnos del mundo, o al menos perdéis el sentido. ¡Oh duro corazón de padre!, ¿cómo no te quiebras de dolor, pues te has quedado sin tu amada heredera? ¿Para quién edificué torres? ¿Para quién adquirí heredades? ¿Para quién planté árboles? ¿Para quién fabriqué navíos? ¡Oh tierra dura!, ¿por qué me sostienes todavía? ¿Dónde hallará ahora amparo mi desconsolada vejez? ¡Oh Fortuna variable, administradora de los bienes temporales!, ¿por qué no has destruido mi patrimonio?, ¿por qué no has quemado esta mansión?, ¿por qué no has asolado mis campos, en vez de arrebatarme esta planta en flor? ¡Ay, Fortuna caprichosa!

»¡Oh vida llena de congojas y miserias! ¡Oh mundo, mundo! Muchas cosas se han dicho de ti, pero yo hablaré por mi triste experiencia, hablaré sin temor según me ha ido en esta engañosa feria, como aquel que hasta ahora ha callado tus malas propiedades por no encender con odio tu ira y para que no secases antes de hora esta flor que hoy has separado de ti. Yo pensaba desde niño que te regías por un cierto orden, pero ahora me pareces un laberinto de errores, un desierto espantoso, una morada de fieras, laguna llena de cieno, región llena de espinas, prado lleno de serpientes, huerto florido y sin fruto, fuente de preocupaciones, río de lágrimas, mar de miserias, falsa alegría, verdadero dolor. Mundo falso, nos cebas con el manjar de los placeres y al saborearlo nos descubres el anzuelo, que nos tiene ya atrapados. Prometes mucho y nada cumples. Co-



rremos descuidados por los prados de tus deleitosos vicios, y tú nos desvelas la trampa cuando ya no hay escapatoria. Haces mal a todos, para que ningún desgraciado se halle solo en la adversidad y se consuele con otros compañeros de pena. Pero yo, desconsolado viejo, ¡qué solo estoy! Cuanto más busco consuelos, menos razón hallo para consolarme. Mi Melibea se mató ante mis ojos por su propia voluntad a causa de la gran pena de amor que la aquejaba. ¡Oh pérdida incomparable! Y no lloro tanto su muerte como el desgraciado modo de morir. ¿Qué haré, cuando entre en tu cámara y la halle vacía? ¿Qué haré cuando te llame y no me respondas? ¿Quién podrá suplir tu ausencia? Ay, mundo halagador, ¿qué remedio das a mi fatigada vejez? ¿Cómo me mandas quedar aquí contigo, conociendo tus falsedades, cadenas y redes con que atrapas nuestras flacas voluntades?

»¡Oh amor, amor! ¡No pensé que tuvieras fuerza para matar a tus servidores! En mi juventud sufrí tu herida, pasé sobre tus brasas, pero creí

que me había librado de tus brazos a los cuarenta años, cuando encontré la compañía de una esposa y me vi con el fruto que hoy me has cortado. No pensé que te vengaras de los padres en sus hijos.² ¡Ay amor, amor! ¿Quién te dio tanto poder? ¿Quién te puso un nombre tan inadecuado? Porque si fueses el amor, amarías a tus servidores, que vivirían alegres y no se matarían como ahora mi amada hija. ¿En qué acabaron los que te sirvieron? La alcahueta Celestina murió a manos de sus colaboradores, ellos murieron degollados, Calisto, despeñado, y mi triste hija tomó la misma muerte por seguirle. Dulce nombre te dieron, amargos hechos haces. Inicua es tu ley, pues no es la misma para todos. Matas a los que te siguen y premias a los que menos te sirven hasta meterlos en tu danza angustiosa. ¿Por qué te riges sin orden ni concierto? Ciego te pintan, pobre y mozo, con un arco en la mano, con el que tiras a tuestas. Tu fuego es de ardiente rayo, que abrasa las almas y las vidas, no sólo de los cristianos, sino de gentiles³ y judíos. ¿Qué puedes decir de Macías, de cuyo triste final tu fuiste la causa? ¿Qué hizo Paris por servirte? ¿Qué Helena?⁴ ¿Qué pago diste a Safo, Ariadna y Leandro?⁵ Ni siquiera David y Salomón se quedaron sin tu tormento.⁶ Y no hablaré de otros amadores, pues bastante tengo con mi mal.

»Me quejo del mundo porque me crió, pues si yo no hubiera nacido, no habría engendrado a Melibea, y si ella no hubiera nacido, no habría

2 Pleberio achaca la muerte de su hija a venganza del Amor, cuyos dardos le habían herido en la juventud, pero de los que se había librado al casarse a los cuarenta años con Alisa.

3 *gentil*: pagano, el que practica una religión no cristiana.

4 Sobre Macías, véase la nota 4 (p. 74); sobre Paris, véase la nota 21 (p. 53), y sobre Helena, la nota 14 (p. 113).

5 La poetisa Safo, desdeñada por Faón, se arrojó desde un acantilado. El personaje mitológico Ariadna ayudó a su amado Teseo a salir del laberinto de Creta y ambos se dieron a la fuga, pero al recalar en la isla de Naxos Teseo la abandonó. Leandro atravesaba a nado todas las noches el estrecho del Helesponto —hoy llamado Dardanelos— para visitar a su amada Hero, guiado por la luz que ella encendía en lo alto de una torre, pero una noche la tormenta apagó la lámpara, Leandro se desorientó, y a la mañana siguiente las olas arrojaron su cadáver al pie de la torre.

6 Cuando el rey David se enamoró de Betsabé, la esposa de Uría, decidió enviar a éste a primera línea de combate para que muriera, y Dios castigó a David con la muerte de su primer hijo. El sabio rey Salomón, hijo de David, adoró dioses paganos por influencia de sus muchas esposas y concubinas, y por ello perdió la gracia de Dios.

LAMENTO DE PLEBERIO

amado, y al no haber amado no tendría yo este desconsolado final. ¡Ay, Alisa, mi buena compañera! ¡Ay, hija mía, despedazada! ¿Por qué no quisiste que impidiese tu muerte? ¿Por qué no tuviste lástima de tu amada madre? ¿Por qué fuiste tan cruel con tu viejo padre, que tenía que haber muerto antes que tú? ¿Por qué me dejas lleno de pena, triste y solo en este valle de lágrimas?⁷

7 La visión del mundo como “un valle de lágrimas” es de origen bíblico y forma parte de la visión cristiana sobre la penosa condición del hombre, que halla su liberación con la muerte y la entrada en el reino de los cielos.